



de

TIERRA DE DIOS



G.H.GUARCH

Lectulandia

Una narración novelada sobre la campaña fascista de Mussolini en Abisinia.

Alessandro Marsala, profesor de literatura en la Universidad de Florencia, decide un día buscar a su padre, al que nunca conoció y al que dieron por desaparecido en Abisinia en 1936 durante la campaña del Duce en territorios etíopes.

Un viaje en el tiempo y en una historia olvidada que nos llevará a adentrarnos en el corazón de Etiopía.

G. H. Guarch

Tierra de dioses

**Una historia novelada sobre la campaña fascista en
Abisinia**

ePub r1.0

Titivillus 10-02-2023

Título original: *Tierra de dioses*
G. H. Guarch, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1.^a PARTE

CAPÍTULO 1

EL MISTERIO

La historia estaba allí, en los viejos legajos que mi madre guardaba en la buhardilla del caserón donde siempre habíamos vivido, en Solarino, un pueblo perdido en aquellos días, cierto que la carretera desde Siracusa al centro de la isla pasaba por el centro, y eso le daba algo de vida, aunque casi siempre la gente prefería ir hasta Catania, aun a riesgo de hacer más kilómetros, porque la carretera era mejor.

Ante todo debo presentarme. Mi nombre es Alessandro Marsala, hijo de Paolo Marsala y Letizia Vittoria. Alguien con una vida gris, sin sobresaltos, cuyo mayor mérito era dar clase de literatura en la Universidad de Florencia. Hasta que un día, al morir mi esposa Elena, todo cambió, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados y de pronto me di cuenta que nada de lo que hasta entonces había estado haciendo tenía sentido. La pura verdad es que me encontré descolocado. Aquello me hizo pensar en muchas cosas y una noche, buscando algo interesante en la televisión antes de acostarme, vi en un documental unas imágenes sobre la guerra de Abisinia, en la que él había participado y aquello me hizo reflexionar.

Mi padre había sido siempre un misterio. No lo había conocido y mi madre jamás hizo nada por aclararlo...

Desapareció en algún lugar cerca del lago Tana, en Abisinia, la actual Etiopía, a últimos de mayo de 1936. Participaba con otros miles de italianos en la campaña del ejército fascista, en la que Benito Mussolini quería demostrar al mundo que el imperio romano podría resurgir de sus cenizas, y que él, *El Duce*, no era otro que el propio Julio César revivido, al que aguardaban incontables jornadas de gloria.

Mi madre guardó los periódicos de la época, las cartas de mi padre, unas cuantas fotografías que le envió desde el frente, un diario escrito de su puño y letra que le trajo su asistente mucho más tarde, como si fuera el último recuerdo, y que contaba la historia de su vida de una manera sintética, desde que ingresó en la Academia Militar en 1912, el mismo día que cumplió

diecisiete años, también los diplomas, los fajines. En conjunto dos cajones repletos de papeles amarillentos, deshechos por la humedad de las innumerables goteras de aquel tejado, mordisqueados por los ratones. Unos papeles destinados a ser quemados algún día, o malvendidos al trapero que de tanto en tanto pasaba con su ruidosa furgoneta frente a la gran casa.

Siempre había pensado, aunque ella nunca quiso que hurgásemos en todo aquello, que también, de alguna manera, era la historia de su vida y que debería ordenarlos e intentar investigar sobre ello.

Mi madre había nacido en 1913, en una familia burguesa y adinerada, que la educó con un entonces extraño sentido de la modernidad. De hecho inició los estudios de medicina, que debido a su casamiento tuvo que abandonar cuando se encontraba en el tercer curso. Sin embargo, ese paso por la universidad le imprimió un carácter y una forma de entender la vida que intentó transmitirnos.

Debo aclarar aquí, que ella tenía dieciséis años menos que mi padre, y por lo que me contó, siempre la trató como si fuera su hija en lugar de su mujer. En cuanto a mí, nací en noviembre de 1935, unos días después de que mi padre partiera para la campaña de Abisinia, así que no llegué a conocerlo, y eso me hizo sentir a lo largo de mi vida una gran curiosidad por aquel hombre y por el extraño mundo que había vivido.

Fueron pasando los años, en un mundo cambiante, difícilmente comprensible para gente que había sido educada con otros criterios, pero ella nunca aceptó la versión que le habían dado, a pesar de que todos intentaban que asumiera los hechos..., sin que ella diera su brazo a torcer, hasta que el primero de enero de 1976, mi madre decidió que ya no iba a esperar más y que definitivamente daba a su marido por muerto. ¡Cerca de cuarenta años aguardando un retorno imposible! Mientras, mi hermana María, un año mayor que yo, había contraído matrimonio hacía unos meses, cuando ya creía que nunca lo lograría, con un primo lejano, un ítalo-americano de Nueva York. El día que se marchó de casa, le dijo a mi madre con una cierta sorna, que si mi padre finalmente aparecía, no dejara de comunicárselo.

Después de tantos años, la tenían como alguien excéntrica, pues aquel asunto era ya algo olvidado, sin sentido alguno. La verdad, cuarenta años eran demasiados para mantener un criterio tan absurdo. Por eso, cuando de pronto tomó aquella decisión, al principio no la tomaron en serio.

Cuando me llamó por teléfono para decírmelo, le pregunté si se encontraba bien. ¡Mejor que nunca!, contestó. Fue en aquel mismo instante cuando yo también decidí investigar sobre lo qué habría ocurrido en realidad.

No tenía otra cosa que hacer, pues apenas unos meses antes me había quedado solo, al fallecer mi esposa en un estúpido accidente de automóvil, mientras se dirigía como cada mañana a su trabajo, también en la Universidad de Florencia. Ella —me contaron después— tuvo la culpa al saltarse un *stop*. Se había empeñado en conducir, a pesar de que ya había tenido un par de golpes sin importancia, pues se distraía con facilidad. Yo le había insistido en que no lo hiciera, temeroso de que un día pudiera sufrir un accidente más importante..., y eso, desgraciadamente, fue lo que ocurrió.

Aquella mañana nos despedimos como cualquier otro día, con un leve beso en la mejilla. No es cierto que esas tragedias se intuyan, solo era un día más, como cualquier otro. Casi siempre, cuando nos encontrábamos en Florencia, quedamos en vernos para comer en su restaurante preferido. Salió de casa con prisas, se introdujo en su Fiat, saludó con la mano y arrancó.

No volví a verla. Se quedó en el cruce de la carretera..., y desde el mismo momento en que llamaron por teléfono para avisarme, todo cambió para mí.

Deprimido por el fatal suceso, sin saber qué rumbo tomar, pedí la excedencia de la cátedra de literatura moderna y decidí volver a Sicilia, dispuesto a recuperar la enorme casa solariega de Solarino de una ruina inminente, y también y sobre todo, para intentar averiguar la verdad de aquel enigma familiar que seguía marcando nuestras vidas.

Digo enigma, porque nadie supo explicarme nunca lo que sucedió en realidad. Lo único que sabía era que mi padre, simplemente desapareció durante una sangrienta escaramuza con los abisinios. No pudo desertar, de eso no había la menor duda, pues todos conocían sus convicciones y patriotismo, la gloria que le aguardaba apenas pusiera los pies de nuevo en Italia. Al menos era lo que mi madre mantenía cuando intentábamos hablar de ello, pero la triste verdad es que se negaba a hablar de aquel tema. Lo único que sabía entonces era que en la somera investigación militar —pues a fin de cuentas se trataba de una guerra— ninguno de sus más cercanos hombres pudo explicar lo que había sucedido. Durante unos días lo buscaron por todas partes, incluso desplazaron una avioneta de reconocimiento. También ofrecieron a los indígenas una importante recompensa si aparecía. Pero fue inútil, no encontraron nada. Simplemente había desaparecido durante el transcurso de un feroz combate. Era evidente que había muerto en él, probablemente su cuerpo desfigurado y mutilado no se reconoció, todo encajaba en la atroz lógica de la guerra, donde cualquier cosa es posible.

Finalmente se comunicó de manera oficial que había fallecido en combate. Así, su viuda cobraría la pensión completa del gobierno como caído en acción. ¿Qué menos se podía hacer por un patriota?

Cuando se supo en Solarino, hubo luto y desconsuelo. Todos sabían que el comandante Marsala estaba llamado a la gloria, pero nadie esperaba que le llegara tan pronto. En cuanto a mi madre, Letizia Marsala, tenía por entonces veintidós años recién cumplidos y dos hijos. Era una situación sumamente trágica y en el pueblo todos sintieron compasión. ¿Qué iba a ser de aquella familia? Un verdadero desastre para una jovencísima y hermosa viuda y dos pequeños huérfanos.

Apenas al día siguiente, en cuanto se corrió la voz por el pueblo, don Antonio Stefano, uno de los más importantes propietarios de la zona, primo segundo de mi padre, quiso salir al paso. Afirmó para quien quisiera oírlo que él se encargaría de todo, y que a la mujer del héroe no le faltaría nada, aunque conocía muy bien su buena situación económica. A fin de cuentas se trataba de Sicilia.

En cuanto a como llegó la noticia, ni tan siquiera llamaron por teléfono para avisar. En aquella época solo existía uno en el ayuntamiento y funcionaba cuando quería.

Comenzaba a hacer calor, y más en la casa, a pesar de la altura de los techos, de los enormes pinos centenarios que la sombreaban. Letizia, deprimida en su soledad, daba el pecho a su bebé, mientras su hija María dormía a pierna suelta sobre la cama. Desde el balcón del dormitorio se veía el Golfo de Augusta hacia el este, con un mar de un azul tan intenso, que daba la impresión de que se encontraba mucho más cercano, tanto que ella creía que si alargaba la mano podría llegar a tocarlo. Un día precioso, aunque para que fuera completo debería estar allí su marido con ella.

Últimamente recibía pocas noticias, era como si se estuviera apagando la pasión que decía sentir por ella. Un hombre fuerte, en la plenitud de la vida con casi cuarenta años, y ella una mujer con la mitad de edad, pero con la certeza de poder volverlo loco si se lo proponía.

Paolo Marsala llevaba ya cerca de un año fuera de su casa, demasiado tiempo y eso hacía que todos los días al atardecer, Letizia se asomara al balcón del dormitorio, aprovechando que los niños dormían, imaginando que en cualquier momento un coche subiría raudo por la larga cuesta y dentro de

él volvería Paolo cargado de medallas, licenciado de una vez por todas, para comenzar una verdadera vida junto a ella.

Pero eso, lo sabía bien, era solo una mera elucubración que se inventaba para paliar el deseo, el calor y la soledad. La realidad era que nada ocurría, que los días pasaban con rapidez y que el verdadero calor iba a llegar en cualquier momento a Solarino, sin que nada sucediera de particular. Entonces pensaba que bastante tenía con sacar adelante los dos niños, mantener la casa, la finca, los viñedos, que eso sí, proporcionaban año tras año un vino delicioso, como el de la última cosecha, siempre con la esperanza de que el de la próxima sería aun mejor.

Una tarde, a finales de julio, cuando apenas acababa de descargar una corta tormenta de verano y olía a tierra mojada, sus deseos parecieron cumplirse y por fin Letizia escuchó subir un coche por la carretera de Siracusa. El corazón le palpitó con fuerza, convencida de que aquel no podía ser otro que su marido. Sin poder contenerse, bajó los escalones de tres en tres, y salió corriendo al gran patio cubierto por una enorme parra, exultante de júbilo. El coche entró por el gran portón abierto de par en par y creyó percibir a través de los cristales un uniforme. Todo llegaba en la vida y pensó que desde ese mismo instante la suya volvería a ser lo que ella esperaba.

El teniente de artillería, al que no le debía gustar nada aquel siniestro destino de repartir desgracias, se bajó del vehículo sin aguardar a que se detuviera totalmente. En la mano extendida portaba un sobre de color azul claro. Saludó con rapidez y se lo entregó en silencio. Letizia, sorprendida, se encontró con el sobre entre los dedos, intuyendo que todo iba a cambiar, pero quizás no como ella había planeado. No sabía qué hacer y permaneció inmóvil hasta que el teniente tuvo que hacer una seña con las cejas, mirando fijamente el sobre para que ella reaccionara. Lo abrió con desgana, rasgando con delicadeza uno de los bordes. De pronto, comprendió que no deseaba saber más. Solo quería que aquellos militares se marcharan de allí cuanto antes, porque no era preciso terminar de abrirlo. ¿Para qué? Se lo había contado su amiga Claretta D'Antico, que también había recibido otro igual, y pocos días más tarde le confesó con ojos llorosos que aquel fue el peor momento de su vida.

Se trataba de una carta oficial con el membrete del ejército y ella leyó con rapidez los renglones, mal escritos a máquina por una cinta casi gastada, que

la hizo pensar que para el que la hubiera redactado, aquello no era más que una mera rutina.

Roma, a 25 de julio de 1936
Señora Letizia Marsala,

Honorable señora: El Ejército Italiano tiene el hondo pesar de comunicarle que el egregio Comandante Paolo Marsala, ha sido dado por muerto en combate en algún lugar en las cercanías de Gonder, en la posesión italiana de Abisinia. Los hechos tuvieron lugar el 7 de julio pasado. Por la presente, este Ministerio del Ejército tiene el honor de comunicarle que a su esposo le ha sido concedido por el Excelentísimo Sr. Presidente del Estado, la Medalla al Valor, por lo que, además del honor que ello significa, se le mantendrán sus emolumentos íntegros de por vida.

Honor y Gloria a los Héroes de la Patria.
Dante Mileto, General de Brigada
II Regimiento Imperial. Roma.

No se desmayó al leer aquellas sucintas líneas, ni siquiera lloró. Solo se volvió sin decir palabra y se introdujo en la casa, pensando que dentro, en la umbría, se soportaba mucho mejor el calor húmedo de aquella tarde. Escuchó el coche alejarse. Todo había cambiado, pero Letizia, en aquel momento, no quería pensar que su marido había muerto y que jamás volvería a verlo. Por alguna razón seguía convencida de que él seguía vivo. Era solo una extraña intuición, pero deseaba aferrarse a ella y pensar que la maldita carta de Roma no iba a cambiar nada. Paolo aparecería cualquier día como si tal cosa y entonces todo volvería a la normalidad. Además, ¿qué significaba *Ha sido dado por muerto*? O estaba muerto o no lo estaba, pero aquella ambigua redacción... No, no la iban a convencer de lo contrario por una simple carta con membrete oficial, traída por un coche del ejército, por una medalla al valor que a ella no le decía nada, y finalmente comprar su silencio y su resignación con una exigua pensión de por vida, que ella no quería ni necesitaba. Lo que ella en realidad quería era la vida de su marido y no una paga que le recordase cada mes, cada año, durante toda su vida, que Paolo Marsala se había quedado en la provincia imperial de Abisinia, en realidad una remotísima parte de África, llena de fieras y tribus de gente primitiva, por lo que sabía, crueles indígenas que odiaban de todo corazón al hombre blanco.

Pero también se sentía enfadada con su marido; cierto que lo respetaba demasiado para tener unas palabras con él, pero en aquel momento si lo tuviera allí delante, donde en realidad debería estar, no podría contenerse. ¿Cómo iba a salir de su vida de aquella absurda manera? Sin decir adiós, sin justificarse, como si de pronto se hubiera hartado de ella. ¿Tal vez habría encontrado alguna esbelta mujer indígena, de piel oscura y sedosa que le diera satisfacción de otra manera? Se sentía mal, harta de estar allí encerrada con dos niños tan pequeños, que no hacían otra cosa que llorar a cada instante, tal vez a causa del excesivo calor que estaba haciendo, o por los implacables mosquitos, por los gases... ¡A saber!

Pero ya no aguantaba más. Le hubiera gustado decirle todo aquello al mensajero, aquel teniente de rostro inmutable, que con seguridad se pasaría los días llevando cartas similares a mujeres hartas de su situación, solitarias y fracasadas —*¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡El ejército italiano siente comunicarle...!*—. ¡Muchísimo! ¡Bah! ¡No lo sentían en absoluto! Los ejércitos vivían de sus héroes, necesitaban fabricarlos, crearlos, para que la gente de la calle supiese lo valientes que en realidad eran... ¡Claro! Los que se quedaban en Roma, en Milán, en Nápoles, en Palermo..., con sus uniformes cargados de medallas, sus interminables desfiles militares con toda la pompa de que eran capaces, con sus ruidosas bandas de música. ¡Honor y gloria! ¿A quién? ¿A los que se quedaban en los cuarteles? ¿A los que decidían quién era un héroe y quién un cobarde? ¡No! ¡A ella no iban a encasquetarle un muerto! Sentía unas terribles ganas de gritar a quien quisiera escucharla, que toda aquella absurda historia no era más que otra gran mentira.

Luego, de pronto, sin poder evitarlo, se derrumbó llorando sobre la cama, mientras los dos pequeños seguían ajenos a todo, durmiendo a pierna suelta, sin intuir qué clase de mundo les aguardaba afuera. Su marido podría seguir vivo, pero comenzaba a comprender que nunca más le vería, y esa sensación de vacío, de ausencia, la aterraba. ¡Si la carta hubiese dicho *Ha muerto!* Entonces todo habría terminado y por duro que fuera lo habría asimilado. Pero no, lo que en realidad venía a decir aquella carta era que nadie sabía lo que había ocurrido en realidad. Cuando algo más tarde el pequeño se despertó hambriento, ella lo acercó al pecho y le dejó que mamara un rato. Se estaba quedando sin leche, pero el solo hecho de acercarlo a su regazo lo relajaba y luego lloraba menos. Decidió que a partir de aquel día no seguiría dándoselo, porque tenía la certeza de que ya no podría hacerlo.

Aquella noche se despertó totalmente aterida, a pesar del bochorno que mantenía la casa como un horno. Extendió el brazo para tocar el lado derecho de la cama y al notarlo vacío volvió a llorar de nuevo. Se sentía engañada, pues antes de partir, él le aseguró que volvería muy pronto y ella nunca lo dudó, porque aquel hombre se preciaba de cumplir siempre sus promesas.

No supo como se enteró del asunto don Antonio Stefano, que apareció por la casa a primera hora cuando apenas acababa de levantarse. La miró fijamente en silencio y luego la abrazó de una manera teatral, mientras susurraba que no se preocupara, que él siempre estaría allí para que no le faltara nada. Ella se separó mientras negaba con la cabeza. Don Antonio era un hombre de respeto y nadie podía dudar de que se preocupaba siempre por la gente de su pueblo. Pero también pensó que eso iba a crearle una relación de sumisión de por vida, una relación directa que en modo alguno estaba dispuesta a aceptar. Lo tomó del brazo cuando él se disponía a salir y con voz firme le dijo: *No, don Antonio, no, se lo agradezco mucho, pero saldré adelante yo sola. No necesito su ayuda. ¿Lo comprende, verdad?*

El hombre la observó perplejo. Era la primera vez en su vida que alguien en Solarino rechazaba su generosidad. Pero ella ni pestañeó, solo volvió a negar con la cabeza y don Antonio Stefano comprendió que era mejor no insistir más por el momento y abandonó la casa en silencio.

Tuvo que bajar a Catania para arreglar algunos papeles en el juzgado de lo civil. A todos los efectos y aunque en su fuero interno ella estuviera convencida de que no era así, para todos los demás no era más que otra viuda de guerra, lo aceptara o no. Y eso significaba cambiar muchas cosas.

Su prima Rosa Ghezzi, unos años mayor, que tiempo atrás había hecho de madre con ella, quiso convencerla para que se quedara en el amplio piso donde vivía. Un lugar espléndido, en la mejor zona de Catania, frente al puerto. Insistió varias veces que allí tenía espacio más que suficiente para que ambas tuvieran total independencia. Además le aseguró que podría cuidar de los niños cuando hiciera falta. La oferta de su prima Rosa estuvo a punto de hacerle cambiar de opinión. Pero no, lo que en realidad deseaba era seguir allí, en la casa de Solarino, aguardando como si nada hubiera ocurrido. Era, pensó, la mejor manera de demostrar que para ella todo seguía igual.

Cuando volvió a Solarino al cabo de un par de días, Teresa, la asistente, le entregó en silencio una carta. El remite a mano llevaba la inconfundible caligrafía de su marido. *Paolo Marsala. Comandante de Estado Mayor. Asmara. Abisinia.* Mientras la abría el corazón se le salía por la boca, pensando que ella no había dudado ni un instante. Fue al comenzar a leerla cuando comprendió.

6 de julio de 1936.

Queridísima Letizia. Ya queda menos para que volvamos a estar juntos. ¿Cómo están los pequeños? Tengo muchas ganas de volver a estar en casa y de dormir contigo. Me han ocurrido cosas extraordinarias que no puedo contarte por carta. Solo decirte que mañana será un día definitivo. Por cierto, no olvides recordar a Carlo Rossi que debe sulfatar los viñedos. Quiero poder brindar durante muchos años con el vino de la cosecha del 36. ¡Va a ser un año inolvidable! Un beso de tu esposo que te quiere. Paolo.

¡Ah! ¡Por un día! ¡Un solo día! El extraordinario día que vaticinaba su marido, se convirtió en el fatídico día en el que iba a desaparecer envuelto en el misterio. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué quería decir cuando hablaba de que había vivido cosas extraordinarias? ¿Tendrían relación con su desaparición? Se mordía las uñas de nerviosa impotencia, mientras no podía dejar de pensar que daría cualquier cosa por averiguarlo.

Cuando se tranquilizó, tuvo de nuevo la certeza de que Paolo seguía vivo. Se trataba de una sensación tan clara, tan directa, como si lo tuviera allí, junto a ella. No podía estar muerto, era imposible, y por tanto, su obligación como esposa era esperarlo. Si no ¿qué?, aparecería cualquier día cuando ella se hubiese casado ya con otro hombre, o como había insinuado don Antonio Stefano con su generosa oferta, se hubiese ido a vivir a su casa. ¡No! La vida tenía esas cosas y ella no podría hacer otra cosa que salir al balcón aguardando el paso de cada vehículo que subiera de Siracusa, a menos de que se convenciera de otra cosa.

Así fue. Letizia Marsala, viuda oficial del egregio comandante Paolo Marsala, héroe de la patria, siguió viviendo en el enorme caserón de Solarino, saliendo a cada instante a la puerta o al balcón, convencida de que su esposo volvería cualquier día.

Pasaron los años y terminó con más pena que gloria la campaña imperial de Abisinia. Después el Duce, con sus absurdas decisiones, condujo a Italia a las ruinas y al deshonor, a costa de la vida de cientos de miles de italianos, incluyendo la suya, dejando a muchos desengañados, a otros sorprendidos de como terminaba todo, y a otros incapaces de comprender. Más tarde Europa resurgió poco a poco de sus cenizas. Mientras, mi hermana María y yo crecíamos y estudiábamos el bachillerato, internos en los respectivos colegios de Catania. Después la carrera en Roma. En Solarino todo siguió igual, hasta que un día cualquiera mi hermana recibió una carta de Nueva York. Apenas dos meses después se casó de repente y se marchó a América. Mi madre se quedó sola, envejeciendo con sus recuerdos, en una casa demasiado grande para ella. Daba la impresión de que no se quería ir de allí, aún convencida de que el milagro podría llegar a suceder, y de que al día siguiente de marcharse aparecería el comandante Marsala y se encontraría el puesto vacío. No. Eso no sucedería nunca.

Pero mi madre, aunque terca como una mula, no estaba mal de la cabeza y ella misma se había fijado una fecha. ¡Cuarenta años! ¡Una eternidad! Pero se trataba de una decisión irrevocable y se juró que si se agotaba el plazo no pensaba esperar ni un solo día más.

Todo llega en la vida y el 26 de julio de 1976, preparó las maletas en silencio, absolutamente convencida de su decisión, metió en algunas cajas de cartón las cosas de las que no quería separarse, se despidió de su administrador, Carlo Rossi y llamó al taxista de Solarino para que la llevara a Catania, a casa de su prima Rosa, que seguía llamándola para que se fuera allí, insistiéndole siempre que juntas todo sería más llevadero.

Letizia cerró la puerta con dos vueltas de llave. Antes de subir al taxi le dijo a Carlo que pasara por allí de vez en cuando y repitió que le enviara las cartas y las facturas a la dirección de Catania. En su fuero interno no pensaba volver jamás a Solarino. Algo dentro de ella le decía que el vaso de su paciencia había rebosado.

CAPÍTULO 2

LOS DOCUMENTOS

La misma tarde que mi madre se aposentó en el piso de tía Rosa en Catania, me llamó por teléfono por pura deferencia, ya que apenas nos comunicábamos en los últimos tiempos. No era cuestión de falta de cariño filial por mi parte, ni de amor maternal por la suya. Ella siempre había sentido un cierto desapego por nosotros, como si nos echara en cara que su marido no hubiese vuelto. Pero nada teníamos que reprocharle, al contrario, siempre se portó bien con los dos, generosamente incluso. Los mejores colegios, regalos, atenciones, con algo de frialdad por su parte, pero se trataba de su carácter. Tampoco se ponía a gritar de alegría cuando volvíamos a casa por vacaciones, siempre tenía la impresión de que prefería estar sola, como ausente, sumergida en su música preferida, porque eso sí, la acompañaban los divos de la ópera desde el amanecer hasta que apagaba la luz, tanto así que quisieron hacerla miembro de un comité musical en Siracusa, pues hasta allí llegó a saberse de su gran cultura musical. No aceptó.

Aquella tarde me llamó exclusivamente para explicarme que si tenía que comunicarme con ella, en adelante lo hiciera al teléfono de tía Rosa en Catania. Aproveché su llamada para decirle que me gustaría pasar una temporada en Solarino. ¿Tenía inconveniente? Me aseguró que no y añadió que podía disponer de la casa a mi antojo. Terminó insinuando que tal vez así me encontraría más cómodo. Luego nos despedimos con esa inevitable frialdad que acompañaba nuestras relaciones y la escuché colgar. Al principio me extrañó, hubiese jurado que sus intenciones eran seguir en Solarino hasta el fin de sus días, pero no. Esa etapa de su vida parecía haber acabado, y todo lo que quedaba del comandante Paolo Marsala, marchito héroe de la campaña de Abisinia, se encontraba encerrado en los cajones de la buhardilla en Solarino, aguardando su lenta y fatal destrucción a causa de la lluvia y los ratones, que habían convertido aquel lugar en su feudo, a pesar de una sempiterna pareja de lechuzas campestres que también lo habían tomado como suyo.

Recordé mi infancia, mi juventud, los largos veranos pasados allí, en la casa derrumbándose de puro abandono, pensando siempre que las cosas

deberían ser de otra manera.

Suspiré, aquel tiempo había desaparecido para siempre. Además, la verdad, no tenía problemas económicos. He hablado antes de la generosidad de mi madre. Poco a poco fue vendiendo fincas, de las muchas que había heredado, más las que su marido aportó al matrimonio. Nos fue entregando importantes cantidades de dinero a lo largo del tiempo. Por entonces, mi único interés era dedicarme a terminar una tesis sobre Dante Alighieri, y para eso solo necesitaba una cosa. Tranquilidad.

Tardé apenas unos días en organizarlo todo, pedir la excedencia en la facultad, alquilar un guardamuebles, despedirme de algunas personas, dejar todos los trámites fiscales en manos del despacho de asesores, llenar dos maletas, una de ropa y otra de libros de los que no me gustaba separarme y decir adiós de momento a Florencia, pensando que solo se trataba de una separación pasajera y que volvería allí cualquier día, porque aquella hermosa ciudad me encantaba para vivir.

Conduje hasta Reggio di Calabria, y allí en un pequeño trasbordador atravesé el estrecho hasta Messina a pesar del mal tiempo. Un par de horas más tarde me encontraba en la puerta de la casa de Solarino. Había llamado desde Reggio a Carlo, que me aguardaba con las llaves y la cara compungida, porque no terminaba de hacerse a la idea de que doña Letizia ya no deseaba seguir viviendo allí.

Carlo se marchó después de saludarme con afecto, contento de verme, pero sin ninguna fe en que fuera a quedarme más que un par de días, como casi siempre en los últimos años. Me quedé solo, mientras comenzaba a caer un fuerte chaparrón y el olor a tierra mojada impregnaba el ambiente. La casa olía levemente a humedad, a pesar de que solo llevaba algo más de cuarenta y ocho horas cerrada. No fui capaz de conectar la electricidad, hasta que al final renuncié a ello y en la penumbra me acosté en el que había sido el lecho de mis padres, en el que probablemente me engendraron. La escasa luz que entraba por el balcón abierto de par en par, me permitía adivinar las lejanas luces de Siracusa, donde vivió el sabio. Yo también necesitaba un punto de apoyo al menos para iniciar mi camino.

A pesar del cansancio o tal vez por su causa, no podía dormir. No hacía más que dar vueltas en la cama, intentar comprender como aquella mujer había sido capaz de aguardar cuarenta años el retorno de su marido, cual Penélope, tejiendo y destejiendo sus sueños, sabiendo que se hallaba en un

mundo paralelo, irreal, absurdo incluso, pero que le había permitido seguir viviendo la ficción de que su hombre volvería en cualquier momento.

Pensé que antes o después todos, de una manera u otra, nos refugiábamos en los sueños y que realidad, verdadera realidad, solo era la del instante en que se vivía, un segundo después no existía ya nada. ¿Qué importancia podía tener por tanto que uno quisiera alargar ese mínimo lapso entre el pasado y el futuro? Así había vivido ella durante cuarenta años que se comprimían en la historia, y que no tenían ya más valor que un solo segundo de ese tiempo.

Finalmente tuve que levantarme harto de dar vueltas. Salí al balcón y observé la bahía iluminada por la luna. Su belleza me sobrecogió, desde donde me encontraba apenas se veían otras casas ni luces, que las de Siracusa. Era como hallarse en un paraíso perdido, que me hubiera estado aguardando desde siempre. Finalmente me tendí de nuevo en la cama vencido por el cansancio y la nostalgia.

Me desperté escuchando el alboroto de los pájaros que utilizaban los grandes pinos como dormideros. Eso no me ocurría en Florencia, y volví a recordar los lejanos días de mi infancia.

Decidí bajar a desayunar al pueblo, pero antes, sin poder resistirme, subí corriendo a la buhardilla. Lo que me había traído hasta allí, la última razón, eran aquellos dos grandes cajones de madera desvencijada, repletos de viejos papeles y objetos, que nunca se había llevado el traperero. Yacían allí, en mitad de la habitación, iluminados por la luz de la mañana, que entraba por unas ventanas elípticas, como invitándome a abrirlos, a desvelar cuanto antes su secreto. Desanimado por el dedo de polvo que los cubría, opté que era mejor dejarlo para más tarde y volví a descender la empinada escalera hacia la realidad.

En Solarino, inevitablemente tuve que saludar a unos y otros. El único bar se hallaba en la plaza de la iglesia y a pesar de la hora, apenas las ocho de la mañana, la gente compraba el pan recién hecho y algunos se tomaban un café en la terraza mientras me observaban con manifiesta curiosidad.

Saludé a unos cuantos conocidos de toda la vida que me preguntaron insistentemente por mi madre. ¿Por qué se había marchado después de tantos años? ¿Dónde iba a estar mejor que en Solarino? Allí la gente la estimaba, a pesar de su carácter hermético, y con el paso de los años sentían por ella un respeto cercano a la devoción.

No sabía bien qué contestarles. Se trataba de su decisión, —respondí— y lo que ella hacía con su vida era algo fuera de discusión. Añadí que eso lo sabían bien los que la conocían. Una extraordinaria mujer, pero a la que resultaba imposible torcer el brazo. Sí, sí, eso era cierto, asentían convencidos. Luego me observaban con un cierto recelo. ¿Iba a quedarme en Solarino, sustituyéndola? ¿Tal vez una larga temporada?

Ni yo mismo lo sabía, asentí. Sí, en principio permanecería allí, al menos el tiempo suficiente para terminar mi tesis doctoral. De hecho debían llegar unas cajas de libros en cualquier momento, que no había podido traer conmigo a causa de su peso.

Volví a casa resoplando al subir la cuesta, pensando que tal vez el aire libre, la naturaleza, me ayudaría a recuperar la forma, que poco a poco había ido perdiendo en los últimos años. El periódico que había comprado en el nuevo y único kiosco de prensa, no traía más que la crónica de los ambiciosos políticos en Roma. Seguían jugando a lo de siempre, convencidos de que podían abusar una y otra vez de la paciencia de los sumisos electores. *Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?* Nada de interés, poco digno de mención, un día más que desaparecería en unas horas, como otro cualquiera.

Volví a subir a la buhardilla, esta vez provisto de trapos húmedos y unos guantes de goma usados que encontré en la cocina. Recogí el polvo como pude, luego tuve que bajar de nuevo a buscar un martillo y unas tenazas para abrir el primer cajón. Se encontraba clavado a conciencia, como si ella hubiese creído que jamás nadie volvería a abrirlo. Lo que contenía era una historia cerrada que se podía dar por acabada..., al menos para mi madre. Haciendo un gran esfuerzo finalmente conseguí desclavar el primer cajón, que como suponía se encontraba lleno de papeles sin ordenar. Allí había de todo, una increíble mezcla que tardaría en clasificar y expurgar, con un inconfundible aroma a viejo, a humedad, a tintas de otros tiempos, a polvo incrustado entre las hojas, comidas en los bordes por esos voraces amantes del papel impreso, que aparecen de pronto brillando entre las páginas, como si también ellos se encontraran leyendo, recorriendo arriba y abajo cada letra, una tras otra, sin querer abandonar la oscuridad que les proporcionaba su extraño reflejo plateado.

Tardé dos días completos en colocar todo lo que los cajones contenían sobre la larga mesa del comedor. Montones de periódicos casi descompuestos, fotografías desvaídas, documentos, papeles varios, cartas, casi todas ellas guardadas en sus sobres, incluso unas cajitas llenas de medallas, insignias, botones dorados... Me sorprendió encontrar una vieja pistola algo oxidada, a pesar de estar cuidadosamente envuelta en papel engrasado.

Me sentía tan embebido por aquel trabajo que solo salía para comer y cenar, aunque Carlo, que siempre estaba en todo, enseguida me envió a su sobrina Antonella, una chica morena de grandes pechos, para que limpiase la casa y me preparase lo que yo quisiera. Era lo más sensato y la contraté de inmediato. A partir de aquel momento solo abandonaba la casa para salir a dar un largo paseo en la dirección opuesta al pueblo, descendiendo por la carretera cuando comenzaba a anochecer. Prefería no tener que estar saludando a unos y a otros. No por nada, la mayoría eran gentes que nos apreciaba, pero como suele ocurrir en los pequeños pueblos, también les gustaba estar perfectamente informados de lo que cada uno estaba haciendo. Carlo me conocía bien y sin yo pedírselo, había resuelto el problema.

Decidí comenzar por las cartas. Sin poder dejar de pensar que a mi madre no le hubiera gustado nada aquella invasión de su intimidad, jamás me lo hubiese permitido. Consideré aquello como una investigación científica, una especie de biopsia de un personaje ya desaparecido, cuyo mundo me interesaba sobremanera, y que por esos extraños azares del destino, resultaba además que era mi padre.

Las cartas comenzaban en octubre de 1935, es decir un mes después de la partida, que por pocos días no coincidió con mi nacimiento. La primera era la carta de un hombre apasionado..., no por su bella mujer, a la que indudablemente echaba de menos, sino por su situación militar.

Asmara. Eritrea. 25 de octubre de 1935.

Querida Letizia. Si te preguntas si te echo de menos, te diré que sí. Estoy seguro de que hemos tenido un niño ¿verdad? Me gustaría que se llamara Alessandro. Alessandro Marsala suena bien. Que Dios te bendiga.

Nos encontramos en Asmara, una ciudad primitiva, cierto, pero repleta de historia y de gloria para Italia. No sé si sabes que fue tomada por los italianos en 1989, hasta la ominosa derrota de nuestras tropas en 1896. ¡Cuarenta años hemos tardado en regresar!, pero ahora, gracias a la visión del Duce, Abisinia volverá a ser

italiana. Es su destino. Esta ciudad se encuentra en las montañas y el clima es agradable, llueve con frecuencia y muchas veces la mañana es brumosa. Los indígenas son primitivos aunque paradójicamente parecen nobles, de lentos movimientos, huesos largos, rasgos casi aristocráticos. Pero no nos dejamos engañar, se ha advertido a la tropa, que caer prisionero aquí equivale a una muerte lenta y espeluznante. Seguimos reclutando tropas indígenas. Se enrolan por unas pocas liras, apenas nada, pero para ellos una pequeña fortuna cuando cobran la soldada.

Este es un país impresionante y pronto será una posesión italiana. Entonces volveré a casa.

Cuida de los niños. Tu esposo que te quiere y no te olvida. Paolo.

Aquella primera lectura me sorprendió, pues no era aquel el concepto que siempre había tenido de mi padre. El hombre que redactó aquella carta tenía mucho más de guerrero que de esposo, o de padre. Se sentía exultante y el texto daba la impresión de que lo único que en realidad le importaba era conquistar aquellas lejanas tierras para mayor gloria del Duce. Aunque tenía la certeza de que se trataba de mi padre, nada me unía a él. Solo conocía su rostro por unas antiguas fotos desvaídas, ninguno de sus ideales coincidía con los míos. Aquel mundo en nada se asemejaba al que yo vivía. Y la diferencia fundamental, comenzaba a verlo claro, la simbolizaba una segur y un haz de varas. El fascio.

Fue Maurizio Stefano, un antiguo amigo de la juventud, hijo del ya fallecido don Antonio, el que me remitió a la doctora Emilse Pappalardo en Palermo. La había tenido de profesora cuando estudió y me habló de ella como alguien singular, con un profundo conocimiento de la historia. Tuvo incluso la gentileza de llamarla por teléfono para concretar una cita y ella aceptó. No me importó hacer el viaje, porque intuía que no sería tiempo perdido. Emilse Pappalardo tenía cerca de ochenta años, y durante gran parte de su vida había sido catedrática de Historia Moderna en la Universidad de Nápoles. Todo el mundo la conocía como una eminencia en dos temas oscuros, escabrosos, sumamente interesantes de la historia de Italia. El fascismo y la mafia.

Durante el trayecto, mientras conducía, no dejé de pensar en la increíble violencia que siempre había rodeado a la historia de nuestro país, desde sus primeros tiempos, después con Roma, la cruel época medieval, los príncipes del Renacimiento que empleaban el puñal o el veneno..., hasta al fascismo,

en el que la vida de los que no aplaudían al régimen no valía nada. O la mafia con su *omertà*, su ley del silencio. Podíamos ser la gente más civilizada del mundo, pero en el fondo de nuestro corazón seguía viviendo Maquiavelo.

Tal y como habíamos quedado, la llamé por teléfono en cuanto llegué a Palermo. Una voz femenina que se identificó como su sobrina, contestó que me estaban esperando. Caminé dando un largo paseo desde el aparcamiento haciendo tiempo, aprovechando la soleada tarde hasta la dirección que me proporcionó Maurizio. Se trataba de uno de esos impresionantes edificios de final del diecinueve, de cuatro plantas, con balcones enormes. El portal estaba vigilando por un viejo portero que me franqueó la entrada, antes de que pudiese pulsar el timbre dorado con la etiqueta escrita a máquina «Prof. E. Pappalardo». El viejo ascensor de madera en su jaula de rejilla me recordó el de la casa de un buen amigo de Florencia, que se resistía a abandonar otros tiempos.

Llegué exactamente a las cinco de la tarde. Habían preparado una pequeña merienda y la vieja profesora se había acicalado con un lazo violeta medio caído. Aun así, podían más la voluntad y la sabiduría que los años y sus ojos azules lagrimeantes me estudiaron detenidamente, antes de sentarnos en la mesa cubierta con una mantelería bordada a mano, algo gastada por los años.

Después de saludarnos, se quedaron observándome, aguardando. Entonces les expliqué mi situación, como profesor de literatura de la Facultad de Letras de Florencia, alguien que deseaba escribir una tesis doctoral sobre la influencia del fascismo en la literatura italiana. Ese interés me llevó a interesarme por el surgimiento del fascismo y su oscuro mundo. No quería comenzar hablándoles de mi padre y desviar la historia, distraerles con mi propia narración. Solo deseaba escuchar a aquella mujer, que me miraba fijamente, asintiendo, mientras su sobrina, veinte años menor, es decir, una mujer de alrededor de sesenta años asentía continuamente al servir el té con pastas. El sol de la tarde entraba por la cristalera a raudales, dispersándose por el alto techo de escayolas floreadas, al chocar con los prismas de cristal de Murano que colgaban de la lámpara. Un ambiente anacrónico, fuera de la realidad, acompañaba el cuadro, mientras me preguntaban al unísono si deseaba limón con el té.

Por un instante pensé que no tenía nada que hacer allí, salvo merendar con aquellas dos encantadoras mujeres, para más tarde pasear por Palermo disfrutando de su maravillosa arquitectura, cenar bien y volver al día siguiente

a Solarino. Qué más daba, nadie me aguardaba impaciente, esa época de mi vida había terminado para siempre y la única enseñanza era que debía disfrutar cada instante de mi vida. *Carpe Diem*.

Pero Emilse Pappalardo solo era anciana en apariencia. Iba a demostrarme que su mente seguía viva, precisa, analítica. Fue una agradable e increíble sorpresa comprobar que los años no podían nada contra la voluntad de seguir aprendiendo.

—Mire profesor. La verdad es que no estamos hablando de nada nuevo. Muy al contrario, el fascismo apareció ya en la Roma imperial. Probablemente como obediencia ciega al jefe y violencia contra los que no seguían las consignas, también nacionalismo a ultranza, como cohesión tribal. Le diré que el nacionalismo radical es casi siempre una coartada. Todo ello acompañado de un empleo masivo de los símbolos, banderas, lanzas, águilas hieráticas, enormes edificios y sobre todo ello, una cultura propia, una ideología dirigida con el fin de engrandecer al propio sistema. Un *feed-back* continuo del que no se podía salir jamás sin autodestruirse. Ese fue el paso de unas arcaicas tribus que luchaban por sobrevivir a una Roma legendaria. Después llegó el imperio... una brillante cultura, la *pax romana*, pero no nos remontemos a esa época, si me permite hablemos de lo que hemos vivido, sin intermediarios.

»Fue aquí en Sicilia, hace unos ochenta años..., la edad que tengo, no mucho más..., ni mucho menos, cuando aparecieron las primeras agrupaciones de trabajadores sicilianos. Aún recuerdo mi niñez..., no se asombre si le digo que veo aquella lejana época con increíble nitidez, pues sigo conservando la memoria a pesar de todo..., bien, pues fueron bautizados como los *Fasci dei Lavoratori*. No era más que un mínimo intento de luchar contra las enormes injusticias sociales que entonces existían. Este *Mezzogiorno*, entonces atrasado, pobre, con una agricultura de pura subsistencia, en manos de caciques. Lampedusa lo describió bien, desde su punto de vista, claro..., por contraposición ese Norte envuelto en la bruma, más culto, mejor informado, con una industria incipiente..., y un proletariado que ya comenzaba a establecer comparaciones. Gramsci lo vio claro, la única salida a los problemas de la Italia del *Risorgimento*, era la unión entre ese proletariado del Norte y ese campesinado del sur. La otra cara era

precisamente la unión entre los nuevos industriales de ese norte y los grandes terratenientes del sur.

»Fue en Adua, en aquella terrible derrota de nuestro ejército, cuando se pusieron en crisis las instituciones del Estado. Poco después el mundo se lo repartieron entre los grandes imperios y a Italia le tocaron unas conflictivas migajas, entre ellas la que sería más tarde la Somalia italiana, también Eritrea.

»Ahora, cuando el mundo es muy diferente, ya no podemos comprender aquello. Pero le voy a decir una cosa, poco hicieron por defenderse. No eran tampoco los primeros, ya habían surgido en los pueblos muchos años antes, como tímidas protestas de los campesinos frente a la opresión que sufrían..., y claro, los socialistas quisieron politizarlos, ahí tiene usted el caso de Piana Degli Albanesi... Después, en 1917, surgió el fascio político, cuando un grupo importante de senadores y diputados se unió para hacerles frente. Ya entonces se trataba de gente ultraconservadora..., y muy nacionalista. Todo aquel asunto se fue al traste..., hasta que llegó Mussolini, que era lo que hoy llaman un animal político..., en realidad, un oportunista. Bien, pues él revivió aquella experiencia, que aún bullía en la mente de muchos como algo intrínseco..., decían, al alma italiana.

La doctora Pappalardo se detuvo un instante al tiempo que lanzaba un profundo suspiro.

—¡Ah! ¡El alma italiana...! ¡Solo puede comprenderla un italiano!... ¡Esa insólita mezcla de sensibilidad y dureza! ¡De pasión y desgana! ¡De amor y odio...! ¡Perdone mi arrebato, se lo ruego! Es cierto que somos nostálgicos. Un pueblo de nostálgicos irredentos, desde Pantellería hasta la frontera austriaca. ¡Pero qué le vamos a hacer! Permítame volver a lo esencial.

»Mire profesor, como sabe bien, un fascio es un haz de varas atado con cuero rojo abrazando una hacha. Ahí lo tiene, algo muy simple, el símbolo perfecto para un grupo que quiere demostrar su unión. El hacha es el poder latente, cada varilla representa un conjunto de personas, el lazo de cuero rojo la unión indisoluble entre ellos..., como el matrimonio..., hasta que la muerte los separe.

»Pero fue en realidad Benito Mussolini el que concibió el fascismo como una forma de entender la política global. Se basó en tres principios que en Italia podían entenderse muy bien. La exaltación nacional, que Garibaldi, deslumbrado por cierto en su aventura americana por Simón Bolívar, había dejado preparada al cohesionar pueblos y regiones tan dispares..., como

alguien del Piamonte y un napolitano o un siciliano. ¿Qué tiene que ver un corso con un romano? ¿O un toscano y un calabrés?...

»El segundo principio es el corporativismo..., Ahí tiene usted de nuevo el haz, porque los italianos siempre nos apoyamos en el otro, en el que en ese momento tenemos al lado..., y finalmente el partido único. Mussolini no quería cien partidos diferentes, ni otras ideologías, ni confrontaciones políticas, ni oposición. Sobre todo le estorbaba la oposición. Veía, o mejor dicho, creía ver con tanta nitidez cuáles eran los intereses de Italia, que el que se oponía a sus criterios se convertía en un enemigo de la patria. Estaba convencido de que la única posibilidad que tenía Italia para convertirse en un estado fuerte, era mirar atrás, a la historia del imperio romano y tomar de él sus símbolos, su arquitectura..., y su manera de gobernar. Admiraba a César, pero creo que su verdadero ídolo era Gneo Pompeyo, el auténtico caudillo popular. Alguien adorado por su pueblo, que se exaltaba solo al escuchar su nombre. El propio Cicerón quiso colaborar en aquella exaltación al pronunciar su *De imperio Gnei Pompei*... ¿No recuerda que también Mussolini repitió aquello de que todo reposo le estaba prohibido, hasta el de su propia vida doméstica? Verá usted, el fascismo necesitaba una verdadera puesta en escena, y Mussolini, absolutamente deslumbrado por el imperio romano, decidió que esa era la más convincente. El laurel, los fastos, los símbolos, la arquitectura teatral, los mármoles y las columnatas..., las avenidas, los desfiles militares y las fanfarrias. Ya solo necesitaba las victorias..., las conquistas y luego, mucho más tarde, una nueva *pax romana*, a la manera fascista, claro está.

Emilse Pappalardo se llevó la taza de té a los labios y bebió un largo trago. Luego se secó las comisuras con una preciosa servilleta de encaje antiguo y se quedó mirándose como si recapacitara.

—D'Annunzio tuvo mucho que ver en todo el asunto. Era exactamente la ideología nacionalista que preparaba el terreno. ¿Qué sentido tenía el fascismo en aquellos días? Rechazaba con violencia los estandartes de los utopistas. Ni el progreso, ni la democracia, ni el pacifismo, eran válidos para la ideología de Mussolini. A la consigna de *El Duce siempre tiene razón*, podrían haber añadido *El fin justifica los medios*, porque los fascistas eliminaban físicamente a todos los que consideraban enemigos de lo que ellos propugnaban. La idea era que así, lógicamente, avanzaban con mayor rapidez en la consecución de sus fines. No tenían que justificar nada, ni dar cuenta ni

explicación alguna, los defendía la absoluta y total impunidad de una dictadura férrea que, al igual que los nazis, se creía eterna. ¡Claro! Así las cosas se veían de una manera muy diferente. Mussolini era un socialista reconvertido, que pasó por tanto de la utopía al más duro pragmatismo, todo ello en un escenario de confusión y miseria. En cuanto a la oposición..., fíjese lo fácil que era cambiar las cosas para esa gente..., sin ética. Una camioneta en la que iban diez o doce camisas negras armados hasta los dientes, entraba en un pueblo por la noche, no porque quisieran ocultarse, sino para tener la certeza de que cogían a sus víctimas desprevenidas, entonces sacaban literalmente a sus adversarios políticos de la cama y los fusilaban en la tapia del cementerio más cercano, o a veces allí mismo. La compasión es su sentimiento antifascista. Sin más historias. La justicia no intervenía, la política tampoco. El resto ya lo conoce. La marcha sobre Roma en octubre del 22, durante la cuál, Mussolini no dejó de mascullar *Roma o muerte*, rememorando a Garibaldi y la entrega del poder por Víctor Manuel III, que cometió la mayor equivocación de su vida, desacreditando la monarquía por mucho, mucho tiempo..., tal vez para siempre. El asesinato de Matteotti, por cierto, además de un alevoso crimen, una tremenda chapuza, desencadenó la dictadura en 1924. El asesinato político tenía tradición en nuestro país y no era preciso justificarlo mucho. ¿No lo escribió el *Osservatore Romano*..., *el que esté libre de pecado que tire la primera piedra*...? Pero todo el mundo quería un cambio radical..., y así los miembros de la secesión del Aventino, contemplaron con un cierto asombro e incredulidad que su gesto ético y político no servía para nada. El gesto teatral de asumir la situación. Según él cuando dos fuerzas irreconciliables se enfrentaban, la única solución era la fuerza. Esa fue la excusa elegida por Mussolini, y a partir de entonces todo el poder de Italia se concentró en sus manos. Él se convirtió en el hacha del símbolo, eso sí, un hacha ensangrentada que se llevó a mucha gente por delante, por ser comunista, o socialista, o demócrata, o simplemente por decir que no estaba de acuerdo con los métodos lo la filosofía fascista. La Iglesia que, como tantas otras veces, no hizo lo que tenía que hacer, la cobardía de las instituciones que prefirieron callar, el pueblo aterrorizado que dejó hacer..., y así nos fue...

»Sí, profesor, lo recuerdo todo con absoluta precisión, como si otra vez volviera a vivirlo. Le contaré. Una vez, hace unos años, me sometieron a una hipnosis. Grabaron lo que dije, y yo misma al escuchar aquel testimonio, me quedé sorprendida. Volví a estar en aquellos lugares, hablando con personas desaparecidas hacia más de treinta años, repitiendo exactamente lo que

escuché..., contemplando todo lo que me rodeaba entonces, hasta el más mínimo detalle... ¡Qué instrumento tan excepcional es la memoria humana! Porque verá..., en un momento dado, a través de una amiga común, Benito Mussolini quiso que le explicase algunos sucesos de la historia de nuestro país durante el diecinueve... Fueron apenas media docena de charlas. Pues bien, todo, todo lo que yo dije, todo lo que él me preguntó, volvió de nuevo durante el proceso de hipnosis. ¡Ah, qué cosa tan sorprendente la memoria! Por cierto ¿le apetece otra taza de té? Es de Ceylán.

Los ojos de Emilse Pappalardo se iluminaron por encima de sus gafas. Aquella sabia anciana conocía a la perfección el mundo que la rodeaba. Prometió enviarme copia de sus últimos trabajos. Luego me despedí como si ya fuera un miembro más de la familia y al salir a la calle ambas agitaron la mano desde el balcón. Bueno, la vida podía darte muchas sorpresa y aquella era una de ellas.

Volví a Solarino con las ideas algo más claras, reflexionando durante el trayecto sobre las palabras de Emilse Pappalardo. Alguien me había comentado que era una socialista auténtica, una mujer con un concepto ético de la vida. Pero sus disquisiciones me habían hecho meditar. Ahora, más que nunca, necesitaba saber por qué Paolo Marsala parecía haber sido un fascista convencido. Podía entender que la gente hubiese seguido aquel régimen brutal para salvar la vida, muchos por temor, otros por falta de principios, unos cuantos por puro interés. Pero estaba seguro que solamente unos pocos lo habían hecho por total convicción. Y por lo que sabía hasta aquel momento, mi padre fue uno de estos últimos.

Al llegar a Solarino cogí un paquete de cartas y entresaqué una al azar.

Asmara, Eritrea, 12 de febrero de 1936

Queridísima Letizia. No he recibido carta alguna tuya, pero no te lo reprocho. Debe ser la dificultad de que lleguen hasta aquí.

Me han asignado la misión de reclutar tropas indígenas y hemos viajado por la costa hacia el sur, un lugar infernal, indescriptible, llamado la depresión Danakil. Estoy convencido de que en el mundo debe haber pocos sitios como ese. Imagínate una inacabable llanura de sal, una planicie sin límites, rodeada de lejanísimas montañas sin

apenas vegetación. La sensación es de una terrible desolación, con un clima tan hostil para los seres humanos, que da la sensación de que es imposible sobrevivir, como si algo aquí quisiera evitar que entrasen, o lo que resulta más difícil, salir de allí. No me cabe la menor duda de que Dante supo de él cuando describió el infierno. ¿Recuerdas? En el infierno hay un lugar llamado Malasbolsas, de piedra ferrugienta, igual que el cerco en el que está encerrado.

En ese lugar viven unos indígenas, los afar, una raza primitiva, ruda, guerrera y vengativa. No hay más alto honor para un hombre que asesinar a otro y castrarlo de inmediato, privarle de su virilidad, como un trofeo que se cuelgan al cuello, formando un collar con otros anteriores, para que todos sepan lo que han hecho con sus enemigos. En esta tierra, los asesinos son ennoblecidos por sus crímenes, y cuantos más asesinatos cometan, mayor es su rango social. Sin embargo no hemos podido reclutar a ninguno, son gentes hostiles a los extranjeros y ni el dinero, ni siquiera lo que más anhelan en su mundo, el regalo de armas y cuchillos, ni las promesas, ni la coacción, hace cambiar sus viejas costumbres. Ellos solo desean seguir apacentando sus rebaños de cabras y dromedarios, rumiando sus venganzas, raptando a las mujeres de las tribus vecinas, asesinando a sus rivales y rezando el Corán, porque se consideran musulmanes. Aunque para los verdaderos seguidores del Islam son creyentes de segunda clase. Es imposible contar con ellos y por lo que hemos visto, prefieren dejarse morir antes que hacer la guerra como soldados del ejército italiano.

Hace una semana me reuní con uno de los sultanes afar. No resultó fácil que consintiera en hablar con nosotros. Llegamos a lomos de camellos tras una larguísima y agotadora jornada racionando el agua, porque apenas hay algún oasis donde sea potable. Íbamos con dos guías que nos condujeron entre volcanes extinguidos por el lugar más seco de la tierra. Los labios nos sangraban, abiertos como granadas por el terrible calor y la sequedad del ambiente. Finalmente, al atardecer, avistamos el campamento de Abû 'Abdallah, el sultán de un lugar llamado Dallo. Centenares de camellos pastaban en una mancha de hierba reseca, como si se tratara de un jugoso prado. Los vigías del sultán nos habían avistado mucho antes, y los guías tuvieron que negociar largamente para que el sultán nos permitiera entrar en su

campamento. Un conjunto de tiendas que se confundían con el paisaje, cosidas mil veces, rotas a jirones por el viento, impregnadas de un olor acre a animales y suciedad. Pues bien solo acceder allí nos costó una carabina. Un presente del Duce al sultán de un lugar remoto, pero si queremos ganar esta campaña es preciso hacernos con las voluntades de los pueblos rivales de los abisinios.

Tuvimos que aguardar pacientemente a que el sultán terminase sus oraciones, solo después nos recibió. Hablan un extraño dialecto casi incomprensible para los propios árabes, pero los guías me sirvieron de intérpretes. Las mujeres se habían ocultado, para que no pudiésemos verlas, pero pude atisbar dos jóvenes que corrían y pude ver que iban desnudas de la cintura para arriba. Son esbeltas y en apariencia bien proporcionadas.

El sultán haciendo gala de su forzada hospitalidad, nos obsequió con un te oscuro excesivamente dulce que alivió nuestras gargantas. Era un hombre de negros y pequeños ojillos, nariz aguileña, tez muy oscura, aunque no poseía los rasgos de los negros. Nos observaba con curiosidad, pero te diré que en aquellos instantes no hubiese dado nada por nuestras vidas. Si no supiera que pertenecíamos a un poderoso ejército, con seguridad plena nos habría degollado solo para robarnos nuestros prismáticos, las pistolas y los rifles. No dejaba de mirarlos codiciosamente, hasta que le regalé unos prismáticos con su funda de cuero. Entonces él me entregó una bolsa para llevar el tabaco. ¡Confeccionada con unos genitales humanos! Tuve que agradecerle el presente, porque según me explicó Abdel, el guía, aquel era el mejor regalo que un hombre podía hacer a otro.

A pesar de las largas explicaciones, de los regalos, de las veladas intimidaciones, no consintió que ninguno de sus hombres viniese con nosotros, aún ofreciéndole a cambio una importante cantidad de presentes y oro. Tampoco pareció preocupado por las amenazas de que finalmente tuviera que ceder por la fuerza. Se encogió de hombros mencionando que Alá era el más grande, y que el destino de todos los hombres estaba escrito.

Abandonamos el campamento del sultán convencidos de que no iba a permitirnos salir vivos de allí. Pero a pesar de su fiereza y su crueldad, para ellos las leyes de la hospitalidad son sagradas y pudimos marchar, aun a sabiendas de que en cuanto saliéramos de su territorio, se levantaría la veda de nuestra caza.

Como puedes ver, aquí la vida es terriblemente exigente, pero si queremos conquistar este enorme imperio para Italia, no tenemos más remedio que aguantar, pensando en el Duce y en la gloria que aguarda a nuestro país.

Imagino que os encontráis bien, y es que ahora comprendo que pocos lugares son tan amistosos para vivir como Sicilia. ¡Cómo la echo de menos!

Tu esposo. Paolo.

Al terminar la misiva me quedé pensativo. Aquellas cartas parecían demostrar que mi padre estaba plenamente convencido de las teorías fascistas de Mussolini y que no ponía en duda que Italia hacía lo correcto al llevar a cabo aquella invasión contra unas bárbaras y primitivas tribus, llevando la luz civilizadora de Roma al oscuro corazón de África.

El texto dejaba claro el espíritu de mi padre, que no parecía sentir excesiva nostalgia de su casa, a pesar de las penurias y los enormes riesgos.

Cuarenta años más tarde no era fácil para un italiano moderno comprender como había podido ocurrir algo semejante. Un pueblo creativo, individualista, anárquico, amante de la buena vida, humanista. ¿Cómo se había dejado engañar de aquella manera por un tramposo como Mussolini? Era cierto que la violencia siempre había jugado un importante papel en la idiosincrasia de los italianos, no era solo la manera de resolver los problemas al estilo mafioso, tampoco se trataba de la eterna historia entre Montescos y Capuletos, o de los maquiavélicos Borgia. Pero no se podía desdeñar que existía ese recurso que los fascistas habían utilizado como algo normal. ¿No lo aclaraba Duverger? El fascismo implicaba un carácter no solo revolucionario, sino una manera de lograr el cambio mediante la violencia, la agresividad directa contra sus adversarios, la instrumentalización del terror y como culminación de todo ello, la guerra como vía política natural para resolver los conflictos.

CAPÍTULO 3

PIETRO GARATTONI

Recordé entonces que en Siracusa debía seguir viviendo un antiguo compañero de mi padre, al que solo conocía de referencias; Pietro Garattoni. Si no había fallecido, tendría ya alrededor de ochenta años. Con frecuencia a esa edad se recuerda mejor lo que ha ocurrido hace cincuenta años que el día anterior, lo que los especialistas conocen como pérdida de la memoria actual. Tal vez él podría ayudarme a comprender cómo y por qué Paolo Marsala llegó a convertirse en un fascista convencido.

Bajé a Siracusa aprovechando que necesitaba adquirir algunas cosas y también para despejarme del cerrado ambiente de Solarino. La dirección de Garattoni me la proporcionó Carlo, que lo recordaba bien. Aún después de tantos años, comentó que aquel hombre le había impresionado.

Cuando pregunté por él, la mujer de mediana edad que me abrió la puerta, me miró sorprendida, contestando que el anciano llevaba ya cinco años en un asilo en las afueras. No, no se trataba de Alzheimer, aunque padecía los achaques propios de la edad, que prácticamente le impedían moverse, por lo que él mismo había pedido que lo llevaran allí. Al terminar la conversación en la misma puerta, se identificó como su nieta. No había oído hablar de mi padre nunca y pensé entonces que la vida era muy dura a veces.

Pietro Garattoni debía tener todas las afecciones de un anciano de su edad, menos la cabeza. Se encontraba sentado en una silla de ruedas con una vieja manta de cuadros cubriéndole las piernas. Su rostro inmóvil daba la impresión de tratarse de una gastada máscara de cuero curtido y sus ojillos oscuros parecían agazapados en el interior de sus párpados. Sin embargo, el anciano conservaba un atisbo de fuerza, que se adivinaba en sus fuertes manos de grandes dedos.

Le expliqué quién era yo y solo entonces asintió sin sorprenderse, como queriendo mostrar simpatía. Le miré un instante a los ojos y le dije que estaba

intentando escribir una historia sobre la vida bajo el fascismo, y que deseaba saber por qué mi padre se había convertido en un fascista convencido. El anciano permaneció un largo rato en silencio como si no hubiera entendido la pregunta. Iba a repetírsela cuando levantó la mano derecha lentamente, queriendo indicarme que no hacía falta. Luego comenzó a hablar marcando las palabras, con una voz profunda, haciendo largas pausas para respirar.

—Paolo Marsala. ¡Ah, sí! ¡Paolo! Recuerdo bien la última vez que lo vi y también la primera, el día que ingresamos en la academia militar en Turín. Era en verdad un apuesto joven, lleno de energía. ¡Uff! Hay un abismo de tiempo entre 1915 y 1976. ¡Sesenta años! Cuando lo medito siento vértigo. Todo ha cambiado desde entonces. Todo, nada es lo que era. Nada... ¡Han ocurrido tantas cosas! Entonces nadie hubiese imaginado lo que iba a venir..., tal vez, Julio Verne.

»Ambos éramos capitanes, él de artillería y yo de caballería el mismo año en que Mussolini tomó el poder en 1922. Quiero decir que para mal o para bien creíamos encontrarnos en el lugar justo..., en el momento adecuado. Éramos exactamente lo que él demandaba una y otra vez en sus largos discursos. El hombre nuevo. ¡Qué equivocados estábamos todos! Los unos por esa estúpida arrogancia que proporciona la falta de experiencia, los otros porque su ambición sin límites les cegaba. ¡Ah! ¡Nadie escarmienta en cabeza ajena! Lo recuerdo como si fuera ayer. Piense que entonces nosotros veíamos las cosas de otra manera. Además Italia se encontraba sumida en el caos, en la pura miseria y en aquel desorden, el único que parecía garantizar un futuro era el Duce. Ahora no puede entenderme..., pero le diré que para muchos italianos aquel hombre parecía enviado por Dios. Irradiaba algo especial, que te arrastraba. Era un verdadero vendaval, y prometía un cambio necesario. Orden y progreso. ¿Entiende?... Ambos le juramos fidelidad, convencidos de que Italia necesitaba a aquel hombre, que se nos antojaba providencial, como a tantos otros. Italia entera sucumbió a su seducción..., por eso le digo que ahora, sabiendo como terminó el asunto, que es difícil de comprender lo que aquellos años significaron.

»Además, como militares de carrera, no poníamos en duda la jerarquía del jefe supremo. Lo veíamos como algo lógico. No nos gustaban los liberales, ni los bolcheviques, ni para decir verdad, los intelectuales, con sus ambigüedades, teóricos que no hacían más que especular con las ideas, cuando lo que el país necesitaba era concreciones. ¡Claro! No éramos capaces de entender que todo eso nos enriquecía, mientras que el pensamiento único

solo nos conducía a un callejón sin salida..., Claro, tampoco los judíos, que representaban exactamente esas facetas y, por tanto, un mundo opuesto al que queríamos... En cambio la definición del nuevo orden que él propugnaba nos ilusionaba.

Garattoni me lanzó una profunda mirada y tomó aliento respirando entrecortadamente, porque incluso hablar le agotaba.

—Usted va a decirme que nos engañaron, pero le contestaré que es muy fácil de ver a agua pasada. En aquellos días teníamos la certeza de que aquel hombre iba de buena fe, y de hecho casi todos los trabajadores aplaudieron *La carta dei Lavoro*, que por primera vez garantizaba sus derechos sociales.

»Estábamos convencidos de que la verdadera libertad era aquello. No hacía falta otra libertad que la que el Duce nos otorgaba, y sin duda hubiéramos dado nuestra vida por él..., y por los ideales que representaba. Bueno, tienen ustedes todo el derecho del mundo a decirnos que nos equivocamos, a increparnos incluso..., pero tendrían que haber estado allí. Ahora, cuando el río de la historia se ha llevado todo eso por delante, los que un día nos llamamos orgullosamente fascistas, sentimos vergüenza de lo que ocurrió. Al menos yo tengo la sensación de que me engañaron. Pero permítame que siga con la historia que ha venido a buscar.

Garattoni entrecerró los ojos, como si estuviera rebuscando en los entresijos de su larga memoria. Carraspeó y comenzó a hablar de lo que en realidad me afectaba profundamente.

—Paolo Marsala se presentó a los exámenes e ingresó en Estado Mayor. En realidad él era un hombre de confianza de Graziani, que fue quien nos llevó a Abisinia. Bueno, la verdad es que Paolo tiró de mí y yo también fui, como comandante de blindados.

»Su padre..., ahora ya no hay nada que ocultar, fue en realidad durante una época miembro del Servicio de Información del Ejército, o lo que venía a ser lo mismo, del partido fascista. Él depuraba las posibles responsabilidades... y claro, eso lo convertía en alguien temido. Verá, no es fácil entenderlo, todo ha cambiado y cuanto más nos alejemos, más parecerá un reparto de opereta. Incluso ridículo, pero yo que estuve allí, le diré que averigüé pronto que no se trataba de una tragicomedia, sino de un verdadero drama, que nos iba a afectar a todos.

»Si me pregunta si Paolo actuó por convicción o por su propio interés, le contestaré que por lo primero. Al menos durante una etapa, para Paolo Marsala, el Duce era dios. No se podía discutir sobre si tenía o no tenía razón. Mussolini era quien tomaba las decisiones supremas, y el Gran Consejo Fascista, no era otra cosa que el instrumento del jefe supremo para poder gobernar. El individuo no tenía importancia, y jamás podría oponerse al Estado..., y eso convenció a la cúpula del gobierno de que no era preciso justificar nada. Las libertades políticas, los derechos elementales del individuo, dejaron de tener sentido. El estado era teóricamente eterno, el ser humano..., solo un mero servidor temporal de ese Estado, con mayúscula.

»Para gentes como Marsala, que había participado en el asalto al diario *Avanti*, y que colaboró eficazmente en el desfile de Nápoles..., el 24 de octubre de 1922, Mussolini iba a cambiar Italia de arriba abajo. En cualquier caso, todos teníamos la impresión de que faltaba muy poco para que el país se despeñara en esas profundas simas de la historia. Garibaldi que pensaba que donde no podían llegar las palabras llegaría la caballería, lo había cosido más en el corazón que con la cabeza, y las costuras tiraban aquí y allá, amenazando con romperlo para siempre. Mussolini era, sin duda, el *hombre nuevo* que Italia necesitaba... Recuerdo bien que unos años antes, en la academia militar, un profesor nos habló de Maquiavelo. El fin justifica los medios, aseguró, y Paolo Marsala susurró a mi lado, que esa era la verdadera política que Italia requería en aquellos días.

»Pero la realidad era que la política que Mussolini proponía, requería gente con instrucción y maneras militares. El orden por encima de todo, la disciplina castrense, el uso de las armas. A Paolo pronto le asignaron un puesto importante.

El anciano levantó los ojos para observar mi posible reacción.

—Sin embargo, algo ocurrió tiempo después que frenó su carrera, algo extraño que nunca he sabido descifrar. Cuando debía haber ascendido por sus propios méritos, no terminaba de llegar el nombramiento. Él me confesó un día que no le importaba, que se trataba de una circunstancia personal y que lo único importante era Italia. Le creí a medias.

»Años más tarde el país se metió de lleno en la campaña de Abisinia. Paolo quiso participar y solicitó aquel destino. Se lo concedieron de inmediato. La verdad, me quedé sorprendido, porque para mis adentros, creía que aquel hombre había caído en desgracia por alguna razón que se me

escapaba. No podía comprender la situación, ya que con seguridad plena, Paolo Marsala reunía las condiciones para ser alguien importante. Era fiel, creía firmemente en la ideología fascista desde los primeros momentos, no se le podía achacar ningún desliz, al menos que conociéramos sus amigos, tampoco tendencia política que pudiera enfrentarlo al partido. No tenía nada que demostrar..., sabía de su fidelidad al régimen, porque pude presenciar como actuaba en los momentos decisivos. Si me pregunta si tenía las manos manchadas de sangre por ello, le contestaré que sí. Las tuvo. No era un hombre cruel, pero tampoco rehuía las responsabilidades. Aquella situación era muy extraña..., casi absurda.

»Por entonces ya no éramos los amigos íntimos que un tiempo habíamos sido en la academia. Yo me encontraba al mando de un batallón de tanquetas blindadas, formando parte de la más moderna joya del ejército, el I Regimiento de Blindados. Él había pertenecido durante todos aquellos difíciles años al Estado Mayor, hasta que de pronto, justo en los días en que se hablaba ya abiertamente de la campaña de Etiopía, al solicitar el destino, lo enviaron al Cuerpo de Cazadores, como comandante. Eso fue una sorpresa, porque en realidad era como si lo hubiesen degradado, pero por otra parte, parecían seguir sus deseos y lo enviaban lejos, a una misión de enorme trascendencia para el futuro del país.

»Poco antes de partir, nos encontramos en Roma por casualidad. Lo vi como siempre, sin tener nada que objetar. No parecía envidiar mi ascenso a teniente coronel. Me felicitó efusivamente..., daba la impresión de conformarse, pero al tiempo lo noté entusiasmado por su destino. Yo, por el contrario, que no lo había solicitado, me sentía interiormente contrariado porque quería permanecer en Italia, y no jugarme la vida en una lejana guerra con un pueblo inferior y primitivo..., entiéndame, ya no pienso igual, pero entonces nos habían metido una extraña teoría en la cabeza. Los italianos teníamos un destino universal y formábamos parte de la raza elegida para mandar. ¡Qué pobre sentido del ridículo!..., pero eso lo vemos claro ahora. Recuerdo una conferencia en la Academia Militar. La dio un profesor alemán, de Heilderberg. Habló del hombre ario; para él, los italianos, los alemanes, debíamos adquirir la conciencia de una superioridad racial sobre otros pueblos. El blanco, según él, no podía ni debía confraternizar con el negro..., en cuanto a los judíos..., los denominó infrahumanos, los pueblos superiores mantenía debían ampliar sus territorios a costa de otras razas inferiores..., eso era casi una obligación histórica. Estaba hablando claro, de la conquista de Abisinia.

»Cuando un par de meses más tarde llegué a Asmara, Paolo acababa de partir en una misión secreta. Pronto me olvidé de él y de otras cosas. Mi única preocupación en aquellos días era conseguir que los blindados tuvieran la utilidad bélica y logística que esperábamos de ellos. Pero todo se complicó y las cosas no terminaban de salir como deseábamos. Verá, aunque teníamos la experiencia de Libia unos años antes, también la de Eritrea, aquella situación era muy diferente. Se trataba de un territorio enorme, primitivo, hostil, con un enemigo muchas veces invisible, valeroso y dispuesto a morir sin darle importancia. Ahí se equilibraba la contienda.

»Durante algún tiempo no supe de Paolo, hasta que un día, por una de esas casualidades del destino, nos encontramos inesperadamente en un extraño lugar. Yo iba en un vehículo todo terreno con un escuadrón de las fuerzas especiales, marchábamos muy despacio por lo abrupto del terreno y la falta de visibilidad, cuando de pronto un jinete se recortó en la bruma, tardé unos minutos en darme cuenta de que se trataba de Paolo, seguido de dos exploradores. Las gotitas de agua se transformaban en mínimas perlas y la luz filtrada por la niebla lo hacía brillar todo. No descendí del coche, ni él del caballo, solo nos quedamos mirándonos, sorprendidos, sin decir palabra, cuando reaccionamos, únicamente nos deseamos buena suerte y seguimos cada uno nuestro camino. A las pocas semanas me enteré de su desaparición y no tuve ninguna duda de que habría muerto. ¿Por qué iba a dudarlo? Se habló mucho de aquello en el campamento. Después supe que lo buscaron durante varias jornadas, pero de pronto abandonaron la investigación y lo declararon muerto en combate. Era lo mejor para su familia y pensé ingenuamente que el ejército italiano cuidaba de sus hombres.

»Puedo decirle que tomé parte en varias batallas. Se trataba de un enemigo teóricamente débil, primitivo, sin apenas medios, al que deberíamos haber barrido de un soplo..., pero la soberbia de nuestros jefes no había contado con que aquellas gentes conocían el terreno a la perfección, sabían bien lo que era el combate, eran encarnizados en él y conocían a fondo la guerra de guerrillas, por la simple razón de que era su forma natural de vida.

»Recuerdo con vergüenza como derrotamos al ras Mulugheta, que se había hecho fuerte en una especie de fortaleza natural, en el monte Agradam. Contaba con un centenar de miles de guerreros dispuestos a morir antes de permitir que tomásemos el lugar. Era algo verdaderamente impresionante ver miles y miles de guerreros en las alturas, armados de viejos fusiles, la mayoría de ellos portando lanzas y escudos de piel, incluso arcos y flechas..., que por cierto sabían utilizar. El ras estaba allí, aguardándonos, en un lugar inhóspito

y brutal. Las órdenes eran tomar la fortaleza a toda costa y aniquilar su ejército hasta el último hombre.

»Eso en los despachos de los jefazos fascistas de Roma se veía como un juego de niños. Tenían grabado en su imagen el desfile antes de partir. Miles y miles de soldados italianos, en una impresionante parada militar, perfectamente uniformados, bien equipados, con los últimos adelantos técnicos y el mejor armamento posible. Centenares de blindados recién salidos de fábrica, aviones modernos en exacta formación cruzando el cielo, cañones, ametralladoras en vehículos especiales. Mussolini sonreía de satisfacción, valorando su absoluta superioridad. Lo recordábamos todos en la enorme tribuna, con el águila dorada a sus pies, las fasces a ambos lados con las hachas de cinco metros de altura, las banderas rematadas con las coronas de laurel que refulgían al sol. Todos los hombres fuertes del país se encontraban allí, y Benito Mussolini permaneció en pie varias horas saludando con el brazo tendido a sus ejércitos, meditando tal vez en qué se habría equivocado Julio César. ¿Quién iba a hacer frente a aquella espectacular maquinaria bélica? ¿Los abisinios? No, Adua solo era historia pasada.

»Pero unos meses más tarde la dura realidad se impuso. El insoportable calor húmedo en las zonas bajas, las lluvias interminables que convertían los senderos en intransitables arroyos fangosos, los implacables mosquitos, las serpientes y otras alimañas, aquel era el reino del buitre y la hiena. Un día encontramos los cadáveres de unos soldados que se habían extraviado y las fieras los devoraron. El país tenía una geografía que transformaba cada colina en una imposible fortaleza, aquellos feroces guerreros, gentes indómitas, primitivas, para los que asesinar era una forma de entender la vida, gentes a las que no parecía importar morir, que jamás se quejaban. Todo aquello no nos lo habían explicado en Roma, y para los míos el solo hecho de mantener las tanquetas funcionando era ya una heroicidad. El combustible no llegaba con puntualidad, los mecánicos se desesperaban con el barro, mientras los motores se paraban en mitad de una charca pantanosa y veíamos como alguna de aquellas maravillas de la tecnología desaparecía bajo el agua verdosa sin poder hacer nada por evitarlo. Además los muchachos enfermaban de paludismo y fiebre amarilla, y aquel territorio increíblemente extenso, nos hizo comprender que la campaña no iba a ser el simple paseo militar que habíamos creído en el triunfal desfile de despedida en Roma.

»Fueron finalmente los asesores políticos los que se reunieron con los militares. Ciano les explicó como se iba a ganar aquella guerra, porque de

nada valían los casi trescientos mil hombres desplazados, la demostración de sofisticado armamento, ni la voluntad férrea de Graziani que había prometido una campaña corta y victoriosa a Mussolini, que siempre impaciente aguardaba noticias. Él hubiera deseado aniquilar a los etíopes y llevar encadenado a Haile Selassie a Roma, pasearlo por la Avenida de las Victorias frente al Coliseo y recibir el clamor ensordecedor de las multitudes. Al menos eso era lo que contaban los libros de los clásicos. ¿Ha leído usted *La Roma legendaria*, de Tito Livio, o los *Anales* de Tácito?... ¡Ah! ¡Qué bellísima forma de contar la historia! Ellos fueron los que la transformaron en leyendas..., Le ruego perdone estas disquisiciones de un viejo que no termina de comprender la realidad..., pero le diré que no he leído nunca nada mejor...

»Ahora permítame que prosiga. La implacable realidad se encontraba en el Monte Agradam, un lugar inaccesible, con vertiginosos precipicios cortados a pico, una fortaleza natural, cuyos baluartes eran rocas que emergían gigantescas..., y eso ya no parecía tan fácil. Las primeras escaramuzas nos habían costado unos centenares de cazadores alpinos, que supuestamente iban a abrir brecha. ¡Muchos de ellos muertos a flechazos o ensartados en un venablo que de pronto surgía de un matorral! Como puede comprender, los blindados no tenían allí otra misión que impresionar, pues en aquel terreno eran del todo inútiles, y recuerdo bien que lo agradecí, porque no sabía lo que podría llegar a ocurrir, si nos hacían entrar en combate en un territorio tan adverso.

»De tal guisa permanecemos durante un par de semanas, disparando fuego de morteros que hacían rodar las rocas desde las alturas, aunque sin ocasionar daños aparentes. Ellos tenían mejor posición y disparaban con increíble precisión sus viejos fusiles, que habían hecho sonreír a nuestros hombres en las primeras capturas. Pero desde las alturas seguían cayendo flechas y lanzas que de tanto en tanto hacían caer a alguno de los nuestros, lo que desmoralizaba a los inexpertos soldados de reemplazo, a los estudiantes que habían querido enrolarse y que el propio Duce había condecorado en Roma antes de partir en una tarde para la historia, en busca de la gloria. La amarga gloria.

»Badoglio convocó una mañana a todos los jefes entre los que yo me encontraba. Con él se hallaba su asesor, un alemán del que se decía era amigo de Ciano y que hablaba un pésimo italiano con acento del norte de Alemania. Recuerdo el nombre del consejero, Rudolf Von Lansing, un prusiano de un metro noventa, ceño fruncido y prácticamente albino. Dijo que debíamos cambiar de táctica, y que era absurdo seguir perdiendo hombres en una lucha

anacrónica al estilo medieval. Los etíopes nos habían llevado a su territorio y también a su forma de batallar y eso había sido un craso error. No miraba jamás a los ojos, como si le resultara incómodo. Saqué la conclusión de que despreciaba a todo el mundo..., y le diré una cosa, sentí un largo escalofrío, porque algo en él nos repelía a todos.

»Von Lansing nos dio una conferencia en la que habló del gas mostaza, y sus variantes. Era cierto que la Sociedad de las Naciones lo había prohibido, pero en la guerra —remarcó con frialdad— valía todo. ¿Qué era más importante, una vida italiana o un reglamento trasnochado? Ante aquellas palabras, Graziani asintió convencido. No había mucho más que decir.

»Al cabo de unos días los aviones de la fuerza aérea llegaron desde sus bases en la costa de Eritrea, y los buitres, tan abundantes en aquellas montañas, subieron hasta una altura increíble antes de que los aviones aparecieran en el horizonte, como si intuyeran llegar a la muerte. No llevaban explosivos, sino bombas repletas de gas venenoso. De inmediato comenzó el bombardeo y al impactar, una nube de color verdoso descendía de las cimas, dejando tras de sí un rastro de silencio. En una sola jornada, doscientos aviones arrasaron la inexpugnable fortaleza natural del ras Mulugheta, y los que consiguieron huir de allí fueron literalmente ametrallados por los batallones de fusileros apostados en los lugares adecuados. Aquello no fue una batalla, sino una matanza, como si Graziani quisiera demostrar que allí no valía el coraje, ni el heroísmo, ni el sentido del deber, solo cumplir a rajatabla los deseos del Duce.

»Me entenderá usted si le digo que no fuimos capaces de celebrar la victoria. Yo tenía la impresión de que después de aquello, los abisinios, unos extraordinarios guerreros no perdonarían jamás a Italia. ¡Cien mil hombres aniquilados en un día por un arma mortífera, letal, incomprensible para ellos! La fuerza de Mussolini debía representar un mundo moderno, civilizado. ¿Éramos nosotros los embajadores de la nueva Italia en África? Aquella noche sentimos muchos una profunda vergüenza y la mayoría de los verdaderos soldados italianos cenaron en silencio, sin celebrar una victoria tan importante desde el punto de vista estratégico. Una compañía recorrió aquel atardecer el campo de batalla, recogiendo los estandartes, las armas más curiosas, los penachos de plumas de los guerreros, los viejos fusiles incluso. También amuletos y abalorios de bronce y marfil, brazaletes. El Duce amaba los recuerdos, y todo aquello iría a formar parte del futuro museo de las victorias. Nadie sabría entonces que allí el verdadero vencedor había sido el diablo.

»Fue entonces cuando comprendí que los principios que nos habían enseñado en la academia no eran otra cosa que letra muerta para los fascistas. Honor y gloria. Pues acabábamos de comprobar que ni una cosa, ni la otra. Vergüenza y deshonor..., pero eso sí, útiles para anunciar en Roma, a los cuatro vientos, que el glorioso ejército italiano acababa de ganar su primera batalla en Abisinia.

»Pero al lejano Duce no parecía importarle el precio. Los alemanes no solo aplaudían su estrategia, como habíamos podido comprobar; la apoyaban. Cuando la noticia llegase a las capitales europeas que no coincidían con el fascismo, se echarían a temblar, porque sabían bien que aquello no era más que un burdo ensayo previo. En África no valían las normas ni el derecho internacional. Después, usted lo sabe bien, tampoco valieron en Europa.

»Ya sabe como terminó todo. A fin de cuentas, Mussolini no logró lo que pretendía, ni aun jugando sucio. Los etíopes aún no han perdonado a Italia. Badoglio y Graziani no fueron juzgados como criminales de guerra, porque solo se trataba de un lejano país sin fuerza política. En cuanto a Paolo Marsala, no supe más de él, pero le voy a decir una cosa. En 1964 casualmente me encontré a la madre de usted en Nápoles y ella me insistió en que su marido seguía vivo. Lo repitió cuatro o cinco veces, hasta hacerme creer que tal vez aquella mujer tuviera la cabeza perdida. Solo hablamos cinco minutos en la calle. Por alguna razón, esa noche en el hotel me desperté en mitad de una pavorosa pesadilla, convencido de que Letizia Marsala tenía razón.

Prieto Garattoni me miró a los ojos. Yo estaba asombrado, no de su increíble memoria, sino de la absoluta lucidez de su juicio. Sonrió al notarlo. Le estreché la mano y prometí volver otro día. Asintió, convencido de que solo se trataba de una cortesía por mi parte.

Volví a Solarino reflexionando que apenas acababa de iniciar un largo camino, pero que algo muy fuerte me impulsaba a seguirlo, aun a sabiendas de las enormes dificultades que me aguardaban.

CAPÍTULO 4

LA CLAVE

Durante unas semanas pude trabajar intensamente en casa, ordenando los documentos. Encontré varias fotografías interesantes, todas ellas anteriores a la marcha a Abisinia. Una de las fotos era de su graduación en la Academia Militar. Mi padre y otro desconocido estaban señalados con una pequeña cruz sobre la cabeza. No le presté mayor atención porque pensé que se trataría de un amigo más cercano, con el que tal vez había intimado en el último curso. Lo normal es que hubiese fallecido, aunque el caso de Garattoni la entrevista me había asombrado. Por otra parte, muchos de los recortes de prensa se referían a la ocupación de Libia, muy anterior a la campaña de Abisinia. Entonces supe que mi padre estuvo un par de meses en Trípoli, tres años antes de ser enviado a Etiopía.

Encontré también algunas cartas de amor de la época en que mis padres eran novios, pero decidí no leerlas por el momento. No era falso pudor, sino el hecho de creer que poco podrían aportar a mi investigación, así que las até con unas cintas y las guardé en una caja de cartón, aunque tuve la precaución de ordenarlas por fechas, según el matasellos de correos. Todas estaban dirigidas a Letizia Vittoria, a la casa de mis abuelos maternos en Catania.

En uno de los cajones encontré varios ejemplares en sorprendente buen estado de *La lucha de clases*, la revista fundada por Mussolini. También de *Il popolo d'Italia*, el diario fundado por él en 1914 y unos cuantos ejemplares de *La Stampa della Sera* de Turín.

Por alguna razón, mi padre había guardado cuidadosamente todo lo referente al asesinato del líder socialista Matteotti, ocurrido en junio de 1924, por una escuadra de *camisas negras*. En el recorte, había apuntado con letra minúscula un nombre, Adriano Vergendo, y un teléfono indicando que correspondía a Milán. No pude resistirme a llamar, aun sabiendo que lo estaba haciendo desde la noche de los tiempos. Nadie cogió el aparato, lo que era lógico. ¿Quién iba a mantener un número durante cincuenta años?

Después, seguí trabajando, el problema era ordenar el material, ya que por el momento no podía entrar a estudiarlo. Era una labor ímproba aunque apasionante, porque de tanto en tanto saltaba la sorpresa.

Al terminar la jornada volví a encontrar el número de teléfono. Reflexioné un instante y en aquel momento me vino a la mente mi viejo amigo Gian Luca Palla, un alto funcionario del Ministerio de Comunicaciones. Busqué su número en la agenda y lo llamé; no estaba pero su secretaria aseguró que lo localizaría. Gian Luca siempre había sido un hombre muy educado. Además, durante largos años en la universidad fuimos compañeros y esas cosas no se olvidan. Tardó apenas media hora en devolverme la llamada. Cuando le expliqué la cuestión, se rio a carcajadas. ¿Un número de teléfono de hacía cincuenta años? Imposible. Luego nos saludamos afectuosamente y colgué. Bueno, al menos habíamos hablado después de un par de años sin saber uno del otro.

En poco tiempo había recopilado una importante información y ahora sabía que mucha gente recordaba aquella época por uno u otro motivo. El país entero se vio implicado en una situación extremadamente dura, que afectó sus vidas de manera radical. Eso tenía lógica, pero la verdad, me sentía desbordado por el asunto y decidí irme a pasar un par de días a Catania, y visitar a mi madre.

Estaba saliendo por la puerta cuando sonó el teléfono. Por un momento pensé que lo mejor que podía hacer sería dejarlo sonar y cerrar la puerta. Pero me dirigí al teléfono y lo cogí. De nuevo era Gian Luca Palla. Algo excitado me dijo que tenía el número de teléfono que sustituía al anterior. Sorprendido lo apunté. Él se rio de mi sorpresa, mientras me aseguraba que jamás daba su brazo a torcer. ¡Siempre existía una posibilidad! Le agradecí su interés y en cuanto colgué, sin mucha fe, llamé al nuevo número; respondió un contestador automático. Algo confuso dejé recado de que estaba interesado en alguien llamado Adriano Vergendo y dejé mi número. Después me olvidé del asunto y conduje mientras anochecía hasta Catania.

A pesar de la frialdad que existía últimamente entre nosotros, mi madre pareció alegrarse de verme y de que estuviera viviendo en la casa de Solarino, pues siempre temía que pudieran entrar y expoliarla. Tía Rosa llegó unos minutos más tarde y se mostró muy satisfecha de que hubiese ido a su casa, pues no nos veíamos desde hacía mucho tiempo y verdaderamente siempre había sido muy cariñosa con nosotros.

Permanecí un par de días allí, holgazaneando y relajándome. Cuando le expliqué a mi madre que tenía la intención de escribir una historia sobre el fascismo y que para ello necesitaba saber más cosas sobre todo aquello, no

puso muy buena cara. Murmuró que había cosas que era preferible que se olvidaran. Le repliqué que yo creía lo contrario, se trataba de algo que no debería olvidarse jamás. Tía Rosa intervino para darme la razón, insistiendo en que olvidar era como aceptar..., y eso remarcó con indignación ¡Jamás!

Nos encontrábamos cenando en el gran balcón que daba al mar. Mi madre debió pensar que ella podría tener sus convicciones, pero que en cualquier caso yo era hijo de Paolo Marsala y tenía derecho a saber quién había sido mi padre. Nunca antes me había hablado de él, salvo pequeñas anécdotas circunstanciales que mantenían la figura paterna en una ambigua nebulosa que comenzaba poco a poco a desvanecerse.

—Si te dijera que tu padre fue un buen hombre, pensarías que no deseo hablarte de él, ahora bien, si estás dispuesto a escuchar la verdad, déjame que lo haga. —Ella no quería mirarme a los ojos, como si estuviera traicionando su propia voluntad. Hizo una larga pausa y luego continuó, mientras aparentaba observar las luces del puerto.

»Conocí a Paolo Marsala cuando me doblaba la edad. Yo tenía apenas veinte años, él cerca de cuarenta. Aquel hombre había vivido una parte importante de su existencia sin dar cuentas a nadie y cuando se casó con una mujer como yo, lo que en realidad pretendía era seguir haciendo lo mismo. Es cierto que en aquellos años no se podría tachar de machista a un hombre que actuaba así, las cosas eran muy distintas, la mujer mantenía un papel mucho más secundario..., salvo raras excepciones.

»Yo pretendía ser una de ellas, me conoces de sobra y sabes bien lo que quiero decirte, y claro, apenas unos meses más tarde tuvimos una fuerte discusión. Entonces me dijo claramente que yo no era nadie para interferirme en su vida, y que el partido fascista era lo más importante para él. El motivo fue que aparecía y desaparecía sin apenas avisarme, y yo no podía resistir aquella incertidumbre. Para entonces ya me había quedado embarazada de María y me sentía relegada y estúpida. Cuando nos casamos, lo hice con un hombre que me confesó estar perdidamente enamorado y con la ilusión de una niña de veinte años... Pero después, era como si se hubiese vuelto loco. No paraba de pensar todo el día y toda la noche en el partido y en Mussolini. Como si le hubieran sorbido el seso, y aquello, francamente, me decepcionó.

»Él conocía mi criterio sobre Mussolini y eso le molestaba muchísimo. Pero te diré que nunca me gustó aquel individuo, para mí era un farsante. Claro, no podíamos hablar de política sin discutir y de hecho me prohibió hacerlo. No solo no le gustaba, sino que me advirtió seriamente que podría

costarme muy caro si alguien me denunciaba. Comprendí que en eso tenía razón y a partir de entonces me reservé lo que pensaba, no solo acerca del Duce, sino de un país que se dejaba embarcar de aquella manera.

»Por otra parte, comencé a entender muchas cosas. Él, sobre todas las cosas, era militar y no tenía otro remedio que obedecer las órdenes sin rechistar. En su mundo no cabían los sentimientos ni la ambigüedad. Pero durante cinco años, desde 1930 hasta casi 1934, había permanecido en una especie de excedencia. Un día se sinceró y me explicó que pertenecía al Servicio de Información del ejército y que esa situación le había proporcionado mayor grado de libertad.

»Lo que no me dijo fue que en realidad, durante esos años se dedicaba a colaborar con la policía del partido, con los *camisas negras* y que su verdadera misión era eliminar la oposición..., por el medio que fuera. ¡Claro! Eso no podía decírmelo. Tuve que ser yo la que lo descubriera al leer unos documentos que olvidó en casa y eso no le gustó nada. Fue nuestra segunda gran trifulca, en la que estuvimos a punto de separarnos.

»Cuando ocurrieron los incidentes de Wal-Wal, de inmediato lo llamaron a Roma. Estuvo ausente casi un mes y al volver, me explicó que había tenido que preparar un informe exhaustivo. Por eso al año siguiente, cuando el gobierno decidió intervenir militarmente, no me extrañó que lo destinasen allí. Paolo sabía mucho acerca de aquel conflicto, y tuvo que marcharse casi de la noche a la mañana, sin que apenas pudiéramos despedirnos. Por cierto, ahora ya no tiene importancia. Pero en la copia del informe que tu padre olvidó en un cajón de su despacho, y que aún debe andar por ahí, las conclusiones venían a decir que en Wal-Wal las cosas habían salido a pedir de boca. ¡El incidente fue provocado por los servicios secretos italianos! Allí se fabricó la excusa que el Duce necesitaba para intervenir.

»Sin embargo, a pesar de nuestros desencuentros, yo lo quería, pero no podía acostumbrarme a las largas separaciones, a una vida en continuos sobresaltos como la que él me imponía.

»Sentí mucho su marcha. Una intuición dentro de mí me decía que tal vez no volvería a verlo y eso me partía el corazón. Sabía que tenía muchos defectos, que podía llegar a ser alguien muy difícil, pero entonces no entendía mi vida sin él.

»Después, cuando llegó la comunicación oficial de su desaparición declarándolo muerto en combate, nadie comprendió que le aguardase cuarenta años. A los cinco años de su ausencia, todos insistían que había llegado el momento en que tendría que volver a casarme. Que vosotros necesitabais un

padre. Pero yo no podía hacerlo. Cada día, durante tantísimos años, he estado convencida de que volvería. Ahora ya no; comprendo que ha sido una larga locura, un estúpido empecinamiento por mi parte, pero no he sido capaz de abandonar esa absurda esperanza. En estos días, por primera vez comienzo a verlo todo con perspectiva y algo me dice que ya ha terminado. Pero hasta ahora, me podéis creer si os digo que tenía la absoluta certeza de que mi marido seguía vivo.

»Tal vez sea por tanto, el momento de que todo cambie. De entrada debes saber que no sé si volveré algún día a Solarino. Para mí esa casa está llena de fantasmas del pasado y no deseo seguir allí. Tal vez, cuando me serene un poco, haga un cruceo alrededor del mundo con tu tía Rosa, que me ha convencido de que la acompañe y después, Dios dirá. Probablemente el tiempo que me quede me iré a vivir al norte o a Suiza, porque estoy un poco harta de este país.

»Imagino que si has vuelto a Solarino, no es porque aquella casa te atraiga..., de hecho nunca te ha gustado vivir allí. Creo que lo que en realidad quieres son las cajas de documentación de la buhardilla. Haz con ellas lo que quieras, si te las quieres llevar, por mi parte no existe ningún problema. A fin de cuentas se trataba de tu padre..., aunque no sé si todo lo que vas a descubrir va a ser un cuento de hadas. El periodo fascista fue muy duro, durísimo para casi todo el mundo, y a veces es preferible no saber la verdad. ¿Qué ocurriría si descubrieras que tu padre fue un criminal de guerra? ¿Querías seguir adelante? Ten cuidado hijo, sé por experiencia que la realidad puede llegar a hacernos daño. Todo eso ya terminó y es cierto que los años han suavizado las aristas. ¿O tal vez pretendes sacar los esqueletos del armario? Tengo un poco de miedo por ti, porque creo que eres un buen hombre, aunque algo ingenuo, la vida ha sido demasiado dura contigo últimamente, y lo que debes hacer es intentar encontrar una mujer que te quiera y que te cuide. No tienes problemas económicos, así que aprovecha los buenos años que te quedan y olvídate de desenterrar una historia tan triste, en la que no vas a encontrar nada bueno. El fascismo lo contaminó todo, y aunque este país está convencido de que todo terminó..., te diré que no es cierto. El tiempo dirá si me equivoco.

Mi madre, como todas las madres, no quería que yo sufriera como ella. Mencionó varias veces que aquello había terminado para siempre ¿qué sentido tenía lo que yo pretendía llevar a cabo? Para ella, ninguno.

El teléfono sonó insistentemente a las tres de la mañana sobresaltándome y alguien al otro lado de la línea dijo que me estaba devolviendo la llamada. Preguntó quién era yo. Era la voz de una mujer de mediana edad con el cantarino acento de La Toscana. ¿Con quién hablaba? ¿Por qué me interesaba por Adriano Vergendo?, preguntó. No parecía estar de muy buen humor y me disculpé. Comprendí que lo más práctico era contarle la verdad, después de todo no sacaba nada inventando una historia.

—Verá señora, mi nombre es Alessandro Marsala y soy hijo de Paolo Marsala. Mi padre perteneció al ejército y también al partido fascista, como alguien destacado. Después de muchos años he encontrado documentación, y en unos recortes de prensa, en los que por cierto se habla del asesinato de Giacomo Matteotti, ya sabe, el diputado...

—Sé perfectamente quien fue Matteotti —la voz se había endurecido, pero también parecía mostrar un cierto interés— ... Soy Julia Vergendo, la hija de Adriano Vergendo, al que usted está buscado..., sé quien fue Marsala y la relación que tuvo con mi padre. ¿Por qué está usted interesado?..., Después de tanto tiempo, en un caso cerrado. Verá, yo tuve la misma inquietud hace muchos años, intenté ayudar a mi padre, cuando fue condenado a treinta años de prisión. Murió hace dos años, después de pasar casi quince años encerrado. Nunca quiso hablar de aquel asunto, una y otra vez se negó, tanto dentro como fuera de la cárcel. Cuando el médico le dijo que iba a morir, escribió unas cuartillas... tal vez puedan interesarle. ¿Tiene usted fax?

No creía lo que me estaba sucediendo. Era como si de repente se estuvieran abriendo de par en par todas las puertas, de la habitación hermética en la que creía haber caído, desde que me había puesto a investigar lo qué ocurrió entonces.

—No, no tengo fax en casa, pero si no le importa, localizo uno, la llamo y se lo doy ¿vale?, estoy sumamente interesado en el tema... ¿entiende? Y le agradezco su postura, de verdad.

—No tiene por qué agradecerme nada. Por lo que sé, y no lo tome como nada personal, ni su padre ni el mío fueron modelos de nada. Adriano Vergendo fue mi padre, pero también un hijo de puta de mucho cuidado. Ya sabe, cuando uno mueve la basura, también se ensucia de una manera u otra. Yo de usted me olvidaría de todo el asunto y miraría hacia delante, pero una

cosa que me ha enseñado la vida, es que nadie escarmienta en cabeza ajena. Hasta pronto. Adiós.

No me dio tiempo a despedirme. La mujer colgó y me dejó mirando fijamente el auricular. Me hubiera gustado seguir hablando con ella, porque por alguna razón tenía la impresión de que nos conocíamos de toda la vida, y de alguna manera era cierto. Tanto ella, la mujer desconocida, porque no me había dicho ni su nombre, como yo, teníamos mucho más de lo que creíamos en común, al menos parte de un enigmático pasado.

Al volver a llamarla para darle el número de fax de la farmacia de Solarino, que amablemente habían puesto a mi disposición, escuché de nuevo el contestador automático. Solo pude reiterarle mi agradecimiento, a pesar de la dificultad que siempre he tenido para hablar con un aparato.

No tuve que esperar mucho. Apenas dos horas más tarde la farmacéutica me llamó a casa diciéndome que había recibido un fax con varias páginas y que podía pasar cuando quisiera a recogerlo.

Para entonces todo el pueblo estaba interesado en mis andanzas. No es que me importara, pero no deseaba que algunos documentos circularan por allí y fui corriendo a buscarlo. Llegué respirando fatigosamente y la mujer me observó por encima de las gafas, como si fuese a recetarme algún medicamento para mejorar mi fondo físico.

Mientras volvía a casa, medité que tal vez mi madre tenía razón, y que la realidad podría hacer más daño que el desvaído recuerdo de alguien, a quien no había conocido más que a través de pequeños fragmentos contados por mi madre, mi tía Rosa o incluso alguna vez por Carlo. Ahora le tocaba a Adriano Vergendo, alguien desconocido, que sin embargo, a través de aquellas líneas, me abría su alma.

Mayo de 1947.

Querida Rosa. Ayer el tribunal me condenó a treinta años de cárcel por un delito cometido en 1924. Ya no tengo nada que ocultar y necesito que al menos tú conozcas la verdad. Debes saber que yo no asesiné a Matteotti, no lo hice con mis propias manos. Es cierto que todas las pruebas me han incriminado junto con Dumini, Volpi, Viola, Poveromo y Malacira, pero tú debes conocer la verdad y ahora ha llegado el momento de intentar explicarte lo que en realidad ocurrió.

Es difícil justificar algunos actos. El fiscal ha insistido en que el crimen no cabe en el juego político. ¡Qué sabrá él de política! En los

últimos meses no se habla más que de democracia en Italia. Nosotros somos las víctimas propiciatorias por una razón muy política. Somos los perdedores y te diré una cosa, ¡la ley no es igual para todos! Todo terminó el 28 de abril de 1945, hace ya dos años, cuando asesinaron al Duce. Ese día me hubiese pegado un tiro sin más. Pero como siempre ocurre, tú y nuestra hija me obligasteis a seguir aquí, a pesar de todo.

Matteotti se lo buscó. Creyó que podía oponerse al nuevo orden, y claro, ocurrió lo que ocurrió. Llevaba ya tiempo hostigando al Duce, que se refería a él como la avispa, porque siempre picaba en el sitio más doloroso. El Duce pensaba que mientras se tratara de denuncias sobre la violencia del partido fascista, tenía poco que objetar, a fin de cuentas era parte del juego. Pero lo que colmó el vaso de su paciencia, fueron los artículos en los que aseguraba que las elecciones habían sido amañadas. ¡Eso jamás podía consentirlo alguien como Benito Mussolini!

La violencia era un arma política —lo ha sido siempre en nuestro país—. Recuerda a Maquiavelo, hablando de Agatocles... Convocó una mañana al pueblo y al senado de Siracusa, como si necesitara tratar con ellos de cosas pertinentes a la república, y a una señal convenida hizo que sus soldados mataran a todos los senadores y a los más ricos de la ciudad... Por tanto, no podemos extrañarnos de la utilización de la violencia como parte del juego... nos han educado en ella.

En aquel entonces, quien se enfrentara al nuevo orden sabía a lo que se exponía. ¡Pero acusarnos de engañar al pueblo! La marcha sobre Roma había demostrado que el verdadero pueblo estaba con nosotros. ¿Con quién si no? Fueron los diputados de la oposición los que quisieron azuzar al pueblo para evitar lo inevitable, y su perro de presa era Giacomo Matteotti.

Fue el propio Duce el que afirmó que había que terminar con aquel estado de cosas de una vez por todas. Necesitaba derogar aquella falsa democracia cuanto antes, prohibir los partidos políticos, también los sindicatos no fascistas, que solo perjudicaban a los trabajadores, impidiéndoles desarrollar el modelo de estado que nosotros exigíamos.

Recuerdo aquella tarde, cuando la prensa de izquierdas, en sus titulares decía que Mussolini había engañado al pueblo, y que la

libertad peligraba... ¡Claro! ¡Hablaban de su libertad, de su sectaria concepción de la libertad!... Alguien me llamó desde la sede del partido. Aun hoy no puedo desvelar su nombre. Solo dijo que la decisión estaba tomada y que Matteotti debía ser silenciado.

Comprendí de inmediato que me habían designado para aquella importante misión. Era, indudablemente, como un gran honor para mí, porque el jefe no confiaba en todo el mundo. Él sabía que yo me hacía respetar, y es que estaba con él desde el diecinueve.

Al igual que Paolo Marsala. ¡Ah, Marsala! Nos conocíamos de toda la vida. La academia militar en Turín, la misma promoción. Yo dejé el ejército a causa de mi lesión crónica en el pie, pero él siguió. Era un gran patriota y un hombre extraordinariamente inteligente, aunque por alguna razón que no alcancé a entender, cuando ascendió a comandante se estancó. Pero eso fue después. En 1924 todos estábamos convencidos de que iba a ocupar un lugar de gran responsabilidad en el Partido, y realmente se lo merecía.

Entonces lo llamé para que me echase una mano con el asunto de Matteotti. Se mostró prudente y dijo que tendríamos que actuar con pies de plomo, porque la situación se encontraba al rojo vivo.

Todo se debía a la reforma electoral del veintitrés. Aprobada por la Cámara, pero digamos que de una manera poco convincente. Aquellos momentos eran muy difíciles para nosotros, ya que veíamos lo cerca que se hallaba el poder. Quiero decir el poder como lo entendíamos desde el partido fascista. Sabíamos que era cuestión de tiempo y que tendría que caer, como la fruta madura.

La verdad era que los pequeños burgueses no solo nos temían; también nos odiaban, porque la política en favor de los grupos industriales no les beneficiaba. Pero el jefe sabía que si queríamos llegar arriba, tendríamos necesidad de ellos.

Por otra parte, los comunistas estaban crecidos desde su pequeño éxito, ya que como nosotros, también habían subido, y además también eran capaces de emplear la violencia. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Aguardar a que los comunistas se impusieran, con sus mentiras y su demagogia? Era el momento crucial, el día de la verdad, como lo definió el propio Duce. Con la eliminación física de Matteotti, terminábamos de una vez por todas con la avispa, con el ejemplo de alguien que no solo se atrevía a decirle a todo el mundo que éramos nefastos para Italia, sino que demostraba cada día que no había por

qué tenernos miedo. Además de ser diputado socialista, aquel hombre era el secretario del partido. No, las cosas no podían seguir por aquel derrotero, porque éramos muy conscientes de que nuestros pies se estaban hundiendo en el barro que nos impediría seguir el camino.

Marsala se mostró de acuerdo, pero con reticencias, ya que por esas casualidades del destino, él y Matteotti se conocían y a pesar de ser tan distintos, se respetaban. Digamos que Matteotti nunca hubiese desconfiado de Paolo Marsala. En los primeros tiempos, incluso se le hacían llegar mensajes a través de él, para que todo quedara en casa. El jefe comentó un día que le hubiera gustado tener a Giacomo Matteotti a su lado, en vez de enfrente.

De todas maneras, desde la marcha sobre Roma, desde el día siguiente, cuando el rey lo designó para formar gobierno, nuestro Duce cambió radicalmente. Tal vez creyó que ya todo estaba hecho y que nadie podría oponerse a sus designios. Se convenció de que era más fuerte de lo que en realidad era.

Muchos nos dimos cuenta de ello, pero nadie se atrevió a decírselo. ¿Quién? No se le podía objetar nada, porque la verdadera realidad era que estábamos tocando el cielo con las manos. ¿O se podía hablar de otra cosa? Aquel maestro de escuela que quería cambiar el mundo. No, no era nada fácil intentar repetir lo que él pretendía.

Por eso, Marsala podía estar o no de acuerdo, pero el jefe había elegido aquel camino. ¿No lo llevábamos haciendo desde 1920? Él iba adelante con su arriesgada política apoyada en las teorías de Giovanni Gentile, en su enorme intuición y en la utilización del ultranacionalismo sentimental de D'Annunzio para arrastrar al pueblo.

Pero déjame que te explique la situación que estábamos viviendo aquellos días. Aunque el primer gabinete del Duce solo incluía cuatro ministros fascistas sobre un total de catorce, la cámara nos otorgó plenos poderes. Entonces, y solo entonces, se restableció el orden. Teníamos clara la estrategia, y sin necesidad de modificar la Constitución, los nuestros fueron introduciéndose poco a poco en todos los puestos de responsabilidad, al tiempo que se iba acallando la oposición.

Lo dijo Mussolini en un discurso memorable, La oposición es una rémora para un país. ¿Para qué necesitábamos una oposición como la

que teníamos? No hacían más que boicotearlo todo. Luego, en las elecciones de abril de 1924, conseguimos cuatrocientos seis escaños sobre un total de quinientos treinta y cinco; una mayoría absoluta aplastante.

Recuerdo bien aquel 30 de mayo, cuando Matteotti interpelló a Mussolini, acusándolo de fraude electoral. El Duce lo fulminó con la mirada. Desde arriba, con el pase que el partido me había proporcionado como periodista, supe que aquel hombre acababa de firmar su propia sentencia de muerte.

Matteotti también lo intuyó. No podía llamarse a engaño, sabía que era el último escalón antes de que Mussolini acaparara todo el poder. Sin embargo no huyó, no se escondió, no pidió mayores garantías. ¿Por qué? Te diré lo que creo que ocurrió. Fue Marsala quien lo tranquilizó. Esa era su verdadera misión; poner la pieza a tiro.

Después llegó lo inevitable. Una escuadra de camisas negras acabó con él. Yo no estaba allí, en el coche, es cierto, pero te diré una cosa. Cuando dispararon sobre él, ya estaba muerto. Debió tratarse de un infarto, tal vez tenía el corazón mal..., y no soportó la tensión... Por algún extraño motivo sentía admiración por aquel hombre que se había atrevido, él solo, a hacerle frente a la poderosa maquinaria que el Duce dirigía.

Luego, de inmediato, en cuanto se corrió la voz de su suerte, la opinión pública saltó indignada..., sí, pero antes nadie se puso a su lado, cuando gritaba en solitario que todo aquello era un enorme fraude, desde su sillón en la cámara de diputados.

Al conocerse el asunto, la oposición en bloque abandonó el parlamento. Era una forma de protestar, pero también comprendieron que era más prudente quedarse en casa. Esa actitud la aprovechó el Duce, implacable, para implantar la dictadura..., a partir de entonces solo existiría una lista única..., la que elaboraría el Gran Consejo Fascista... es decir, él.

Después pasó lo que pasó. Se refirieron a nosotros como un ejército de aventureros sin moral, la escoria de la sociedad. Luego, reflexionando, comprendí que Mussolini fue un oportunista que supo aprovecharse de los tremendos errores que sus oponentes cometieron.

Permanecí algunos años sin saber de Paolo Marsala. Luego supe que lo habían destinado a Abisinia y me extrañó; Marsala hubiese

podido llegar a ser alguien importante. Lo recuerdo en la academia, era el número uno en todo. Si se hablaba de tiro, sabía más que el profesor, si era de historia, tres cuartos de lo mismo.

¿Fue tal vez por envidia? Llegué a creerlo. Sin embargo, quien al final me dio la respuesta fue Carlo Sforza...

Allí terminaba el texto. No se trataba de un fallo del fax, eso era evidente. Pero no podía hacerme aquello, cuando parecía que finalmente iba a enterarme de la clave de todo el asunto.

Cogí el teléfono y volví a marcar el número de la hija de Adriano Vergendo. De nuevo escuché el contestador automático.

—Hola de nuevo —hablé con una cierta excitación—. Soy Alejandro Marsala, necesito hablar con usted. Le ruego llame a mi teléfono. Gracias.

Me quedé mirando fijamente el aparato. Sabía que dependía de la voluntad de aquella mujer, Julia Vergendo. Ella, no me cabía duda, debía conocer la clave.

CAPÍTULO 5

GRAZIA VINCI

Volví a dejarle varios mensajes en el contestador sin éxito. Ella era el hilo que me conducía a alguna parte, pero no daba señales de vida, como si de repente hubiese cambiado de opinión, o tal vez se hubiese arrepentido de su generosidad. Probablemente preferiría mantener las cosas como estaban, y de alguna manera podía comprenderlo. ¿Me habría comportado yo de otra manera? Si ella me hubiese llamado sin darme apenas explicaciones, pidiéndome información. ¿Le habría enviado documentos privados de mi padre? No. No podía quejarme de mi mala suerte, porque sabía que yo habría hecho lo mismo que ella me estaba haciendo a mí.

Decidí apartarme unos días de aquella historia que me estaba absorbiendo de una manera excesiva y volver a tomar contacto con la vida real, olvidar todo aquello. No quería reconocer que estaba cayendo en el mismo síndrome que había atrapado a mi madre durante gran parte de su vida.

Pensé entonces que tal vez la solución tenía nombre y apellido: Grazia Vinci. Había trabajado conmigo en los últimos meses. Desde que mi mujer murió, ella fue la única con la que hablaba de vez en cuando. El problema era que Grazia me había propuesto irme a vivir con ella y le contesté que prefería seguir solo por el momento. Entonces pareció comprenderlo, pero a partir de ese momento se mantuvo distante. En cualquier caso, tenía suficiente confianza con ella, como para intentarlo de nuevo cualquier día.

Grazia Vinci era doctora en Ciencias Políticas y profesora de la Universidad de Florencia. Se preciaba de su preparación y no le gustaba hablar por hablar. Era esa clase de mujer elegante, de aspecto aristocrático. Separada de su marido apenas un año después de casarse, ella misma se definía como alguien exigente. *No estoy dispuesta a ceder en ninguna de mis convicciones*, mantenía. Era por otra parte una mujer encantadora, que hacía la vida agradable a los que la rodeaban.

Mi relación con ella había sido diferente, porque tras la muerte de mi esposa nos vimos con alguna frecuencia, hasta que en un momento dado

decidimos dejarlo de mutuo acuerdo. Ahora era yo el que necesitaba verla. Tal vez a causa de mi estado de ánimo.

Quedamos en su casa en Florencia. Vivía en un gran caserón del setecientos, heredado de sus padres, con una huerta jardín muy agradable para pasear. El lugar idóneo para la reflexión, que era lo que a mí me hacía falta en aquellos momentos, así que sin pensarlo más, cogí el avión de Catania a Roma y allí alquilé un coche hasta Pontassieve, el pueblo cercano a Florencia donde Grazia tenía la propiedad.

Mientras conducía no pude por menos que pensar que debía contárselo todo, porque una de sus mejores cualidades era el sentido común. También pensé que tal vez la mejor salida para el callejón en el que me estaba metiendo, sería olvidarlo todo, y pedirle que se casara conmigo. Haríamos una buena pareja, teníamos aficiones comunes, una formación similar y ambos éramos libres para tomar la decisión adecuada. Eso sería algo sensato.

Pero todo aquello no eran más que elucubraciones, en mi interior sabía que no tenía otro camino que seguir adelante. Me conocía lo suficiente para saber que nada ni nadie iba a apartarme de mi objetivo. Conocer qué había ocurrido con mi padre y resolver aquel extraño enigma que había consumido los mejores años de la vida de mi madre.

Por otra parte, a pesar de las reticencias que ella mantenía, lo más lógico sería aceptar la versión del ejército. En la Abisinia de entonces, aquella tierra enorme y primitiva, la vida tenía un valor relativo. Paolo Marsala habría muerto de un tiro lejano, de la metralla de una mina, de un obús, o degollado silenciosamente, y apenas unos días después, la naturaleza salvaje de aquel lugar habría borrado cualquier vestigio de lo ocurrido. El ejército lo buscó, con total seguridad más por cumplir que por otra cosa, luego alguien escribió una carta oficial de pésame, mejor dicho, de un mero formulario empleado una y otra vez, miles de veces, en la que un oficial anónimo e indiferente colocaba el nombre del fallecido, o del desaparecido en combate, que para el caso era lo mismo. Lo que nunca había sabido Paolo Marsala, era que con su desaparición abría un interrogante, que su familia no estaba dispuesta a cerrar por las buenas. Ni su mujer, ni ahora en mi caso íbamos a dejar que se archivara el asunto tal y como estaba.

Cuando entré en el camino de gravilla a través del gran portón abierto y vi las luces encendidas de la casa, volví a pensar que otra vez más me estaba equivocando, tomando la dirección errónea, y que sería mucho más fácil aceptar las cosas como me las habían contado, olvidarlo todo, pedirle a Grazia

que se casara conmigo y continuar una vida burguesa y normal, en donde uno podía, más o menos, prever los acontecimientos.

Apenas había pulsado el timbre cuando la puerta cristalera se abrió y Grazia me besó, como si en lugar de un viejo amigo se tratara de la vuelta de su apasionado amante. Aquello me demostró que ella tampoco daba el caso por cerrado, y que seguía creyendo que podríamos convertirnos en una pareja estable. Digamos que me dejé llevar y así, apenas media hora más tarde, estábamos en su dormitorio. Un ambiente tan especial como ella, que reflejaba a la perfección su personalidad, con unos grandes ventanales alargados por los que se filtraba una tenue penumbra, que me permitía observar el detalle de su piel mientras hacíamos el amor con una entrega absoluta, como novios que se encontraban a la vuelta del frente de batalla.

Pero así era la vida. La muerte de mi esposa me demostró que uno no podía esperar mucho del futuro, y que lo único real, lo importante, era el presente. Lo demás no eran más que puras entelequias, que iban desapareciendo con el inexorable paso de los días.

Por esa razón, mientras Grazia me abrazaba apasionadamente, yo intentaba centrar mi atención en la textura de su piel, en sus labios, en sus hábiles manos, en sus pequeños pechos, convencido de que la ciencia había errado el nombre, y que más que *Homo faber*, debíamos denominarnos *Homo amasius*.

Más tarde, tras una intensa ducha compartida, ella preparó algo de cena en la terraza, desde donde se dominaba la campiña iluminada aquí y allá. Mientras, hablamos de los viejos tiempos, hasta que me miró profundamente a los ojos, al tiempo que me preguntaba que me traía entre manos.

Nunca le había hablado a Grazia de la historia de mi padre. Por algún extraño pudor, siempre había mantenido aquello como algo íntimo y personal, que no me gustaba sacar a relucir, solo lo conocían los más allegados, y claro, inevitablemente todo el mundo en Solarino, pero fuera de allí era como un secreto que intentábamos guardar celosamente en familia.

Fue mi madre la que nos hizo pensar así. Tal vez porque ella siempre estuvo convencida de que en algún momento todo iba a cambiar. De hecho, siempre que alguien, directa o indirectamente, se refería a ella como viuda de Marsala, se alteraba, ya que no le gustaba que otras personas sacaran sus propias conclusiones sobre *un asunto familiar*, como ella lo llamaba.

Desde mis primeras palabras, Grazia se mostró muy interesada. Ciertamente que durante el viaje me había jurado no hablar con ella del tema, pero la atmósfera de intimidad que en aquellos instantes nos envolvía, me hizo cambiar de criterio. Mientras le explicaba la historia, pude ver la atención con la que seguía la narración. Después le hablé de mis pesquisas, de Grazia Pappalardo, de Prieto Garattoni, de Adriano Vergendo, de como entre unos y otros iba esbozando la figura del hombre que me había engendrado, surgía poco a poco de entre las sombras de un oscuro pasado. Le hablé de mi interés por aquella época, de nuestra historia más reciente, en la que habían sucedido muchas cosas que nos marcaron profundamente, no solo a los italianos.

Cuando terminé de explicarle todo lo que sabía, y le hablé de la extraña fuerza que me impulsaba a seguir adelante, ella se mostró entusiasmada. Luego se hizo larguísimo un silencio entre los dos, hasta que de pronto murmuró que quería compartir aquello conmigo. Le contesté que en mi caso la poderosa razón era que estaba hablando de mi padre. Pero ella replicó que desde hacía mucho tiempo se sentía muy atraída por el análisis histórico del fascismo, y que veía esa historia como una oportunidad única para profundizar en todo ello.

Tal vez fuera una osadía por mi parte, porque sin reflexionar, le ofrecí que a partir de aquel instante siguiéramos juntos. Añadí que quedaba mucho por hacer y que si ella se incorporaba al equipo, todo sería más llevadero.

Uno no espera nunca la reacción de una mujer, pero la cuestión fue que se levantó y me besó largamente en la boca, como si en realidad hubiese logrado llegarle al corazón con mis palabras.

Luego, cuando nos acostamos, me confesó que pensaba mucho en mí, que incluso soñaba frecuentemente conmigo. Era algo así como una declaración, y aunque mis sentimientos no eran tan profundos, la verdad era que sentía una gran ternura hacia ella.

Durante la noche me desperté varias veces observando su silueta desnuda junto a mí, con la certeza de que había hecho lo adecuado. A fin de cuentas, en la vida todo eran impulsos, más o menos premeditados o reflexionados. Además, lo cierto y verdad, era que iba a colaborar conmigo una de las personas intelectualmente más brillantes que conocía.

Permanecimos en Pontassieve todo el fin de semana, planeando como íbamos a sistematizar el trabajo, y Grazia decidió que lo primero que quería hacer era ponerse al día, para lo que necesitaba estudiar la documentación que yo tenía en Solarino.

Me pareció lógico. Decidimos que yo volvería y seguiría trabajando, y que ella iría pasados unos días, mientras terminaba de arreglar sus cosas en la universidad. Me sentía satisfecho, las cosas parecían encauzarse y confiaba en que a partir de entonces, todo iría mejor.

Era apenas las siete y media de la mañana del lunes, cuando sonó el teléfono. Escuché la voz de Carlo Rossi, el administrador. Por alguna razón —dijo tartamudeando— la casa de Solarino había ardido hasta los cimientos aquella misma noche.

CAPÍTULO 6

CARLO ROSSI

A lo largo de la vida, me habían ocurrido muchas cosas. Sabía bien lo que era una desgracia personal, la sensación de comenzar desde cero. Pero aquella vez se trataba de algo muy diferente. La documentación que necesitaba, vital para mi investigación, acababa de desaparecer, y apenas colgué el teléfono una especie de angustia opresiva se apoderó de mí. ¡Qué mala suerte! Un verdadero desastre que me dejaba en una situación verdaderamente apurada.

Recordé entonces que al menos algunos documentos los había metido en mi maleta de trabajo, un pequeño maletín cuadrado, del tipo que usan los pilotos. Respiré con alivio al ver que contenía el diario personal de mi padre, el paquete de cartas que había enviado desde Etiopía y una carpeta con documentos oficiales. Bueno, al menos no todo estaba perdido, pues también llevaba conmigo las notas que había ido tomando en las últimas semanas.

Sin embargo, una gran cantidad de documentación se había convertido directamente en humo. Papeles, manuscritos de puño y letra, una gran parte de la hemeroteca, fotografías..., un fondo irremplazable, que por mucho que hiciésemos siempre dejaría incompleta nuestra investigación.

Grazia no se atrevía a dirigirme la palabra; podía comprender mi estado de ánimo, después del importante esfuerzo realizado. La verdad era que me sentía muy abatido, como si el mundo se me hubiese caído encima.

Cuando logré tranquilizarme, hablamos de seguir con el plan que habíamos previsto. Yo debía ir a Solarino, porque en cualquier caso no tenía otra salida. Lo primero era disculparme con mi madre, a fin de cuentas, ella me había permitido vivir en la casa y me sentía responsable de lo ocurrido, aunque no tuviese nada que ver en ello.

Grazia asintió, mientras decía que comprendía mi estado de ánimo, insistiendo en que debíamos seguir adelante a pesar de la gran pérdida causada por el incendio.

Tenía razón como casi siempre, pues su lógica era mucho más pragmática que la mía y nos despedimos, tristes pero de acuerdo en seguir adelante costase lo que costase.

Tras un largo viaje en el que no paré de dar vueltas a la cabeza, llegué a Solarino aquella misma noche. Carlo Rossi me aguardaba en la carretera, en la explanada donde daban la vuelta los autobuses, apenas a trescientos metros de la propiedad de mi madre. Cuando detuve el coche y bajé el cristal, me dio la mano a través de la ventanilla, igual que si se tratase de un duelo. El hombre se hallaba contrito y balbuceaba excusas, como si la culpa fuese suya.

—Forzosamente tuvo que ser un cortocircuito. Debió comenzar de madrugada y para cuando quisimos darnos cuenta, ya no se podía hacer nada. ¡Aquí en Solarino siempre estamos en mano de Dios!..., carreras, nervios, gritos, al final subió un coche de bomberos desde Siracusa, pero solo pudo evitar que el fuego se extendiera a los pinos de la propiedad colindante. Todo ha quedado arrasado. Todo. —El hombre observaba mi rostro con una cierta emoción reflejada en sus ojos. Sabía bien lo que aquella casa significaba para Letizia Marsala.

Un fuerte olor a madera quemada se difundía con la levísima brisa nocturna y al acercarnos pude comprobar la magnitud del desastre. De lo que había sido el caserón no quedaban apenas más que unos cuantos muros semiderruidos, unas vigas carbonizadas y un montón de escombros humeantes. Era imposible que nada y menos un papel, hubiese sobrevivido al incendio, que debía haber sido pavoroso. ¡Como terminaban las cosas!..., me sentía mal, preocupado porque mi madre pudiese ver aquellos restos calcinados del que una vez fue su hogar, con tantísimos recuerdos de toda una vida. Era una mujer fuerte, de eso no me cabía duda, pero la verdad es que la visión era muy dura y no sabía como se lo iba a tomar ella.

Carlo observaba mi reacción mientras suspiraba una y otra vez. No pude por menos que notar un escalofrío, al imaginar que yo podría haberme encontrado dentro. Hacía muchos años, cuando aún era un niño, había presenciado arder una casa en Solarino, y me sorprendió la rapidez con la que se consumió. Fue algo más cercano a una explosión de fuego, que a otra cosa.

—Bueno, Carlo —le hablé con toda la serenidad de que fui capaz— vámonos de aquí, no se trata de una visión muy agradable, y tampoco podemos hacer nada. Mi madre se va a disgustar mucho, pero qué le vamos a hacer, así es la vida... y no creo que quiera reconstruirla con el dinero del seguro. La verdad es que estaba un poco harta de Solarino y de todo esto..., tal vez sea lo mejor para todos, aunque lo único que siento, es que se haya perdido toda la documentación que se refería a mi padre. Era algo irremplazable, y ahora no sé como voy a poder seguir mi investigación. Por cierto ¿Y ella? ¿Ha subido ya?

—¡No! —la voz mostraba su preocupación—. La verdad es que aún no debe saber nada. No está en Catania. Hablé por teléfono con su tía Rosa, y me respondió que se había ido unos días a Roma y que no podía localizarla.

Medité qué se le habría perdido a mi madre en Roma. Siempre decía que sería el último sitio donde tendríamos que buscarla. Me encogí de hombros, aquella mujer estaba cambiando mucho últimamente. Bueno, si eso era lo que quería, ya había aguantado bastante. Lo único que me preocupaba sería su reacción cuando supiese lo de su casa. Era más que eso, era su vida, tantos años viviendo allí, en una larguísima espera sin fin.

Carlo Rossi insistió en que fuese a cenar en su casa, en aquellos momentos se sentía muy cerca de mí, pues a fin de cuentas aquel hombre llevaba toda la vida en casa, aunque por una razón o por otra nunca habíamos hablado acerca de mi padre. Pensé que aquel podría ser el momento adecuado.

—Carlo. ¿Conociste bien a mi padre? ¿Te acuerdas de él después de tanto tiempo? ¿Crees que me parezco a él?

Carlo me miró con cierta sorpresa mientras intentaba esbozar una sonrisa.

—¡Uff! ¡La verdad que ha pasado mucho tiempo! Yo tenía entonces apenas veinte años, fue cuando nos vinimos a vivir aquí. Tu padre tendría alrededor de treinta por aquel entonces. Sí, me acuerdo bien de Paolo Marsala, era un personaje, por entonces capitán del ejército. Estamos hablando de 1924 y aunque yo no sabía nada de nada, me daba cuenta de muchas cosas, entre otras, que debía mantener oculta mi pertenencia al partido comunista, pero claro, eso era imposible en un lugar como este. De hecho, mi padre que tendría entonces unos cincuenta años, tuvo que salir por pies de Catania, porque era alguien dentro del partido y sabía que su vida corría peligro en aquellos días. A fin de cuentas, había colaborado muchos años con Antonio Gramsci. ¡No había preparado pocas planchas de *El nuevo orden*! Después cuando fundó el Partido comunista italiano y su periódico *La unidad*, Gramsci se lo llevó con él... Bueno, ya no hay nada que ocultar... La verdad es que en casa nos sentíamos profundamente comunistas...

»Por eso tuvimos que huir, vinimos aquí creyendo que podríamos ocultarnos, porque lo habían amenazado de muerte. Esa es la pura verdad. Los fascistas no se andaban con tonterías, y además, estaban crecidos. ¿Quién les iba a hacer frente? Mi padre, Conrado Rossi, mi madre, Antonella Rinaldi, gentes que habían estudiado un poco más que la mayoría de sus compañeros y

que creían que podían hacer algo por los suyos, me refiero por la clase trabajadora. Después del asesinato de Matteotti todo fue muy deprisa. ¡Ah! ¡Si que lo recuerdo bien! ¡Perfectamente! ¡Tú sabes la que se montó! Para los verdaderos socialistas... pero sobre todo para los comunistas, fue como si se hubiera abierto la veda, ya no era un problema de ideología, sino de supervivencia, y aquello, la verdad, fue muy duro. Verás, incorporarse a la democracia es como llegar a una meta, pero ir marcha atrás, como ocurrió, hacia un partido único, con una ideología como la fascista..., fue algo terrible. Para los comunistas fue como entrar en el infierno.

»Claro, aquello fue una iniquidad, algo repugnante en una sociedad civilizada. Al menos era como nos veíamos..., es cierto que aquí en Sicilia, en todo el sur, las cosas eran de otra manera, campesinos atrasados, mantenidos en la ignorancia, ancestralmente sojuzgados, asustados por la mafia que le hacía el juego a los propietarios. Un toma y daca, y el resultado era siempre en contra de las clases desfavorecidas.

»En casi cincuenta años todo ha cambiado. Claro que aún hoy queda mucho ¡muchísimo por hacer!, pero al menos los fascistas se llevaron lo suyo y aquel bribón de Mussolini pagó por lo que hizo...

Entonces le interrumpí. Comenzaba a darme cuenta de que aquel hombre callado, siempre discreto, sabía muchas más cosas de las que yo hubiese imaginado.

—Carlo. ¿Quién fue en realidad mi padre?

Carlo Rossi se quedó mirándome, sin apartar la vista de mis ojos. Tuve la certeza de que aquel hombre conocía cosas que no me estaba contando, como si no quisiera molestarme o herirme directamente.

—Carlo —insistí— necesito saberlo. Ahora ya no importa, todo terminó hace mucho tiempo y ya nada puede afectarme. Tampoco a él. Por favor, cuéntame lo que sepas, es importante para mí.

Carlo asintió, moviendo compulsivamente la cabeza arriba y abajo. Me daba perfecta cuenta de que seguía dudando, pero de pronto comenzó a hablar en un tono más bajo, como si no quisiera que nadie pudiera oírle.

—Mira Alessandro. Todos en estos años hemos hecho un enorme esfuerzo por olvidar, por enterrar definitivamente aquella vergüenza, por coser las heridas. Pero la verdad es que quedan cicatrices que a muchos nos siguen molestando. Tienes razón, ya no eres ningún chiquillo, aunque yo quisiera

seguir viéndote así. ¡Ah! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Siento vértigo! Puedes creerme si te digo que a veces sueño con aquellos días y me falta la respiración. Son pesadillas de esas que nos van asaltando en la vejez, pero siento terror, porque en ellas vuelvo a ver viejos fantasmas que deberían haber desaparecido para siempre. Pero no, ahora sé que permanecerán conmigo hasta mi último aliento..., que no es que falte mucho, pero la verdad, me gustaría morir sabiendo, convencido de que algo así no puede volver a pasar. ¿Y sabes lo que te digo?, no estoy seguro de ello. Tú me ves como un viejo timorato..., y tienes parte de razón, pero yo me sigo viendo como el que una vez fui, y me aferro a aquella imagen con todas mis fuerzas, desde que me levanto por la mañana, porque sé, y en eso no me engaño, que es esa certeza la que me hace seguir. No me gustan los espejos, ni los cristales que reflejan mi imagen, ni los ojos escudriñadores de los que una vez fueron mis amigos, ni lo que huele a viejo, ni las flores secas..., quiero seguir creyendo que los demás me ven y me perciben como yo me veo a mí mismo. Por eso sigo administrando algunas fincas, más que por el dinero que pueda dejarme ese trabajo, es porque no quiero rendirme, quedarme un día en casa, en invierno, cuando sopla el viento del norte..., porque sé que si lo hago, a lo mejor ya no vuelvo a levantarme.

»Pero es verdad eso que dices, ha pasado demasiado tiempo y ya nada importa. Me creerás si te digo que soy consciente de ello en este mismo instante. Cuando me has dicho, *ahora ya no importa*, me he dado cuenta de que algo ha acabado y ha sido solo la toma de conciencia de que aquello quedó atrás..., para siempre. Escucha pues, que algo sacarás en limpio de todo ello.

»A mi padre lo asesinaron los fascistas, los camisas negras. Una noche llegaron a por él y mi madre llorando desconsolada les aseguró que no estaba, que se había ido sin decir a dónde. No la creyeron..., yo tenía un hermano, entonces tendría quince años, Antonello. Ellos le dijeron a mi madre —“Antonella Rinaldi, estás mintiendo y eso no nos gusta, atente a las consecuencias”—. Cogieron al chico, lo ataron y lo colgaron de los pies, luego comenzaron a subirlo boca abajo en el campanario de la iglesia. Mi madre chillaba despavorida. ¡Qué iba a hacer! ¡Se trataba de su hijo! Entonces habló, les dijo donde se escondía su marido. No hubo más palabras, ellos se dirigieron hacia el sótano de la fábrica de sacos que se hallaba en las afueras del pueblo y le gritaron que si no salía matarían a toda la familia. ¡Qué iba a

hacer aquel hombre! Salió desesperado y en cuanto lo tuvieron a tiro, lo mataron como a un perro. ¡Dieciséis disparos le contaron después!

»En cuanto a mi hermano Antonio, hubiera sido mejor que lo mataran, porque cuando volvieron a la plaza simplemente cortaron la cuerda y lo dejaron caer. Se rompió la columna vertebral y vivió quince años más sin moverse.

»Mi madre no era una mujer vengativa, ella solo quería justicia. Fue a hablar con uno de los jefes fascistas y le contó lo que había sucedido. El hombre la recibió de inmediato y escuchó atentamente su relato. Luego hizo llamar al jefecillo que había llevado acabo aquella incursión y le preguntó si era cierto lo que la mujer le había contado. Cuando el individuo asintió, el jefe fascista sacó una pistola del cajón de la mesa de su despacho y sin pestañear, como el que no hace la cosa, en el mismo despacho le pegó dos tiros al responsable de aquel acto. Bueno, las cosas eran así, en aquellos días cada uno aplicaba la justicia a su manera, como mejor la entendía. El jefe fascista se llamaba Paolo Marsala.

Tuve que tragar saliva. No tenía argumentos para responder..., a fin de cuentas, había sido yo el que quería conocer la verdad, y era cierto, eso siempre conlleva un riesgo.

Pero Rossi no había terminado. Solo me estaba dando una mínima tregua, para que yo intentara asimilar sus palabras.

—Después de aquello, mi madre no quiso seguir viviendo, digamos que se dejó morir. Fue cosa de pocas semanas, como si algo la estuviera consumiendo por dentro. Yo veía llegar lo inevitable, ella había decidido que no quería vivir y nada se podía hacer. Era una decisión definitiva, el médico que la atendía comentó que nunca antes había oído hablar de algo semejante.

»Pero ella no quiso abandonar de este mundo sin decirme que fuese a hablar con Marsala. Dijo que él me protegería y así fue. El comandante Marsala creía, ¡como tantos otros!, en el cambio fascista, pero era un hombre consecuente. Me ayudó..., y a pesar de todo, seguí con él, hasta que desapareció en Abisinia..., después permanecí con su familia, con vosotros... Aquí sigo, después de tantos años.

»Te diré una cosa, él siempre respetó mis ideas, aunque sabía que yo era comunista hasta la médula, luego uno va madurando en la vida y ahora ya no creo en nada..., ni en los unos, ni en los otros..., pero también sabía que jamás lo traicionaría como persona. Nunca quiso influir en mí, yo sabía

muchas de las cosas que ocurrían a su alrededor, y luego, cuando un día se marchó a la campaña de Abisinia, me hizo llamar y mientras me daba la mano, me pidió que cuidase de su mujer y de sus hijos. A fin de cuentas él me había ayudado en unos momentos críticos. Así que no estaba haciendo otra cosa que saldar mi deuda.

»Cuando mucho más tarde llegó la revancha, hice lo que tenía que hacer..., aunque es bien cierto que nadie podrá decir nada de tu padre. Fue fascista..., pero digamos que eso era lo normal en aquellos días. Luego muchos, casi todos, renegaron. Cuando llegaron aquí los americanos, resultó que solo eran fascistas cuatro desgraciados. ¿Y los demás? ¿Y todos aquellos que llenaban las calles cuando venían unos jerarcas de Roma? ¡Bah! Los perdedores siempre se encuentran solos al final. ¡Ah, si te contara! Recuerdo los *jeeps* de los americanos en la plaza, la gente aclamándolos como libertadores, y muchos escondidos en sus casas, observando desde detrás de los visillos, muertos de miedo, convencidos de que los vencedores iban a ajustar cuentas..., los fascistas creían que todos eran como ellos, negativos y crueles.

»Ahora llegas tú y por cierto que me haces una difícil pregunta: ¿Quién era Paolo Marsala? Nadie lo sabía. Hubo unos años en que parecía que se iba a comer el mundo, luego, por alguna razón desconocida, su carrera se frenó. Él no me dijo nunca nada acerca de ello. Era poco comunicativo, tal vez en el fondo algo tímido, pero alguien con una cabeza muy especial.

»Mi opinión personal es que decidió ir a la campaña de Abisinia, sabiendo que no iba a volver, te diré más, creo que fue para morir allí. Sí, ya sé que no tengo ningún argumento para soportar esa idea, pero nadie me lo puede quitar de la cabeza. De hecho, el día en que se fue, tuve la intuición de que se trataba de la última vez que nos veríamos. Él lo tenía tan claro como yo, era algo que flotaba en el ambiente. Y no pude por menos que pensar que era lo que estaba obligando a un hombre como él, que además en aquellos momentos se encontraba en el bando de los vencedores, a tomar tan absurda determinación.

»¡Qué se le había perdido en Abisinia! Muchos no entendíamos como Mussolini había podido llegar a aquella conclusión. ¿Es que no habíamos tenido bastante con la humillación de Adua?... como para empezar de nuevo cuarenta años después. Mussolini mantenía que era preciso unir Eritrea con Somalia, que había que cerrar la puerta de Aden a los británicos..., y que Italia necesitaba colonias, y eso, aunque nadie lo decía entonces, lo sabía mucha gente, era una completa locura. Aquel extraño incidente en Wal-Wal, por cuatro pozos de agua salitrosa y maloliente, donde murieron unos

soldados de las montañas. ¡Bah! ¡Estoy seguro que estaba amañado todo el asunto! Bueno, pues aquello fue el detonante para que Mussolini decidiera intervenir militarmente. El Duce necesitaba un imperio para convertirse en un verdadero César y Abisinia era el lugar perfecto. ¿Íbamos a quitarle Egipto a los británicos? ¿O Argelia a los franceses? No, no, algo a nuestra medida. Abisinia, y de paso terminar lo que Baratieri no pudo llevar a cabo. ¿Sabes lo que he pensado muchas veces? Que gastamos todo el coraje hace dos mil años en el verdadero imperio, conquistando el mundo conocido. Los italianos de nuestra época ya no quieren pelear. Eso se ha acabado.

»Bueno, déjame que siga. Recuerdo que tu padre recibió un mensaje desde Catania, en el que se le comunicaba que debía presentarse de inmediato en el cuartel general en Roma. Eran los primeros días de octubre de 1935 y le encomendaron coordinar las divisiones de los *camisas negras*. Apenas tuvo tiempo de despedirse de tu madre, que se quedó con una niña pequeña y otro en camino; ese eras tú.

»Por lo que sé, tu madre recibió varias cartas desde Abisinia. La última llegó aquí desde Roma, la trajeron en mano comunicándole la muerte de tu padre y puedo decirte que la gente de este pueblo lo sintió. Es cierto que era un fascista convencido, pero en Solarino se sentían protegidos por él. Mientras estuvo aquí a los de aquí no les tocaron un pelo, no hubo más incursiones de los *camisas negras* desde que ocurrió lo de mi familia.

»Todo cambió después al desaparecer tu padre, entonces fue cuando todos se dieron cuenta de lo que significaba la presencia de aquel hombre, porque pronto comenzaron los problemas, las incursiones de los *camisas negras* fusilando a los que se les antojaba. Llegaban, quemaban la casa del pueblo, hacían una redada y fusilaban a los que traían en una lista. ¡Malditos cobardes! Era la manera en que ellos entendían lo del partido único, eliminando a los que les criticaban, a los comunistas, a los socialistas, a todos los que se atrevían a pensar de otra manera. Hubo venganzas, gente que envidiaba a otros, o que quería su casa, sus tierras..., o su mujer. ¡Eso ocurrió aquí! Los fascistas eran unos cobardes, que necesitaban ir en una jauría para asesinar a sus víctimas..., amparados por el partido, la policía, los chivatos, los torturadores..., Es cierto que hubo excepciones..., como la de Paolo Marsala. ¡Por eso la gente le echa de menos! Y eso que había sido un auténtico fascista..., pero no un asesino. Mientras estuvo por aquí, todos sabían que podían acudir a él, porque lo consideraban una especie de protector. Más de uno se acercó a ver a tu madre, para preguntarle que cuando volvía don Paolo Marsala, y que si era cierto que iba a volver. Hay que

comprender como estaban las cosas entonces, y que uno se agarraba a un clavo ardiendo, porque no había alternativa.

»De todas maneras hay alguien que podrá darte alguna información. Cuando ocurrió aquello, tu padre tenía un ayudante, un soldado que le servía de asistente personal, un tal Valentino Soggiu, sardo, muy joven entonces, tal vez aún no habría cumplido los dieciocho años, pero por alguna razón le tomó gran afecto a tu padre. Por eso apareció dos años después por aquí, aunque no pudo dar luz sobre nada más de lo que ya sabíamos. Así que ahora debe tener alrededor de los sesenta años. No sé donde vive, si es que no ha muerto, pero sí que era de un pueblo de Cerdeña, Nurri, y que su familia se dedicaba a fabricar queso. Tampoco creo que esta información te sirva para nada, pero al menos así sabes que existe. Probablemente fue el último hombre que vio a tu padre, pocas horas antes de que se le diera por muerto en combate. Por lo demás, era un muchacho muy sencillo, aunque al tiempo avisado y se veía que tenía un gran fervor por la figura de su comandante. Estuvo aquí solo unas horas y habló con tu madre durante un largo rato. La verdad que no sé lo que hablaron, porque ni ella me contó nada ni él tampoco. Apenas una hora más tarde se marchó en el autobús. Eso debió ser en el treinta y ocho, o tal vez en el treinta y nueve, y que yo sepa, nunca más hemos sabido de él. La verdad es que fue un detalle por su parte, venir de tan lejos, tomarse esas molestias, solo para saludar a la viuda del que una vez fue su comandante en la campaña de Abisinia..., si, un buen muchacho, muy afectuoso.

La conversación con Carlo se prolongó hasta entrada la madrugada. No consintió en que fuera a dormir al hostel que acababan de abrir en el pueblo y no tuve otra opción que quedarme a dormir en su casa, mientras pensaba que el desgraciado incendio había colaborado con la voluntad de mi madre, de terminar de una vez por todas con el pasado.

CAPÍTULO 7

CLASE DE HISTORIA

Mi madre apareció por Solarino a la mañana siguiente, cuando yo acababa de desayunar en la cocina de Carlo Rossi. No me dio la impresión de que estuviera disgustada, aunque siempre ocultaba sus verdaderos sentimientos bajo una leve ironía, como si nada pudiera afectarla, aunque eso no fuese verdad. Pero prefería dar la imagen de una mujer que no iba a alterarse, aunque el mundo estuviera desplomándose a su alrededor.

Me besó en ambas mejillas, sin aparentar la más mínima alegría por verme después de tanto tiempo. Me di cuenta de que no era más que una pose y le seguí la corriente. No podía ser de otra manera. Lo más seguro es que se hubiese enfadado conmigo, como las últimas veces en que nos habíamos visto. Ella decía que yo había heredado el carácter de mi padre, al que definía como autoritario, duro y tozudo. Una vez le pregunté que cuáles habían sido sus virtudes, porque indudablemente alguna tenía que tener. *La fuerza de voluntad, la lealtad a sus ideas y su tesón*, me respondió convencida, eso era según ella lo que salvaba a aquel hombre difícil y huraño, que mostraba su cariño con cuentagotas, como si le quedara muy poco y tuviera que administrarlo con usura.

En cuanto a lo del incendio, por el momento parecía tomarlo con filosofía y murmuró que indudablemente había sido el destino —ella se refería poco a Dios, pues había sido educada como agnóstica y lo denominaba como el azar o los hados..., las circunstancias, la suerte o el infortunio—. ¡Qué más daba! El resultado era que la casa ya no existía..., y que ella no iba a hacer nada por volver a ponerla en pie.

—Bueno. ¡Qué le vamos a hacer! Esta historia se ha acabado de una vez por todas. Cuando se lo he contado a tu hermana, me ha contestado, chillándome por el teléfono, que me vaya a vivir a América. O por lo menos, una larga temporada, y sabes lo que te digo, que lo estoy pensando, porque me ha dicho que está embarazada... ¡Con los años que tiene!, tengo miedo por ella. Bueno, es cierto que es una mujer fuerte, que nunca me ha pedido ayuda para nada... pero tal vez termine por ir. Después de todo, no me gustaría morirme sin conocer América.

Mientras la escuchaba, notaba algo extraño en ella, como si me estuviera ocultando algo, o como si quisiera mantenerme al margen. Pero sabía que era casi imposible sonsacarle lo que no quería contar, y que la única posibilidad era esperar a que cambiase de humor. En cualquier caso, me sentía aliviado al ver con que frialdad se había tomado la pérdida de la casa, porque no solo habían desaparecido todos los documentos que se referían a mi padre, sino también sus propios efectos personales, algunos muebles valiosos, sus recuerdos y cualquier cosa que hubiera ido recogiendo a lo largo de su vida, teniendo además en consideración que aquella había sido su única casa desde que se casó.

Desconocía lo poco que podría haberse llevado a Catania, quizás las joyas, que no eran muchas y ni siquiera le gustaba ponérselas, aunque de tarde en tarde las sacaba del cofrecillo para contemplarlas. Lo que en realidad hacía era recordar cuando y como las había adquirido o a quien pertenecieron.

Le pregunté por ellas y sonrió al notar mi preocupación. Sí, respondió, las tenía en el piso de Rosa, también algunos recuerdos, incluso los muebles más cercanos a ella. Le quitó importancia, añadiendo que el incendio era algo irreversible... De todas maneras ¿no había decidido irse de allí de una vez por todas? Quiso tranquilizarme, afirmando que no estaba disgustada, a fin de cuentas, prefería que hubiese sucedido así, porque en otro caso le hubiera dado mucha pena ver la casa abandonada, desmoronándose poco a poco.

Era una forma tranquila de asumirlo, pero aun así me extrañó, ya que por mucho que pagase el seguro, sería imposible volver a construirla. Se trataba de una casa muy grande, edificada a retazos a lo largo de muchos años, con una solera que la convertía en un lugar singular. Todo eso era irrecuperable, y además yo sabía que había tenido una oferta de compra hacía un par de años, para transformarla en un restaurante por una importante cantidad. También era cierto que mi madre no tenía problemas económicos y que nunca le había preocupado el dinero en sí mismo. Mantenía que solo servía para gastarlo, y que poseía más que suficiente para cubrir sus necesidades. En aquel momento desechó la oferta, a pesar de que con aquel dinero hubiese podido adquirir el mejor piso de Catania.

Bueno, las cosas estaban así, aunque después de todo, ella podría haberse disgustado conmigo, o incluso echarme la culpa del incendio, puesto que después de todo quien estaba ocupando la casa en aquellos momentos era yo.

Poco nos quedaba que hacer allí y nos despedimos de Carlo, tras darle ella instrucciones de que se limpiara el terreno y se transportaran al vertedero

municipal los escombros. Mi madre insistió en que se llevara el lugar que ocupaba la casa a su estado natural. Dijo exactamente *Como si la casa nunca hubiese estado aquí*. Me di cuenta de que con ello pretendía borrar de su vida aquel lapso de tiempo, no solo de su mente —lo que por otra parte era imposible— sino de la realidad, para que nunca nadie pudiera preguntar *¿Y de quién eran esas ruinas?* Para ella era algo así como un monumento a la memoria del soldado desconocido, y después de todo, lo ocurrido no era más que un mal menor.

La llevé en el coche a Catania y fuimos casi todo el trayecto en silencio. Intenté hablar un par de veces, pero ella se mostró esquiva, no quiero decir antipática, pero sí ausente, lejana, como si su mente estuviera en otro lugar. Reflexioné que probablemente pensaba en el difícil embarazo de María, o en los años gastados inútilmente en una absurda esperanza. No tenía otra intención que recuperar el tiempo y volar lejos del lugar que durante tantos años no había sido otra cosa que una jaula de oro.

Subí al piso un momento, solo por saludar a tía Rosa, pero no se encontraba allí y casi lo preferí. Notaba que la situación con mi madre se había ido tensando en las últimas horas y quería dejarla sola cuanto antes para evitar un altercado familiar, como ya había sucedido otras veces en los últimos tiempos.

Le pregunté antes de despedirme si se encontraba bien y contestó con cierta sequedad que me fuese de una vez. La besé en la mejilla y cerré la puerta.

Mientras volvía a Florencia, no podía dejar de pensar en ella. Su carácter iba endureciéndose con los años, pero yo sabía bien cual era su verdadera personalidad, escondida tras un aspecto huraño. Una mujer inteligente, incluso dotada de un especial atractivo y que tanto había hecho por nosotros. Pero esa persona se hallaba dentro de otras, cada una de ellas más hermética que la anterior, como si cada golpe que le daba la vida, fuera construyendo una dura envoltura que le proporcionase una coraza frente a los sentimientos, impidiendo que los demás se acercasen a ella.

Llegué a Florencia muy cansado y algo preocupado al comprobar que mis planes se veían frustrados por la nueva situación. Grazia me abrazó cariñosamente, queriendo demostrar que seguía junto a mí a pesar de todo.

—No te preocupes, cariño, las circunstancias no podrán detenerte —me dijo. Aunque fuera cierto, sin embargo sí iban a suponer un terrible contratiempo, casi insalvable.

Había preparado una cena ligera y mientras la veía ir y venir con sus femeninos movimientos, pensé que era muy importante tenerla junto a mí. Ella compensaba con creces la pérdida sufrida, en todos los sentidos, sabiendo que si no estuviera, me vería llegando a casa agotado, sin ganas de nada y probablemente me iría a la cama desanimado y sin probar bocado.

—¡Ah, Alessandro! ¡Se me olvidaba! —Grazia asomó la cabeza mientras tomaba una ducha—. ¡Se me había ido de la cabeza! ¡He contactado con un tal Lewis, del Departamento de Antropología de la London School! Él conoce bien a la gente de la universidad y lo he llamado por teléfono. Ha dicho que nos podía recibir cualquier día de la semana que viene..., y he sacado dos billetes Milán-Londres para el lunes..., mañana es viernes, así que pasamos el fin de semana aquí y nos vamos a Milán el domingo por la tarde. ¿Te parece bien?

Suspiré. Nunca me acostumbraría a la tremenda energía vital de Grazia.

—Bueno, en principio no me parece mal..., me encanta Londres. ¿Pero qué tiene que ver ese tal Lewis en todo este asunto?

—¡Mmmm! ¡Claro, tú no sabes quién es Lewis! Verás, es un profesor especializado en los pueblos etíopes y somalíes y sabe un montón acerca de sus costumbres. Creo que es importante que hablemos con él, así aprenderemos mucho antes de ir allí.

—¿Ir allí? —De pronto me alarmé—. ¿A dónde pretendes que vayamos? ¿A Etiopía? ¡No se te habrá ocurrido que...! ¿Y tú también? ¡Un momento, un momento! Verás, creo que es un poco precipitado pensar en ir a Etiopía, al menos por ahora. ¿Qué íbamos a hacer allí?... ¿Tú sabes que aquel país tiene seis veces el tamaño de Italia? ¿Qué haríamos? ¿Preguntarle al primero que encontrásemos?... ¡Bueno, bueno! La verdad es que es peligroso dejarte sola.

—¡No seas tonto, Alessandro! Primero nos informaremos bien y después haremos una visita de aproximación, una especie de toma de contacto. Después volveremos aquí y nos replanteamos el método de trabajo. A mí me parece que ese es el camino adecuado. ¿Si no, qué? ¿Ir esperando a que el azar nos vaya llevando arriba y abajo, dando tumbos? No. ¡Ni hablar! Vamos a hacerlo bien. Es tu proyecto, pero el otro día, no sé si de broma o en serio, me nombraste, aquí, en esa cama, coordinadora general... ¡O sea que!...

Me di cuenta de que tenía poco que hacer frente a aquel huracán y terminé de secarme, pensando que después de todo, conocer a Lewis no iba a

perjudicar nuestros planes.

Así fue como ese lunes, a las doce en punto entrábamos en el edificio del Departamento de Antropología de la Universidad de Economía de Londres. Un ordenanza nos señaló el despacho del profesor Lewis y Grazia que se mostraba impaciente, golpeó con los nudillos la puerta. Una voz masculina nos invitó a entrar, en ese inglés académico subrayando todas las palabras.

—¡Ah! ¡Son ustedes! ¡Bien! La doctora Vinci, supongo. Y usted debe ser el profesor Marsala... Bien, bien. No es fácil encontrar tan distinguidos compañeros de una universidad del continente interesados en Etiopía.

El profesor Lewis nos observaba con franca curiosidad.

—¿Puede preguntarles qué interés tienen?... no es por nada, solo pretendo centrar la cuestión..., es decir, quieren saber algo acerca de los amhara, de los tigré, de los danakil... ¿de los afar, tal vez?

—No, no. Verá doctor Lewis, es algo muy particular, pero si me da unos minutos se lo explico —Grazia había tomado la iniciativa, mientras nos sentábamos en unas viejas butacas de terciopelo verde en el despacho de Lewis—. Voy a intentar centrar la cuestión. Como sabe, el doctor Marsala es profesor de literatura moderna en excedencia y yo soy catedrática de Ciencias Políticas en la Universidad de Florencia. Nuestro interés no es específicamente antropológico..., que también. Verá, el padre del doctor Marsala desapareció..., hace cuarenta años, durante la campaña de Abisinia de Mussolini. Se le dio por muerto en combate, una manera de decir *desaparecido*, creemos que en algún lugar al sur de la depresión Danakil. Estamos llevando a cabo una investigación..., yo solo soy su colaboradora, queremos aprender acerca de esos pueblos, y ante todo agradecemos su desinteresada colaboración.

—¡Mmmm! ¡Cuarenta años! —En aquel momento el profesor Lewis nos miraba como a extraños especímenes—. ¿Eso debió tener lugar hacia 1936? ¿Sí? Bueno, ahora nos encontramos en 1976, efectivamente cuarenta años y claro el mundo ha cambiado mucho..., aunque por suerte o por desgracia, algunas zonas del planeta apenas lo han hecho, y una de las que menos ha evolucionado es precisamente esa extensa región, entre la antigua Eritrea, Etiopía y Somalia. Sigue siendo un lugar muy especial, muy interesante para cualquiera que esté interesado en determinadas culturas..., y muy peligroso también, porque entre los pueblos que allí viven, a pesar del tiempo pasado, se encuentran los más rudos, primitivos y crueles de la tierra. Por contraste

otros son muy religiosos, orgullosos y hábiles para sobrevivir en una región tan difícil y arisca...

El doctor Lewis lanzó un largo resoplido mientras intentaba remarcar las palabras con sus manos.

—Verán, es complicado explicarlo de una manera teórica. Hay que ir allí, comprobar las durísimas condiciones para la supervivencia, para entender determinados comportamientos culturales. Ustedes saben que de los cerca de cuarenta millones de habitantes de Etiopía, no menos del sesenta o setenta por ciento son cristianos coptos, aunque en estos tiempos las cosas están cambiando con gran rapidez. De hecho, hace un par de años, el Consejo Provisional de Administración Militar, el PMAC, cuyo líder es el general Benti, declaró a Etiopía como un estado social comunista, y el año pasado, en 1975, la tierra, los bancos, las industrias de importancia, fueron nacionalizadas. No sabemos lo que puede llegar a ocurrir, pero por lo que conozco, los servicios de inteligencia británicos no auguran nada bueno para el futuro a corto plazo. Como saben, todo proviene de la anexión de Eritrea por Etiopía y de la guerra de guerrillas allí existente. Una cosa sí quiero dejarles clara, no es el mejor momento para viajar allí, salvo causa muy justificada.

El doctor Lewis nos lanzó una profunda mirada de advertencia, como si pudiese leer en nuestra mente.

—Verán, nos encontramos con un país muy particular. Un lugar al que podríamos definir como ancestral, la Tierra de Punt, es decir, el país donde ya los egipcios llevaban a cabo el comercio con los productos que llegaban desde el interior de África. Marfil, piedras, preciosas, oro.

»Etiopía estaba gobernado con mano férrea hasta hace apenas dos años por Haile Selassie, el rey de reyes, descendiente según la leyenda, de Salomón y la reina de Saba. Selassie era un famoso estadista que se atrevió a plantar cara a los fascistas y que en junio de 1936, lanzó su famosa *Súplica a la Liga de las Naciones* en la palestra de la sede de este organismo en Ginebra. Ya que han hablado de la campaña de Abisinia, me extenderé en ello.

»Fue en aquella ocasión cuando un jefe de estado habló por primera vez ante la asamblea, demandando justicia ante la agresión del ejército fascista italiano, que utilizaba gases venenosos, como el gas mostaza, que las escuadrillas de Mussolini rociaban sin compasión por los campos, los pueblos y las ciudades etíopes.

»Haile Selassie se quejó amargamente en aquel discurso, de como la comunidad internacional abandonaba un pueblo olvidado para no enfrentarse con la potente Italia, después del incidente fronterizo de Wal-Wal, a pesar de las promesas realizadas por las Naciones Unidas de mediar en el conflicto.

»Denunció también como se había impuesto un embargo internacional a la compra de armas por parte de Etiopía, y sin embargo, se daba vía libre a las tropas italianas para que atravesaran con sus navíos de guerra el Canal de Suez. Una nación moderna —se refería a la Italia fascista— dotada de todos los recursos financieros, industriales y políticos, atacaba a un pueblo prácticamente desarmado, que tuvo que hacer frente a un armamento moderno y sofisticado, a un ejército dotado de artillería, tanques, ametralladoras, aviación..., y gases venenosos, únicamente mediante jinetes provistos de lanzas y espadas, y algún fusil que otro, más digno de estar en un museo que en un campo de batalla.

»Selassie se lamentó entonces de la falsas promesas de la comunidad de naciones, de los convenios y acuerdos pisoteados. Reclamó que no se abandonase a la víctima a los feroces ataques del agresor y dijo algo histórico. Ninguna nación, por potente y rica que fuera, podía sojuzgar a otra, sin que Dios y la historia no emitieran su juicio.

»Finalizó reclamando la ayuda y hablando de la amenaza que suponía para los pequeños estados aquel precedente.

»Me disculparán por haberme extendido en aquel discurso, pero describe de manera muy diáfana, como los principios éticos, la fe religiosa, el sentido del honor, el mantenimiento de una cultura y unas tradiciones de aquel milenario imperio, no iban a dejarse avasallar por un *falso imperio* como era el fascista.

»Haile Selassie no se dio por vencido a pesar de la situación. Tenía asumido la clase de enemigo que era Mussolini, y aunque temió por su pueblo, desde el primer día le devolvió su desprecio más absoluto.

»Se sabe de buena fuente que hubo una reunión entre Ciano y alguien de toda la confianza de Selassie. Era una lucha desigual en todos los sentidos. En lo material, la diferencia era abismal a favor de Italia, pero la verdadera enseñanza que extraemos de la historia es que son las convicciones las que finalmente ganan los conflictos. Un pueblo puede perder una, dos, cien batallas frente a un enemigo muy superior, para finalmente ganar la guerra. Eso volvió a ocurrir en Etiopía, a pesar de los pesares, porque la historia se repite una y otra vez. Ya había ocurrido con Menelik II, el verdadero creador

del estado etíope moderno, recordarán que aquel soberano supo enfrentarse con éxito a la pretensión de conquista colonial a finales del XIX, que terminó con el desastre de Adua.

»Italia pretendía crear un gran imperio colonial, conquistar aquel imperio le colocaría en el lugar que anhelaba, junto a Inglaterra, Francia y Alemania. Por cierto, para ello se basaba en esa nueva teoría, aportada por los ideólogos del nazismo *El espacio vital*, el *Lebensraum*. Así, el 3 de octubre de 1935, Italia invadió Etiopía, tras largos meses de preparativos bélicos, mientras las Naciones Unidas intentaban un arreglo..., y miraban hacia otro lado.

»Las tropas fueron despedidas en Italia con todos los honores. Nadie dudaba de su victoria. ¿Qué iban a poder contra ellas, marciales soldados, perfectamente equipados, desfilando en estricto orden, con su armamento sofisticado y puesto a punto? Era imposible pensar que unos guerreros primitivos tuviesen la más mínima oportunidad. Aparte de la propia prensa fascista italiana, en Alemania se saludó con vehemencia el principio de aquella campaña, pues Alemania deseaba controlar África Oriental y los italianos eran sus aliados naturales. Además se trataba también de una región estratégica, que vigilaba el estrecho de Bab el Mandeb y, por tanto, el paso de navíos desde todo el Índico al Mediterráneo y viceversa.

»Pero una cosa eran las civilizadas avenidas de Roma y otra muy diferente aquel inmenso país de enormes cordilleras, selvas, desiertos donde era tan difícil sobrevivir, que seguía estando en la Edad Media, habitado por gentes orgullosas y fieras con los extranjeros.

»Quiero contarles que eso se podía haber previsto, ya que siguiendo el consejo de Galeazzo Ciano, Mussolini aceptó reunirse con unos profesores de antropología de las Universidades de Milán y Roma. Haciendo un alarde de paciencia, escuchó sus disertaciones durante cerca de tres horas. Había hecho que lo acompañaran los generales que iban a llevar a cabo la conquista. Los mariscales Badoglio, Bono y Graziani, atendieron lo que aquellos sabios eruditos les contaban, con un profundo desprecio por la cultura. Llegó un momento en que Mussolini no pudo aguantar más y estalló en una sarta de improperios, abriendo la puerta con un gesto de soberbia. El motivo se lo habían dado al llegar a poner en duda la victoria.

»Pero me preguntan ustedes que quienes son los etíopes. En realidad un conjunto heterogéneo de razas y culturas, cohesionados unos por el cristianismo y otros por el islam. Los de raza abisinia, esto es los amhara, tigré y soan, mayoritariamente ubicados en la zona septentrional de la meseta, son cristianos coptos, casi todos ellos agricultores. Los galla, de origen

hamítico, asentados en la zona meridional de la meseta, son en su mayoría musulmanes y se dedican al pastoreo. También lo son los danakil y los somalíes.

»Además existen grupos étnicos minoritarios, como los bantúes, los negros nilóticos, los sidama y otros..., casi todos ellos animistas.

»Etiopía es un mosaico de culturas seculares, poblada por gentes fuertes y orgullosas, capaces de sobrevivir en lugares increíbles..., pero como tantas y tantas veces en la historia, los italianos, mejor dicho, los fascistas italianos, creyeron que la fuerza era suficiente..., no contaron con la dignidad de aquel pueblo y así les fue al final.

»Les recuerdo que Haile Selassie tuvo que exiliarse en Londres; estamos hablando del primero de mayo de 1936, mientras los italianos entraban en Addis Abeba, apenas una semana más tarde, para proclamar a Víctor Manuel III, rey de Italia, como emperador de Etiopía, en una farsa histórica, digna de una opereta..., el resto ya lo conocen, durante la Segunda Guerra Mundial, las tropas británicas apoyadas por los guerrilleros etíopes, expulsaron de allí a los italianos y el Negus volvió para recuperar su trono.

»Haile Selassie era un hombre bastante cultivado, que amaba el progreso, tanto que a su vuelta introdujo el sistema parlamentario..., aunque siguió gobernando como un dictador. No podía ser de otra manera en un país tan extenso, sometido a un régimen feudal, en el que el *ras*, es decir, el jefe de una región era como un virrey. Aunque es cierto que la anexión de Eritrea ha tenido mucho que ver en la evolución de la situación. El Frente para la Liberación de Eritrea, sometió al país a una guerra de guerrillas y eso les enseñó a los militares hasta donde podrían llegar. Como saben, Haile Selassie fue depuesto hace dos años, en 1974, y murió en agosto de 1975, hace apenas un año..., lo cierto y verdad es que merecía mejor suerte, porque ahora está comenzando un conflicto que durará muchos años y que conducirá al país a la ruina y si no, el tiempo lo dirá.

»Ahora, antes de terminar y si me permiten, les reiteraré mi consejo. Si van a viajar a Etiopía piénsenlo despacio. Allí hay muchas cosas que merecen la pena correr el riesgo..., pero en un momento dado pueden arrepentirse de su decisión. Ese país es hoy por hoy uno de los lugares más peligrosos del mundo.

»Por otra parte, se trata de un país impresionante, con montañas más altas que los Alpes, mesetas, infinitas llanuras, desiertos, selvas, donde viven grupos humanos dignos de estudio. Hay muchas regiones que siguen viviendo en algo parecido a nuestra Edad Media. Los cristianos, los amhara, son

fervorosos creyentes y dominan a los otros. Personalmente, me gustaría volver, pero temo que no es el mejor momento. Si necesitan algo de mí no duden en escribirme. Me apasiona todo lo que se refiera a aquel país.

El profesor Lewis nos había dedicado parte de su valioso tiempo, por lo que le agradecemos su generosa explicación y nos despedimos de él. Al salir, nos dijo que sus colegas Morton y Phil del Bolton Institute, eran expertos en antropología de los pueblos etíopes. Sugirió que los llamáramos de su parte si necesitábamos información adicional.

Volvimos a Milán aquella misma tarde. Grazia tenía que terminar urgentemente unos asuntos y yo necesitaba sentarme a reflexionar y poner en orden mis ideas. Lo que había comenzado, apenas hacía un par de meses, como un deseo de conocer mejor a un hombre llamado Paolo Marsala, desaparecido hacía cuarenta años, se estaba transformando en algo muy distinto, un proyecto de investigar las circunstancias que envolvieron la Campaña de Abisinia, y la historia de unos momentos apasionantes.

Además, la incorporación de Grazia iba a ser fundamental para darle un mayor rigor a todo el asunto. Eso me lo acababa de demostrar al localizar al doctor Lewis y obtener de él una valiosa información. Nosotros éramos profesores y entendíamos unas determinadas maneras de abordar un proyecto como aquel.

Tal vez fuese una excusa para llenar mi año sabático, pero algo dentro de mí me decía que ya no podía dar marcha atrás, hasta lograr averiguar qué había ocurrido en realidad con el desconocido comandante Paolo Marsala.

CAPÍTULO 8

EL RELATO DE VALENTINO SOGGIU

Mientras Grazia acababa de poner en orden sus asuntos en la universidad, de acuerdo con ella tomé la decisión de ir a Cerdeña, hasta Nurri, para intentar localizar a Valentino Soggiu, el asistente de mi padre, si es que aún vivía. Era arriesgado hacerlo sin mayor información, pero también una oportunidad única de hablar con un testigo presencial, que además había conocido no solo la personalidad de mi padre, sino también muchos de los hechos en los que se vio envuelto en sus últimos días.

Al día siguiente cogí el vuelo de Milán a Cagliari y una vez allí, alquilé un coche para acercarme hasta Nurri. No conocía la isla ni sus carreteras y tardé casi una hora en llegar.

Valentino Soggiu seguía allí y por lo que pude averiguar era una institución en el pueblo. Efectivamente se dedicaba a la fabricación de quesos, de sus propios rebaños de cabras, pero también tenía panales diseminados por el campo y debía encontrarse en esa faena según me indicó su propia hija, una mujer de alrededor de treinta años que me observó con curiosidad no exenta de cierta desconfianza.

Un muchacho de unos quince años, Luigi, sobrino de Soggiu, se prestó a acompañarme y me explicó cómo podríamos llegar hasta el lugar.

Se dirigía a mí en dialecto sardo, por lo que le rogué que me hablara en italiano y despacio, pero hizo caso omiso y siguió con su casi incomprensible jerga, mientras yo conducía entre las colinas cercanas, siguiendo sus indicaciones más por intuición que por otra cosa.

Tuvimos suerte y tras una cerrada curva el muchacho señaló una figura que se movía lentamente en una colina cercana entre los panales. Aquel debía ser Valentino Soggiu.

Tras un largo rato de espera, el hombre finalmente se acercó, rodeado aún de una multitud de abejas enfurecidas, por lo que después de un par de intentos, tomó la decisión de que yo lo siguiera dentro del coche hasta el lugar donde había dejado el suyo. Para entonces, apenas si quedaban ya abejas y finalmente pudimos saludarnos.

Cuando le pregunté si era Valentino Soggiu, me observó de pies a cabeza y asintió. Entonces le dije que yo era el hijo del comandante Paolo Marsala y la reacción del hombre fue conmovedora. Me abrazó como si se tratase de la vuelta del hijo pródigo y me besó en ambas mejillas antes de decir nada. Daba la impresión de que iba a romper a llorar de un momento a otro. Cuando pudo calmarse me pidió que lo siguiera hasta su casa en Nurri.

El hombre vivía en un gran caserón al estilo tradicional, un edificio en cierto modo parecido al de Solarino, pero más antiguo y auténtico, en el que la única decoración era la pura realidad. Cada objeto tenía un uso específico dentro de la cultura agrícola de autosuficiencia. El gran patio albergaba gallinas, una pareja de mulos, incluso un recinto donde pude ver unos cerdos, mientras una gran bandada de palomas blancas volaba sobre nosotros. No se había equivocado en su descripción Carlo. Soggiu era un auténtico campesino y probablemente sus recuerdos se centrarían en aspectos básicos, sin mayor interés. No podía esperar otra cosa de alguien de su nivel cultural.

Valentino, emocionado aún me presentó a su familia, incluyendo a la mujer que me había indicado donde podría hallarse. Todos parecían tenerle un gran respeto y me saludaron afectuosamente, al conocer quién era yo y la relación que me unía con él.

No tuve más remedio que aceptar el *tempo* que quisieron imponerme. Me mostraron la casa, la granja, las tierras, lo que estaban haciendo, todo con una increíble cordialidad. Luego, improvisaron una especie de fiesta en mi honor y sacaron unas grandes mesas al jardín, un huerto algo más cuidado, donde íbamos a comer. Se desvivían por atenderme, aunque seguían hablando en su dialecto, con excesiva rapidez como para que pudiera entender algo. No importaba mucho, la cuestión era comprobar si me sentía bien y eso no podía ponerse en duda.

A mediodía comenzó a correr el vino. Un vino oscuro, algo áspero, aunque de buen paladar, mientras cortaban queso y embutidos. Se había corrido la voz por el pueblo y seguían llegando parientes y amigos. Me sabía mal que Grazia se estuviera perdiendo aquellos instantes, pero disfrutaba pensando que debía observarlo todo cuidadosamente para poder contárselo en detalle.

Comimos y bebimos hasta que el estómago dijo basta. Parecía evidente que no era el momento más apropiado para hablar de viejos recuerdos, así que me asignaron una habitación de techo alto, fresca, con una cama y una mesita de noche. No tenía luz eléctrica, pero trajeron un candelabro de hierro y me

dejaron solo para que descansara un rato. El vino de Cerdeña era el culpable de mi situación, así que me tendí y debí dormirme de inmediato.

Cuando abrí los ojos, no sabía donde me encontraba, pero me sentía bien y totalmente descansado. Me despecé y bajé la escalera buscando a Valentino.

Lo encontré solo en la planta baja, reparando unos panales. Movié la cabeza mostrando su afecto y siguió trabajando, como si yo no estuviera.

Pensé que aquel hombre no iba a contarme nada si yo no se lo pedía. Una especie de respeto por el ausente, por lo que decidí ir directo al grano.

—¿Qué tal hombre era mi padre, Valentino?

Siguió clavando un costado del panel que se traía entre manos, como si no me hubiera oído. Hasta que al cabo de un par de minutos, cuando ya dudaba de si debía repetirle la pregunta, el hombre comenzó a hablar sin mirarme, siguiendo con naturalidad con su faena.

—¡Uff! ¡Ha pasado tanto tiempo!..., el comandante Marsala era alguien especial, un hombre diferente. Muy distinto al resto de los oficiales, reservado, discreto, sencillo, inteligente..., y extraño, quiero decir que no se parecía en nada a los otros. Había algo en él que hacía que todos lo respetasen. Se decía que era amigo personal del Duce, que debía elaborar para él un informe secreto sobre los abisinios, que además era un alto miembro del partido fascista, que si tal y que si cual..., pero la cuestión es que nadie sabía quien era en realidad el comandante Paolo Marsala.

»Fui su asistente durante un año y cuatro meses, el tiempo que pasó entre que desembarcamos en Massawa y el día que desapareció en algún lugar de las montañas, una enorme cordillera que se encuentra al oeste de la depresión Danakil.

La introducción del relato me dejó sorprendido. Aquel sencillo campesino era alguien que hilaba las ideas a la perfección, como si lo recordara todo con el más mínimo detalle. Me acomodé dispuesto a escuchar aquel valioso e inesperado testimonio.

—Desde el primer momento nos llevamos bien. Embarcamos juntos en Génova, en el ambiente de júbilo ultranacionalista que tan bien sabían montar los fascistas. La gente nos aclamaba en el momento de subir a los barcos, con todas aquellas bandas militares..., los *carabinieri* en traje de gala, los niños con el uniforme de los *balillas* entregándonos flores, todo el puerto

engalanado con las banderas italianas y los símbolos fascistas..., algo verdaderamente increíble. Era como si vinieran a reconocer nuestra victoria aún antes de haber comenzado la batalla. Para la Italia fascista aquella conquista era una necesidad histórica, digamos que revalidaba unas determinadas políticas, justificando las medidas radicales que se habían tomado durante los últimos años... Era como si toda la tensión acumulada se descargara en el comportamiento entre jubiloso e histórico de la multitud que nos rodeaba. Una gran fiesta de despedida, en un día magnífico por cierto, con todo el mundo vestido de domingo, las chicas desinhibidas nos gritaban piropos y nosotros sudábamos en nuestros uniformes de gala. Sí, una tarde espléndida de esas que deberían durar mucho más, en las que los soldados dejan a sus novias llenas de deseo y todo parece diferente. ¿Me entiende?

»Lo cierto era que en nuestro interior nos sentíamos héroes dispuestos a todo, enervados y preparados para conquistar no solo Abisinia, el mundo entero, si el Duce nos lo pedía.

»Recuerdo que el regimiento viajaba en varias unidades, y a nosotros nos tocó un destructor que formaba parte del gran convoy, al que debían incorporarse navíos de otras bases más al sur. La flota navegaría por nueve días hasta Massawa y fue durante el trayecto cuando me asignaron a él, pues en principio yo debía incorporarme a otro oficial que casualmente se accidentó y no pudo salir con la expedición. Las cosas de la vida. Desde el principio congeniamos, yo procuré hacer las cosas conforme a sus deseos y él molestarme lo menos posible. Era esa clase de persona que necesita poco, sencillo, aunque exigente en algunos aspectos. Por ejemplo, no quería que tocara sus papeles y para evitar errores, me lo prohibió expresamente. Sin embargo, me dio toda su confianza y al cabo de un par de días creía conocerlo de toda la vida.

»Otros compañeros me advirtieron de que mantuviera las distancias. Se trataba de un hombre especial, y debía ser muy prudente, a fin de cuentas era un pez gordo dentro del partido y aunque daba la impresión de ser alguien inofensivo, podría llevarme una desagradable sorpresa en cualquier momento.

»Como puede comprender, esas advertencias me mantuvieron en guardia, yo era entonces apenas un muchacho, un campesino ignorante que iba de buena fe, pero aprendí pronto que debía ser precavido, aunque en mi fuero interno estaba convencido de que se trataba de un buen hombre.

»Aquellos pocos días de navegación fueron más que suficientes para conocernos mejor, por lo que él debió decidir que yo era el adecuado para aquel puesto y me preguntó si me gustaría seguir con él. Eso ya era una

deferencia y asentí. ¿Para qué iba a cambiar? ¿Para encontrar probablemente alguien mucho peor?

»Al desembarcar en Massawa comenzó la desorganización. Unas mulas se espantaron e hicieron caer un cañón al agua. Los oficiales comenzaron a chillar como energúmenos y las cosas se complicaron. Apenas acabábamos de tomar tierra firme y todo iba peor de lo esperado. Se levantó un viento horroroso que impedía la visión, llenando el aire de una tierra rojiza..., un verdadero desastre. Sin embargo, uno de los pocos que no perdió la calma fue el comandante Marsala, que dando muestras de absoluta frialdad, organizó lo que pudo y ayudó a extraer el cañón que había caído a unos veinte metros de profundidad. Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de la clase de hombre que era. Alguien acostumbrado a mandar..., y a ser obedecido sin rechistar. Un amigo me dijo que era extraño que no hubiese ascendido a teniente coronel, como algunos de sus compañeros de promoción, porque dotes de mando tenía. No había más que verlo actuar.

»Dos días más tarde nos hallábamos en Asmara, la ciudad más importante de Eritrea. Allí había un acuartelamiento enorme y un edificio muy grande donde se hallaba el Estado Mayor, también una serie de campamentos, en los que las tiendas de campaña llegaban hasta donde se perdía la vista. Un aeródromo recién construido, almacenes de víveres y municiones, aviones de varios tipos, depósitos, artillería, corrales donde se podían ver miles de animales, caballos, mulos, camellos..., también vacas y cabras para el aprovisionamiento, algo verdaderamente impresionante, que mostraba la resolución de nuestro país por ganar con rapidez aquella guerra.

»A pesar del primer desconcierto, los mandos se mostraban optimistas. Nuestro ejército era imparable y se corrió la voz de que en cualquier momento Mussolini llegaría en avión, un avión que había partido de Roma, para saludar desde el palacio del emperador de Addis Abeba. Todo se daba por hecho y finalmente Italia tendría su imperio colonial, *el espacio vital* del que todos hablaban y que el país necesitaba. Eso lo mencionaba un impreso que repartieron entre las tropas, donde no solo se nos daba información e instrucciones, sino sobre todo una buena dosis de propaganda.

»Cinco de las divisiones eran de camisas negras, además de numerosos cuerpos de tropas indígenas, formadas en los últimos tiempos para llevar a cabo las labores más duras, porque era proverbial entre los mandos, que los eritreos poseían un aguante excepcional ante situaciones extremas. A cuarenta y cinco grados, con el agua racionada, en lugares más parecidos al infierno

que a otra cosa, un europeo apenas tardaba unas horas en desfallecer, aunque se trata de alguien fuerte, bien alimentado y preparado.

»En cambio, para ellos, aquel era su medio natural y seguían como si tal cosa. Había que verlos, gentes extremadamente delgadas, mal alimentadas, con aspecto de muertos de hambre o de mendigos... pero era engañoso, al menos yo no he conocido nada igual, la mayoría podían correr con una zancada regular durante horas y horas..., verdaderos atletas.

»Claro, en eso nos llevaban una importante ventaja, que por cierto los comisarios políticos fascistas no quisieron reconocer nunca. Para ellos, los indígenas no eran seres humanos, de hecho los calificaban de subhumanos que podían utilizarse a mejor criterio de nuestros mandos. Es decir, animales casi racionales, carne de cañón, que debían servirnos sin poseer ni el más mínimo derecho.

»Puede comprender que en realidad, aquellas gentes se daban perfecta cuenta de lo que sucedía. Los abisinios eran orgullosos, inteligentes, valientes y tenían un particular y acentuado sentido del honor. No podían aceptar aquel desprecio continuo..., y si lo hacían era únicamente por la severísima disciplina impuesta, en la que no solo ellos, sino sus familias, sus aldeas, corrían grave peligro si no obedecían sin rechistar.

»Piense que nuestro ejército en Abisinia ascendía a más de trescientos mil hombres, y eso, claro, requería una increíble logística para avituallarlos. El mariscal Bono, tal vez el único que había estado en la derrota de Adua en 1896 y que volvía cuarenta años más tarde para tomarse la revancha, sabía que el éxito de la campaña era la rapidez..., porque en caso contrario podría transformarse en un verdadero desastre. Pero permítame que centre la cuestión.

»El comandante Marsala hablaba algo de amárico y fue designado para realizar una peligrosa incursión de exploración. Le pedí acompañarlo y en un principio se negó en redondo, pero luego debió ocurrir algo, porque me ordenó, sin más explicaciones, que preparara mis cosas. Nos acompañarían dos exploradores eritreos que odiaban a los amhara y nuestra misión secreta consistiría en introducirnos hasta Mekele, un lugar situado a unos doscientos cincuenta kilómetros al sur de Asmara y espiar *in situ* los preparativos. La aviación podía llegar impunemente, es cierto, pero había muchas cosas que comprobar sobre el terreno. Además los etíopes se comunicaban con increíble rapidez a través de espejos, empleando un código secreto, una especie de morse inventado por ellos, desde las colinas cuando oían llegar los aviones. La cuestión era que debíamos atravesar parte de la depresión Danakil para

llegar a Mekele, dando un amplio rodeo por el este si queríamos tener alguna posibilidad de éxito, porque las rutas directas se encontraban muy vigiladas por los amhara.

»Cuando recuerdo lo que pasamos aún se me pone el vello de punta. Salimos de Asmara formando una pequeña caravana de seis personas, unos doce camellos y seis burros, que también cargaban aperos y provisiones. Nos dirigimos hacia el este, como si nuestro destino fuese Massawa y en un momento dado cambiamos de rumbo hacia el sureste, siguiendo las faldas de las colinas que configuran las estribaciones de la gran meseta etíope hacia el norte. Tardamos seis días, a buen paso, para llegar a un lugar llamado Rendakoma, una aldea situada sobre la depresión Danakil, que viene a tener unos doscientos kilómetros de longitud, de los que debíamos recorrer alrededor de tres cuartas partes, para luego girar hacia el oeste y llegar a Mekele.

»Esa era la ruta y no había mucho más que decir. Los primeros días mantuvimos un cierto sentido militar y un perfecto compañerismo no exento de buen humor, eso sí, dentro de una absoluta disciplina. Procurábamos viajar al atardecer hasta la madrugada y poco antes de amanecer nos deteníamos en el lugar elegido, donde montábamos un pequeño campamento para descansar hasta que el sol comenzaba a declinar. No había otra manera. Tenga en consideración que la temperatura subía por encima de los cincuenta grados centígrados y durante las horas en las que el sol estaba arriba, era absolutamente imposible hacer el más mínimo esfuerzo. El solo hecho de estar tendido ya te agotaba. Era como entrar en el horno de una panadería y tener que permanecer allí horas y horas. Imposible.

»Los camellos aguantaban bien ese ritmo, pero los que me sorprendieron fueron los asnos abisinios, unos pequeños animales, no mucho mayores que un poni, cuya resistencia era increíble bajo cualquier condición.

»Apenas éramos capaces de hacer quince kilómetros diarios, por lo que calculamos que tardaríamos un par de semanas en salir de la depresión. Allí apenas hay vida, ese lugar es más bien como podríamos imaginar el infierno, algunos volcanes apagados hace miles de años, un aire abrasador que sobrevuela una extensísima llanura de sal que da la impresión de no tener fin. Allí increíblemente, viven los afar, unas gentes de aspecto miserable, que visten largas chilabas, mientras las mujeres llevan los pechos al aire y van tocadas de un curioso peinado. Ese pueblo vive de la leche de sus cabras y camellos y son una raza muy especial, negros de aspecto árabe, con nariz aguileña, pómulos marcados, el pelo rizado y encrespado como turbantes

naturales. Practican el islamismo, pero mezclado con antiguos ritos y costumbres... y estas son extrañas. Los afar o danakil son pastores que no cesan de guerrear y asesinar en emboscadas a todos los que consideran sus enemigos y el asesinato es lo que les convierte en hombres de honor. Es en ese momento cuando las mujeres comienzan a considerarlos posibles pretendientes, porque un hombre que no haya matado a otro hombre no merece para ellos ese título.

»Allí, pues, nos encontrábamos, en un lugar perdido de la depresión Danakil, intentando sobrevivir al medio ambiente más hostil que puede existir en este planeta. Al séptimo día murió un camello al hundirse de improviso la costra de sal que ocultaba una charca maloliente de aguas sulfurosas y romperse una pata. El jinete, Mohamed Al Adardi, se salvó de milagro y aquel incidente nos hizo comprender que nos hallábamos en constante peligro y que teníamos que ser muy prudentes si pretendíamos llegar a Mekele sanos y salvos.

»Una tarde, vimos acercarse dos lejanos puntitos. Los prismáticos nos dejaron ver a dos guerreros montados a lomos de sendos camellos. Dispararon desde muy lejos sobre nosotros, cuando nos hallábamos al noroeste de un gran oasis en Aussa. El motivo debía ser que no habíamos solicitado permiso para cruzar su territorio. Disponían de armas de fuego, un tipo de carabina construida artesanalmente en Somalia, muy tosca y primitiva, pero que ocasionó la muerte a nuestros guías.

»Ambos murieron en el ataque, aunque pudimos repelerlo y terminar con ellos. Nos acercamos para cerciorarnos y vimos que se trataba de hombres jóvenes, de no más de treinta años, que llevaban sus armas ornamentadas con plata y media docena de órganos genitales masculinos secos, alrededor del cuello. Para ellos la mejor de las condecoraciones. Pensé que podríamos haber sido parte de aquel repugnante collar y se me heló la sangre en las venas.

»Ayudados por la brújula pudimos salir de aquel infierno. En los días siguientes, a duras penas logramos ascender las montañas que protegen la altiplanicie y finalmente conseguimos llegar a los alrededores de Mekele.

»Fue al acercarnos, cuando pudimos comprender la verdadera situación. Miles y miles de guerreros ocupaban todas las colinas hasta donde nos alcanzaba la vista, con sus caballos y camellos alrededor de las tiendas y vivacs que estaban recogiendo con rapidez. Comenzaban a marchar hacia el norte, esto es, hacia la frontera con Eritrea.

»Entonces sucedió algo terrible. Una pequeña avioneta de reconocimiento, con los colores de nuestro ejército, se acercó por el noroeste.

Debía hallarse en dificultades porque el ruido del motor no era regular y vimos como comenzaba a dejar una estela humeante. Finalmente cayó apenas a quinientos metros de donde nos encontrábamos. Nos dirigimos hacia aquel lugar fustigando a nuestros camellos y asnos, pero para cuando conseguimos acercarnos ya habían llegado unos jinetes. El piloto salió tambaleándose de la cabina, era un hombre joven, aturdido por el golpe. Antes de poder rendirse lo hirieron de un lanzazo. De inmediato, en una especie de sangrienta orgía, lo desnudaron, mientras el piloto seguía forcejeando hasta que uno de los guerreros le cortó los genitales de un tajo. Luego los mostró chorreando sangre a los suyos, mientras el piloto moría desangrando. No eran guerreros amhara, sino afars, mucho más primitivos y sanguinarios, que no hacían otra cosa que seguir sus ancestrales comportamientos con los invasores de su territorio.

»No teníamos la menor duda de que aquel era el trato que nos aguardaba si nos descubrían. Las únicas ventajas eran que íbamos con el rostro prácticamente cubierto al estilo amhara y que allí había miles y miles de guerreros, pertenecientes a centenares de clanes distintos, recogiendo con rapidez los campamentos para dirigirse hacia el norte.

»Como puede comprender, sentía dentro de mí un gran temor, aunque confiaba ciegamente en mi comandante. Durante tres días y tres noches permanecemos como otros más en el inmenso grupo, limitándonos a imitar lo que todos hacían, aunque poco a poco nos fuimos separando del resto. Ellos iban hacia el noroeste y nosotros seguimos hacia el norte, volviendo a Rendakoma, donde supuestamente debíamos evacuar nuestro informe. No nos dio tiempo a llegar, pues para entonces nuestras tropas se dirigían con gran rapidez hacia Adua y el comandante Marsala pudo hablar directamente con el mariscal Bono. Creo que aquel hombre se mostró muy sorprendido de que hubiéramos podido volver sanos y salvos.

»Por si aún me quedaba alguna duda, aquella aventura terminó de mostrarme la fortaleza y el espíritu de mi comandante. Estoy convencido de que otro se hubiera quedado en el camino, pero él no perdió el temple, ni dio muestras de perder la calma en todo el trayecto.

»Tres días después, el seis de octubre, nuestras tropas entraban en Adua, cuarenta años después de haber sido derrotadas en aquel mismo lugar. Pero no había lugar para la tregua. Debíamos dirigirnos hacia la ciudad santa de Aksum, un lugar estratégico, por lo que significaba para los amhara. Aksum era entonces la ciudad más importante de la enorme región de Tigré, y tenía

un gran sentido simbólico, además de hallarse en el camino hacia Gonder, el enclave más importante para el destino final, que era Addis Abeba.

»La verdad es que usted puede pensar al escucharme que se trataba de algo lógico, como llevar a cabo un plan militar, donde todo está programado. Pero la realidad era muy distinta. Verá usted, no éramos alemanes, sino italianos y todo iba saliendo..., a su manera. Los suministros no se hallaban donde debían estar, el polvo lo invadía todo, inutilizando las ametralladoras, impidiendo despegar a los aviones que se pasaban más tiempo en reparación que disponibles. En cuanto a los *camisas negras* no tenían la preparación militar necesaria y aquello no era la Vía Veneto, donde pasearse arriba y abajo, alardeando mientras observaban de reojo a las chicas. No, allí no valían la política, ni los himnos, ni las argucias. Aquel era un mundo primitivo, en el que la naturaleza parecía confabularse contra nuestros intereses. Es cierto que casi todos ellos eran voluntarios, pero también lo era que no esperaban encontrar un ambiente tan hostil, y que muchos de ellos, aun casi antes de empezar, ya no podían ni con su alma.

»Allí, los verdaderos guerreros, en el sentido estricto de la palabra, eran los cuerpos indígenas, la mayoría de ellos eritreos y somalíes, que tenían además sus propias cuentas que ajustar con los abisinios. Aquella gente dormía poco, comía menos, bebía de tanto en tanto un te muy azucarado, y estaba dispuesta para ir adelante en cualquier momento. No hacía falta arengarlos, ni darles ninguna explicación. Nuestros oficiales hablaban a través de intérpretes con sus jefes y les explicaban lo que se pretendía de ellos. Todo lo demás sobraba.

»Nos dirigimos, pues, a Aksum, una de sus ciudades sagradas, situada en el corazón de un territorio inmerso en las montañas al sur de Asmara. El comandante Marsala advirtió a otros oficiales que aquello no era nada con lo que vendría después, porque Abisinia es un país inmenso, mucho mayor que Italia, y claro, dominarlo por la fuerza iba a ser una tarea de titanes.

»Aksum era una pequeña ciudad, antiquísima, rodeada de restos de otras épocas y lo que me sorprendió fue ver gran cantidad de obeliscos en los alrededores, allí el edificio más importante era la iglesia, en donde se decía había sido encontrada el Arca de la Alianza, que llevó allí según la leyenda el hijo del rey Salomón y la reina de Saba. En esa iglesia se habían refugiado no solo los campesinos que huían del frente, sino muchísimos clérigos y sacerdotes cristianos coptos. Era un cargo de conciencia bombardearla y el mariscal Bono que tan buenas relaciones tenía con el Vaticano, les dio unas horas de reflexión a través de un mensajero. Se les permitiría abandonar la

ciudad, o en caso contrario, sería destruida aquella misma noche por la artillería.

»No hubo necesidad de ello. Apenas había transcurrido una hora, debieron adoptar la decisión de entregarla, ya que desde las alturas se veía una enorme columna de fugitivos y sus animales huyendo hacia el suroeste, por la carretera de Gonder, levantando una inmensa nube rojiza a su paso.

»Entretanto, el general Graziani atacaba con rapidez desde el sureste y el sur, procedente de las bases en la Somalia italiana. Se estaba formando la clásica pinza con el objetivo de tomar la capital a la mayor brevedad posible. Para entonces los mandos no hacían más que abrazarse y abrir botellas de vino, de las que por cierto el ejército había traído una importante provisión, en honor del glorioso Duce..., convencidos tal vez de que no íbamos a tener resistencia. Mientras los aviones pasaban en formación de combate, una y otra vez sobre los fugitivos, para terminar de atemorizar a los rezagados..., y para que sus observadores fuesen a decirle al Negus que era mejor rendirse cuanto antes a tan extraordinario ejército.

»Días más tarde tomamos Mekele, con el empleo intensivo de la aviación y tropas indígenas y pudimos comprobar que no iba a ser tan fácil como se nos estaba haciendo ver.

»Por alguna razón el mariscal Bono fue sustituido por el mariscal Badoglio, que tenía fama de buen estratega y hombre mucho más duro. Por otra parte, como todo el mundo sabía, Badoglio era persona muy cercana al Duce y eso aclaraba muchas cosas, pues se comentaba en las cantinas que el Duce y Bono habían tenido últimamente sus más y sus menos.

»Tal vez aquello generó un clima de confianza excesivo, y pude escuchar varias veces al comandante Marsala hablando con otros oficiales, advirtiéndoles que debíamos seguir con la guardia alta, y que vendrían momentos malos cuando menos lo esperásemos.

»De hecho pasamos un par de meses afianzando el frente y viendo como se acercaba la Navidad lejos de nuestros hogares. Así fue; las palabras del comandante Marsala estaban llenas de sentido común, y a mediados de diciembre, en un ambiente algo relajado por la cercanía de las fiestas, se confirmaron sus temores. Los etíopes reaccionaron con enorme fiereza tras la toma de Mekele y ganaron su primera batalla. Era algo sorprendente pero cierto y eso hizo reflexionar a muchos.

»Verá usted. Hay momentos en los que las cosas no suceden como uno espera; el terreno era excesivamente accidentado para los tanques y la artillería solo podía batir una parte de las laderas, por otra parte, resultaba

imposible mover las piezas entre las barranqueras y las escarpadas colinas. Ellos se encontraban en su elemento, y en un momento dado, los veíamos surgir de cualquier parte. Era absurdo utilizar las ametralladoras y pronto pudimos comprender que nos habían arrastrado a su juego, la lucha cuerpo a cuerpo..., y en eso tenían absoluta ventaja. En un terreno tan difícil, que por supuesto conocían a la perfección, nuestros hombres no tenían posibilidad alguna y desde el punto de observación donde nos encontrábamos, supimos que iba a resultar muy difícil salir con bien de aquella encerrona.

»Fue una primera y durísima lección que hizo reflexionar a los mandos. A los etíopes era mejor batirlos desde una distancia prudencial. Sus fusiles, por primitivos que fueran, casi todos un solo tiro, fallaban menos que los nuestros en distancias medias. Por otra parte, las flechas y los venablos resultaban mortíferos, eran capaces de acertar a cincuenta metros a un pájaro en vuelo... Teóricamente, *a priori*, se trataba de una lucha muy desigual, entre soldados del siglo veinte y guerreros de la Edad Media, pero al final lo que contaba era la convicción con la que cada uno luchaba.

»A últimos de enero volvieron a ganar otra batalla en Tembien, y gracias a esa victoria recuperaron Abbi Addi. El mariscal Badoglio debía estar pasando los peores momentos de su vida. Con seguridad plena, cuando sustituyó a Bono habría prometido terminar la guerra igual que si se tratase de un paseo militar. ¿Cómo iba a explicarle al Duce que su fantástico ejército estaba siendo batido por los abisinios? Nadie quería pensar en una derrota humillante, nadie quería volver a recordar Adua.

»Fue entonces, a principios de febrero de 1936, cuando llegaron en una avioneta los consejeros alemanes. Las relaciones entre Mussolini y Hitler eran en aquellos días casi fraternales y Alemania, que tenía pensada una estrategia a largo plazo, en modo alguno podía permitir que Italia tuviese un fracaso en Abisinia. Según se decía, ellos habían sido los instigadores *sotto voce* de la campaña, también de la filosofía del *espacio vital* y de la superioridad absoluta de unas razas sobre otras. Los alemanes venían a ayudar a un socio del Eje, con la solución más adecuada en la cartera.

»Hubo una importante reunión de Estado Mayor y aunque en principio el comandante Marsala no iba a ser invitado a participar, finalmente se le llamó como experto y también en su condición de miembro del Servicio de Información. Como siempre los asistentes les acompañamos y nos quedamos fuera, aguardando a que terminara la sesión. Pero esta se alargó más de la cuenta y a las tres de la tarde, un sargento eligió de entre los asistentes a seis

de nosotros para que ayudáramos a servir una colación, porque aquello no tenía visos de acabar.

»Por esas casualidades de la vida, yo fui uno de ellos. Nos proporcionaron una chaqueta blanca y como otras veces nos transformamos en camareros. Nos hallábamos en la enorme tienda donde se ubicaba el Estado Mayor. El lugar donde se cocía el asunto.

»No se detuvo por ello la reunión y mientras servíamos unas copas y repartíamos unos bocadillos y tazas de café, seguían disertando sin el menor reparo. Claro, nosotros no éramos nadie para ellos. Gritaban, se reían, bebían vino como esponjas, a eso lo llamaban confraternizar. Entonces pude escuchar como un coronel de la *Vermacht* hablaba con otros oficiales, acerca de las ventajas de emplear gas mostaza en determinadas ocasiones. Junto a él se hallaba otro coronel de los *camisas negras*, que parecía entusiasmado con la idea. Recuerdo que comentó dando una risotada, que aquella gente —se refería claro está a los etíopes— eran perros y como a tales se les debía tratar.

»No me dio sin embargo la impresión, de que al comandante Paolo le preocupase la situación. Se mantenía al margen, sin intervenir. A fin de cuentas, aparte de su personalidad, y tal vez incluso por encima de ella, lo que pensaría era que todo valía para ganar la guerra. No era un hombre cruel, ni fanático..., más bien se trataba de un militar fascista, que creía que la campaña debería llevarse de otra manera, porque era cierto que avanzábamos, pero era como hacer una raya en el agua, una vez que habíamos pasado, era muy difícil controlar aquel inmenso país que parecía volverse a cerrar detrás nuestro.

»Bien, pues al cabo de un par de semanas, en el Monte Agradam, pudimos presenciar lo que era capaz de hacer el gas mostaza. Fue algo verdaderamente terrible, que pudimos comprobar cuando el viento arrastró parte de la nube de color amarillo claro hacia nuestras líneas y muchos soldados italianos tuvieron que ser tratados de graves intoxicaciones.

»Allí acabó sus días el Ras Mulugheta. Al comenzar marzo, una estrategia similar acabó con el Ras Immerum y su legendaria caballería cerca de También. Un capitán de artillería le contó como se desarrolló la batalla y me permitieron escucharlo. Se implantaron veinte ametralladoras y varias piezas de artillería de campaña. La caballería del Ras Immerum se lanzó al ataque en líneas sucesivas, en oleadas de un centenar de jinetes cada vez. ¡Fue como si se estuvieran suicidando! Llegaban una y otra vez, y los caballos malheridos piafaban pataleando mientras la línea siguiente intentaba saltar sobre ellos. Mi comandante murmuró al enterarse, que una época acababa de terminar.

»Por otra parte, el emperador Haile Selassie era muy consciente de que se estaba jugando sus últimos cartuchos, e hizo un esfuerzo sobrehumano por reunir cuarenta mil hombres, que consiguieron derrotar algunos de nuestros puestos avanzados, pero no pudieron retener Quoram y no tuvo otra opción que retirarse a las montañas, tal vez intentando arrastrarnos a un terreno mucho más adecuado para sus propósitos defensivos. Mientras, Graziani avanzaba implacable desde el sureste y la tenaza se iba cerrando con rapidez.

»Pocos días después, sin razón aparente, el comandante Marsala dejó de pertenecer al Servicio de Información y prácticamente se le relegó.

»En un momento dado, incluso se hablaba de que debía volver a Italia, y todos hacían conjeturas de como alguien como él era sometido a un trato semejante. Solo cabía pensar en algo impensable, pero no se le podía acusar de nada en concreto. Muy al contrario. ¿No se le consideraba un héroe desde que cruzamos el infierno danakil? Por otra parte, jamás se le había escuchado hablar mal del régimen. Tenía al Duce por un dios y su espíritu militar era inquebrantable. ¿Qué estaba sucediendo?... En voz baja se comentaba esto y lo otro, pero nada era demostrable y llegó un momento en que nadie quería ya escuchar las absurdas hipótesis que se barajaban. Él seguía adelante, intentando mostrarse animoso, pero sin querer hablar de su situación. Solo parecía importarle que nuestro ejército conquistase Abisinia lo más rápidamente posible y con las mínimas bajas.

»La orden de incorporación a la columna motorizada le fue entregada dos semanas después de la toma de Aksum. No había más explicaciones, solo que se le cambiaba de regimiento y de destino. A partir de aquel mismo instante debía atenerse a las órdenes del coronel Starace.

»Le explicaré lo que eso significaba. Starace era un hombre singular. Se le tenía por un militar a la vieja usanza y de hecho se le conocía como *El prusiano*, por su manera extrema de entender la disciplina. Nadie quería reconocerlo, pero el regimiento de Starace era lo más cercano a un batallón de castigo para los que a él iban destinados.

»No quiso entenderlo así el comandante Marsala. Para él todo aquello seguía siendo algo normal..., y puede usted comprender que yo no era nadie para preguntarle. Solo me quedaba recoger las cosas y seguirle sin rechistar, porque eso lo tenía claro, a donde fuese él, yo iría detrás, aunque se tratase del mismo infierno como era el caso.

»Nos incorporamos pues a la columna motorizada que dirigía el propio coronel Starace, y que tenía a gala ser la que abría el frente, siempre en primera línea de fuego. Las estadísticas decían que al menos la mitad de sus

miembros se quedaban en el campo de batalla y que nunca, bajo ningún concepto, se daría un paso atrás.

»Se trataba de un centenar de tanques y tanquetas, acompañados de los necesarios camiones de avituallamiento y de transporte de tropas de apoyo, así como de artillería ligera y motoristas que abrían la marcha debido a su movilidad. También cuatro ambulancias, cocinas portátiles y una furgoneta cerrada de comunicaciones. Todo era lo más moderno en logística militar del ejército italiano. Partimos, pues, dispuestos a tomar Gonder, la capital de la región de Amhara, un lugar mítico al norte del lago Tana.

»Aquel era el objetivo que Badoglio había marcado al coronel Starace, en la ruta hacia Addis Abeba, y allí nos dirigimos, con toda la rapidez de que la columna era capaz. Sabíamos que el general Graziani estaba cumpliendo sus objetivos desde el sureste y no había tiempo que perder si no queríamos llegar tarde a la cita.

»Recuerdo que nos atacaron varias veces desde las alturas, incluso llegaron a provocar desprendimientos de rocas en algunos lugares, en los que el camino no era más que un sendero en las empinadas pendientes, y nuestros ingenieros se tuvieron que emplear a fondo para dejar el paso expedito una y otra vez.

»Un tanque se despeñó con su tripulación en una ruta de montaña, pero el coronel obligó a las siguientes a pasar por el estrecho paso, dos camiones de vituallas fueron incendiados y varios de los soldados resultaron muertos. Sin embargo, Starace no se detenía para esperar a nadie. Él tenía un programa y lo cumpliría por encima de su cadáver.

»El veinte de mayo nos encontrábamos a la altura de Dabat, a unos cincuenta kilómetros de Gonder, y Starace les dejó muy claro a unos emisarios del Ras que se acercaron enarbolando bandera blanca, que estaba dispuesto a bombardear la ciudad hasta que no quedara piedra sobre piedra, a menos que se le entregara sin lucha. Los etíopes sabían que aquel hombre no hablaba por hablar y que cumpliría su palabra sin el menor remordimiento.

»Así fue. Se emplazaron los cañones en las laderas de las colinas cercanas a la ciudad, se ajustaron las alzas y se cargaron las piezas y cuando ya parecía irremediable el bombardeo, el comandante Marsala, que desde el primer momento veía las cosas de otra manera, le pidió a Starace dos horas. Se comprometió a entrar en la ciudad y conseguir que la abandonaran. Starace se negó en principio, pero algo le hizo cambiar. Más tarde se comentó que el propio Badoglio, avisado por radio, dio su visto bueno a la operación de Marsala.

»La cuestión fue que el comandante Marsala fue designado y acompañado de Gebre Bekele, un explorador indígena, que ya no se separaba de nosotros y de mí, pues se empeñó en que lo acompañara..., como siempre, descendimos cabalgando hasta la puerta oeste de la ciudad. ¡Ah, tendría usted que haber estado allí! Era una vista impresionante, con la luz del amanecer subiendo a nuestra espalda, iluminando aquel lugar irreal, maravilloso, con los palacios en ruinas, sumergidos en la vegetación, todo ello envuelto en una neblina que hacía brillar las murallas, los edificios, los ornamentos de plata de los escudos de piel y de los fusiles de los hombres. A la altura a que se encuentra Gonder, el aire es tan limpio como un espejo pulido y los más mínimos detalles se perciben desde larga distancia. Mientras nos acercábamos, tenía la certeza de que en cualquier instante dispararían sus viejos fusiles contra nosotros y mi vida terminaría de una vez por todas.

»Pero también era muy consciente de que me encontraba en un lugar histórico en el momento justo y que el comandante Marsala era alguien muy especial, que en muchas cosas estaba muy por encima de los otros oficiales, incluso de los más altos. Lo hacía todo con una gran serenidad, como si estuviera poseído de una increíble convicción interior, que también lo protegiera. Sabía que por detrás nos observaban los nuestros, y que por delante los innumerables defensores nos verían como tres motas de polvo, aguardando a que nos acercáramos para tenernos a tiro. Pero le diré una cosa con toda sinceridad. En aquellos instantes no me hubiera cambiado por nadie en el mundo.

»Al aproximarnos, cuando apenas nos faltaban ya cien metros, pudimos ver como la puerta del oeste se abría como por ensalmo, permitiéndonos entrar galopando, para cerrarse inmediatamente tras nosotros. Los fieros guerreros del Ras de Gonder y los que habían llegado de las montañas dispuestos a morir, nos observaban desde todos los lugares posibles. Comprendí que solo la artillería podría terminar con ellos, porque se les veía determinados a defender su ciudad sagrada hasta la muerte.

»Sin dirigirnos una sola mirada, un jinete se colocó delante y nos condujo al trote hacia el corazón de la ciudad, a lo largo de una amplia avenida en la que podíamos ver increíbles jardines, palacetes en ruinas, enormes árboles cuajados de guerreros que parecían salir de la historia, para impedir que una lejana nación poderosa y llena de ambición, aplastase su cultura milenaria.

»Finalmente llegamos a una iglesia de piedra. Yo no entendía de arte, pero me recordó a una antigua iglesia románica, como las que se pueden ver en algunos lugares de Europa.

»Una vez allí, hicieron un gesto indicándonos que desmontásemos y lo hicimos sin temor, con la intuición de que nada nos podría ocurrir en aquel lugar, junto a la iglesia cristiana, porque ninguno de ellos se atrevería a mancillar su honor, ya que nos protegía la sagrada tradición de la hospitalidad, por mucho que odiasen a un enemigo que llegaba desde la lejana Europa para invadir su país.

»Señalaron la puerta, era evidente que debíamos penetrar en el interior y así lo hicimos, para reunirnos con quien tuviera la responsabilidad de tomar decisiones. El comandante entró y le seguimos Gebre Bekele, que servía de traductor y yo, que me había convertido en un emocionado testigo mudo.

»Recuerdo como me impactó la visión del interior de aquel templo. Tres curas del rito cristiano copto, revestidos con pesadas casullas incrustadas de plata y oro celebraban una misa, convencidos tal vez de que ya solo cabía encomendarse a Dios si querían salvar la ciudad. Se hallaban envueltos en una espesa nube de incienso, y un rayo de luz rompía la oscuridad, en la que solo unas cuantas velas proporcionaban la suficiente claridad para poder moverse. Aquel rayo de la primera luz de la mañana entraba por un lateral, chocaba con una panoplia de plata colocada en uno de los muros de piedra y daba de lleno en el altar, cubierto con un paño blanco, que a su vez reflejaba los ornamentos dorados y plateados de los oficiantes. Por mucho que le diga, no soy capaz de describir lo que sentí..., pero pensé que no se merecían lo que les estábamos haciendo.

»El obispo de Gonder se encontraba sentado en un sillón de madera oscura y junto a él, en pie se hallaba un hombre de aspecto noble portando una espada, luego supimos que se trataba del Ras de la región de Bagemdir, quien debía tomar la responsabilidad de la decisión, y así transcurrió la reunión que recuerdo con minucioso detalle.

»Fue el ras el que habló primero en un italiano bastante correcto.

»—“¿Por qué un pueblo cristiano como Italia, que en su corazón sostiene a la sagrada Roma, hace la guerra a otro pueblo cristiano, el más antiguo de África? ¿Por qué pretendéis destruir nuestras ciudades y aniquilar al pueblo etíope?”

»—“No puedo contestaros a ello” —contestó el comandante Marsala con serenidad—. “Solo estoy aquí en un último esfuerzo para que esta ciudad no sea destruida. Todos los guerreros deberán salir de ella antes de mediodía, o en caso contrario, la artillería emplazada la destruirá irremisiblemente, y no quedará piedra sobre piedra”.

»—“¿Venís entonces a amenazarnos en nuestra propia casa? Si os comportáis como un enemigo más, devolveremos vuestras cabezas insertadas en las puntas de unas lanzas y vuestros cuerpos serán pasto de los buitres”.

»—“No”. —El comandante ni tan siquiera pestañeó al escuchar aquella amenaza—. “Estoy aquí por mi propia voluntad, y no tengo más que perder que mi propia vida. Pero he creído que era mejor advertiros que es preferible perder una batalla que la guerra, y que si la ciudad permanece íntegra, un día, más o menos cercano, volverá a ser vuestra. En caso contrario, no solo perderéis la ciudad hoy, sino para siempre, porque por muy valientes guerreros que intenten defenderla, debéis saber que en esas alturas hay setenta cañones de grueso calibre preparados para pulverizar estas hermosas piedras. No he venido a amenazar, solo soy un simple mensajero, que ha llegado hasta aquí para advertiros de que a veces es mejor doblar el junco que romperlo”.

»El ras escuchó atentamente aquellas palabras. Luego dialogó en voz baja con el obispo. Yo tenía la sensación de que habíamos retrocedido en el tiempo y que no nos encontrábamos en 1936, sino al menos quinientos años antes, o tal vez mucho más..., en la época de las cruzadas..., pero vibraba de emoción y mis temores, que no cabe duda de que los tenía, quedaban en un segundo plano.

»Algo debió ocurrir en el interior de aquel hombre, porque de pronto asintió. Fue como un milagro. De repente habló, en un lenguaje gutural que retumbó en toda la iglesia. Vimos como los hombres se removían inquietos, pero aun sin entenderlo, sabíamos que acababa de tomar una decisión irrevocable. Antes de que abandonáramos el lugar, muchos de ellos ya estaban saliendo hacia donde les aguardaban sus hombres a caballo.

»El comandante se despidió del ras y del obispo con una inclinación de cabeza y ellos hicieron lo propio, mostrando su admiración por la valentía y el sentido del honor de aquel hombre.

»Así se tomó Gonder y se evitó la destrucción de la ciudad y una terrible masacre. Todo se debió al coraje personal del comandante Paolo Marsala, de eso doy fe yo, que estaba allí.

»Y ahora acompáñeme, que quiero mostrarle algo que no me cabe la menor duda va a ser de su interés.

Lleno de emoción, no pude por menos que preguntarle:

—Valentino, usted me ha dejado con la boca abierta..., perdone, pero la historia que me ha contado..., en fin, sin ánimo de ofenderle, no corresponde a la visión de un campesino. ¿Me entiende?... ¿Quién es ahora usted?

Valentino Soggiu me lanzó una sonrisa de complicidad.

—No se preocupe, entiendo lo que quiere decir. Sí, es verdad, cuando volví pensé en que yo quería llegar a ser como el comandante..., como su padre, terminé los estudios secundarios y luego fui a la universidad en Roma y me licencié en historia... y aunque esté mal decirlo, saqué buenas notas, pero verá usted. Yo la había vivido y lo mío no tenía mérito. ¿Comprende ahora?

Estaba anocheciendo en Nurri. El relato de Valentino Soggiu me había mantenido sin respiración. Apagué la grabadora y le seguí, con la certeza de que aún debía llevarme muchas sorpresas en relación con Paolo Marsala.

CAPÍTULO 9

LA MEMORIA DE SOGGIU

Aquella noche cuando llamé a Grazia por teléfono, la noté satisfecha. Me comentó que el profesor Phil, del Bolton Institute, se hallaba en Milán. La había llamado a la universidad, al número que proporcionamos al doctor Lewis en Londres. Según me explicó, el profesor Phil no tenía ningún inconveniente en acercarse a Florencia en unos días.

Me di cuenta de su interés por colaborar conmigo y más cuando aún me encontraba envuelto en la emoción del relato que acaba de escuchar, le expliqué quién era en realidad Valentino Soggiu. No se trataba por supuesto del tipo de persona sin criterio, ignorante, que supuse tras hablar con Rossi en Solarino, sino de alguien lleno de sensibilidad e inteligencia, que no solo no había olvidado todo aquello, sino que a lo largo de los años, tras una larga reflexión y estudio de las circunstancias, se encontraba en posición de aportarnos una gran cantidad de valiosa información, como ya estaba sucediendo.

Por otra parte, era obvio que mis sentimientos eran muy diferentes al día en que casi por un impulso comencé a pensar en Paolo Marsala. A lo largo de los últimos meses veía como iban perfilándose sus rasgos desde la espesa bruma que siempre me había impedido acercarme a su recuerdo y comenzaba a vislumbrar una compleja y rica personalidad, alguien muy diferente a un fascista radical, que era el concepto que se podría deducir de una primera y rápida lectura.

Además, estaba comprobando que existía una coincidencia en valorarlo como alguien diferente, capaz de convertirse en un héroe o en un villano, pero al que jamás podría calificarse como un ser vulgar y anodino. Nunca, a lo largo de toda mi vida, había sentido nada por aquel hombre. El cariño lo da el roce, el vivir juntos alegrías y penas, el compartir una época, no el hecho de llevar unos apellidos, ni tan siquiera unos genes. Desconocía lo que podría haber heredado de él, en lo que se refería a mi propia personalidad, ya que me tenía por un hombre normal, incapaz de las gestas heroicas que me contaban los que lo conocieron y con una forma de entender la vida radicalmente diferente. Nunca había podido comprender los sentimientos militares, la

disciplina, las paradas, las medallas y los uniformes. En cambio, Paolo Marsala parecía amar aquel mundo, que a mí me era tan lejano.

Pero menos aún podía entender, no ya que hubiese pertenecido al partido fascista, porque muchos no tuvieron en aquellos años otra opción, forzados por las circunstancias, sino que hubiese elegido voluntariamente formar parte de ellos. No me cabía en la cabeza aquella contradicción en un hombre, que, por lo que sabía, poseía sólidos principios éticos. Simplemente no tenía sentido.

Por otra parte, a pesar de llevar su sangre, no me movía otro interés que llegar a descubrir la verdad. El por qué de su ciega entrega al fascismo, las extrañas circunstancias que rodearon su desaparición, lo que ocurrió en realidad, también el aparentemente absurdo comportamiento de mi madre.

Ardía en deseos de seguir escuchando a Valentino Soggiu. Alguien sensible que había madurado en aquellos cruciales días y que impresionado por la personalidad de Paolo Marsala, había querido saber más sobre lo que sucedió en una absurda guerra, y que ahora me estaba sirviendo de testigo de cargo, porque podía ver por sus ojos, a través de un increíble relato que creía perdido para siempre, pero que se encontraba intacto en la privilegiada mente de aquel hombre.

Valentino Soggiu volvió con una anticuada maleta de cuero negra de tamaño mediano. Se veía gastada por el uso, con las cantoneras muy estropeadas, agrietada por los años, los cromados oxidados. En la etiqueta que colgaba del asa pude leer «Cdte. P. Marsala». ¡Aquella era la maleta de mi padre! ¿Qué hacía en poder de Soggiu?, ya que lo normal hubiera sido que la tuviera mi madre.

—Como puede ver, esta maleta perteneció a su padre. Unos días antes de desaparecer me la entregó, al tiempo que decía *Custódiala. Llegará el día en que te la pida de nuevo. Escóndela*. No entendí entonces lo que quería decirme. ¿Por qué me daba a mí aquella maleta? Tampoco me extrañó, pues había tantas cosas que no entendía en lo que estaba sucediendo, que prefería no preguntarle nada. Él daba las órdenes y yo las cumplía, pero aquel caso era muy diferente. Supe que se trataba de una muestra de confianza absoluta. Intuía que algo grave sucedía y que debía ser discreto.

»Hice lo que tenía que hacer. Me había pedido que la escondiera y allí no era fácil hacerlo, pensé entonces en Gebre Bekele, el explorador indígena que tenía toda mi confianza, por lo que le hice llamar y le dije —*Gebre, guarda esta maleta en un lugar donde nadie pueda encontrarla, más adelante te la*

pediré—. Ni pestañeó, la introdujo en una bolsa de arpillera y salió de la tienda como si tal cosa. Lo vi montar en su caballo y salir al trote corto hacia el norte.

»Para entonces, el coronel Starace quería seguir hacia Addis Abeba. Gonder era una base muy importante para controlar la provincia y la ruta entre Asmara y la capital, ya que se encontraba aproximadamente a la mitad.

»Aquella noche hubo reunión de oficiales, pero lo que me pareció increíble fue que no convocaran a mi comandante. Era el que tenía mayores méritos, y además había demostrado su lealtad y su valentía, tanto en Danakil, como en la toma de Gonder, que gracias a él no había costado ni una baja y se encontraba intacta.

»Puede suponer que los rumores seguían, los oficiales de bajo rango, los suboficiales y sobre todo la tropa, no entendían lo que estaba sucediendo. ¡Cómo era posible! ¡Pero si el comandante Marsala se había convertido en el hombre más popular del regimiento!

»Todo era muy extraño, pero sobre todo la terrible sensación de pérdida de confianza de los mandos. ¡No hubiesen tratado peor a un traidor declarado! Un sargento quiso darme una ingenua explicación, al tiempo que decía *No lo han convocado porque lo están promoviendo para la medalla de honor*. Pero yo sabía que eso no era cierto, tenía ya demasiados indicios de que algo malo iba a suceder... incomprensiblemente.

»Lo llamaron a última hora de la noche para darle una orden. Debía dirigirse con una docena de cañones de grueso calibre y apostarlos contra un poblado llamado Ebbenat, un lugar que dominaba la ruta hacia el sur que bordeaba el lago Tana, un mar interior de unos cinco mil kilómetros cuadrados, rodeado de altísimas montañas, algunas de ellas con alturas superiores a los cuatro mil metros. ¿Por qué Ebbenat? Según le informaron, era el reducto de parte de la resistencia, además dominaba la ruta en un punto estratégico. Las órdenes, como supe más tarde, eran arrasarlo hasta la completa aniquilación.

»Lo vi serio y concentrado mientras nos acercábamos a aquel lugar. El camino por el que discurríamos apenas podía recibir tal nombre, un sendero impracticable por el barro a causa de las continuas tormentas que descargaban cada tarde. Nos encontrábamos a principios de abril y el frío era intenso a aquella altitud, pero el comandante Marsala tenía que cumplir con su deber y no iba a detenerse ni a causa de los elementos, ni del cansancio.

»En aquellos momentos se le veía inflexible, como si tuviese dentro de él una barra de hierro forjado que le impidiese mostrar su lado humano. Sabía

por experiencia que era preferible no hablar con él en tales momentos y marchábamos en silencio, roto por el estridente chillido de unos grandes pájaros que daban la impresión de quejarse por nuestra intromisión.

»Por fin, al cabo de tres días, llegamos al punto que creyó más adecuado para emplazar la artillería. Ordenó que preparásemos el lugar y que se colocasen los cañones para batir la zona. Mientras, simultáneamente se levantaron las tiendas, aprestándonos a pasar allí la noche, para comenzar el bombardeo en cuanto se nos diera la señal por radio desde el cuartel general en Gonder.

»Reflexioné, mientras preparaba el interior de la tienda del comandante, que estaba ocurriendo algo muy extraño que no alcanzaba a comprender. ¿Por qué lo relegaban? ¿Cuál era el motivo por el que me había ordenado que escondiera la maleta? ¿Por qué le habían designado para proceder a la total destrucción de Ebbenat? Nada tenía sentido y así anduve cavilando hasta que oscureció. Se apostaron los vigías y la guardia y todo quedó en silencio. Por supuesto, aquella noche no se encendieron hogueras a pesar del intenso frío, sin embargo, todos comprendieron la decisión porque nos jugábamos el éxito de la operación.

»De pronto escuché un ligero roce y unos susurros. Yo dormía en la misma tienda y una simple lona me separaba del comandante. Alguien le hablaba y forcé el oído para entender lo que decían. Tenía la intuición de que estaba sucediendo algo crucial, pero hablaban tan bajo que apenas pude entender alguna palabra suelta. Lo que sí averigüé era que se trataba de Gebre Bekele, el explorador, y lo único que se me ocurrió, fue que le estaba dando razón de donde se encontraba la maleta.

»Tranquilizado por la interpretación que yo mismo me estaba dando, intenté conciliar el sueño sin conseguirlo, pero no hacía más que darle vueltas a la cabeza, buscando una explicación hasta que caí rendido.

»De pronto desperté sin saber cuanto tiempo había dormido, al notar que el comandante me agarraba el hombro. Me pidió en voz baja que le siguiera y así lo hice de un salto, pues en campaña dormíamos hasta con las botas puestas, siempre preparados para cualquier eventualidad.

»No había luna pero la oscuridad se veía aliviada por el resplandor de las estrellas, me podrá creer si le digo que el cielo era como un tapiz plateado. Nunca he vuelto a ver algo como aquello. Millones de estrellas proporcionaban una luz suficiente para percibir una docena de pasos adelante. Las gigantescas montañas que nos rodeaban recortaban el cielo y pensé que era una pena que nos encontráramos en un lugar tan maravilloso en son de

guerra y que algún día, cuando todo se hubiese arreglado me gustaría volver con el corazón tranquilo, sin remordimientos, para poder disfrutar de todo ello.

»Llegamos a la tienda donde se hallaba la dirección de tiro. Allí se encontraban los taquímetros, los telémetros, las brújulas y los anemómetros, también el complicado mecanismo de la dirección, en el que introducían los datos para conseguir la máxima precisión.

»Ebbenat se hallaba situada tras las colinas. Conocíamos sus coordenadas y para lograr acertar con el bombardeo un vigía se colocaría en la parte superior de la colina para coordinar el tiro a través de un sistema de morse con linterna de baterías. Si el tiro quedaba largo haría un determinado número de destellos, si corto, si a la derecha..., en definitiva, la responsabilidad de la precisión dependía de ese hombre, que debía ser elegido por el oficial de mayor rango en cada caso.

»Ya se había utilizado con anterioridad ese procedimiento con éxito. Tenga en cuenta que estamos hablando de una distancia entre tres y cuatro kilómetros la que nos separaba de Ebbenat. Era imposible subir los cañones por aquellas empinadas laderas, ni por tanto acercarse más al poblado, sin correr el riesgo de una catástrofe o incluso de ser detectados.

»Debían ser las dos de la mañana. El plan era comenzar el bombardeo justo al amanecer, en cuanto el vigía de la dirección de tiro pudiera calibrar la horquilla con los impactos de los proyectiles.

»Me quedé en la puerta vigilando mientras ellos entraban. El soldado de guardia vio que se trataba del oficial al mando de la misión y realizó un amago de saludo, sin extrañarse por ello.

»Permanecieron allí apenas cinco minutos, luego salieron y volvimos a la tienda. No sabía lo que ocurría, pero tenía muy claro que en cualquier caso haría lo que me ordenase el comandante Marsala.

»Llegó el momento de prepararse para la operación y cada uno ocupó su puesto tras recibir una taza de café de un enorme termo y unas galletas a modo de desayuno. Entonces se corrió la voz de que el vigía de tiro designado no podía ni levantarse. Comentó al médico que nos acompañaba que se sentía muy mal y se comprobó que aquel hombre tenía una fiebre altísima. Entonces Marsala, el oficial de mayor rango en la expedición, eligió en su lugar a Gebre Bekele que conocía la zona a la perfección y era capaz de moverse como un leopardo entre las barranqueras. Le explicó lo que pretendía de él. Debía apostarse en el punto elegido, desde donde podía ver el objetivo y utilizar la linterna para guiar la dirección de tiro, siguiendo las pautas

indicadas que conocíamos todos. El método de horquillamiento a ciegas lograba centrar el objetivo en apenas cinco disparos y desde ese momento era letal. No quiero extenderme en el código, pero el éxito del bombardeo artillero dependía exclusivamente del vigía que orientaba la dirección de tiro.

»Gebre Bekele subió con agilidad a la cima mientras la oscuridad iba disipándose con rapidez. En aquellos momento hacía frío, pero todos sabíamos que cuando el sol estuviera arriba, la temperatura haría lo mismo.

»Mientras, se cargaron los cañones con proyectiles de unos cien kilogramos, capaces de volar un grupo de casas dejando únicamente un cráter de tres metros de profundidad. La gente de Ebbenat creería en esos instantes que el cielo se desplomaba sobre sus cabezas.

»Cuando todo estuvo preparado, el propio comandante Marsala dio la orden y la primera línea disparó sus proyectiles con un trueno insoportable. Gebre Bekele realizó sus destellos con precisión y naturalidad y siguió el ritmo de disparos, hasta que en un momento dado, la clave vino a decir que se había dado en el blanco. Entonces se fijaron las alzas de todos los cañones, ajustándolas al ángulo adecuado y se procedió a un bombardeo destructivo, con la certeza de que Ebbenat estaba siendo aniquilado hasta sus cimientos. Era, no me cabía duda, la operación de castigo más dura e implacable que se había llevado a cabo desde que comenzó la campaña.

»Todo terminó en menos de una hora. Para entonces no debería quedar piedra sobre piedra en el objetivo. Cuando el comandante dio la orden de finalizar, Gebre Bekele descendió sin hacer ningún comentario, se recogieron las tiendas, se aprestaron las piezas para su traslado y a mediodía se dio la orden de volver a Gonder, con la misión cumplida, aunque ciertamente la gente marchaba en silencio, porque todos sabían que una población civil e indefensa había sido aniquilada.

»Pero no había terminado la jornada para nosotros. Nos hallábamos a unas cinco millas al noreste de Addis Zemen cuando sufrimos el ataque. Fue algo tan inesperado, que no tuvimos tiempo de reaccionar. Los enemigos salían de todas partes, a caballo, a pie, en grupos, dando la impresión de que brotaban del mismísimo suelo, gritando y disparando como energúmenos contra la columna. Pensé que se trataba de una feroz represalia por el bombardeo del amanecer. Cuando el comandante dio orden de formar un cuadro y disparar todo lo ordenadamente que se pudiera, ya era tarde, pues eran demasiados y pronto nos vimos desbordados.

»Aquella fue la última vez que vi al comandante Marsala. A mí me hirieron de un lanzazo en un hombro y perdí el conocimiento, pero antes de

caer sabía que nada se podía hacer contra los atacantes. Descendían por las torrenteras chillando como posesos, disparando sus viejos fusiles, lanzando venablos y una nube de flechas contra nosotros. Se trataba de centenares, tal vez miles de guerreros enardecidos, con la intención de aniquilarnos, sin dejar a uno, para demostrar que no temían al ejército invasor, ni a sus cañones. Rogué a Dios que no me cogieran vivo, porque había oído hablar de lo que podían llegar a hacerle a un enemigo.

»Cuando volví en mí, me encontraba en una tienda de campaña en Gonder. Milagrosamente habíamos sobrevivido cuatro. ¡De los doscientos cincuenta que componíamos la columna! Me explicaron que el comandante Marsala había desaparecido sin dejar rastro. Era evidente para mí que lo habían capturado y que se encontraría prisionero en algún lugar desconocido. Un oficial comentó que sería mucho mejor que hubiera muerto.

»Tampoco se sabía nada de Gebre Bekele, pero eso era natural, pues todos los soldados pertenecientes al cuerpo indígena habían sido asesinados y prácticamente descuartizados. Pero el cuerpo de Bekele no había aparecido. ¡A saber lo que habrían hecho con él! Me sentía muy apenado, porque les había tomado cariño a ambos.

»Al día siguiente se convocó una ceremonia para honrar a todos los caídos en la escaramuza de Addis Zemen. En la explanada se veían cerca de doscientos ataúdes cubiertos por banderas. Era algo impresionante y eso era exactamente lo que pretendía el coronel Starace, que era un militar al estilo antiguo y deseaba realizar un acto riguroso según el modelo clásico. Había hecho venir una banda de música del ejército desde Aksum, y las exequias comenzaron con salvas de artillería haciendo los honores militares a los caídos.

»Nos encontrábamos en mitad de la solemne ceremonia cuando algo la interrumpió. Vimos llegar unos jinetes galopando hasta la tribuna, de pronto la música cesó y los tambores enmudecieron. Todos nos mirábamos extrañados. ¿Qué estaba sucediendo?

»En aquel momento me encontraba en un lateral, justo a la entrada de la tienda que hacía las veces de hospital, porque aunque mi herida era limpia y no había afectado a ningún órgano, de tanto en tanto sentía mareos, y el médico me dio orden de seguir allí durante una semana como mínimo.

»Algo muy importante debía suceder, porque allí terminó definitivamente la ceremonia. Los oficiales se retiraron de la tribuna y llegué a pensar en una importante contraofensiva tal y como se rumoreaba.

»De improvviso unos miembros de los camisas negras se acercaron al lugar donde me hallaba y sin miramientos me obligaron a seguirlos, a pesar de las enérgicas protestas del doctor. Yo, puede usted creerme, iba temblando. Comprendí por los gestos y las amenazas, que había pasado de héroe a villano y que mi propia vida corría peligro.

»Me llevaron a la tienda del coronel Starace. Junto a él se encontraban los jefes de Estado Mayor y unos consejeros militares alemanes, que seguían la campaña en primera línea. Todos me observaron en absoluto silencio y a pesar de darse cuenta de que mi herida había comenzado a sangrar, lo que era obvio por la oscura mancha de mi hombro izquierdo, ni tan siquiera me invitaron a tomar asiento. Sin más comenzaron a interrogarme, con malos modos, como si yo fuese cómplice de algún delito, conminándome a que les dijera donde se encontraba el comandante Marsala.

»Puede usted comprender que me quedé de piedra. ¿Qué sentido tenían aquellas palabras? Pero si el comandante a esas horas ya estaría muerto o con mucha suerte prisionero, aunque no quería ni pensar en tal posibilidad, porque la crueldad de los guerreros abisinios no tenía límites. Por otra parte, me resistía a creer que estuviera muerto y que ya no lo vería nunca más.

»Mi sorpresa fue mayúscula al escuchar las palabras del coronel Starace, acusando de alta traición al comandante Marsala. ¡Traición! Entonces la tensión y el cansancio hicieron mella en mí. Me rebelé, perdí el sentido de la disciplina y comencé a gritar que aquello era una falsedad. ¡Imposible! ¡Absurdo! ¡Pero si era el mejor soldado, modelo de honor para todos ellos!

»Un capitán de los camisas negras me abofeteó sin compasión a pesar de mis heridas. Al caer al suelo de rodillas, volví en mí y callé, porque comprendí que no tenía nada que hacer en aquellos momentos. Alguien había lanzado un reguero de infamias en contra del comandante Marsala y era mejor permanecer en silencio y dejar que se tranquilizaran, entonces llegaría el momento de poner las cosas en su sitio y reponer el buen nombre de mi comandante.

»No acabó allí la cosa, pues la acusación era gravísima. Entonces me enteré de algo incomprensible ¡El poblado de Ebbenat seguía intacto! Lo que se había bombardeado era una zona rocosa cercana y pensé que no podía tratarse de otra cosa que de un tremendo error de la dirección de tiro, o tal vez Gebre Bekele podría haberse confundido entre la penumbra y la distancia, o tuviera un defecto visual que no supiera, o no quisiera reconocer. Me negaba a creer que hubiera mala fe..., y mucho menos traición. Conociendo al comandante Marsala, estaba absolutamente seguro de que tendría una

explicación razonable y así lo expuse ante aquellos oficiales cuando me exigieron que hablara. Comprendí que me encontraba en una situación terriblemente embarazosa. Jamás un soldado podría opinar sobre un oficial, porque eso iría en contra del propio código de honor del ejército. Pero se trataba de algo crítico, ya que yo podría aportar una explicación que le hiciera recuperar la credibilidad o por el contrario, demostrara que existía lesa traición. Entenderá que me sentía muy nervioso y preocupado ante la enorme responsabilidad.

»—Excelencia —debo reconocer que en aquel momento desconocía el trato que debía dar al coronel Starace, pero cuando me llamaron a filas, mi padre me dio el consejo de no quedarme corto en tales casos—. Mi coronel, con el debido respeto, solo puedo atreverme a decir que no he percibido nada extraño o anormal en el comportamiento del comandante Marsala. Muy al contrario, en todo el tiempo en que lo conozco, desde que me asignaron como destino ser su asistente personal, no he visto en él más que disciplina, deber, trabajo..., y si me permite, su excelencia, un increíble heroísmo, como cuando atravesamos el desierto Danakil, o hace escasas fechas como sus señorías conocen muy bien, al conseguir la entrega de la ciudad de Gonder donde hoy nos hallamos... No he visto otra cosa. En cuanto a esta misión y con el debido respeto, creo que intentó cumplirla con total entrega, y perdónenme que entre en valoraciones que no me corresponden..., pero es que no me entra en la cabeza que pueda haber cometido acto alguno en contra del servicio....

»Para entonces, el coronel Starace, que no dejaba de observarme fijamente, se había dado perfecta cuenta de que yo no tenía nada que ocultar. Hizo un gesto de contrariedad con la mano derecha, queriendo indicar que mi testimonio no iba a aportar nada y que en efecto, no tenía nada que ocultar en aquel oscuro asunto, y allí terminó el interrogatorio, con un despreciativo gesto de Starace para que callara.

»Me ordenaron que volviese al hospital de campaña, advirtiéndome que no hablara con nadie de todo lo ocurrido, ya que si lo hacía, podrían llevarme ante un consejo de guerra y fusilarme.

»Puede comprender que yo no estaba dispuesto a ello. Me sentía muy asustado, y además convencido de que el comandante Paolo Marsala aparecería en cualquier momento y daría las convenientes explicaciones. No era yo quien tenía nada que justificar sobre él, ni acerca de lo que pudiera o no haber hecho. Por lo que a mí concernía, todo lo que él hubiese decidido

estaba bien, ya que me preciaba de conocerlo y no podía poner en duda sus acciones por incomprensibles o absurdas que pudieran parecer.

»A pesar del secreto militar, aquella noche se había corrido la voz por todo el campamento. ¿Cómo era posible que alguien así...? Recuerdo como todos, soldados y oficiales, me observaban mientras volvía al hospital.

»No tardaron en aparecer los del Servicio de Información Militar, que todos sabíamos estaba en manos de los fascistas..., como por otra parte se hallaban todos los estamentos del país, comenzando por el ejército y acabando por el último funcionario. Los que no nos considerábamos fascistas, o incluso los que pudiéramos convertirnos algún día en su frontal oposición, no teníamos en aquellos años la menor posibilidad de prosperar, y ellos, los miembros del partido, nos veían como sus enemigos a muerte, en el más literal sentido de la palabra, porque según todos sabíamos, bien por experiencia personal, o de algún familiar o amigo muy cercano, aquellos tipos no se andaban con chiquitas y se cargaban a los que no pensaban como ellos.

»En mi caso lo tenía mal desde el principio. Los del SIM me sacaron sin miramientos del hospital, a pesar de que el doctor Maiotti, el médico que me atendía, una excelente persona por cierto, se opuso y les recriminó duramente por ello. Aquella misma noche me trasladaron en un camión militar hasta Asmara. Allí se encontraba el antiguo edificio de piedra de la administración, construido en tiempo de Baratieri, y allí me entregaron a los servicios secretos, que depuraban las responsabilidades políticas tanto de militares como de civiles.

»No sé si debería contarle lo que ocurrió. Aquella gentuza, porque no se les podía llamar de otra manera, no se conformaron con las evidencias, ni con mis explicaciones, ellos necesitaban justificarse, encontrar cuanto antes las pruebas de la traición, para poder llamar a Roma y decir *¡Lo tenemos!* Y eso era sobre todo, a causa de la especial idiosincrasia del fascismo, en que cualquiera que no aceptara el sistema, entregándose a él sin reserva alguna, era sospechoso de traición, no ya al partido, sino al propio Estado. Allí me golpearon sin misericordia, sin atender a que estuviese herido de consideración, a que solo fuese un asistente sin mayores responsabilidades, a que probablemente no sabía nada más y, por tanto, nada podía añadir a lo que ya sabían.

»Como es natural la herida de mi hombro se abrió, sangré abundantemente y me desmayé. Cuando volví en mí me encontraba en situación de vida o muerte y solo entonces permitieron mi traslado al hospital

de campaña. Allí pasé cerca de un mes, hasta que según el médico que me atendió, milagrosamente conseguí recuperarme.

»Cuando pude reflexionar sobre todo ello, recordé las conversaciones que había tenido con él. El comandante Paolo Marsala, me lo había hecho saber desde los primeros días..., en la confianza que me tenía, una noche en el desierto Danakil, cuando no esperábamos sobrevivir, vencidos por la brutalidad de aquel infierno. En aquel momento me habló sin reservas, no como un oficial le habla a un soldado, sino como un amigo a otro, o más aun, como un ser humano se abre a otro, ante la incógnita de lo que se les viene encima, donde ya no importa nada que no sea comprender..., No sé si puede usted entenderme, pero esa experiencia la tuvimos allí, en un lugar al que el hombre solo puede asomarse y huir, porque permanecer allí es suicida.

»Recuerdo que aquel atardecer había muerto uno de los exploradores indígenas, que llevaba unos días enfermo, lo que nos extrañó sobremanera, porque son gente increíblemente fuerte y muy adaptada a toda clase de penalidades..., y claro, eso nos hizo ver que nosotros no íbamos a poder salir de allí, una infinita extensión de sal que cubre un pantano de lodo maloliente, donde en cualquier instante puedes hundirte en una solución de sosa cáustica, que en unos minutos devora todo lo que en ella se introduce.

»No quiero decir que no sea bello a su manera. El sol del atardecer le proporciona mil tonos, desde el rojo al azul, confundiendo el horizonte como un enorme espejismo, que te hace creer que estás caminando por la parte interior del mundo y que jamás vas a poder salir de allí.

»En esa situación límite, totalmente agotados, con los pies en carne viva, respirando el aire fétido proveniente de una especie de fumarolas que irritaban la garganta y los pulmones, convencidos de que no pasaríamos otro día, fue cuando el comandante me habló en total sinceridad, y desde aquella noche supe que la vida no era lo que yo esperaba, ni mucho menos lo que parecía.

»—“Mira Valentino” —me dijo—. “Ya no te habla tu comandante, sino un amigo que necesita ser escuchado. Si salimos de aquí, lo que se me antoja imposible, te pido que lo olvides, al menos hasta que el mundo sea de otra manera.

»Te habrás preguntado qué hacemos aquí los italianos. Bueno..., el hombre es el único animal que no aprende de sus errores y Mussolini no parece recordar ni Amba Alagi, ni Adua, ni los miles de soldados muertos presa de buitres, ni las banderas rotas y desgarradas, caídas en la roja tierra de Abisinia.

»Nada le importan tampoco los tratados de amistad, ni su firma en el Pacto Kellogg-Briand, las advertencias de la Sociedad de las Naciones, o las inevitables sanciones que caerán sobre Italia..., Hemos estado ciegos, sordos y mudos..., si no todos, la mayoría. Y lo más grave es que tenemos que vernos así para comprender nuestra fatal equivocación. Toda mi vida entregada a una causa no solo falsa, sino contraria al más elemental derecho. Eres el único al que he hecho esta confesión, pero si hemos de morir, no quiero hacerlo sin decir en voz alta lo que siento.

»Desde que desembarcamos en Massawa, comencé a comprender que no podía seguir con esta farsa, cierto es que como militar debo obedecer las órdenes que recibo, sin discutirlos, pero ahora por primera vez en mi vida, estoy presenciado actos vergonzosos que jamás habrían tenido que darse en el ejército italiano, porque no se puede considerar al enemigo como alguien a quien hay que degradar y tratar peor que a animales, ni emplear gases venenosos, no solo porque estén prohibidos por las convenciones internacionales, sino por un mínimo sentido de humanidad. Ni tampoco estoy de acuerdo en que los consejeros alemanes sean los que tomen las vergonzosas decisiones de arrasar los pueblos y aldeas que encontramos hasta los cimientos, aniquilando a todos sus habitantes, incluso mujeres y niños, porque eso degrada nuestra condición militar, transformándonos en verdugos en lugar de colonizadores, que en todo caso deberíamos ser.

»Pero lo que está colmando mi ánimo como individuo, es comprobar que por alguna razón pretenden no solo humillarme, sino deshacerse de mí, enviándome a misiones sin sentido, como la que nos encontramos..., cierto que no me importa arrostrar el peligro si ello beneficia a nuestra causa, pero entre tú y yo, te diré que aquí no estamos haciendo otra cosa que desfallecer, y mucha suerte tendremos si escapamos con vida de esta situación”.

»Así me habló mi comandante y es la primera vez que hago un comentario sobre ello, porque sé con quien estoy hablando y el tiempo que ha pasado, que ha borrado las huellas de aquella cruel guerra contra un pueblo inerme. ¡Maldito Mussolini y maldito fascismo! ¡Aquel desgraciado nos arrastró a un atroz conflicto en el que quedaron cientos de miles de italianos en su estúpido apoyo a los nazis!

»Perdone mis exabruptos, pero mire, siempre he pensado que su padre no murió en los barrancos cercanos a Addis Zemen. Que yo sepa no encontraron su cuerpo..., y la verdad todo era muy extraño para mí, pero si alguien supo lo que realmente ocurrió fue sin duda Gebre Bekele, el explorador indígena que me devolvió esta maleta dos años después, cuando salí de la prisión

militar de Asmara, a la que entré sin sentencia alguna y de donde salí sin esperarlo.

»Recuerdo que me disponía a subir al navío de transporte en Djibuti, cuando alguien se me acercó y me susurró en un italiano chapurreado que un tal Bekele me aguardaba en unos almacenes cercanos. Claro, él no se atrevía a entrar en la zona militar, por temor a que lo identificaran y lo cogieran prisionero, pero como todavía no habían llamado a formar, fui discretamente tras el hombre hasta donde esperaba Gebre Bekele, que al verme me saludó alargándome las dos manos como tenía costumbre y luego sin decir palabra, me entregó la maleta del comandante Marsala. ¡Casi dos años después se había molestado en traerla hasta mí! ¿Pero cómo habría podido dar conmigo? Me pareció algo increíble, porque nadie sabía de mí, ni cuando iban a liberarme, si es que lo hacían.

»Aquí está pues la maleta. Puede llevársela, a su padre le habría gustado que la tuviera usted, y por desgracia ya nunca podré devolvérsela personalmente. Tendrá que llevarla a un cerrajero si no quiere romperla. No sé lo que contiene, porque nunca la he abierto. No he querido hacerlo, pues siempre me he considerado un mero depositario. Probablemente no haya nada de importancia, pero ahora lo que tiene es suyo. A fin de cuentas, esa sería la voluntad de su padre.

Valentino se quedó observándome, mientras yo no sabía ni que decir. Mi madre había guardado cuarenta años a que se produjera un milagro y allí acababa de encontrarme con uno. Alguien que mantenía su ética y sus principios a salvo a través del tiempo.

Estreché fuertemente la mano de aquel hombre y cogí la maleta como si se tratase de una reliquia, mientras no podía hacer otra cosa que asentir con la cabeza, anonadado por la valiosísima información que acababa de proporcionarme.

Me despedí de Valentino Soggiu y de su familia aquella misma tarde. Debía tomar el avión que salía a última hora hacia Milán. Allí me aguardaba Grazia y ansiaba contarle la increíble historia, intentando mantener la serenidad a pesar de todo.

Al volver a casa, efectivamente tuve que romper las cerraduras. No había otro modo de abrir la misteriosa maleta. Encontré un ajado uniforme de gala, unos zapatos negros de parada aún relucientes, una caja metálica conteniendo un sobre con las últimas pagas sin tocar. Cuarenta mil quinientas liras en

billetes de la época y un sobre abierto remitido por un tal Giacomo Capelli, coronel de Estado Mayor, Roma.

Desplegué la cuartilla y comencé a leerla, embargado por la emoción.

Roma, 20 febrero 1936

Paolo: He realizado las indagaciones que me pediste. Según el Servicio de Información eres judío. Hijo de judíos. Giacomo Marsala y Ana Saloni, en realidad sus verdaderos nombres eran Jacob Maciel y Anna Salom, judíos sefarditas emigrados de Libia, eso sí, con pasaporte italiano.

Ese es el verdadero y único problema. No tienes futuro en el ejército a causa de tu raza. Aunque tú te consideres italiano cien por cien, para los servicios de información del ejército tienes la consideración de un judío infiltrado.

Como debes conocer, hay unas nuevas normas en relación con los judíos. Son de aplicación inmediata y lo que va a ocurrir es que recibirás una carta oficial en la que te exigirán que presentes tu baja voluntariamente.

Lo siento de verdad, siempre hemos sido buenos amigos y compañeros de armas. Te tengo por un militar ejemplar y me parece injusto lo que está sucediendo, pero tenemos que aceptar que las cosas son así y que nos encontramos con nuevo orden que va a pasar por encima de las circunstancias personales.

En cuanto a mí, te seré sincero. No me gustan los judíos, nunca me han gustado. Me he llevado una terrible sorpresa al enterarme y te repito que lo siento.

Pero a partir de este momento, te ruego que no me pongas en el compromiso de tener que negarte el saludo. No me escribas, me comprometerías con ello.

Te deseo buena suerte y te diré, porque tengo algunas informaciones que os van a hacer falta a los judíos a partir de ahora. Adiós.

Fdo. Giacomo Capelli

Al terminar la misiva tuve que sentarme. ¿Mi padre judío?... ¿Y yo también? ¿Jacob Maciel? ¿Anna Salom? ¿De qué estaban hablando? Aquello era la típica acusación fascista para librarse de alguien por falta de confianza, una infamia..., aunque no tuviese nada contra los judíos. De hecho, uno de

mis mejores amigos, Samuel Cohen, un extraordinario profesor de historia de la literatura era judío. Pero de eso a inventarse algo así, había mucho trecho.

No sabía qué hacer. De pronto tuve una intuición y llamé por teléfono a casa de tía Rosa. Lo cogió ella y me dijo que mi madre no estaba. Entonces, sin poder reprimirme, le pregunté.

—Rosa, ¿tú sabes algo acerca de que haya alguien en la familia que sea judío?

Me arrepentí antes de acabar la pregunta, pero ya era tarde. Tía Rosa suspiró al otro lado del teléfono.

—Mira, Alessandro. Eso ha sido un secreto de familia. Ahora ya no eres un chiquillo y puesto que lo preguntas..., te diré que sí. Tus abuelos paternos eran de raza judía. ¿Pero cómo lo has sabido? Nadie lo sabe, más que tu madre y yo. Ella no ha tenido nunca secretos para mí y me lo contó unos años después de desaparecer tu padre. Nadie lo ha sospechado nunca en el círculo cercano a la familia, ningún amigo ni vecino. ¿Quién te lo ha dicho?

—Ya te lo explicaré cuando nos veamos. Es muy largo de contar..., pero te diré, a mí no me importa, aunque eso signifique que la mitad de mi sangre sea judía.

—Ni a mí tampoco. ¡Menuda tontería! En Italia hay muchos judíos y todos los que conozco son gente que merece la pena. ¡Faltaría más! Bueno, pues ya que lo sabes, tal vez tu madre quiera explicarte algo más... pero no le digas que has hablado conmigo..., a ver si se cree que te lo he dicho yo..., aunque ya da lo mismo. Dile que te hable de Rachel Salom, que debe seguir viviendo en Trípoli, con algo más de noventa años, si es que no ha muerto ya.

—¿Quién es Rachel Salom? —pregunté con un hilo de voz.

—Rachel..., mmmm, verás, creo que es la hermana menor de tu abuela Anna, por tanto tía carnal de tu padre, tus abuelos llegaron a Sicilia alrededor de 1890, él con treinta años, ella con veinte, ya como cristianos, quiero decir, conversos, después de abandonar la fe mosaica. Tu padre nació en 1895, es decir, ahora tendría ochenta y un años. Según tengo entendido, Rachel tenía doce años menos que Anna, por lo tanto debió nacer en 1882, hasta hoy..., tendríamos noventa y cuatro..., la verdad no creo que siga viva todavía. Bueno, te dejo. En otro momento hablaremos largo y tendido.

Colgué el teléfono sin saber qué responder. Sentí una especie de vértigo ante aquella historia que nadie me había contado jamás. Estaba enfadado con todos ellos, con mi madre por no habérmelo dicho, con Rosa por lo mismo..., podía entender lo que mi padre habría sentido al enterarse. Sus padres eran judíos, y por temor, exceso de prudencia, o intuición a los tiempos que

estaban por venir, prefirieron abandonar el judaísmo. En cuanto a mí, no me sentía diferente, a fin de cuentas judío era el que pertenecía a una determinada religión, a una forma de vida. Sin embargo, en un momento dado, hacía cuarenta años de ellos, muchos hombres y mujeres murieron simplemente por serlo.

En cuanto a mi madre, siempre había sido discreta y callada. Ella no quiso que supiéramos nada. ¿Sabría algo más?

La duda comenzó a crecer dentro de mí. ¿Por qué había permanecido esperando cuarenta años? Eso, de pronto, no tenía sentido alguno. Ella debía saber muchas cosas que por alguna razón no había querido compartir.

CAPÍTULO 10

UNA LECCIÓN MAGISTRAL

El profesor Michael Phil se quedó observándome con sus ojos azul claros, agazapados tras unas doradas gafas redondas.

—No es frecuente encontrar gente interesada en los pueblos etíopes. No, en verdad que no lo es. ¡Que curioso! ¿Así que ustedes están elaborando un trabajo sobre la campaña de Abisinia de Mussolini...? Es cierto que aquello influyó mucho en lo que ocurriría después en el país, pero si me permiten..., comencemos por el principio.

El profesor bebió un largo sorbo del café que Grazia acababa de preparar. Era un hombre alto, con la piel manchada por el sol, como si hubiera estado viviendo muchos años en el trópico. Se había prestado amistosamente a ayudarnos, aunque nos advirtió que al día siguiente debía volver a Londres.

—La primera vez que estuve en Abisinia o Etiopía fue hace treinta y cinco años, en 1941. Era muy joven entonces, pero a pesar de mi juventud me encontraba alistado en el III Cuerpo Expedicionario Inglés, que estaba intentando mantener la Base de Aden como el lugar estratégico que era para nuestro país y pueden creerme si les aseguro que para ello no se regateaban esfuerzos. Recuerdo que fuimos aerotransportados hasta Mombasa para integrarnos en las tropas de Cunningham y desde allí, penetramos en la Somalia italiana, tomando Mogadiscio el 24 de febrero. Posteriormente, en un avance muy rápido, a primeros de abril, llegamos a entrar en Addis Abeba. Apenas un mes después el duque de Aosta capituló y Etiopía quedó libre de los italianos.

»Debo reconocer, sin duda alguna, que fueron los guerrilleros amhara los que nos facilitaron aquellas victorias. Odiaban a los italianos y por alguna razón confiaban en nosotros..., culturalmente tal vez era una paradoja, porque los italianos debían ser gente más cercana, pero ya no se fiaban de sus promesas y lo único que querían era que abandonaran el país lo antes posible.

»Allí aprendí mis primeras lecciones sobre aquellas gentes. Eran increíblemente distinguidos, incluso los que se encontraban en la mayor miseria. Su forma de caminar, de moverse, de ser, les confería una peculiar

nobleza. Eran orgullosos, muy resistentes, capaces de correr si era preciso durante horas y horas sin apenas alimentarse ni beber... Pero aquel carácter tenía también su parte oscura, pues podían llegar a demostrar una refinada crueldad con los enemigos que caían en sus manos. Tal vez más que de crueldad se debería hablar de su forma ancestral de entender la guerra. Desdichados los que eran capturados, pues sufrían atroces suplicios que casi siempre culminaban en la pérdida de sus atributos viriles e inevitablemente morían desangrados. Muchos centenares de soldados italianos dejaron así su vida en aquella absurda campaña de conquista..., para hacer creer a Mussolini que también él era un victorioso emperador romano.

»Pero la única y verdadera dinastía era la que pretendían conquistar. En efecto, Haile Selassie, el último rey de reyes, mantenía que su linaje se remontaba hasta Salomón y la reina de Saba, con más de tres mil años de antigüedad. Me gustaría hacerles un pequeño resumen si me lo permiten. Si tienen conmigo un poco de paciencia les esbozaré la interesantísima historia de ese bello país, para que puedan entender como llegaron hasta allí los italianos fascistas de Mussolini.

»La realidad de la historia mantiene que los Habasa, una importante tribu semita procedente del Yemen, fue imponiéndose a las tribus negras autóctonas y ubicó su capital en Aksum, una bella ciudad situada a más de dos mil metros de altura, adoptando su rey el solemne título de rey de reyes..., de ahí viene el sobrenombre de Negus, pues eso es exactamente lo que significa. Fue una época de conquistas y comercio, casi siempre a través de mercaderes árabes, que traían sedas, tejidos, especias, objetos elaborados en Persia y en la India, y en contraprestación, les compraban el marfil, el oro, incluso piedras preciosas que iban llegando del interior de África. En el siglo IV de nuestra era, San Frumencio, un monje enviado por el patriarca de Alejandría, trajo el cristianismo, eso sí, el mismo de la iglesia egipcia, es decir, monofisita, doctrina que solo reconoce una naturaleza individual en el Verbo encarnado, negando las dos naturalezas de Cristo, divina y humana. Indudablemente, aquello era una herejía para Roma. Les diré que desde 1959 es una iglesia autónoma y tiene su propio metropolitano.

»Pues bien, todo transcurrió dentro de un proceso continuado hasta la derrota de los aksumitas en Arabia y su expulsión de aquellas tierras. La posterior llegada del islam lo cambió todo. Mucho más tarde, ya en el siglo X, el reino de Aksum desapareció, dando lugar a una nueva dinastía de origen

agaw y hubo violentas luchas hasta que llegó Yekuno Amlak en 1270, representando de nuevo a la dinastía que se remontaba a Salomón.

»A partir de entonces las luchas entre musulmanes y cristianos no cesaron. También contra los negros no cristianizados o incluso unos extraños judíos, los falashas, que según la tradición habían emigrado desde el norte, durante la disputa entre Rehoboam, el primogénito del rey Salomón, rey de Judá, y Jeroboam, el hijo de Nebat, rey de Israel. Se cuenta que la tribu de Dan prefirió emigrar hacia Egipto para no tener que tomar partido. Más tarde exploraron el sur y encontraron ricas tierras con agua abundante. Habían llegado a lo que hoy llamamos Etiopía, en efecto ya el profeta Isaías mencionó que en Cush, como se conocía el país entonces, vivían judíos.

»El vínculo entre los que habitaban en Egipto y los que se establecieron en Abisinia se mantuvo por largo tiempo, poco a poco fueron estableciéndose en la región del lago Tana y probablemente algunos indígenas se convirtieron al judaísmo. Sus costumbres, religión y forma de entender la vida los hizo diferentes y de ahí el apelativo *falasha*, es decir, el extranjero, el extraño. Como en otros lugares del mundo fueron objeto de persecuciones, de hostilidad, pero ellos supieron resistir hasta hoy. Judith, reina de los falashas, se sublevó contra la dinastía cristiana e inició la guerra de iglesias y monasterios. Durante casi cuatro siglos los judíos fueron gente influyente hasta que a mediados del siglo XIII, la dinastía de Menelik volvió al poder. A partir de entonces comenzó una larga época de represión contra los judíos, que resistieron una y otra vez. A pesar de las aniquilaciones, deportaciones y desgracias, siguieron manteniendo estoicamente su fe.

»Así fue como en Abisinia se encontraron las tres grandes religiones, cristianos, musulmanes y judíos, pugnando por su identidad, transformando aquellas inaccesibles montañas en irreductibles fortalezas de su fe.

»Fueron los portugueses los que ayudaron a los reyes cristianos a librarse de los musulmanes en 1541. Cristovao de Gama estaba convencido de encontrarse frente al legendario Preste Juan, el rey de un imperio fabuloso que llegaba hasta el corazón del África negra.

»Por aquellos años comenzaron a llegar los Galla, unas tribus paganas, animistas, que aprovechando las circunstancias fueron estableciéndose en todo el reino. Mientras, los misioneros católicos que habían llegado de la mano de los portugueses, creyeron tener fácil la conversión de aquellos cristianos a los que consideraban herejes debido a su monofisismo, pero se encontraron con una fe profundamente arraigada. Estallaron graves

desórdenes y al final el catolicismo se prohibió y los misioneros tuvieron que abandonar el país.

»Los señores feudales aprovecharon la larguísima era de revueltas para hacerse con grandes parcelas de poder, en una corte repleta de intrigas y traiciones, en los que los Galla se habían infiltrado.

»Pero no fue hasta el siglo XIX, cuando un guerrero perteneciente a una importante familia de jefes de Kuwara, se hizo coronar como el emperador Teodoro II, tomando como rehén al heredero también de nombre Menelik y ahí comenzó una época de hostilidades, guerras tribales, insurrecciones, hasta que Teodoro tuvo que suicidarse y subió al trono otro jefe del Tigré, con el nombre de Juan IV, al tiempo que Menelik lograba escapar.

»Pasaron dos años y de nuevo aparece la amenaza del inevitable hombre blanco. Cuando se abre el Canal de Suez, comienzan en realidad las ambiciones europeas. Francia se instaló en Djibouti en 1885, y los italianos en Aseb en 1882 y tres años más tarde en Mitsiwa.

»Pero Juan IV negoció la ayuda de los británicos, que se hallaban en Aden desde 1839 y quiso atraerse al heredero de la dinastía Menelik. Ahí comenzó en realidad el problema, cuando los italianos proveyeron de armas y ayuda logística al príncipe, que logró grandes victorias y se coronó tras la muerte de Juan IV, como el emperador Metemma, tras expulsar a los mahdies.

»Fue el ras Makonnen el que le convenció para firmar el Tratado de Ucciali en 1896, por el que los italianos entraban en posesión de Eritrea, pudiendo según sus cláusulas expandirse hasta Asmara, a cambio de reconocer a Metemma como único y verdadero emperador de Etiopía.

»La ambición desmedida de los italianos rompió los acuerdos y terminó con la batalla de Adua, en la que los etíopes masacraron a las tropas del general Baratieri. Aquello se consideró en Italia una afrenta nacional ¿cómo era posible que un pueblo pobre y primitivo hubiese logrado tal victoria sobre una poderosa nación europea?

»A pesar de que el tratado de Addis Abeba imponía a los italianos la soberanía etíope, aquellos siguieron tramando con franceses y británicos, hasta que entre las tres naciones se realizó un reparto, de lo que eufemísticamente se llamaron zonas de influencia, lo que en realidad significaba una enorme amenaza para la unidad del país.

»Comenzó un largo drama en el interior de la familia real, cuando Menelik sufrió un ataque de hemiplejía y tuvo que ceder el poder a su hijo Yassu, entonces menor de edad, que se vio inmediatamente dominado por la emperatriz Taitu.

»Aquí entró en escena el ras Tafari, hijo del ras Makonnen, que depuso a Yassu, nombrando emperatriz a Zawditu, hija primogénita de Menelik. Fue proclamado Negus en 1928, durante un golpe de estado, y en 1930, a la muerte de Zawditu, fue designado emperador con el nombre de Haile Selassie, haciéndose con el poder real.

»Pero los italianos seguían apoyándose en la Convención de 1906 para reclamar el control del enorme territorio entre Eritrea y Somalia. El incidente de Wal-Wal, probablemente provocado por los fascistas, proporcionó el pretexto para la invasión italiana el 3 de octubre de 1935, y el emperador tuvo que refugiarse en Gran Bretaña hasta 1942, año en que volvió a recuperar su independencia, aunque la ocupación británica no terminó hasta 1954. Fue Haile Selassie el que consiguió la integración de Eritrea en 1952 y diez años más tarde su total anexión. Ese fue el enorme error que ocasionó la guerra de liberación que junto a la difícil modernización del país y a la problemática creada por las identidades étnicas, llevaron a Etiopía a una crisis total, que aún no ha acabado, y lo que es peor, nadie sabe como terminará.

El profesor Phil chasqueó los labios, como si se sintiera disgustado por la situación.

—Los etíopes merecen un mejor destino. Son como antes he comentado unas gentes nobles. Tanto cristianos, musulmanes, como paganos. Aquella es una tierra durísima que forja a sus habitantes..., como podrán comprobar si la visitan. También es una tierra de misterios, de magia, de mitos y leyendas. La tierra de Punt, Cush, el Preste Juan, El Arca de la Alianza, Salomón y la reina de Saba, un país cristiano en el continente negro, rodeado de musulmanes..., el nacimiento del Nilo Azul, las montañas nevadas en el trópico, muchas de ellas con alturas superiores a los cuatro mil metros, inaccesibles y misteriosas. Sí, indudablemente Etiopía es un país singular..., muy singular, que aún guarda grandes secretos.

»Recuerdo lo que me dijo un amigo etíope cuando le pregunté si era cristiano. Permítame que repita sus palabras, son sumamente descriptivas.

»—“¡Claro que estoy bautizado!” —dijo mientras me observaba con curiosidad, no exenta de ironía—. “Verá, mi nombre es Juan Ronit Meham y me bautizaron en la catedral de Addis Abeba, porque mi padre había sido uno de los jefes de la caballería del Negus. Murió en Adua luchando contra los italianos. Ellos llegaron aquí convencidos de que podrían engañarnos y de que les cambiaríamos el país por cuatro abalorios. ¡No habían comprendido nada!

Deberían saber que ante Dios todos los hombres somos iguales, y su Dios es el mismo que el nuestro, su iglesia es muy parecida a la nuestra y su honor no es más grande que el nuestro. Tenemos la piel más oscura porque aquí el sol está más cerca, pero nuestra dignidad es tan grande como la suya. La riqueza de un país no se mide con las medidas que quieren implantar los europeos, que deberían saber que el que es rico hoy será pobre mañana y que el que es feliz hoy, sufrirá mañana, porque todos dependemos de Dios y sus designios no podemos entenderlos.

»En Adua los italianos encontraron lo que se merecían. Una lección de dignidad. En la campaña de Mussolini la historia puso a cada uno en su lugar. Mire, los etíopes, no solo los que estamos bautizados, hemos sido educados en el respeto por los demás. Amamos nuestro gran país, que es como un pequeño universo; aquí tenemos playas y costas, ríos enormes, lagos como mares, montañas que llegan al cielo, bosques, selvas, desiertos y campos cultivados, espacios infinitos, también leones, panteras, hienas, hipopótamos y cocodrilos. Águilas y pájaros de increíbles colores. Dios fue generoso con nosotros y nos ha hecho fuertes y capaces; simplemente no conocemos el cansancio, podemos ir corriendo distancias enormes y siempre llegamos frescos a nuestra meta.

»Como sabe, nuestro símbolo es un león coronado abrazando una cruz. Solo queremos que nos devuelvan el mismo respeto con el que nosotros tratamos a los demás. Solo eso”.

»En cuanto a usted, profesor Marsala, —prosiguió Phil— tengo entendido que su padre desapareció durante la campaña del treinta y seis..., hace cuarenta años..., más o menos la edad que usted tiene. Como les decía, en ese lapso de tiempo el mundo ha cambiado radicalmente, pero en el interior de las mesetas y las enormes cordilleras de Etiopía, creo que las cosas siguen siendo muy parecidas... Es curioso..., realmente curioso, y lo que sí le agradecería es que cuando haya escrito esa historia, me haga llegar una copia, porque tengo mucho interés en conocer el final.

El profesor Phil se despidió deseándonos suerte en nuestras investigaciones, mientras me quedaba pensando que de tarde en tarde no venía mal una lección de historia.

CAPÍTULO 11

LA DECISIÓN

Cuando el profesor Phil se despidió, comprendí que la única posibilidad era convencer a Grazia de que deberíamos partir para Etiopía. De antemano sabía que mis posibilidades eran nulas, pero si existía un mínimo rastro, se encontraba allí.

Era cierto que debía saber lo qué había ocurrido a partir del momento en que el fascismo apareció en Italia, para poder comprender mejor a aquel hombre, Paolo Marsala, que se estaba transformando en un apasionante enigma. Una cosa era sentirse huérfano de padre, lo que no me cogía de nuevas, y otra que a cada día que pasaba necesitaba más y más conocer lo que había sucedido.

Pero el extraño mecanismo que había desencadenado ya no podía detenerse y a los pocos días, una tarde tuve una llamada de Emilse Pappalardo. Le había dejado mis teléfonos por si quería comunicarse ya que su opinión me interesaba mucho, entre otras cosas, porque ella había vivido parte de aquella época y tenía una experiencia directa que podría transmitirme.

Me explicó que conocía a una anciana, que probablemente sabía de mi padre. Vivía en Bolonia, muy cerca del Colegio Español. ¿Estaría interesado en hablar con ella?

Claro que lo estaba —contesté—, cada pista, por mínima que fuera, podría resultar fundamental. Entonces pareció dudar un momento, pero de inmediato añadió que la mujer se llamaba María Roselli, vivía sola y podía ir directamente a verla. No era preciso ni siquiera llamarla para advertirla.

Le agradecí que se acordara de mi interés por el tema, y le aseguré que iría aunque no fuese más que por conocerla.

Cuando se lo dije a Grazia, me contestó que sin lugar a dudas le gustaría acompañarme, por lo que quedamos en ir al día siguiente. A fin de cuentas, ninguno de los dos tenía nada más urgente que hacer.

Durante el trayecto le comenté a Grazia que tal vez deberíamos viajar a Etiopía y vi como asentía satisfecha. Murmuró que antes o después tendríamos que ir, aun a sabiendas de que era como buscar una aguja en un

pajar. Intentar encontrar un rastro perdido después de cuarenta años era ser muy optimista, mucho más cuando sabía que ni tan siquiera los servicios de inteligencia del ejército fascista lo habían conseguido. Pero me apretó fuerte la mano mostrando su entusiasmo.

María Roselli vivía en una antigua casa de piedra, separada de la calle por una de las grandes acequias que drenan el río. Para acceder a la casa había que cruzar una especie de puentecillo, y el coche no cabía por aquellas callejuelas. Grazia pulsó el timbre, dorado en un tiempo, que mostraba una patina verdosa. Tuvo que hacerlo insistentemente, hasta que la puerta se abrió con un chasquido.

Cruzamos un pequeño jardín muy abandonado. A pesar de ello mantenía un extraño encanto y nos encontramos frente a una puerta cristalera. A través de los cristales percibimos una luz encendida en el interior, que era el único signo de vida. Una vida que estaba terminando, pero que se mantenía aguardando a que alguien como nosotros fuésemos hasta allí, a preguntar por el pasado, para evitar que se perdiese definitivamente. Algunas veces dudaba de si aquel trabajo que me había impuesto tenía sentido, pues ya nada iba a cambiar las cosas y probablemente no encontraría nada de interés. ¿Por qué no dejaba correr todo y me iba a una playa paradisíaca a hacer el amor con Grazia? Recordaba las primeras veces con ella, defraudada de su anterior matrimonio con un hombre bondadoso, pero que según me había confesado más tarde, le aburría terriblemente y del que terminó por divorciarse. En mi caso era distinto, la fuerza del destino, que en un estúpido accidente se había llevado a mi mujer, dejándome solo.

La mujer entreabrió la puerta y sonrió débilmente, como si quisiera decirnos que hubiese preferido seguir sola, con sus gatos que merodeaban por el jardín, reyes y señores del lugar, recóndito, a un paso del centro, pero dando la impresión de hallarse al otro lado del mundo.

—¡Ah, sí, usted debe ser el doctor Marsala y usted... —En aquel momento, caí en la cuenta de que no había avisado que me acompañaría Grazia.

—Sí, veré, es mi compañera, Grazia Vinci, la doctora Vinci, de la Universidad de Florencia, esto..., ella me está ayudando en todo este asunto.

—... Bueno... pasen, por favor, entren. —Estaba claro que la mujer no acostumbraba a recibir a gente en su casa—. Pasen, pasen y siéntense... ¿Quieren tomar una copita de Aversa?... A mí me encanta a media tarde...

Francamente, lo que menos me podía apetecer en aquel momento era tomar un Aversa, pero tampoco me atrevía a desairarla, así que observé de reojo a Grazia y vi que asentía con cierta timidez.

—Verá, señora Roselli..., Estamos interesado en saber más acerca de los primeros días del fascismo. Mi padre..., bueno, fue de los que ayudaron a Mussolini a...

—Sí, lo sé. De ello me ha hablado la doctora Pappalardo... Emilse y yo habíamos sido amigas, pero de eso hace ya mucho tiempo, una barbaridad..., pero creo que usted la impresionó porque me ha vuelto a llamar, solo para pedirme que lo recibiera... y es que llega un momento en la vida en que ya no se recibe a nadie, porque casi todo el mundo, tu mundo, ha desaparecido... Te sientes traicionada..., es irónico, pero es una sensación parecida a como si todos hubiesen sido invitados a una fiesta menos tú..., en fin, perdónenme, pero es que llevo mucho tiempo sin apenas hablar con gente..., y menos aun tan joven..., pero vengan aquí. Siéntense al lado de la ventana, este es el lugar más tranquilo de Bolonia. No se oye nada, salvo los gatos, maullando a la luna y un viejo mirlo al que pretenden cazar..., pero es mucho más listo que todos ellos..., No podrán cazarlo nunca.

»Sí... Tal vez les pueda contar algo interesante después de todo. Hubo un tiempo en que yo era muy distinta ¿saben? La juventud tiene una extraña belleza..., que se fundamenta en su fragilidad. ¡Dura tan poco! Entonces yo era bella y joven. ¡Dios mío! ¡Pero si en 1919 tenía apenas veinticuatro años! ¡Veinticuatro años! Ha pasado mucho tiempo, pero podría jurarles que ha sido como un soplo...

»En marzo de 1919 yo vivía en Dalmine, cerca de Bérgamo... allí en la Franchi-Gregorini trabajaba mi hermano Arduino, y yo le llevaba una tartera con la comida los días que estuvieron de huelga. Al final llegó Mussolini para felicitarlos. Yo estaba allí y le escuché hablar de la capacidad de gestión proletaria. Aquel hombre me sedujo. Me encontraba muy cerca y pude ver como le brillaban los ojos de pasión. Mi hermano se había señalado y Mussolini lo abrazó con entusiasmo... él era así, y además era un gran político y sabía que aquel gesto de afecto iba a ser muy valorado por la clase obrera...

»Tres días más tarde, el 23 de marzo en la plaza San Sepolcro, en Milán, tuvo lugar una reunión decisiva y Arduino fue invitado a asistir. Me llevó con él a Milán y me pidió que lo esperara en casa de Margarita Rizzi, una prima de mi madre. Pero yo no quería quedarme afuera y me disfracé con la ropa que él dejó en la casa. En la puerta me preguntaron que adonde iba y entonces

contesté que me aguardaba mi hermano Arduino, que era amigo de Mussolini. Me dejaron entrar... y allí dentro se encontraban alrededor de doscientas personas. Intenté pasar desapercibida, porque no quería que me echaran. Allí estaban importantes líderes sindicales, Bianchi, Vechi, Marinetti..., muchos otros. Era una sala del Círculo de Intereses Industriales y Comerciales..., recuerdo que también asistieron algunos militares...

»Se habló de revolución, de la fundación de un partido de combatientes, de construir un fascio que plantara cara a la burguesía. Mussolini consiguió convertirse en el líder del Comité Central, de aquel nuevo partido que no tendría nada que ver con la mentalidad de los partidos existentes.

»A pesar de mi inexperiencia, comprendí que estaba pasando algo muy importante y que aquella reunión podría llamarse histórica. Verán. Se le podrá tachar de muchas cosas, pero Mussolini no era un hombre vulgar..., después las circunstancias fueron de una manera, pero había que estar allí para comprenderlo. Era como el heredero de D'Annunzio..., y solo tuvo que recoger lo que el poeta había sembrado, con una exaltación imperial... ¿No había dicho que el paraíso se encontraba a la sombra de las espadas? Adua no era el final, sino el principio, los héroes no necesitaban sangre derramada por otros héroes, y él fue el primero que comprendió que Italia estaba madura para otras aventuras..., piensen que la conquista de Libia no era otra cosa que recuperar lo que un tiempo fue un gran imperio. Él creía que solo un nacionalismo fuerte podría hacer retornar la gloria... pero no podía ser cualquier proceso, solo el nacional fascismo.

»De alguna manera había que vengar la afrenta. ¡Diez mil compatriotas muertos en Adua!, eso fue entonces un desastre nacional, que Corradini supo agitar... *La guerra lontana*. De ahí surgió el dicho, el porvenir pertenece a los fuertes.

»Un día Mussolini se fijó en mí. Sabía que era como la mascota, la hermana de Arduino Roselli y ya no siento vergüenza de contarle, ya es historia. Durante un mes estuve con él. Ustedes saben que es en la cama donde se cuentan los sueños y él me los contó a mí. Me explicó con los ojos cerrados, como si lo estuviera viendo, escuchando las oberturas de Verdi en unos discos de cera, que Italia volvería a ser grande muy pronto, y que no tenía importancia lo que costara. La guerra limpiaría el mundo.

»Mientras soñaba en voz alta, los fascios de combate debían eliminar las otras organizaciones obreras y al estado democrático, que según él estaba pervertido.

»Mantenía que Maquiavelo había marcado el camino y que cualquier medio era válido para conseguir el fin... Eso lo demostró tres años después cuando eliminó a su principal obstáculo, Matteotti.

»Fue entonces cuando conocí a Paolo Marsala. Bueno, en realidad ya lo había visto ir y venir desde la reunión en Milán, pero un día que llegó de improviso, me lo presentó como un hombre leal. Entonces era teniente, había estado en Fiume y eso lo marcaba como un patriota, un militar dispuesto a todo. ¡Ah! ¡*Los Estatutos del Quarnero* de D'Annunzio! Se convirtieron en el evangelio para Mussolini..., claro, después de la *Navidad sangrienta* se acabó la literatura.

»Pero les estaba hablando de Marsala, de su padre ¿no?..., alguien muy especial, que podía haber subido como la espuma pero por alguna razón... que al menos yo desconozco, no lo hizo.

»Se dijo de él que intervino también en lo de Matteotti, años más tarde..., entonces se hablaba de Marsala como uno de los hombres de confianza..., del círculo de los elegidos del Duce, pues ya había adoptado ese título. Faltaban todavía casi doce años para la campaña de Etiopía..., pero todos estábamos convencidos de que al final Italia había dado con el hombre adecuado... ¡lo que es la vida!

»Usted debe saber que en aquellos días Paolo Marsala hubiese dado hasta la última gota de su sangre por el Duce..., entonces..., cuando aún todos creíamos en él. Luego fue la locura, una especie de vorágine por cambiarlo todo, como si de pronto existiese una urgencia absoluta por crear una nueva Italia, que rompiese con las pesadas cadenas que la ataban al pasado. El Duce era una verdadera fuerza de la naturaleza..., pero me creerán si les digo que él intuía que todo podía terminar mal. Esa era su urgencia. Una vez le acompañamos un grupo de sus legales a la ópera. *Don Carlos*..., él se creía *Il sommo Imperatore* y le vi tenso, abrumado por el impresionante coro de los monjes... En la vida hay que saber donde estamos... y él lo sabía..., sentía envidia de la fuerza y el aparente orden de los nazis, porque Italia, para bien y para mal, era entonces muy diferente.

»Pero me estoy desviando de lo que a usted le interesa. Puedo decirle que su padre, al principio, tuvo una gran influencia..., eso se mantuvo durante unos años. Luego, al subir Hitler al poder, las cosas fueron cambiando. Algo debió ocurrir, porque me consta que un año antes de la campaña de Abisinia, Paolo Marsala intentó que el Duce lo recibiera. Fue imposible. Nadie entendía aquel desprecio, porque no podía llamarse de otra manera y más con alguien tan leal y de los primeros.

»Le recomendaron presentarse voluntario y así lo hizo. Era entonces comandante y debía haber ascendido ese mismo año. Luego partió a una guerra absurda..., y a los pocos meses desapareció. Yo me enteré por uno de sus compañeros, que no entendía nada de lo que había pasado. Se corrió la voz de que lo estaban buscando por traición, pero el propio ejército lo desmintió. Lo que se dijo fue que Paolo Marsala había sido dado por muerto en combate, y por esa causa recompensado con la medalla al mérito militar.

»La verdad es que todo resultó muy extraño. ¿Cómo era posible que alguien tan brillante, que había ayudado a Mussolini en los años críticos...? No tenía lógica.

»Yo solo puedo decirle que se trataba de alguien muy capaz, pero introvertido. Me gustaría saber como terminó en realidad... aunque ahora ya no tiene importancia, ya nada la tiene... Mire ese gato tuerto acechando al mirlo. Se llama Cachín, ¿le gusta el nombre?

María Roselli no pudo o no quiso decirnos mucho más. Tal vez creía que ya había dicho demasiado y comenzó a hablar de sus gatos y a decir cosas incoherentes. Nos despedimos de ella, y al salir, nos hizo prometer que volveríamos cualquier tarde a tomar el té. Abandonamos Bolonia con la sensación de que aquella mujer sabía mucho más de lo que decía. Cuando volvíamos en el coche hacia Florencia, Grazia solo murmuró una palabra. Etiopía.

CAPÍTULO 12

ETIOPÍA

Grazia tenía muchos más resortes de los que yo pudiera imaginar. En efecto, los viajes a Etiopía habían quedado restringidos desde la revolución hacía un año y medio, a mediados del 74. Desde el ministerio de Asuntos Exteriores nos recomendaron no ir. Dijeron que no era el momento adecuado, que debíamos esperar a que las cosas se aclarasen.

Eso era muy fácil decirlo, y desde luego imposible de seguir como consejo, al menos para mí. Grazia tenía otras muchas virtudes, pero la prudencia no era la más acendrada en ella y no dudó en acudir a su hermano, alto funcionario del ministerio para obtener el visado que nos permitía permanecer un mes como máximo en el país, bajo el amparo de las Naciones Unidas, desarrollando supuestamente una investigación sobre la situación de la economía local.

Tuvimos que volar a Londres para recoger el visado y desde allí, con BEA, volar a Addis Abeba. Eso fue el 16 de septiembre de 1976.

Decir después que aquello fue una total imprudencia es algo obvio. Pero teníamos la ciega certeza de que nada podría ocurrirnos. Eso suelen pensar muchas personas que por su profesión deben mantenerse siempre en primera línea, como los militares que llevan a cabo misiones especiales, o los reporteros de guerra.

Nosotros no éramos ni lo uno ni lo otro, solo dos personas testarudas, que no querían dar su brazo a torcer, aunque para ello tuvieran que meter la mano en el avispero.

Genet Zewaite era reportero del *Ethiopian Herald*. Lo habíamos conocido en el mismo aeropuerto de Londres, cuando se acercó a nosotros extrañado. Éramos los únicos tres civiles que viajábamos en el avión, junto con una compañía de soldados ingleses, que hacían el mismo trayecto.

Cuando le explicamos que íbamos a permanecer cuatro semanas en su país, nos observó como si estuviéramos locos. —*¿Ustedes saben cuál es la situación en Etiopía? No les aconsejo que sigan adelante, porque se pueden*

ver en serias complicaciones—. En ese mismo instante tuvimos que ir hacia la puerta de embarque y pensé que el destino no nos permitía abandonar.

Durante el trayecto, como el avión iba medio vacío, se acercó a nosotros y se sentó junto a mí. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de ojillos penetrantes, extremadamente delgado, vestido con un traje de cuadros que le hacía parecer aun más enclenque.

—Mire, señor... ¿Marsala me dijo?... ¿Italianos?... Etiopía está viviendo una época muy difícil, muy complicada para los que somos de allí y para los que nos visitan. Por cierto y perdone el atrevimiento, donde nadie que esté en su sano juicio se le ocurre ir ahora... Verá, en estos momentos dirige el país el general Teferi Bente, el líder del Consejo provisional de Administración Militar... pero en cada región, el poder lo ostenta la correspondiente guerrilla. Son los insurgentes los que dominan en realidad el país, creando una situación de absoluta confusión... ¿Me permite preguntarle adónde se dirigen ustedes?

El hombre me observaba inquieto, y lo que era aún peor, estaba consiguiendo contagiarme su inquietud.

—Pretendemos estar unos días en Addis Abeba... y después viajar a Gonder..., junto al lago Tana...

—Bien, bien. Veo que ustedes no se arredran fácilmente. En Addis Abeba mal que bien podrán permanecer unos días, si no se les ocurre viajar a los alrededores, pero lo de Gonder... Eso no se lo aconsejo, en absoluto. Es muy, muy, pero que muy peligroso. ¿Entiende? Les puede suceder cualquier cosa. Verá usted, yo soy periodista..., de hecho jefe de redacción internacional en el *Ethiopian Herald*..., y no me gustaría nada tener que escribir una crónica acerca de la desaparición de unos extranjeros..., y menos aun, de unos italianos. ¿Comprende?

Al observar sus pequeños ojos, un tanto burlones, por un momento llegué a pensar si no nos estaría tomando el pelo. En cualquier caso, Grazia parecía dormitar plácidamente y preferí que no hubiera oído sus palabras.

—Verá —contesté con una cierta ironía—. Estamos intentando descubrir algo muy importante para nosotros. Sabemos que no es fácil, pero no íbamos a aguardar años para poder venir... En fin, hemos estudiado la situación y asumimos los riesgos... Verá, mi padre desapareció aquí durante la campaña del treinta y seis. Hace cuarenta años, y quiero saber lo que ocurrió..., no sé si me entiende...

—¿Su padre desapareció hace cuarenta años aquí... y viene ahora a intentar buscar su rastro? Perdóneme, pero nadie le va a creer. Es una historia

increíble. Verá, yo doy las noticias de un día para otro, no puedo entender lo que me está diciendo.

El avión pasaba en aquellos instantes por una zona de fuertes turbulencias y tuve que tragar saliva. Por alguna razón no había querido contarle un cuento al hombre. Algo en él me atraía. Tal vez su aspecto desvalido, o su interés por nosotros. Tenía la impresión de que deseaba ayudarnos y decidí explicarle los detalles. Aquello me distraería mientras llegábamos.

—Mire, Mr. Zewaite. Esto es muy importante para nosotros..., especialmente para mí. Tengo la certeza de que mi padre no murió cuando el ejército italiano se lo comunicó por carta a mi madre. Probablemente las cosas fueron de otra manera y necesitamos saber cómo.

Tardé cerca de una hora en contarle todo lo que sabía a Genet Zewaite. Me escuchó atentamente, sin interrumpirme ni una sola vez, y tuve la impresión de que la historia parecía interesarle.

Para cuando terminé de hablar, nos encontrábamos ya haciendo la maniobra para aterrizar. Entonces me miró a los ojos un instante, mientras decía.

—Bueno, la suerte está echada. Ustedes ya están aquí... y tal vez pueda ayudarles si me lo permiten.

Estreché su mano en prueba de amistad. Me sentía satisfecho. Al menos teníamos un amigo en aquella tierra oscura, que de tanto en tanto brillaba bajo el avión a la luz de los relámpagos.

Aterrizamos en plena tormenta, con el avión sorteando un cúmulo nimbo situado sobre el aeropuerto. Llovía torrencialmente y tuvimos que bajar en plena pista, porque la terminal se hallaba fuera de servicio. Mientras corríamos bajo los relámpagos, me maldije una y otra vez, convencido de que mi estupidez iba a conducirnos a un grave problema.

Genet nos ayudó decisivamente con los farragosos trámites de entrada en el país. No miraron como simpatía los pasaportes italianos. Algo tan lejano permanecía en el ambiente. Mussolini había desaparecido hacía muchísimos años, pero su sombra seguía viva entre ellos.

Genet Zewaite nos había adoptado. Un destartalado coche con un rótulo del periódico, un Chevrolet del 60 de color rojo aguardaba bajo el tremendo chaparrón. Le pedimos que nos condujera a un hotel, pero Genet se empeñó en llevarnos primero a su casa a pesar de nuestras protestas.

—Miren, esta noche la pasan en mi casa. Está limpia y más o menos ordenada, y mañana les busco un hotel en condiciones. Así podremos seguir hablando y todo va a ir mejor, ¿sí?

No hubo manera de hacerle cambiar de opinión. Yo creía ser una persona tozuda, pero conocer a los etíopes me demostró que todo en la vida era relativo.

—Este es mi chofer y buen amigo Mulatu Shewa. Mula, vamos a casa, estos amigos son italianos, pero de los buenos... Allí tomaremos un café caliente, luego descansarán tranquilamente y mañana buscaremos el mejor hotel de Addis Abeba.

El mejor hotel de la ciudad resultó ser su casa. No consintió en que nos fuéramos de allí, y la verdad es que tuvimos que agradecerle el gesto. Se trataba de un barrio residencial, abandonado, con algunos edificios incendiados, pero según él, eso ya había pasado. Mientras siguiéramos sus consejos no tendríamos nada que temer. ¿Adónde íbamos a ir? Prácticamente no funcionaba con normalidad ningún hotel. En su casa nos cedió una habitación limpia, aunque eso sí, teníamos que dormir en el suelo sobre unas esteras de paja. No era tan malo después de todo y Grazia se sentía allí relajada y tranquila.

Al día siguiente dimos una larga vuelta por la ciudad en el Chevrolet. Una vez en el centro, fuimos caminando hacia la redacción, porque se empeñó en enseñarnos donde trabajaba.

Addis Abeba se nos mostró como una ciudad muy extensa, envuelta en un halo de nostalgia, como si hubieran terminado los buenos tiempos para ella. La tempestad con la que habíamos llegado se había disipado, dejando tras sí ramas rotas, algún árbol caído, los edificios chorreando y las calles convertidas en barrizales.

A pesar de los destrozos, se percibía una belleza marchita por los avatares y vencida por el tiempo, pero que seguía allí, con una cierta insolencia, entre enormes árboles donde algunos monos y aves de toda clase se refugiaban, lanzando agudos gritos y chillidos a los escasos transeúntes.

Genet no solo era nuestro improvisado anfitrión, sino sobre todo un nuevo amigo que pretendía ayudarnos en todo lo que necesitáramos. Mi humor también había cambiado después de la oprimiente sensación de haberme equivocado que me sobrecogió al aterrizar.

En cuanto a Grazia, siempre tan vitalista, parecía disfrutar con la experiencia. Se llevaba muy bien con Genet y hablaban en italiano, que nuestro amigo dominaba a la perfección.

Teníamos algo en común. También él era viudo. En su caso, su mujer había muerto de malaria. Me extrañó, porque se le veía un hombre culto y preparado, y para un europeo, esa enfermedad se asociaba con el tercer mundo.

—Está usted equivocado, amigo mío. La malaria afecta a centenares de millones de personas en todo el mundo. Es probablemente la causa del mayor número de muertes..., y aquí, en Etiopía es fatalmente frecuente. Mi mujer era profesora de un instituto en Genet, un pueblo muy cercano..., de mi mismo nombre. Cogió un tipo de malaria mortal y duró menos de dos semanas. No se pudo hacer nada por ella. Por cierto, deben tener cuidado y además de la dosis de quinina deben frotarse la piel con la loción repelente todos los días. Hay cosas que no se les deben olvidar.

Más tarde, mientras comíamos, Genet nos hizo un resumen de los últimos años.

—Verán, el Negus era una persona decente, quiero decir que no era esa clase de gobernante déspota que va a aprovecharse de su pueblo. Muy al contrario, él había vivido el exilio durante la dominación fascista y sabía lo que era perderlo todo. Él fue el impulsor del sufragio universal, aunque claro, el sistema feudal que impera en este país no se puede modificar de la noche a la mañana.

»El desastre vino por la anexión de Eritrea, es cierto que era una parte indisoluble de la *Ityopya* histórica, pero fue como meter una fruta podrida en un cesto de fruta sana... Ya ven a donde nos está llevando el asunto... También hay que entender que en este país no hay una etnia, sino muchas, como la Torre de Babel, gentes amhara, tigré, soan, todos ellos cristianos, los galla, musulmanes, al igual que los danakil y los somalíes..., negros, bantúes, nilóticos, todo ello mezclado en una amalgama de tribus y clanes..., algo imposible de controlar y menos aun de administrar. Eso ha generado multitud de problemas de identidad étnica.

»Ya en 1960 hubo un golpe de estado que se gestó entre los propios oficiales de la guardia imperial, lo que hizo que el Negus desconfiara de todo el mundo... y comenzó la represión de los estudiantes, ya sabe, a medida que se les iba dando la mano, ellos querían todo el brazo, y... así se fueron complicando las cosas.

»Por otra parte aparecieron graves problemas entre musulmanes y cristianos. Aquellos hablaban del panislamismo, eso sí, de un islam wahabita, dada la importante influencia de los musulmanes más integristas y radicales,

en contraposición a los cristianos que hablaban de modernidad y mayor democracia interna.

»Es indudable, y no se lo puedo ocultar, que este es un país en el que siempre ha habido mucha corrupción, se presta a ello el régimen feudal que sigue imperando a pesar de los esfuerzos. Eso llevó a una situación de pobreza del pueblo, en mitad de una larga época de sequía, que asoló todo el cuerno de África. Arreciaron las protestas, culpando al emperador de no haber hecho todo lo que podía y hace apenas un año y medio, como ya conocen, fue depuesto Haile Selassie..., los militares lo mantuvieron prisionero en uno de sus palacios, aunque muchos no estaban de acuerdo con la medida. Dicen que murió de tristeza en agosto del año pasado..., pero si quieren les puedo presentar a uno de sus mayordomos, que pudo acompañarlo hasta el final, Addisu Bale. Tengo buena relación con él, porque es tío de mi difunta mujer.

»Hay que tener en cuenta también que este es un país, digamos administrativamente, cristiano, es decir, el poder es cristiano copto. Saben ustedes bien que hasta hace pocos años hemos dependido del metropolitano egipcio. Somos exactamente cristianos monofisitas, como la iglesia egipcia, siria o armenia. Eso ha generado un sentido de casta. Aquí el dominio del poder es cristiano, después, siempre mantenidos a raya se encuentran los musulmanes y en la base, los animistas...

»Hace un par de años hubo graves desórdenes, y una parte del ejército dio un golpe de estado. Cayó el primer ministro y fue sustituido por Makonnen, de tendencia más liberal... pero los desórdenes, el malestar y la hambruna se extendieron como la pólvora. En septiembre de 1974 fue derrocado el Negus..., que apenas aguantó unos meses en su prisión para morir... Ahora estamos bajo el gobierno del Consejo provisional administrativo militar, el Dergue, dirigido por Andom..., y no sabemos qué va a ocurrir, pero ya les anticipo que nada bueno. ¿Quieren conocer a Addisu Bale?... les será útil, porque vivió toda su vida junto al Negus y ha visto muchas cosas...

Entusiasmados por la idea fuimos, pues, hasta donde vivía Addisu Bale, en un barrio de la periferia. En una casa con un pequeño jardín que parecía hallarse en ruinas, al igual que la mayoría de los edificios de la ciudad. Un perrillo de color canela avisó de nuestra presencia ladrando histéricamente. Genet abrió la puerta mientras murmuraba algo en amárico, alguien contestó desde dentro de la casa y vimos como un hombre alto y al igual que nuestro guía, extremadamente delgado, nos lanzaba una mirada de desconfianza. Debía

tener unos ochenta años, pero sus movimientos aún mantenían una cierta agilidad. Genet por deferencia hacia nosotros se dirigió a él en italiano, idioma en el que el viejo Addisu contestó con soltura.

—Mira tío Addisu, estos son mis amigos, los profesores italianos Grazia y Alessandro Marsala. Han venido buscando la pista del padre de Alessandro, un comandante italiano que desapareció cerca de Gonder durante la campaña de Mussolini... Les gustaría escucharte acerca del Negus..., les he dicho que tú lo conociste bien... ¿Quieres contarnos algo?

El viejo Addisu nos observó detenidamente, luego asintió moviendo la cabeza. En el fondo daba la impresión de que le era indiferente su soledad o hablar con nosotros, pero ya que se lo pedía su pariente, que probablemente le estaría echando una mano, nos invitó a entrar en su casa.

Nos sentamos junto a una oxidada estufa de fundición. Todo era muy escueto, no había nada que recordara su otrora importante función cerca del emperador, solo su presencia y su porte nos hacía ver que no se trataba de un vulgar campesino. La temperatura en el interior de la casa era agradable gracias a la pequeña estufa que debía mantener siempre encendida.

—No puedo ofrecerles nada, porque nada tengo —su italiano era perfecto, sin el más mínimo acento, su timbre tampoco parecía el de un anciano, sino el de alguien acostumbrado a mandar—. A lo largo de mi vida lo tuve todo, ahora las cosas han cambiado y ya solo espero que Dios me llame pronto. No me gusta este mundo que viene, y ya soy demasiado viejo para cambiar... Soy pariente lejano del Ras Tafari..., teníamos prácticamente la misma edad y me asignaron a él apenas cumplí los veinte años. Debía servirlo en todo, vigilar su espalda, probar sus alimentos, mantenerme en vigilia mientras él dormía, escuchar lo que le decían unos y otros, adivinar la traición antes de que llegara el puñal..., en definitiva, una especie de ángel de la guarda..., eso que ustedes llaman guardaespaldas, pero de por vida.

»El ras Tafari era hijo del ras Makonnen, soldado brillante y nieto del rey de Shoa, Haile Melekot. Fue nombrado regente a los veinticuatro años tras una serie de intrigas palaciegas y desde el primer momento en que tuvo el poder, se mostró como un hombre misericordioso..., tanto que su primer decreto fue para abolir la trata de esclavos, también comprendió que Etiopía no podía seguir al margen del mundo que nos había tocado vivir y pronto nos incorporamos a la Sociedad de Naciones. En 1930 fue nombrado emperador, a la muerte de la emperatriz, con el nombre de Haile Selassie I. No fue fácil para él, pues tuvo que imponer la paz en todas las provincias y otorgó casi

enseguida una constitución... Después llegó la guerra, traída por los italianos. Recuerdo bien el asunto de Wal-Wal, no fueron los etíopes los que mataron a los soldados italianos, sino los propios fascistas. Necesitaban una importante excusa para invadir el país.

»Les voy a contar algo que poca gente sabe, porque siempre se ha mantenido en absoluto secreto..., probablemente porque el intento del Duce no tuvo éxito. A últimos de abril del 36, un avión aterrizó en Addis Abeba. Los soldados de la guardia imperial escoltaron a los visitantes hasta el palacio donde residía el Negus. Yo estuve en la entrevista que se celebró en la sala de audiencias entre mi señor, el emperador Haile Selassie y el inesperado invitado, nada menos que Benito Mussolini, el Duce.

»¿Por qué vino hasta aquí? ¿Cuál fue el motivo? Tal vez quiso que el Rey de Reyes aceptase públicamente la derrota a manos del nuevo César. ¿O que le rindiera vasallaje?... cualquiera que fuera la causa, estaba equivocado.

»La cuestión fue que se encontraron ambos frente a frente. Una docena de fieles tras nuestro señor, vestido con un uniforme militar, sin sus condecoraciones. Enfrente, Mussolini, también de uniforme, cargado de medallas, con guantes negros. ¡Tendrían que haberlos visto! Allí estaban un emperador cuyo linaje se remontaba al rey Salomón y a la reina de Saba, y frente a él... un advenedizo, hijo de un herrero de Forlì, que en su juventud había huido a Suiza para no hacer el servicio militar... Nuestro emperador, enjuto, con su barba recortada, sus ojos negríssimos, su piel oscura. El Duce, pálido, sudoroso, incómodo, pretendiendo aparentar lo que no era. Uno seguro de sí mismo, el otro..., en fin... tras él, Galeazzo Ciano, el comandante que había dirigido los ataques aéreos, su yerno... que terminaría traicionándole. ¡Ah, la historia!... al final pone a cada uno en su lugar. Recuerdo que el Duce no podía apartar sus ojos de un cachorro de león que jugueteaba a los pies del trono de oro macizo. ¡El León de Judá y el maestro de Forlì! No olvido la conversación que tuvo lugar, porque se quedó grabada en mi mente.

»—“Majestad” —así se dirigió al rey, Mussolini— “mis tropas se hallan rodeando Addis Abeba. Solo os queda la rendición. Si salís conmigo a ese balcón, todo será distinto, seguiréis aquí, en vuestro palacio como emperador de Etiopía, después de firmar un tratado de amistad con mi país, en el que reconoceréis que nuestra presencia aquí es aceptada por vuestro gobierno. A partir de ese instante, Etiopía recibirá compensaciones económicas y ayuda de Italia. Es la mejor salida para vos y vuestro país..., ahora bien, si no aceptáis,

mis mariscales, Badoglio y Graziani, entrarán en este palacio antes de una semana, como el ejército de un país que viene a sacar a Etiopía de la ignorancia, el feudalismo y la pobreza. Vuestra es, por tanto, la responsabilidad. Si os puede el orgullo, perjudicaréis a vuestro país, si aceptáis mi mano, la historia os considerará un monarca inteligente y justo, que supo elegir para su pueblo lo mejor en un momento crítico”.

Addisu detuvo un instante su apasionante e increíble historia mientras atizaba el fuego. Observé su perfil que me recordó el de su señor, el emperador desaparecido. Emitía un aire de nobleza y las arrugas de sus párpados eran como las de un viejo pergamino requemado por el tiempo. Me sentía abrumado por las circunstancias; aquel relato desconocido para todo el mundo, nos hacía entrar en los recovecos de la historia más emocionante. Observé a Grazia, tenía los ojos húmedos; al igual que yo, se sabía una privilegiada al encontrarse allí, en aquella humilde casa que albergaba la historia viva de un país que tanto había influido en la de Italia. Genet me lanzaba nerviosas miradas de complicidad, como queriendo expresarme su satisfacción por habernos podido brindar aquella maravillosa oportunidad.

—Recuerdo con precisión —continuó Addisu con los ojos entrecerrados — como si volviera a estar allí, todo lo que ocurrió, lo que uno y otro dijeron. Sabía, ya entonces, la importancia histórica de aquella entrevista. Al finalizar su propuesta, Mussolini tuvo un gesto compulsivo que mostraba su impaciencia y su tensión, golpeándose las botas de montar con un latiguillo de unos cincuenta centímetros que portaba en su mano izquierda.

»Mientras, habían ido entrando varios obispos y algunos ministros. No les he dicho que Mussolini llevaba con él una escolta de unos treinta hombres escogidos, todos ellos pertenecientes al regimiento de *camisas negras*, y le acompañaban además de Ciano, otros dos altos funcionarios. La escolta no entró en el salón del trono, salvo seis hombres que tomaron posiciones en las esquinas. Era absurdo, la entrevista se había pactado en los días anteriores, según supe después y el dictador obtuvo garantías suficientes..., además iba contra las sagradas leyes de la hospitalidad. Mientras se encontrara allí, nadie osaría atentar contra él, no solo tenía la palabra del emperador..., era algo obvio.

»Mi señor, Haile Selassie, el rey de reyes, el Nigusa Nagast, observaba silencioso como el cachorro de león que le había enviado como presente el ras de la provincia de Sidamo, jugaba mordisqueando los flecos de la alfombra.

»Mussolini seguía aguardando la decisión con impaciencia. Si conseguía que el Negus aceptara su propuesta, Italia demostraría a la Sociedad de Naciones que su campaña tenía sentido..., en caso contrario, todo el mundo sabría que un país indefenso había sido violentado por una potencia extranjera.

»Entonces mi señor habló pausadamente sin que la tensión de aquellos momentos se reflejase en sus palabras.

»—“El rey Salomón engendró una dinastía de la que yo desciendo, me corresponde pues, por derecho divino, elegir el destino de mi pueblo. Has llegado hasta aquí empleando la fuerza y la amenaza, convencido de que ellas te darán la razón. Has hecho un viaje inútil, como inútil será esta guerra de agresión que has provocado, e inútiles tus esfuerzos por ser alguien en la historia. Tengo la certeza de que Italia no necesita de gentes como tú para ser grande, ni de cobardes métodos como las bombas de gas mostaza que tú has empleado contra mi pueblo.

»No busques mi mano. No la mereces. Hoy tu ignorancia te hará creer que has conseguido algo, porque vives en la mentira y arrastras a otros en tu falso brillo. Cuando tú ya no estés, yo seguiré aquí, en esta sala, sentado en ese trono. Ese poder que predicas, el fascismo, se basa en la fuerza bruta, en la violencia, en suprimir las libertades de los otros..., contra ti se volverá antes de lo que imaginas, porque no se puede violentar a los demás en nombre de ideas tan nefastas, sin recibir el castigo de la historia.

»No, Benito Mussolini, no saldré a ese balcón contigo, porque nada tenemos en común, no estrecharé tu mano porque no has llegado como amigo hasta Etiopía, no firmaré tus acuerdos porque son un cúmulo de mentiras, no seré jamás tu aliado porque vivimos realidades opuestas, no necesitamos tu dinero, porque pretendes convertirlo en una cadena, como un yugo en la garganta de mi pueblo. Vete de Etiopía y no vuelvas jamás, esta es una tierra sagrada que no admite gentes como tú. Vuelve a Roma, donde tus siervos se inclinan ante ti, no porque te respeten, sino porque temen tu locura”.

»Mi señor, Haile Selassie, no dijo más. Se volvió y seguido de sus fieles abandonó la estancia sin volverse. Observé el rostro de Benito Mussolini que rojo de ira y gesticulando salió de inmediato por la puerta opuesta, gritando amenazas contra el emperador.

»Aquel día me sentí orgulloso de ser etíope mientras el avión de Mussolini cruzaba el cielo de Addis Abeba en dirección al norte.

»Aquella misma noche salimos hacia Djibouti y tuvimos la fortuna de no encontrar tropas italianas, aunque a la altura de Gota, pudimos ver un campamento del ejército italiano muy cercano. Un destructor inglés nos llevó a Aden y desde allí volamos a Londres haciendo escalas en el Cairo, en Malta y en Marsella.

»Los británicos nos permitieron utilizar un pequeño edificio en St. James, cerca del Pall Mall. Allí Haile Selassie preparó su conferencia ante la Liga de las Naciones en Ginebra. No nos escucharon, porque el Eje pesaba más que las conciencias de los demócratas.

»Saben ustedes que tardamos cinco años en recuperar nuestra soberanía, y muchos años más, hasta 1954 en conseguir que los ingleses se marcharan.

»Después llegó una época de esperanza, en la que el emperador promulgó una nueva constitución mediante el sufragio universal.

»Es cierto que la anexión de Eritrea fue un grave error que nos llevó hasta donde hoy nos encontramos; la interferencia de las potencias extranjeras nos convirtió en un experimento político, luego un desgraciado cúmulo de circunstancias condujeron a los sucesivos golpes de estado, a la prisión el emperador y a su inesperada muerte.

»Ahora no tenemos guía ni futuro. Estamos en manos de Dios... y solo él podrá salvar a este país.

Addisu se sumió de nuevo en el silencio y volvió a remover las ascuas. Había caído la tarde y nos despedimos del viejo y leal mayordomo de Haile Selassie, sin poder articular palabra a causa de la emoción que nos embargaba.

Habíamos descubierto Etiopía.

CAPÍTULO 13

LOS RECUERDOS DEL JEFE MOSHE

Fue al día siguiente cuando Genet nos despertó apenas amanecido. Habíamos quedado algo más tarde, alrededor de las siete y media, pero no eran más que las seis. Nos pidió perdón, pero dijo que teníamos algo importante que hacer. La tarde anterior volvió a última hora a la casa de Addisu Bale, había comprobado que apenas le quedaban provisiones y quiso llevarle algunas. Comentaron acerca de la visita que había tenido, y por algún motivo le habló de Gebre Bekele, el explorador indígena de mi padre. En aquellos momentos se encontraba una tía de Genet con Addisu, pues iba algunas tardes a hacerle compañía y a limpiarle la casa. Sorprendentemente dijo que ella había oído hablar de aquel hombre en Debre Birhan, donde según ella, había nacido. Debre Birhan era un pueblo situado a unos ochenta kilómetros hacia el norte de Addis Abeba. Tardaríamos tres o cuatro horas en llegar y decidimos ir de inmediato, porque la suerte se nos había puesto de cara y debíamos aprovecharla.

El Chevrolet de Genet se negó a funcionar. No hacía ni la más mínima señal de arrancar, como si hubiese llegado al límite de sus fuerzas. No teníamos otra solución que tomar el autobús, que salía media hora más tarde desde la estación situada en el centro de la ciudad, por lo que fuimos caminando con rapidez, acompañados de una bandada de chiquillos que nos rodearon en la primera esquina. Para ellos éramos un verdadero hallazgo, pues en aquellos días no se veía a un solo europeo por las calles de Addis Abeba, y ello significaba una presa fácil para sacarnos unos bolígrafos y unas pocas monedas. Pero ni aun así se contentaron y nos siguieron hasta el autobús, tras el que corrieron alborozados mientras pudieron.

Tardamos casi cuatro horas en llegar a Debre Birhan, porque el vehículo paraba constantemente para recoger o dejar gente en el camino, y cada parada era interminable. Por otra parte, no se podía llamar carretera a un camino salteado de enormes agujeros llenos de agua a causa de las últimas lluvias, que en algún caso incluso habían arrastrado parte del terreno. Era un país enorme comparado con Italia y con aquella pésima infraestructura, no se podían hacer planes para ir de un sitio a otro. Cualquier trayecto se convertía

en una aventura y reflexionamos que llegar hasta el lago Tana podría llevarnos varios días, sin contar la posibilidad de tener algún problema.

A pesar de todo, antes de mediodía nos hallábamos en Debre Birhan. Para Genet no había nada anormal, todo estaba bien. Eran diferentes puntos de vista entre Occidente y África.

En cuanto nos bajamos del autobús comenzó a preguntar. Como no sabían darle razón decidió ir a buscar al jefe Moshe Mula, al que encontramos en un huerto, sembrando una especie de grandes boniatos, pero a pesar de ello nos atendió con gran cordialidad. Había conocido a Gebre Bekele, pero nos explicó que hacía mucho tiempo que no lo veía. En cualquier caso, debíamos comer algo para reponer fuerzas y lo hicimos allí mismo, porque el jefe Moshe se empeñó en que no podíamos irnos sin comer.

El jefe Moshe pertenecía a la tribu de los Beta-Israel, conocidos también como los falashas, es decir, los judíos negros de Etiopía. De hecho, la comida que nos ofreció no era kosher, pero nos explicó que no podían mezclar la leche con la carne, así que comimos una especie de sopa de verduras, pan, queso y fruta. Nos pareció frugal pero suficiente. Más tarde, Genet nos aseguró que había sido un festín comparado con la dieta diaria que ellos solían tomar.

Nos habló de Gebre, que efectivamente era natural de aquel lugar, pero manteniendo las distancias, hasta que en un momento dado, Genet le dijo, como de pasada, que el motivo de encontrarnos allí era que yo andaba tras la pista de mi padre, el comandante Marsala.

Al mencionar aquel nombre, el jefe Moshe se levantó casi de un salto y visiblemente emocionado se dirigió a mí, mientras lanzaba una perorata ininteligible, cogiéndome al tiempo ambas manos.

Hice un gesto de que no entendía y Genet me pidió paciencia con la mano, aguardando a que terminara.

Resultó que aquel hombre mantenía que había conocido a mi padre. Aquella revelación me puso muy nervioso y le pedí a Genet que le transmitiera mi enorme interés. El jefe Moshe nos dijo que entrásemos en su cabaña de madera, cubierta de hojas de palmera atadas entre sí.

—El hombre llamado Marsala vivió en nuestro pueblo durante un tiempo, luego desapareció, pero algunos opinan que los italianos se lo llevaron a la fuerza.

Al escuchar aquellas palabras me quedé atónito. ¡El jefe Moshe aseguraba que mi padre no había muerto en la acción que mantenía el ejército italiano! ¡Iba a resultar que la intuición de mi madre era cierta! Absolutamente

emocionado me dispuse a escuchar, mientras Grazia, que sabía lo que debía estar pasando por mi mente en aquellos instantes, me observaba nerviosa, sobrepasada por las circunstancias.

—Yo también participé en la escaramuza de Addis Zemen. Queríamos obligar a los italianos a retirarse de Gonder, pero nuestras fuerzas se encontraban muy dispersas y apenas disponíamos de armamento moderno. Yo era un afortunado porque disponía de un fusil de un solo tiro, fabricada en Yemen por el más famoso constructor de armas, Muhammad El Quantari; podía hacer una por mes y se consideraba afortunado al que las poseía. La mía la obtuve en Eritrea después de mandar al paraíso al árabe que quería matarme.

»Quiero explicarle que había mucha diferencia entre ambos ejércitos. De hecho, a nosotros no se nos podía considerar como tal. Nuestra única ventaja era la sorpresa, la audacia y que no nos importaba morir en el combate. Los italianos no deseaban lo mismo, por lo visto en Italia la vida merece la pena y nadie allí quiere perderla.— Comprendí la ironía de sus palabras, mientras le devolvía la sonrisa. El jefe Moshe era un hombre singular, pero aquel país me estaba resultando sorprendente en todas sus facetas.

»En Addis Zemen nos jugábamos mucho. Se estaba produciendo un gran reagrupamiento en la región de Agaumdar, al sur del lago Tana. Si conseguíamos asestar un golpe que tuviera resonancia entre los nuestros, tal vez ello influyera en el curso de la guerra.

»Aún no les he dicho que soy judío, despectivamente nos llaman *falashas*, que viene a significar *extranjeros* o *gente ajena*, o también los separados, los exiliados, pero nosotros nos conocemos como los Beta-Israel, porque en Israel tenemos nuestro hogar..., y algún día venceremos todas las dificultades para volver allí. Entre nosotros, como en todos los lugares del mundo, donde hay dos judíos, se sigue diciendo año tras año *el año que viene en Jerusalén*. Yo tal vez no lo veré, dudo que mis hijos lo consigan, pero estoy seguro de que alguien de mi sangre podrá llegar al Muro de las Lamentaciones y orar por nosotros.

»Pero les hablaba de la batalla que tuvo lugar en Addis Zemen. Sabíamos que los italianos volvían de realizar un ataque con artillería sobre la zona de Ebbenat. Nos advirtió de ello precisamente Gebre Bekele..., quiero explicarles que él no era un traidor por servir con los italianos, sino precisamente así servía mejor a nuestro pueblo. Nos informaba continuamente de las intenciones del ejército invasor.

»Aquel día aniquilamos a todos los italianos, que volvían convencidos de que nadie iba a hacerles frente, con sus cañones, al menos una docena de grueso calibre y unos doscientos cincuenta soldados y oficiales... Caíamos sobre ellos de repente, como plaga de langosta, y puedo decirles que fue más fácil de lo que habíamos imaginado, pues a causa de la niebla, no se apercebieron de nuestra presencia hasta que casi podíamos tocarlos.

»El comandante Marsala se salvó porque sufrió una herida en la cabeza y Gebre Bekele pudo sacarlo de allí en su propio caballo..., de los otros no quedó ni uno. Nuestra gente estaba en una situación límite, habían visto morir a sus compañeros, envenenados por los aviones italianos y ello les había hecho olvidar sus sentimientos humanos. Tengo que reconocer que fue una carnicería..., queríamos hacer un escarmiento... ¿Comprenden?

»Entonces no sabíamos nada del ras Ebbenat..., pues así comenzó a conocer el comandante Marsala todo el mundo. Tuvo que huir de sus antiguos compañeros, pero eso se lo explicará mejor Gebre Bekele si consiguen dar con él. Sabe muchas cosas que nunca ha querido contarme. En cuanto al ras Ebbenat, durante el tiempo que vivió entre nuestra gente tuvo que permanecer escondido, porque los italianos siguieron buscándolo casi hasta el final..., pero permítame que le aclare algunas cosas.

»Nuestro pueblo, los Beta-Israel habíamos tenido siempre problemas con los amhara y con su administración. Ya sabe, persecuciones, violencia, desprecio, solo por ser judíos, como si nuestra religión fuera un estigma. Pero cuando llegaron los italianos dejamos esas cosas de lado y les hicimos frente como los más leales servidores de su majestad. En esta guerra..., y en la dominación que siguió, vimos muchas cosas y tuvimos que resistir mientras tuvimos fuerzas. Los Beta-Israel, han soportado a lo largo de la historia lo que nadie puede imaginar. Pero sabíamos que no éramos los únicos y que en lugares remotísimos, como Polonia, Rusia, Ucrania, también ocurrían pogromos contra nuestros hermanos en la fe. Es cierto que existen algunas diferencias con ellos, porque nuestras escrituras no hablan de la cautividad en Babilonia, ni observamos el Purim, ni las fiestas del Hanukkah..., pero es debido a que nosotros somos unos judíos muy especiales, ya que descendemos del rey Salomón.

»El ras Ebbenat se portó muy bien con nuestro pueblo. A diferencia de otros italianos, él no aceptó cometer un crimen tan horrendo como era bombardear un pueblo indefenso mientras dormía. Eso lo supimos después. Por mediación del propio Bekele lo condujeron a un lugar inaccesible, en las laderas de la montaña más alta de Etiopía, y probablemente una de las más

elevadas de la tierra, el Ras Dashan, en un poblado llamado Deresge, desconocido para los italianos, porque ni sus mismos aviones podían llegar a aquella altura.

»La noche del bombardeo en cuestión, el Ras Ebbenat, o si lo prefiere, el comandante Marsala, dio orden de disparar a sus piezas... pero todas erraron el tiro y los habitantes de Ebbenat, apenas al alba vieron como los proyectiles caían sobre unas enormes piedras junto al torrente, que a lo largo de estos años ha arrastrado los fragmentos de esas rocas, ese bombardeo podía haber pulverizado la aldea y todos sus habitantes.

»Luego supimos que fueron Gebre Bekele y el ras Ebbenat los que apostaron fallaron el objetivo... Bekele no era judío..., así que la misericordiosa idea tuvo que partir de aquel hombre, al que no conocíamos..., y que pertenecía al ejército enemigo. ¿Por qué lo hizo? Solo él lo sabía, pero sí les puedo decir una cosa, nuestro rabino bendijo después las piedras pulverizadas y todos los habitantes se llevaron un fragmento a su casa. Desde entonces, cuando alguien muere en la comarca, los aldeanos caminan hasta allí para colocar la piedra de respeto, escogida precisamente entre esas piedras ante la tumba.

»Lo que ocurrió en Addis Zemen fue una advertencia para los italianos. Nosotros éramos un pueblo más atrasado, más pobre y peor armado, pero nos sentíamos como un león acorralado, que de un zarpazo puede aniquilar a su cazador. Sabíamos que solo la astucia, la audacia y el valor sin límites podían salvarnos, pero, ¡ay!, no contábamos con que peleábamos contra seres inhumanos, para los que no éramos tan siquiera un adversario a batir, sino algo a lo que se podía aplastar sin compasión, como demostraban un día y otro sus aviones lanzando gases venenosos, o ametrallando poblados indefensos.

»A nosotros los Beta-Israel, o los *falashas*, como nos siguen llamando los amhara despreciativamente, nunca se nos ha tratado con equidad aquí en Etiopía, donde los señores feudales, azuzados a veces desde la propia corte, nos llegaban a hacer la vida imposible. Pero en aquellos días comprendimos, los unos y los otros, que esas viejísimas rencillas debíamos dejarlas de lado ante lo que se nos venía encima. Todos éramos etíopes, los amhara, con su feudalismo, los Beta-Israel, los tigré, los soan..., hasta los galla y los negros bantúes, que vivían al margen de todo, pudieron llegar a entenderlo.

»Pero aun así, nos resultó imposible detener aquella terrible avalancha de cerca de cuatrocientos mil hombres disciplinados, con suministros adecuados, perfectamente armados y sobre todo, dotados de un armamento letal... la verdad, era una guerra muy desigual, en la que nosotros estábamos destinados

a convertirnos en víctimas propiciatorias, por mucho valor que pusiéramos en el combate.

»Me alegro de haber conocido al hijo del Ras Ebbenat. La vida siempre nos sorprende... Debe usted estar orgulloso de su padre. Salvó la vida a casi quinientas personas con aquella acción, que le costó tener que huir de sus propios compatriotas. Todos aquí se sentirán orgullosos de saludarle. Pero ahora deben partir a encontrar a Gebre Bekele. Cuando lo vean, lo abrazan de mi parte..., es con seguridad el mejor amhara que he conocido nunca. Aquí me tienen, otro día podremos seguir hablando de aquella época. Yo ya no puedo moverme apenas, pero mis recuerdos sí que lo hacen todo el tiempo. Han pasado muchas cosas desde entonces, pero les diré una cosa. Aquí, en Etiopía, sentimos una gran satisfacción el día que supimos que el dictador, aquel hombre malo llamado Mussolini, había tenido lo que se merecía, pues según contaron, murió colgado por los pies y escupido por su propio pueblo. Esa es la muerte de los indignos, de los que arrastran a los suyos a la desgracia. ¡Dios es justo!... y ahora vayan con él y suerte.

Nunca antes había sentido una emoción semejante cuando tuve que levantarme para abandonar la cabaña del jefe Moshe. No era capaz de centrar las ideas, que se me agolpaban en la mente intentando comprender. La versión que nos había contado Moshe era sin lugar a dudas auténtica, no tenía la más mínima duda, porque el hombre parecía hablar con pleno conocimiento de causa. En aquel momento comprendí lo importante que era proseguir la búsqueda de Gebre Bekele, pues él y solo él podría completar la historia. Grazia se colgó de mi cuello y comenzó a sollozar, mientras Genet murmuraba que las mujeres eran iguales en todas partes.

CAPÍTULO 14

EL CICLÓN

Encontrar a Gebre Bekele se fue transformando en algo extremadamente difícil, tanto que llegué a pensar que nos estaba rehuyendo. En las montañas de Etiopía si alguien quiere esconderse, es absolutamente imposible dar con él y puede llegar a perderse para siempre.

A pesar de odiar lo que Italia había intentado hacer con aquel pueblo, no podía dejar de admirar la sola idea de conquistarlo, algo así como una tarea de titanes.

Etiopía es en gran parte como una fortaleza natural, un bastión de la naturaleza, con sus alturas alpinas coronadas de nieve, lo que impacta más el ánimo de quien contempla como aquella se transforma en increíbles torrentes, muchos de los cuales formarán más tarde el Nilo, padre mítico de todos los ríos africanos.

Hay que imaginar una espesa jungla, en la que el hombre ha ido creando unas zonas con todo tipo de cultivos, donde predomina el café, un lugar ajeno al tiempo, que es el verdadero Dios del hombre occidental. Allí se puede comprender que es inútil querer encerrar el ritmo de los días en un calendario, ya que es la propia naturaleza la que condiciona la vida de los hombres.

Llegó un momento en que ya no podíamos seguir en el autobús. Simplemente terminaba allí, en una aldea sin nombre. El polvoriento camino se transformaba en un sendero y debíamos seguir caminando. Grazia se mostró animosa y Genet parecía aceptarlo como algo natural, aun sabiendo que seguir adelante conllevaba riesgos y posibles penalidades para los que no estábamos preparados para ello.

Sin embargo, conseguimos alquilar los servicios de unos porteadores que conducían unas pequeñas acémilas, apenas mayores que un *pony*. También tuvimos que equiparnos para el frío, pues debíamos afrontar una ascensión que podría llevarnos por encima de los cuatro mil metros.

Ahora, cuando todo ha pasado, pienso que fue una gran imprudencia tomar aquella decisión, pero Etiopía no es Italia y solo pensar en volver hasta Addis Abeba desde donde nos hallábamos, me hacía comprender que si nos rendíamos, tal vez seríamos incapaces de retornar. Era un problema de decisión, solo eso.

Dentro de todo tuvimos suerte. Increíblemente una expedición de antropólogos americanos había dejado sus cosas allí mismo, debido a la muerte de dos de sus miembros por causa del paludismo. Todo había quedado allí, tiendas de campaña, mochilas, anoraks de montaña, víveres concentrados y un sin fin de artículos necesarios para poder sobrevivir en un lugar inhóspito. Los equipos se encontraban en poder del jefe del lugar, que obviamente pretendía hacer negocio con ello.

Nos pidió quinientos dólares por todo ello. Una barbaridad de dinero para una precaria economía de subsistencia, o desde otro punto de vista, el valor de una sola de las tiendas de nylon reforzado de tres capas con varillas de aluminio.

Genet me confesó luego que podíamos haberlo adquirido por menos de la mitad, pero me encogí de hombros. En aquellos momentos lo único que me interesaba era poder encontrar a Gebre Bekele. Él era, con seguridad plena, la clave de la historia, e intuía que a través de él tenía una última oportunidad de conocer el destino de Paolo Marsala. Si nos vencía el cansancio o el temor, probablemente volveríamos a Italia de vacío, y en ese caso, el resto de mi vida me arrepentirá de no haberlo intentado a cualquier costo.

Por otra parte, algo muy negativo era que nos hallábamos al comienzo de la temporada de lluvias. Eso no solo podía ser una incomodidad añadida, también se convertía en un riesgo importante debido a la cantidad de agua que caía en pocos minutos, para bajar formando torrenteras por las laderas de las escarpadas montañas.

Sin embargo, Grazia insistió en que no debíamos abandonar. Ella también intuía que teníamos a Gebre Bekele al alcance de la mano. ¿Porque cuál era la alternativa? ¿Aguardar al próximo autobús para que en varias fatigosas jornadas nos llevara de regreso a Addis Abeba, y después, tomar el avión de vuelta a Europa?

En cuanto a Genet, lo vi dubitativo. Sabía que nos hallábamos allí porque él nos había guiado, intentando ayudarnos. Pero me di cuenta de que en aquellos momentos le pesaba la responsabilidad. Nos estábamos introduciendo en lugares muy apartados, remotos, casi inaccesibles y tal vez

pensaba que o bien no podríamos soportarlo, o que el momento no era el más adecuado.

De hecho Etiopía se hallaba en esa época en un proceso revolucionario, que nadie sabía como iba a terminar. El Comité Coordinador de las Fuerzas Armadas, al que allí todos conocían como el *Dergue*, esto es, *la sombra*, intentaba cambiarlo todo en el mínimo tiempo posible, y eso que en occidente se define como periodo revolucionario, allí se transformaba en un caos, porque se puede intentar pasar de un siglo a otro, pero es casi imposible hacerlo desde la época feudal al siglo xx de un salto, y menos aun cuando nada ayudaba, ni la penuria económica que mantenía asolado aquel gran país, ni la falta de estructura de una sociedad primitiva, que sobrevivía como un milagro y donde las necesidades cotidianas no permitían ver más allá.

Ese era el gravísimo panorama de Etiopía cuando llegamos allí, y aquellos eran los riesgos que corríamos, porque nadie podía garantizarnos derechos, ni mucho menos aún, seguridades.

Yo temía por Grazia. Me obsesionaba que le pudiera ocurrir algo, ya que nunca podría perdonármelo. Pero ella, por el contrario, se sentía sublimada, inmersa en una sensación de estar viviendo una aventura inesperada y emocionante, que nos iba llevando no solo a lugares increíbles, porque ciertamente Etiopía podía estar más allá del tercer mundo, pero nadie podía negarle una portentosa belleza en sus agrestes montañas que nos dejaban con la boca abierta, en sus ilimitados espacios contemplados desde las laderas en lugares de vértigo, en sus poblados arracimados, medio ocultos a veces entre la vegetación lujuriante, donde aun permanecía la naturaleza intocada.

El propio Genet, que nunca había estado en donde nos encontrábamos, permanecía callado, sin saber qué decir ante la mágica descripción que el propio entorno nos mostraba. No me cabía duda de que las ambiciones cegaban a los humanos y aun más, a políticos como Mussolini y sus más cercanos, que creyeron poder conquistar un mundo como aquel sin medir bien sus fuerzas. El pico Dashan sobrepasaba los cuatro mil seiscientos metros y rara vez se dejaba ver, como si quisiera preservar sus secretos entre una espesa masa de nubes de aspecto tormentoso. El tiempo cambiaba a medida que íbamos ascendiendo, tornándose caprichoso y no éramos capaces de anticiparnos, lo que nos provocó más de un susto al encontrarnos en mitad de una torrentera sin saber qué camino tomar.

Pero ya no podíamos abandonar y volvernos tranquilamente a casa, que era lo que me pedía el cuerpo, mi vida normal era la de un profesor universitario y lo que siempre me había fascinado era la investigación

histórica..., y eso ya era una aventura para mí. Encontrarnos en un lugar parecido al corazón de la oscuridad que describía Conrad era algo impensable, si no fuera por las extrañas circunstancias que se iban entrelazando como los eslabones de una cadena virtual que nos acercaba a la pista de Paolo Marsala, algo impensable apenas hacía unos meses.

Tuvimos que acampar en una escarpada ladera. La temperatura descendió con rapidez y la oscuridad lo hizo con la misma celeridad, tanto que apenas tuvimos tiempo de montar la tienda. Nos acompañaban tres etíopes de la etnia galla, pues ellos conocían la zona como la palma de la mano. Según el de mayor edad, Gebre Bekele se encontraba en un lugar llamado Ataba, donde vivía uno de sus hijos. Las lluvias habían cortado los accesos y nos veríamos obligados a dar un largo rodeo, pero no dudaba de que daríamos con él.

Gebre Bekele era un personaje conocido en la región, al igual que el Ras Ebbenat, esto es, Paolo Marsala, que si bien había desaparecido hacía muchos años, todo el mundo lo tenía por alguien mítico, lo cual no dejaba de enorgullecerme, pero por consejo de Genet, procuraba mantener mi parentesco con la mayor discreción para evitar que la gente llegara a asediarme.

El tiempo iba empeorando y temía que el aguacero que nos empapaba fuese a más y llegara a transformarse en un verdadero temporal, que nos inmovilizara en un lugar tan comprometido, donde resultaría imposible refugiarse o pedir ayuda en caso de necesidad.

Grazia se lo tomaba con una mezcla de valor y resignación, como si aquellos avatares formaran parte del juego, de la propia búsqueda de una realidad perdida, y era ella la que intentaba animarme, como si quisiera evitar que me desanimara, porque tenía la convicción de que estábamos en el camino y la veía llena de curiosidad y animada por lo que aún tenía que llegar.

A pesar de las inclemencias, Genet no parecía arredrarse y decidió salir bajo la lluvia a intentar encontrar noticias de Gebre Bekele. Según él no debía hallarse muy lejos. Mencionó antes de irse que en un diseminado poblado que se adivinaba en la lejanía, en otra empinada ladera, tal vez podrían saber algo.

Intenté disuadirle pero no conseguí nada. Comprendí que aquellas gentes tenían muchas virtudes, pero eran más tozudos que cualquier ser humano al que hubiera conocido antes, por lo que apenas amanecido, salió a paso ligero, asegurándonos que volvería aquella misma tarde, antes de que oscureciera.

Así fue como nos quedamos solos Grazia y yo, aislados en un lugar remoto, sin terminar de comprender como habíamos llegado hasta allí, ni

como podríamos volver a un lugar civilizado.

Sin poder evitarlo, reflexioné que el hombre moderno se había vuelto incapaz. Sus sentidos primigenios, la capacidad de sobrevivir, de alimentarse del medio que lo rodea, de buscar su propio sustento, las medicinas del bosque y de las plantas, de defenderse de los animales salvajes y de sus potenciales enemigos, en definitiva, de cuidar de sí mismo y de los suyos, se habían ido atrofiando en apenas unos miles de años, y en un alto porcentaje en los quinientos últimos años. Verse rodeado de naturaleza, en un ambiente desconocido y hostil, podía hacer cambiar con rapidez a las personas.

No puedo negar que me encontraba algo deprimido, pensando en la responsabilidad de haber llevado a Grazia hasta allí y cada vez más convencido de que debíamos salir de aquel lugar cuanto antes.

Ella se dio cuenta de lo que pasaba por mi mente y al preguntarle yo si se sentía preocupada, me respondió que nunca había sentido algo tan profundo. Esa contestación me dejó perplejo e hizo que me olvidara instantáneamente de mis temores.

—Alessandro —susurró—. Te amo y ahora lo veo más claro que nunca. Has sido capaz de cambiar mi vida gris y monótona por una maravillosa aventura. Me encanta este lugar..., donde el europeo más cercano se encuentra a centenares de kilómetros de aquí, en estas montañas increíbles, donde aun manda la naturaleza..., y tengo la sensación de que solo dependemos de nosotros. No te preocupes por mí, pocas veces he sentido tanta felicidad. Creo que estamos haciendo algo que merece la pena y estoy segura de que encontraremos a Gebre Bekele y él nos aclarará lo que ocurrió con tu padre.

»Además, ahora comprendo muchas cosas. Mussolini metió a Italia en una situación sin salida. Este es un país imposible de dominar. Cierto que llegó a Addis Abeba, lo que por cierto ya me parece increíble, pero poco más pudo hacer. La campaña de Abisinia no fue más que una quimera con lo que intentó justificar muchas cosas..., y solo consiguió un fracaso más. Como él mantenía, intentó vivir un día como un león y apenas lo consiguió. Creó en Italia el sentimiento de que la guerra era el camino y fíjate hasta donde llevó a nuestro país. He tenido que subir hasta aquí para comprender su locura.

Grazia habló largo rato. A pesar de la situación, la noté eufórica y mis temores se fueron disipando poco a poco. Sin embargo, la tarde fue cayendo

con rapidez y Genet no volvía, mientras se formaba una gran tormenta que no tardó en descargar sobre nosotros.

Comenzó con una intensa lluvia y nos dispusimos a pasar una noche incómoda. El problema fue cuando el viento arreció hasta transformarse en un huracán. Entonces nos asustamos en serio, porque comprendimos que en cualquier momento el viento arrastraría la tienda en la que nos refugiábamos.

Eso no tardó en suceder. En un momento dado la fuerza del vendaval arrancó los anclajes doblando parte de la estructura de aluminio y lanzándola hacia arriba, igual que si se tratase de unos meros fragmentos de papel. Nos quedamos aterrorizados. Grazia instintivamente se abrazó a mí y apenas tuvimos tiempo de meternos en la oquedad que formaban las raíces de un enorme árbol. Pero nuestra situación iba a empeorar dramáticamente por momentos, haciendo realidad mis más profundos temores, cuando un torrente de agua apareció sobre nosotros, arrastrándonos y golpeándonos sin piedad ladera abajo.

CAPÍTULO 15

VUELTA A LA VIDA

Cuando recobré el conocimiento, me encontré en un lugar desconocido. Me dolía todo el cuerpo y muchísimo la cabeza, lo que me impedía recordar y mucho menos pensar. Pero aun en aquel estado, era consciente de lo ocurrido y solo veía como la fuerza del agua, las piedras y el lodo que arrastraba, nos había precipitado por la empinada ladera.

Una sombra borrosa se acercó a mí y solo al escuchar su voz supe que se trataba de Genet. Intentaba decirme algo, pero lo escuchaba muy lejano, incoherente..., hasta que comprendí algunas frases aparentemente inconexas.

Supe entonces que Grazia había desaparecido y comencé a llorar sin consuelo, porque por segunda vez en mi vida la mujer a la que amaba me dejaba solo, y lo que me causaba una enorme angustia era que me podía reprochar todo, ya que me consideraba el único responsable de la dolorosa situación.

Ella solo me había seguido hasta el fin del mundo —¿qué otro lugar era aquel?— confiando plenamente en mí, con la certeza de que podría ayudarme a resolver aquel enigma..., y de repente, como ocurren las cosas, una inesperada avenida de agua y lodo nos despeñaba para arrojarla no sabía donde.

Mis pensamientos no podían escapar de un círculo cerrado que iba girando a cada instante a mayor velocidad, impidiéndome pensar en otra cosa.

Notaba junto a mí la presencia de Genet, disculpándose por habernos dejado solos con aquel tiempo. Tampoco él podría librarse, aunque sin culpa alguna, de los remordimientos.

Permanecí en aquel estado durante varios días. De tanto en tanto me daban algo de beber y me cambiaban los vendajes. Pero era muy consciente de que no estaba mejorando. Por alguna razón el organismo humano tiende a regenerarse..., salvo si la mente quiere dejarse morir, lo que sin lugar a dudas era mi situación.

Por otra parte, debía encontrarme bastante malherido. Apenas podía mover los brazos, de lo que deduje que me los habría roto en la brutal caída. De tanto en tanto la fiebre me hacía delirar o perder el conocimiento, a pesar

de los desvelos de Genet y de las pócimas que me hacían tragar un par de veces al día para intentar controlar la temperatura.

En algún momento y casi sin desearlo comencé a mejorar, muy levemente al principio, pero lo suficiente para que pudiera aceptar el caldo que me traían. Poco a poco fui moviendo los dedos de las manos y la temperatura se fue estabilizando. Luego supe que se trató de un proceso muy lento, y que Genet y las otras personas que me cuidaban llegaron a temer seriamente por mi vida.

A partir de ese momento en el que ya podía pensar y reflexionar, rehuía hacerlo sobre Grazia, con la excusa, tal vez infantil, de que lo haría cuando me recuperase plenamente. Pero no podía engañarme, en cuanto se me venía a la mente me atormentaba la idea de que jamás volvería a verla.

Así transcurrieron cerca de tres meses. La estación de las lluvias había terminado y el cielo se mostraba en todo su esplendor por las noches. Genet decidió que era el momento de volver a Addis Abeba y yo no tenía ni fuerzas ni ganas para seguir con el absurdo empeño que me había llevado hasta aquel país.

Me bajaron a lomos de mulas por los estrechos senderos que unos meses antes había subido con la certeza de que estaba haciendo lo correcto, pero como casi siempre en la vida, la realidad terminaba por imponerse y mi descenso, lejos de ser triunfal y optimista, era el de alguien golpeado en todos los sentidos, que deseaba abandonar cuanto antes aquel lugar, para volver a casa a lamerse las heridas.

Pero eso también me aterrorizaba. Ya no tenía hogar. Mi relación con Grazia y su mundo había terminado. ¿Con qué derecho podría volver a su hermosa mansión de Florencia? A todos los efectos habíamos sido solamente amigos. Buenos amigos quizás, pero solo eso, que yo supiera, ella tenía un hermano, Luigi Vinzi, con el que se llevaba muy mal. Meditaba los pasos que debería dar, comenzado por dar parte de lo sucedido en la embajada de Addis Abeba, iniciando los trámites legales de aquella espantosa situación.

Tampoco Genet se encontraba mucho mejor. No lo conocía suficientemente, pero ya no lo veía sonreír en ningún momento y se mostraba mucho más lacónico que antes del suceso. A pesar de todo, tenía intención de proponerle que me acompañase a Italia. Sabía que en el poco tiempo que nos conocíamos, se había iniciado entre nosotros una profunda amistad, y que su carácter y temple estaban más que demostrados, en su respuesta ejemplar durante el largo periodo de mi recuperación. No podía olvidar que en otro

caso, yo también me encontraría muerto y enterrado por el lodo y las piedras en el fondo de un profundo barranco.

Una noche, mientras acampábamos, no pude por menos que preguntarle si había llegado a encontrar el cuerpo de Grazia. Era la primera vez que me atrevía a hacerlo y él se dio perfecta cuenta de lo que me costaba.

Me miró fijamente a los ojos mientras negaba con la cabeza. —No, no habían encontrado ni el menor rastro. Se trataba de una profundísima torrentera, en donde la fuerza de los arrastres había sepultado centenares de enormes árboles, rocas de un tamaño descomunal, dejando una cicatriz sobre la ladera que podía verse a varios kilómetros de distancia.

Le pregunté entonces que como podía haberme salvado yo, y en un gesto teatral, Genet señaló hacia el cielo, queriendo expresar que se trataba de un increíble milagro.

Mientras intentaba conciliar el sueño aquella noche, reflexioné que debía volver a mi vida normal. Llevaba meses buscando la absurda sombra de un fantasma, queriendo convencerme de que merecía la pena el tiempo empleado, el cansancio y los sacrificios. Allí bajo las estrellas añoré mi anterior vida, como un gris profesor de universidad, que tenía bastante con ser lo que era. Había llegado al límite y por el momento, el enigma de Paolo Marsala seguiría oculto en la indómita tierra de Etiopía.

2.^a PARTE

CAPÍTULO 16

UN HOMBRE ACABADO

La vuelta a Italia tuve que hacerla en un avión ambulancia que me llevó directo al aeropuerto de Milán. Según los médicos que me atendieron, aquella decisión me salvó la vida, porque apreciaron un principio de gangrena en la herida abierta del hombro.

Fue la propia embajada de Addis Abeba la que gestionó el viaje y hasta ella conseguí llegar gracias a la audaz iniciativa de Genet.

Cerca de Gonder encontramos una patrulla del ejército, que inmediatamente nos rodeó antes de detenernos. No creyeron una palabra de lo que Genet les explicó y le golpearon repetidamente mientras los portadores eran obligados a introducir todos nuestros bultos en un camión militar.

Lo increíble fue que me tomaron por un espía inglés. No podía demostrar nada por cuanto mis documentos, incluyendo el pasaporte, desaparecieron con el alud, ya que según Genet, me encontraron prácticamente enterrado en el lodo, desnudo y mal herido.

Lo cierto fue que me sentía muy mal, con una fiebre altísima, e incapaz de articular palabra, por lo que nos hicieron subir a un camión, y tras un espantoso trayecto hasta donde tenían su cuartel general, nos hicieron descender a golpes y culatazos, sin que Genet pudiera intervenir en mi defensa, porque nos separaron de inmediato, a fin de evitar que hablásemos entre nosotros.

En aquella situación me vi en el límite, comprendí que el agujero en el que había caído me impediría salir y que, por tanto, en apenas unas horas estaría muerto.

No parecían comprender que prácticamente estaba delirando y que mis respuestas incoherentes se debían a la fiebre. Una y otra vez me golpearon sin compasión, intentado que les contestase en su propio dialecto.

Fue Genet el que se la jugó al asegurarle al comandante de la guerrilla popular que yo era amigo personal de su líder, que tenía permiso para viajar por Etiopía y que toda la documentación había desaparecido en la avalancha provocada por la tormenta.

Fue un milagro que creyeran su explicación y lo fue más que el comandante aceptara enviarnos a Addis Abeba. Aquel individuo no deseaba enfrentarse a sus superiores, ni que yo me quedara en las manos de sus hombres, así que Genet y yo fuimos introducidos de nuevo en el camión que nos llevaría en un par de días a la capital, en un viaje infernal, en el que lo único que aceptaba mi organismo eran pequeños sorbos de agua.

Para cuando llegamos a los arrabales de Addis Abeba, mi estado ya era crítico, por lo que el sargento al comprobar la situación decidió que si no estaba muerto, no pasaría de esa misma tarde y nos bajó del camión sin miramientos.

Caí sobre un charco del que tuvo que sacarme a rastras Genet, desesperado al ver que iba a morir apenas a cuatro manzanas de la embajada italiana.

Fue entonces cuando supo lo que tenía que hacer. Me arrastró hacia unos matorrales y me escondió bajo ellos, luego echó a correr hacia la embajada sabiendo que era cuestión de vida o muerte.

Allí cambió mi suerte porque en aquel preciso momento una caravana de vehículos oficiales salía por la puerta principal y Genet se puso delante a pesar de las amenazas de los guardias, consiguiendo que el vehículo en el que viajaba el embajador se detuviese unos instantes.

Genet gritó que un profesor italiano había sufrido un accidente muy grave y la divina providencia debió escucharle, porque apenas diez minutos más tarde me recogía el coche del propio embajador de Italia.

A partir de aquel instante se desencadenaron una serie de acontecimientos. Un interrogatorio a Genet en los jardines, una ambulancia que me trasladó al hospital militar de Addis Abeba en la que viajó acompañándome el propio médico de la embajada..., y la fortuna de que se encontrase de guardia en urgencias la doctora Meriam Tafari, una experta traumatóloga formada en Londres.

Cuando consiguieron estabilizarme, comprendieron que lo mejor sería trasladarme urgentemente a un hospital europeo. Fue el embajador el que tomó la decisión de que un avión ambulancia me llevase a Milán, y así se hizo, bajo la responsabilidad del propio embajador, que me otorgó un visado diplomático.

No puedo por tanto negar que en ese trance me acompañó la suerte. La gangrena me habría matado en las montañas que rodean Gonder si no nos hubiesen detenido los militares. Genet habría hecho un enorme esfuerzo para

llevarme, a otro ritmo, hasta Addis Abeba, adonde, probablemente, no habría llegado nunca.

Pero todo eso ya es historia, atrás quedaban una serie de acontecimientos, una concatenación de circunstancias que habían terminado en una tremenda avalancha de aguas, piedras y lodo, que enterró mis ilusiones y a una preciosa mujer que comenzaba a ser alguien indispensable para mí.

Seis meses más tarde aquella aventura se iba alejando de mí, aunque con mucha frecuencia soñaba con una terrible avalancha que me sepultaba, hasta que lograba despertar ahogándome y dando manotazos al aire.

Después, cuando terminé la rehabilitación y pude volver a mi vida normal, sentía dentro de mí una fuerte sensación de soledad. Retorné a mis clases, intentando aparentar una absoluta indiferencia por los cuchicheos que notaba al cruzar los jardines, o al entrar en el comedor, porque todos opinaban sobre lo que en realidad me había ocurrido, hasta el punto en que llegué a pensar que tal vez lo mejor sería convocar una conferencia en la que les explicara la verdad.

Aquel invierno se me hizo muy duro, debía volver a intentar encontrar una normalidad que en realidad no sentía. Preparaba mis clases minuciosamente, sin querer pensar en otras cosas, olvidando todo lo que había ocurrido en relación con la búsqueda de aquello que se relacionaba con Paolo Marsala.

No podía dejar de pensar en que algo se interponía entre él y yo, como si no quisiera que indagase en su memoria. Luego reflexionaba que no eran más que absurdas ideas sin sentido, que debía desechar de mi mente.

Mientras, iban pasando lentamente los días, distanciándome poco a poco del trágico momento en que desapareció Grazia.

Mi amigo y compañero Pierre Oliver, al que había conocido años atrás en París mientras dictaba un curso en la Sorbona, y que daba clases de literatura medieval, intentaba consolarme, explicándome que la vida había que aceptarla como venía, y que otra postura era absurda. Yo le contestaba que era muy fácil dar consejos, y pensaba que la mala suerte me acompañó desde el primer momento, como cuando desapareció gran parte de la documentación en el incendio de Solarino, recriminándome por no haber cerrado las carpetas aquel mismo día, en lugar de seguir torturándome.

Por otra parte, me sentía responsable de la muerte de Grazia, y eso no era fácil de olvidar. Todas las noches pensaba en ella, hasta el punto de no poder

conciliar el sueño y cuando finalmente lo lograba, era para caer en una pesadilla en la que ella me acusaba de su destino.

En cuanto a mi madre, llevaba unos meses viviendo con mi hermana en los Estados Unidos y no sabía nada de ella, ni siquiera debía conocer lo ocurrido. En aquella situación me resultaba imposible retomar la investigación y lo que era peor, la ilusión que durante un tiempo tuve ya no existía. Por tanto, la podía dar por acabada, o al menos eso era lo que yo creía.

CAPÍTULO 17

LA SEGUNDA OPORTUNIDAD

Una mañana todo volvió a cambiar. Me encontraba impartiendo clase, hablando de Joyce..., un tema tan apasionante que siempre mantenía en silencio a los alumnos, cuando vi a través de la cristalera al director acompañado de otras personas, haciéndome gestos para que saliera. No podía entender de qué se trataba hasta que escuché las palabras.

—¡La han encontrado! ¡Está viva! ¡Viva!

Entonces los observé con un gesto de incompreensión. ¿Qué querían decirme?

—¡Grazia! ¡Grazia Vinci! ¡Está viva!

Tuve que sentarme en el suelo, porque la vista se me nublaba al sentir un cierto mareo. No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Grazia? ¡Pero si habían caído sobre ella miles de toneladas en la brutal avalancha! Aquella gente tendría que haber visto lo que ocurrió. A pesar de todo un hálito de esperanza sacudió mi espíritu.

—¿Dónde? ¿Quién lo ha dicho? ¿Quién...? —El director me entregó el papel. Era un fax con el siguiente texto.

«EMBAJADA DE ITALIA EN ETIOPÍA»

Al Juzgado Civil de Florencia

Por la presente comunicamos que la ciudadana italiana, Sra. Grazia Vinci, con pasaporte 22215701H y de la que se comunicó en septiembre pasado su desaparición y posible fallecimiento, ha sido encontrada viva, en aceptable estado físico, sufriendo un problema de amnesia en fase de curación.

Lo que comunicamos a fin de proceder a interrumpir el plazo legal correspondiente.

En Addis Abeba a 16 de enero 1977.

No podía reaccionar, me sentía totalmente confuso e incrédulo, porque nunca había creído en los milagros, y lo que me estaban diciendo no podía ser otra cosa. El corazón me golpeaba el pecho de pura emoción y notaba como me temblaban las manos.

Tardé un largo rato en tranquilizarme mientras me sentía observado por mis compañeros, preocupados por mi estado, hasta que en un momento dado recuperé la serenidad y me despedí agradeciéndoles su interés.

Pude hablar telefónicamente ese mismo día con el embajador, que me explicó que él, personalmente no la había visto, pero que no existía la menor duda. Por lo que sabía, la señora Vinci se encontraba en algún lugar cerca de Gonder, en el domicilio particular de alguien llamado Genet.

Fue en ese momento cuando supe que todo era verdad, ya que algo dentro de mí se negaba a aceptarlo. Le agradecí su interés y le expliqué que intentaría viajar lo antes posible. Al colgar me puse a llorar sin poder contenerme; tal vez era la manera de descargar la tensión acumulada en los últimos meses.

Después llamé a mi agencia de viajes y encargué un vuelo a Addis Abeba para el día siguiente. De alguna manera se estaba cumpliendo mi destino.

Volé el sábado por la tarde con Alitalia y llegué a Addis Abeba a las diez de la noche. No tuve problemas para entrar en el país a pesar de la necesidad de visado que había impuesto el Comité Coordinador de las Fuerzas Armadas, que intentaba impedir el acceso al país dadas las circunstancias políticas, ya que la embajada envió al canciller para avalar mi visado.

Se decía que existían importantes desacuerdos entre los jefes de la revolución social-comunista y en aquellos días se encontraban sumergidos en una fuerte lucha por el poder.

Archille Carli, el canciller de la embajada de Italia, se puso a mi disposición. Incluso me ofreció su apartamento ya que tenía un dormitorio libre. Le expliqué que prefería residir en un hotel y aceptó después de insistir, aunque me invitó a cenar en un restaurante francés de su confianza, que se encontraba situado en la ladera de una colina sobre la ciudad.

Archille me habló de la complicada situación política. Según él, todo provenía de la anexión unilateral de Eritrea, lo que provocó la larguísima y sangrienta guerra de guerrillas, que habían ganado terreno a las fuerzas gubernamentales. Me explicó que el hasta entonces líder, el general Teferi Benti, se encontraba en un callejón sin salida y que se hablaba de un posible golpe dentro del Consejo.

La muerte del emperador Haile Selassie en agosto de 1975 había llevado al país a un camino sin retorno, y a una situación de absoluta confusión política. —*Este es un país abandonado por Dios y por los hombres.*

Me fui a dormir meditando que el canciller tenía solo parte de razón y que el lejano Dios de la iglesia etíope no podría abandonar a su gente que tanto le adoraba. Bueno, después de todo, Dios era injusto algunas veces.

Carli me entregó un documento que grapé en la recepción del hotel a mi pasaporte. Se trataba de un visado por treinta días redactado en inglés, francés, italiano y amhara, que venía a explicar que el portador se encontraba en misión diplomática. También me pidió que tuviera cuidado. Acababan de aparecer los cadáveres de unos europeos cerca del lago Tana. Pude observar que el documento que me entregaba llevaba también un sello del Consejo de las Fuerzas Armadas y dos firmas, aunque no me explicó como las consiguió.

A la mañana siguiente una misión de la Cruz Roja viajaba a Gonder y siguiendo los consejos de mi nuevo amigo fui caminando hasta la embajada de los Estados Unidos para incorporarme. Una mujer europea de unos treinta y cinco años se me acercó antes de que llegase hasta el convoy.

—¿El profesor Marsala? Soy la doctora Julia Mason y pertenezco a la Cruz Roja. Soy la coordinadora de esta misión y según me han explicado, usted va a viajar con nosotros hasta Gonder... Suba a este vehículo y aguarde unos instantes, ahora vuelvo con usted.

Solo tuve tiempo de asentir mientras la doctora iba de un lado para otro terminando de comprobar que todo estaba en orden. Diez minutos más tarde, escoltados por dos camiones militares de las fuerzas del Consejo, nos pusimos en marcha hacia el norte en dirección a Debre Markos, la ciudad donde pernoctaríamos.

Apenas pude dirigirle la palabra, pues tuve que sentarme junto al chofer y ella se introdujo en la parte posterior de la ambulancia.

Tres horas más tarde aún nos encontrábamos en Ketema, detenidos a causa de una escaramuza entre los militares del Consejo y una fuerza rebelde.

—Guerrilleros —murmuró en español el chofer. Debía ser la única palabra que conocía en ese idioma.

Dos horas más tarde, ya casi mediodía, la doctora Mason decidió que debíamos acampar allí y comenzar a montar las tiendas en un terreno llano a la entrada de la población.

—Ya sabe que en Etiopía hay que ser paciente —por primera vez me sonrió y le devolví la sonrisa, mientras me ofrecía un bocadillo.

—Si lo sé bien —contesté—. Vine aquí hace unos meses, perdí a mi novia en Gonder y he tenido que aguardar más de medio año para que apareciera.

La doctora Mason asintió.

—Sí, lo sé. Me lo contaron en la embajada. Sé quien es usted y lo que vino a buscar. Ahora todo el mundo..., bueno, quiero decir, todos los europeos conocen su historia. Me alegro por usted y por su novia. Han tenido mucha suerte como están las cosas. ¿No cree?

Asentí, sorprendido de como corrían allí las noticias.

—Sí. La verdad es que sí, porque aún no puedo creérmelo. Verá, nos arrastró un alud de piedras enormes, lodo y árboles arrancados de cuajo. Fue como caer en una trituradora gigante... y los dos sobrevivimos. A mí me encontraron al cabo de unos días medio destrozado, y ella... parece que está intacta, aunque tuvo que pasarlo muy mal, porque por lo visto, durante estos meses no se acordaba ni de como se llamaba. Verá doctora, yo no soy creyente, pero a esto se le llama un milagro. Un verdadero milagro.

La doctora Mason volvió a sonreír con un deje de amargura.

—Sí. Y eso está bien, porque a este país le van a hacer falta muchos milagros para salir de la catástrofe humanitaria en la que se ha precipitado. ¿Oye esas explosiones lejanas? Son obuses. Los soldados del *Dergue* contra los guerrilleros, son escaramuzas sangrientas, aunque los combates más duros se están dando en otras regiones, Ogaden, Tigrai y la frontera con Somalia, pero verá..., el problema no ha hecho más que empezar, la gente está huyendo de muchos lugares, un éxodo confuso provocado por el terror, que está dejando las carreteras y los caminos sembrados de cadáveres. Nosotros vamos a Gonder para establecer un hospital de campaña, precisamente para atender a los que huyen despavoridos de Tigrai, a causa del conflicto entre el Frente Popular de Liberación de Eritrea y los soldados del Consejo Militar, del PMAC de Teferi Benti, sí, no me cabe duda de que han tenido ustedes una suerte increíble. La vida es así de absurda y de generosa.

No pudimos seguir hablando, porque comenzaban a llegar heridos, muchos de ellos niños. Me impresionó comprobar que casi ninguno lloraba, a pesar de su estado y de las circunstancias. Reflexioné que las cosas se habían complicado mucho en los últimos meses y que Julia Mason tenía razón. La vida podía ser absurda, pero también generosa.

Tardamos casi diez días en llegar a Gonder. Me sentía impaciente, pero no podía hacer nada, ya que la verdadera situación era un caos y comprendí que la Cruz Roja necesitaría cien veces más para poder hacer algo que se notara. Bajaban miles de personas, familias enteras con lo poco que habían podido coger, intentando escapar de los combates. Veíamos altísimas columnas de humo que indicaban las aldeas que ardían al paso de las tropas. Como en todas las guerras civiles, la crueldad se manifestaba en todo su apogeo.

Cerca ya de Gonder me despedí de Julia Mason. En aquellos días pude comprender el increíble esfuerzo de algunas personas, que se entregaban a los demás sin esperar recompensa alguna.

Julia me besó en ambas mejillas y me explicó donde iban a montar su hospital de campaña. Si los necesitábamos, estarían allí. Encontré un hombre dispuesto a acompañarme, se llamaba Seyoum Teshome y era tan parecido a Genet que al principio lo confundí con él.

Me explicó que no sería fácil dar con Genet. La zona en la que creía se encontraba la vivienda había sido arrasada por la guerrilla en los últimos días y prácticamente todo el mundo había huido hacia Aksum, a unos doscientos cincuenta kilómetros hacia el norte.

Suspiré. Algo dentro de mí me decía que era imposible que le hubiese ocurrido algo a Grazia. Había resistido la avalancha y para mí eso ya la hacía inmortal.

Gonder era un verdadero campo de batalla, al menos la zona donde nos encontrábamos presentaba la huella de la destrucción por todas partes. Ruinas aún humeantes, cosechas arrasadas, cadáveres en la misma carretera, algunos fugitivos deambulando arriba y abajo, desorientados, demacrados, sin saber bien que camino tomar.

Pensé al ver la situación que era imposible que Genet se hubiese quedado, y que lo más probable sería que estuviese caminando carretera arriba, en dirección a Aksum.

Pero no quería desesperarme, tenía la intuición de que me hallaba muy cerca de Grazia y de que pronto estaría conmigo.

No quería reconocer que yo mismo me encontraba en una difícil situación. Seyoum Teshome parecía un hombre de recursos, pero lo notaba agobiado por las circunstancias. ¿Cómo se podía entender que en un lugar donde llovía todos los días fuese complicado encontrar agua potable? ¿O algo que llevarse a la boca?

La primera noche nos refugiamos en una choza vacía, en una aldea abandonada junto a la selva, parecía un lugar adecuado, ya que si notábamos algo extraño podríamos caminar unos pasos y escondernos entre la maleza, además había un pequeño arroyo de agua transparente donde llenar las cantimploras y eso terminó de decidirnos.

No pudimos conciliar el sueño debido al bombardeo ininterrumpido que comenzó al atardecer y duró hasta el alba. Para entonces me hallaba muy asustado, pensando en que pudiera sucederle algo a Grazia, y que sería una terrible ironía que después de haber sobrevivido aquellos meses, pudiera

morir justo cuando íbamos a encontrarnos. Esos pensamientos me torturaban, impidiéndome descansar. Apenas amanecido comenzamos a caminar hacia el interior de la ciudad, que daba la impresión de estar abandonada. Seyoum fue derecho a la casa de sus parientes para intentar indagar, pero el anciano tío que quedaba como único testigo no sabía nada, solo que lo habían abandonado.

Era como jugar al escondite y de pronto comprendí desanimado que salvo un nuevo milagro sería una labor imposible. No teníamos otra solución que seguir intentándolo, pero mis ánimos se estaban viniendo abajo con rapidez.

Fue entonces cuando apareció Abbay, un niño de unos doce años que salió de un gallinero situado detrás de la casa. Nos observó con desconfianza hasta que saqué un paquete de chicles de la mochila. A partir de ese instante el niño ya no se separó de nosotros. Cuando lo masticó un rato preguntó qué andábamos buscando, según me tradujo Seyoum.

Le expliqué en mi rudimentario amárico que mi mujer llevaba unos meses perdida y que tenía que encontrarla cuanto antes. Abbay se quedó mirándome mientras Seyoum terminaba de traducírselo y de pronto asintió. Hizo un gesto para que le siguiéramos y echó a correr hacia el oeste, por un camino que se dirigía de nuevo al límite de la ciudad, a las colinas cubiertas de cafetales. Fuimos tras él todo lo deprisa que podíamos, hasta que comprendió que no éramos capaces de seguirlo a aquel ritmo y se detenía de tanto en tanto.

Yo iba pensando que finalmente daría con ella y que era todo un milagro continuado, increíble, en aquel lugar, al que me había llevado la extraña historia de mi padre. Un cúmulo de circunstancias extraordinarias, en las que había ido cayendo con rapidez.

El corazón me latía con fuerza, porque aunque no me lo había confirmado, estaba claro que el chico creía saber donde estaba Grazia, por lo que al final corría tras él sin que me importase el cansancio, ni tampoco podía pararme a pensar en el riesgo que corría.

De pronto vi que el chico se detenía en seco, me acerqué y al hacerlo, señaló unas ruinas humeantes. Seyoum me tradujo sus palabras. Según dijo, aquella misma mañana había visto a una mujer extranjera en el interior de aquella casa.

Me invadió la desesperación al escuchar a Seyoum, al pensar que todo se había perdido y que Grazia podría encontrarse sepultada, quemada o destrozada por un obús.

Pero en realidad no podía hacer nada, solo sentarme, con una sensación de mareo, totalmente confuso, sin saber qué camino tomar.

No me sentía con fuerzas para seguir adelante, solo pensar que debía volver en aquella situación hasta mi casa en Italia, me parecía un esfuerzo imposible.

Era la segunda vez que me ocurría en aquel país, que en aquellos momentos se me antojaba enorme y cruel. Seyoum se dio perfecta cuenta de mi estado anímico y me ayudó a salir de allí, caminando hasta un bosquecillo cercano, por el que discurría un arroyo. Una vez allí comenzó a montar la tienda, mientras yo intentaba ayudarle intentando pensar en otra cosa.

La oscuridad cayó sobre nosotros como si alguien hubiese corrido un telón. Apenas pude probar bocado y me introduje en la tienda de campaña, sin ánimo para nada. Luego caí en un profundo sueño lleno de malos augurios, con la certeza de que sería imposible recuperar a Grazia, en el caso de que no hubiese muerto.

CAPÍTULO 18

UNA BUENA NOTICIA

Me despertaron unos gritos cercanos. Salí al exterior precipitadamente y vi a un grupo de mujeres vestidas con unas túnicas de vivos colores que corrían hacia donde nos encontrábamos. Parecían hallarse en graves dificultades, aterrorizadas por algo o por alguien que aún no conseguíamos distinguir.

Seyoum logró entender lo que ocurría y me lo explicó entrecortadamente. Las mujeres huían de las guerrillas. Sus maridos y sus hijos habían sido asesinados, y ellas consiguieron escapar antes de salir el sol del recinto donde las recluían. Eran apenas una docena y según ellas, al menos otras cinco habían muerto durante la persecución. Se las veía tan desesperadas que pensé que serían capaces de cualquier cosa, incluso suicidarse.

Seyoum me dijo que debíamos huir de aquel lugar de inmediato, porque era muy probable que apareciesen los guerrilleros y nos mataran a todos.

—¡No respetan nada! ¡Matan a los hombres y violan a las mujeres! ¡Además, la mayoría están drogados y en ese estado no tienen sentimientos!

Mientras hablaba, intentaba desmontar la tienda con gran rapidez. Entonces le dije que no merecía la pena, que huyésemos con las mujeres cuanto antes, pero me contestó que debíamos intentar dejar el menor rastro posible. Comprendí que tenía razón y procuré echarle una mano, mientras las mujeres permanecían junto a nosotros lamentándose quedamente, como si hubieran comprendido que era preferible no llamar la atención con sus gritos de terror, o tal vez porque nuestra presencia las calmaba.

Me di cuenta de que todos los habitantes de Etiopía estaban siendo afectados de una manera terrible por el conflicto. Muchos desconocían que el emperador hubiese muerto, o tan siquiera que había sido depuesto y encarcelado. Se veían inmersos en una cruel pugna por el poder que no respetaba sus antiguas tradiciones, que en muchos casos se remontaban miles de años atrás.

Seyoum echó a andar a buen paso seguido por las mujeres, cerrando yo la fila. De pronto noté ruido de pasos tras de mí y al volverme, me encontré con Abbay que había vuelto con nosotros y que también pretendía escapar de las matanzas.

Íbamos prácticamente corriendo en fila, siguiendo un antiguo sendero entre los árboles. Era evidente que Seyoum que encabezaba el grupo sabía bien adonde nos llevaba, y pensé que no podía hacer otra cosa, ya que si me quedaba solo en medio de aquella espantosa situación, moriría sin remedio.

En aquellos instantes no quería pensar en Gracia. No podía aceptar que hubiese muerto y mientras corría jadeando y el dolor del costado me penetraba como una daga afilada, iba repitiendo una y otra vez, a cada paso —*¡Está viva! ¡Está viva! ¡Está viva!*— porque sabía que no existía otra esperanza para mí, que aquel frágil hilo entre mis deseos y la brutal realidad que me rodeaba, no se rompiera, y las lágrimas me nublaban la vista haciéndome tropezar más de una vez, mientras Abbay me observaba sin terminar de entender, porque un chiquillo no sabe que las oportunidades son contadas, y cree que todo puede volver a empezar cada día.

Nunca había sentido algo semejante por una mujer. Ni tan siquiera cuando creía estar absolutamente enamorado de Elena, mi primera esposa. Se trataba de algo diferente, más parecido a una necesidad. De hecho intuía que Grazia seguía con vida, pero era solo eso, una leve intuición a la que mi reflexión no quería escuchar.

De pronto todos se detuvieron en seco. Di unos pasos más y me encontré en el mismo borde de un impresionante precipicio que descendía en picado no menos de cuatrocientos metros. La vista era increíble, con un enorme valle que volvía a ascender hacia unas montañas de piedra cuyas cimas estaban cubiertas de nieve.

Seyoum señaló un estrechísimo sendero queriendo decir que debíamos bajar por él, lo que me pareció imposible porque producía vértigo solo mirarlo.

Pero no teníamos otra posibilidad si queríamos salvar la vida, por detrás se acercaban nuestros perseguidores y no había tiempo que perder, ni otro camino para elegir, por lo que Seyoum dio un salto de unos tres metros para salvar un cortado que nos separaba del sendero y se volvió para decir que lo siguiéramos.

Las mujeres no lo dudaron a pesar de sus túnicas que les llegaba hasta los tobillos y que se remangaron con presteza, saltando unas tras otra sin manifestar temor alguno. Igual hizo Abbay, el niño se lanzó tras una corta carrera y por tanto solo quedaba yo, mientras veía como se alejaban descendiendo con rapidez por aquel empinado sendero, que en algunos puntos apenas tenía sesenta centímetros de repisa sobre el abismo.

No tenía otra salida y salté haciendo de tripas corazón. Cuando me vi en la estrecha cornisa pensé que acababa de cometer un error fatal, pero ya era tarde para arrepentimientos y corrí como pude tras el grupo, convencido de que aquella aventura que yo solo había buscado, terminaría por enterrarme, y maldiciendo la hora que se me ocurrió iniciarla. Ciertamente que no podía buscar otro culpable que yo mismo, pero aquello en tales momentos no me consolaba. Nunca en mi vida había sentido aquella sensación de angustia. En aquel lugar, un paso en falso me llevaría al abismo y solo pensarlo me agarrotaba, hasta el punto de impedirme andar en un momento dado.

Fue entonces cuando Abbay volvió hacia donde yo me encontraba y sin decir palabra me alargó la mano.

No me tengo por un cobarde, pero aquel gesto de amistad desinteresada me proporcionó las fuerzas necesarias para comenzar a andar, eso sí, pegado a la roca, con la vista al frente, evitando mirar hacia abajo, y confortado por las incomprensibles palabras de aliento que mi joven amigo me proporcionaba.

Fue un descenso terrible para mí y el rato que estuve bajando por la cornisa no se me olvidará jamás.

Finalmente llegamos a un lugar más amplio, que si bien seguía bajando, ya no eran los vertiginosos cortados que acabábamos de abandonar. Allí me aguardaban Seyoum y las mujeres que permanecían en silencio sabiendo que los asesinos se encontraban lejos y que aquel era un momento de tregua.

Por mi parte no quería pensar en Grazia. Tenía la sensación de hallarme en una inacabable pesadilla de la que creía no iba a poder escapar. La impresionante belleza de las montañas de Bagemdir, la región al norte del lago Tana no me consolaba, y dentro de mí notaba el absoluto vacío por la pérdida de Grazia, a la que solo podría encontrar si realmente ocurría un milagro. Se me antojaban muy lejanos los días en que hablábamos de viajar a Etiopía a seguir el perdido rastro de mi padre, y sin embargo habían transcurrido solos unos meses. Toda mi vida rota por una búsqueda sin sentido y me veía volviendo a Florencia como un perro apaleado, con el rabo entre las piernas, sin ser ni tan siquiera capaz de mirarme al espejo.

Pudimos refugiarnos en unas cuevas de enorme tamaño penetrando solo unos metros en ellas, a fin de resguardarnos de la lluvia que caía en esos momentos con gran fuerza, cuando una interminable bandada de murciélagos pasó rozándonos en medio del fragor provocado por el aleteo de centenares de miles de ellos.

Aquello era la África profunda y desconocida, en la que pocos blancos habían conseguido penetrar y tendido en la suave hierba mastiqué unas raíces

que me proporcionó Seyoum, pensando que había llegado el momento de terminar con la situación y que no podía seguir persiguiendo a un fantasma, ni queriendo volver el tiempo atrás, porque Grazia había muerto en el alud y las noticias sobre su aparición debían estar equivocadas, o probablemente se trataría de otra persona.

Tomada aquella decisión me dormí rendido por la fatiga y las emociones, sin querer aumentar mis desvelos, pensando en como podría salir de allí indemne.

Seyoum era un hombre práctico y valeroso. Apenas amaneció me despertó porque quería sacarnos de allí lo antes posible. En cuanto a las mujeres habían desaparecido a lo largo de la noche. Tuvimos que cruzar un arroyo con el agua hasta la cintura y caminar tres horas antes de llegar a una ciudad llamada Daba, que no había sido tomada por los rebeldes.

Una vez allí Seyoum y Abbay me acompañaron a un hospital cercano, pues según ellos allí trabajaban unos médicos italianos. Resultó ser cierto, pues en la misma puerta me encontré con un hombre delgado de unos sesenta años, los ojos azules enmarcados en una piel curtida que se quedó mirándome de arriba abajo.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —sus preguntas en italiano casi me hicieron sonreír, porque yo mismo me lo estaba preguntando desde hacía un par de días. Ya no sabía ni quién era, porque el prudente profesor universitario me parecía otro, en cuanto a lo que hacía allí...

—Mi nombre es Marsala, Alessandro Marsala, y estoy buscando a una mujer italiana llamada Grazia Vinci..., es mi compañera.

El hombre se me quedó mirando fijamente mientras asentía.

—Claro que la conozco. Lleva aquí un mes, con nosotros...

Tuve que apoyarme en la pared mientras notaba como se me nublaba la vista. ¡Grazia estaba viva! En aquellos instantes no podía comprender lo que sucedía a mi alrededor.

—Acompáñeme y tranquilícese. A fin de cuentas, todos los días no le dan una noticia como esa ¿verdad?... Venga conmigo. Ella también le está esperando.

CAPÍTULO 19

UN VERDADERO MILAGRO

Era cierto, milagrosamente cierto, allí estaba Grazia tendida en una especie de hamaca de lona. Tenía el rostro vendado y los ojos tapados, pero al entrar yo en la sala en la que se encontraban al menos otras veinte personas, todos ellos etíopes, muchos rodeados de sus familiares, ella movió la cabeza como si pudiera verme, intentando incorporarse. Comencé a sollozar como un niño, sin poder contenerme y entonces Grazia se sentó en la camilla al tiempo que estiraba sus brazos hacia delante, como si intuyese que me hallaba cerca. Corrí hacia ella y nos abrazamos, sabíamos que habíamos estado a un paso de no vernos nunca más, y que aquello era un verdadero milagro, mientras el médico y todos los que allí se hallaban nos observaban con curiosidad manifiesta.

Hay momentos transcendentales en la vida y aquel era uno de ellos, Grazia permanecía abrazada, respirando entrecortadamente y a decir verdad, yo tampoco era capaz de hablar, conscientes ambos de haber regresado del infierno y temerosos de que aquella situación no fuese más que un sueño que pudiese volver a tornarse en pesadilla, y ninguno de los dos nos atrevíamos a movernos.

Poco a poco fuimos tranquilizándonos y ella me mesaba los cabellos, intentando convencerse. Nos pusimos en pie y me besó en la boca, acompañados de un murmullo de asentimiento, pues en aquel lugar, todos, de una manera u otra, sabían apreciar lo que era vivir, lo que significaba un encuentro entre dos seres humanos y lo fácil que era perder la felicidad en un instante.

—No sabes lo que te he echado de menos. Creí que habías muerto en la avalancha de lodo y rocas, noté que nos separaba la fuerza del agua. ¡Nunca he sentido la muerte tan cerca! —Grazia se abrazaba a mí sollozando y sus manos temblaban entre las mías—. ¡Oh, Alessandro! ¡Quiero que a partir de hoy estemos siempre juntos! ¡Por favor, no me dejes sola nunca más..., no creo que pudiera resistirlo! —Grazia se detuvo, como si hubiese perdido sus fuerzas de repente—. ¡Aún no comprendo como pude sobrevivir! De repente me encontré cubierta de barro, golpeada por un gigante, con medio cuerpo

enterrado en piedras y lodo, sin apenas poder respirar a causa del terrible dolor que sentía en el pecho... ¡Me sentía tan asustada que hubiese preferido morir..., y además, creía que tú habías muerto, arrastrado entre aquellas enormes piedras!... ¡Alessandro..., es un milagro que sigamos vivos!

Tuve que abrazarla de nuevo porque la vi desamparada y frágil a causa del vendaje. Entonces me temí lo peor.

—¿Grazia, por qué llevas esas vendas sobre los ojos?

Tardó en contestarme, tenía la impresión de que no quería hacerlo, pero al final lo hizo con un hilo de voz y tuve la sensación de que estaba más preocupada por mi reacción que por ella misma.

—Alessandro, desde que ocurrió aquello..., no veo nada —comenzó a sollozar—. ¡Nada!... el doctor Palla me vendó los ojos..., tuve un fuerte golpe en la frente... no sé qué me pasó, pero estoy ciega.

Di unos pasos hacia ella para intentar consolarla, pero Grazia alargó sus brazos con las manos abiertas hacia mí.

—¡No quiero que me compadezcas! ¡Te amo, pero no quiero tu compasión!... solo tu amor, ¿comprendes?

—Grazia —le contesté—. Te quiero igual, como antes, ciega o no, te amo en cualquier circunstancia y seguiré haciéndolo el resto de mi vida..., ya sabes, en la salud y en la enfermedad... y lo que más temo es perder tu amor.

Aquellas palabras que me salían del corazón la tranquilizaron definitivamente. Volvimos a abrazarnos y así permanecemos un largo rato hasta que oímos los pasos del doctor Palla.

—Tengo que comunicarles que el hombre que la trajo hasta aquí está ahí fuera. Ha dicho que se llama Genet y que le gustaría verles..., por lo visto tiene algo muy importante que decirles.

—¡Genet! Sí, él me trajo aquí, pero luego desapareció.

Cogidos de la mano caminamos tras el doctor Palla hacia la entrada. Allí, sonriente aguardaba nuestro amigo, que se adelantó con las manos extendidas.

—¡Ah! ¡Qué gran alegría, mis queridos compañeros! ¡El milagro se hizo..., pero aún hay otro! ¡Vengan a sentarse aquí en la veranda y escúchenme con atención..., y con serenidad, porque van a oír algo maravilloso!

El doctor Palla nos observaba sonriente y nos acompañó hasta una esquina del porche cubierto de flores..., un lugar idílico pensé si no fuese por la terrible situación que vivía Etiopía.

Genet se colocó delante y se sentó sobre sus talones, al estilo del país. Luego comenzó a hablar lentamente, como si deseara que saboreáramos su

increíble relato.

CAPÍTULO 20

UN RELATO INCREÍBLE

Genet me miró un instante a los ojos. Aquel hombre nos había dado incontables muestras de su afecto y lealtad. Asentí y comenzó a narrar su odisea.

—Quiero decirles que tengo algo importantísimo que comunicarles, pero les ruego que me permitan hacerlo a mi manera. Creo que es mejor para todos.

»Bien, pues la noche de la tormenta me temí lo peor. De hecho me resultó imposible volver al campamento, el agua caía con tremenda fuerza y a pesar de que lo intenté varias veces, a riesgo de perder la vida en las torrenceras, que bajaban arrastrándolo todo a su paso, tuve que darme por vencido.

»Ante aquella situación, tuve miedo de lo que podría pasarles, porque la tormenta no solo no daba señales de amainar, sino que por el contrario, parecía convertirse en un verdadero desastre, hasta tal punto que llegó un momento en que tuve que correr a una zona rocosa en la que vi unas cuevas de poca profundidad, pero que al menos me resguardarían de las avenidas.

»Tuve que aguardar allí toda la noche, ustedes fueron testigos y más tarde víctimas de lo que ocurrió y no tengo que explicarles nada. Decirles únicamente que nunca en toda mi vida había presenciado algo semejante, con las fuerzas de la naturaleza salvajemente desatadas.

»Después me contaron que ni los más viejos del lugar habían visto una tormenta igual.

»Al amanecer fue calmándose, hasta amainar por completo, pero para entonces el daño estaba hecho, bosques enteros arrastrados a los barrancos, ríos desbordados, cosechas perdidas, poblados anegados y sus casas destruidas, al menos en una parte importante de la región..., pero permítanme que vuelva a mi narración.

»En aquellos momentos me hallaba desolado, convencido de que ustedes habían muerto, como tantas otras gentes, ya que la magnitud de la catástrofe no me permitía pensar otra cosa. Desde lejos, a simple vista, se apreciaban los efectos del huracán y de la lluvia. En estas montañas llueve copiosamente en esta época del año, pero nunca como aquella noche. Los árboles habían sido

arrastrados en muchas laderas, como si un gigante los hubiera arrancado de cuajo y se veía la roca desnuda igual que cicatrices de proporciones gigantescas.

»Eso me convenció de que ambos habían sido arrastrados por la avenida y que jamás volvería a verlos. En cualquier caso, debía comprobarlo y algo más abajo pude encontrar a unos campesinos en la entrada de una cueva natural, de las muchas que existen en la región, que me contaron que habían perdido a sus hijos, que como tantos otros intentaron recoger el ganado para ponerlo a salvo..., sin conseguirlo.

»Los vi tan abatidos, era tal la desesperación que aquella gente transmitía, que decidí quedarme con ellos para ayudarles a buscarlos, aún con la certeza de la inutilidad de los esfuerzos.

»El resto del día lo pasamos descendiendo lentamente, por lo que apenas hacía unas horas eran cañadas y senderos ancestrales, pero que la fuerza del agua había destruido, haciéndolos impracticables.

»Dormimos a la intemperie, en un lugar propio de escaladores, ya que nos resultaba imposible volver a ascender, pensando en seguir intentándolo hasta que amaneciese. Era un empeño imposible, pero ya no podía hacer otra cosa. ¿Cómo iba a abandonar a aquellas pobres gentes, que lo acababan de perder todo, hijos, casas, rebaños y parientes? No. No podía hacer otra cosa que seguir con ellos, deteniéndonos de tanto en tanto, gritando en los cortados..., pero solo el eco devolvía nuestras llamadas.

»Fue entonces cuando uno de los pastores vio algo entre el barro... ¡Era usted! Nos dejamos caer, entre la hojarasca, golpeándonos sin sentir dolor, porque desde el primer instante comprendimos que los segundos contaban. Así era. Se encontraba usted, doctor Marsala, tan malherido y en tales condiciones, que todos dudamos de que pudiese resistir unas horas más. Cuando lo extrajimos del barrizal, aquel pastor me miró a los ojos, queriendo decirme que hubiese sido mejor dejarle allí enterrado, casi hasta el cuello.

»Pero la vida nos sorprende siempre. Fue un largo tormento para usted y un martirio para nuestros propios cuerpos agotados y lastimados, el sacarlo de aquel profundo barranco, ya que todos los senderos y veredas habían desaparecido.

»Sin embargo, los milagros ocurren. Nadie me podrá decir que aquel regreso no fue uno de ellos. Usted, doctor, aguantó hasta el límite y durante el viaje hacia Addis Abeba, increíblemente resistió.

»Después ya sabe lo que ocurrió. Como pudo salvarse forma parte del milagro. Yo tuve que huir, porque seguir en aquellos momentos en Addis

Abeba me hubiese costado la vida.

»No sé por qué volví al mismo lugar. Aún hoy no logro explicarme que extrañas fuerzas volvieron a conducirme a aquellas montañas. Habían pasado ya tres semanas cuando me encontré con los mismos campesinos que me saludaron con afecto, porque no podían olvidar que intenté socorrerles. Esas gentes son muy pobres, pero tienen un sentido de la amistad y del honor que los recubre de dignidad.

»Fueron ellos los que me ayudaron y me proporcionaron comida y abrigo. Yo me encontraba en una situación precaria, y ellos creyeron que había vuelto para buscar los restos de algún ser querido, al igual que en su caso, pues seguían intentando dar con los suyos.

»Una mañana, escuchamos unos gritos entre la espesa neblina que lo cubría todo. Una de las mujeres me dijo excitada que acababan de dar con alguien. Ella creía que se trataba de uno de sus hijos y no podía disimular su inquietud, convencida de lo que la aguardaba.

»Gritamos y gritamos a la niebla que como un mar a nuestros pies nos impedía ver hacia abajo, temiendo que en cualquier momento surgiesen los hombres llevando con ellos un cadáver..., o lo que era peor, apenas unos restos devorados por las alimañas, pues ya habían encontrado otros en tal situación.

»Fui yo el sorprendido, al verlos llegar con unas parihuelas, en las que traían a una persona viva. Al acercarme, casi me derrumbo de la emoción. ¡Era la doctora Grazia! ¡Viva! ¡Un mes después! Me incliné sobre usted y entonces me di cuenta de que no podía verme. ¡Estaba ciega! ¡Ciega pero viva! La tomé el pulso y noté la piel seca y caliente..., su estado era crítico y comprendí que si no recibía de inmediato auxilio médico, tal vez no sobreviviría más de unas horas.

»Tal y como me había sucedido con el profesor Alessandro, aquellas gentes me acompañaron y la trajimos a marchas forzadas a este hospital de campaña. Esas montañas de ahí enfrente son la vertiente sur del Ras Dashan, que se encuentra apenas a cien kilómetros hacia el este. Nosotros sufrimos la tormenta a unos cincuenta kilómetros en la misma dirección.

»Bien, la cuestión fue que pudimos traerla. Recuerdo que al examinarla, el doctor Palla movió la cabeza negando, convencido de que tenía escasas posibilidades de sobrevivir. ¿Pero de qué están hechos ustedes, los italianos? En la región murieron aquella noche miles y miles de personas. Ustedes sobrevivieron a gravísimas heridas, en condiciones increíbles. Lo cierto es que aún hoy no logro explicármelo.

»Cuando comprendí que no podía hacer nada más, volví con mis amigos a las montañas. Ellos me habían ayudado tan generosamente, que no me cabía otra alternativa que seguir a su lado, aguardando otro milagro. Así permanecí conviviendo con la misma familia. Los Ronit, unas gentes como no he conocido otras, queriendo olvidar mi vida anterior, decidido a permanecer entre ellos.

»Pero no habían terminado los milagros. Usted, doctora Grazia, fue salvada por un hombre extraño, una especie de monje anacoreta, de los que jamás salen de las montañas. Dio con usted, la intentó curar mediante emplastos y bebidas calientes hechas de plantas medicinales. Lo cierto es que salió adelante. Bien, pues aquel ermitaño encontró días después el cadáver de uno de los hijos de Ronit. Hizo algo excepcional para él. Traerlo hasta nuestro campamento, pues vivíamos en unas cabañas hechas con ramas, mientras decidían donde volver a reconstruir sus casas.

»El ermitaño, cubierto de pieles, tal y como los vemos en los grabados de los libros sagrados, apareció con un envoltorio a modo de mortaja donde llevaba los restos del hijo mayor de Ronit.

»Pueden ustedes comprender la conmoción que supuso para aquellas pobres gentes, pero al tiempo, la sensación de gratitud hacia el monje, capaz de abandonar su cueva por pura compasión humana.

»El hombre colocó con delicadeza el fardo conteniendo los restos a los pies de la madre del chico y sin decir palabra, se volvió para marcharse. Al hacerlo, nos dimos cuenta que tenía una profunda herida en la espalda. Él no le daba importancia, porque estaba acostumbrado al dolor y a la necesidad. Pero no podíamos permitir que se marchase en aquellas condiciones y lo convencimos de que debía permitírnos coserle la herida.

»Accedió finalmente. No fue fácil, parecía empeñado en volver cuanto antes a su cueva, a su oración, a su soledad. Apenas era capaz de musitar unas palabras, pues según terminó confesándolos, llevaba cerca de veinte años en plena soledad.

»Fue entonces cuando le agradecí que hubiera rescatado y cuidado a la doctora Grazia. Él no le daba la más mínima importancia al hecho. No tenía nada que agradecerle.

»Recuerdo que una vez lo hube cosido, sin que él se quejara, se puso en pie para marcharse. Entonces se volvió hacia mí y con dificultades murmuró:

»—“Conocí a otro blanco en Ataba. Le llamaban el Ras Ebbenat”.

»Me sentí como alcanzado por un rayo. ¡El Ras Ebbenat!... pero si aquel hombre llevaría muchos años muerto. ¿No se trataba del padre del doctor

Marsala? Bueno, quise entender que había vivido en aquel lugar, Ataba, un remoto valle al norte de la gran montaña, el Ras Dashan. Corrí hacia el ermitaño antes de que desapareciese monte abajo.

»—¿Cuándo lo viste? ¿Cuándo?

»El hombre iba embebido en sus pensamientos y tardó unos momentos en contestar.

»—“¿Cuándo? Creo que hace veinte años. Poco antes de que subiese a la montaña. Si, veinte años. Ni uno más, ni uno menos” —luego siguió caminando y desapareció en el mar de niebla.

»Ustedes saben como soy. Mi principal defecto es la curiosidad. No puedo vivir con el dilema, debo aclararlo todo. No era capaz de permanecer allí, sabiendo que podría tener la explicación aguardándome, apenas a unas jornadas de distancia. Así fue que me despedí de mis amigos, diciéndoles que tenía una importante misión que llevar a cabo y aquella misma tarde comencé a descender hacia Dabat, para dirigirme después desde allí hacia Adi Arkay, el lugar más cercano a Ataba.

»Tardé unos días en llegar a Adi Arkay. La guerra civil lo ha hecho todo más complicado. Vi muchos cadáveres en los márgenes de la carretera, poblados quemados y saqueados, refugiados yendo arriba y abajo, confusos, sin saber qué camino tomar. A veces algún pueblo entero huyendo de sus enemigos. ¡Ah, la guerra! ¡Qué cosa tan terrible!

»Pero pude llegar hasta Adi Arkay. Desde allí debía ascender por un camino tortuoso, alrededor de ochenta kilómetros casi impracticables para poder llegar a Ataba.

»Yo mismo me preguntaba que era lo que me estaba sucediendo. Qué sentido tenía buscar a alguien a quien jamás había conocido, que probablemente. ¡Qué digo!, con toda seguridad, estaría muerto y enterrado desde hacía muchos años, solo para encontrar una pista.

»¡Ah, sí, una pista! No podía dejar de pensar en ustedes dos, viniendo desde Italia, después de toda una vida, a un país remoto, en mitad de un profundo conflicto, sin atender a otras razones que los que les dictaba su corazón.

»Ya era también mi causa. Me sentía, ustedes me convencieron de ello, parte del equipo. Quería encontrar aquella pista, necesitaba hacerlo..., y ahora puedo decirles que lo logré.

A aquella altura del relato de Genet, tanto Grazia como yo nos hallábamos con el corazón en vilo. ¡Nos estaba diciendo que había llegado hasta el lugar donde se refugió un día mi padre! Era verdaderamente emocionante escuchar la narración de nuestro amigo Genet, que nos había mostrado con creces el valor de la amistad, pero que no dejaba de sorprendernos.

Genet interrumpió nuestras reflexiones, deseando terminar su emocionante relato.

—Permítanme que prosiga porque merece la pena.

»Pude encontrar dos porteadores. No es que llevara gran cantidad de equipaje, pero no quería ascender a la montaña y encontrarme de nuevo en dificultades. Pude adquirir víveres en un almacén de Ataba, cierto que pagándolos a precio de oro. Llevaba una tienda de nylon que recogí en Addis Abeba y ropa de abrigo. Este es un país de grandes contrastes y no podía permitirme caer enfermo.

»La cuestión fue que a lomos de mulas, comenzamos a ascender las fuertes rampas desde Adi Arkay hacia Ataba. Durante el trayecto no podía dejar de pensar en la leyenda del Ras Ebbenat. Iba animado porque uno de los porteadores, Salé Mula, me contó que él había oído hablar de un hombre blanco que vivía en la montaña, pero de eso, me dijo, hacía ya muchos años y nunca había vuelto a oír hablar de él.

»Tardamos cuatro días en llegar a Ataba. Era ya de noche cuando entramos en el pueblo, llovía con fuerza y necesitábamos refugiarnos y entrar en calor. Entramos en una especie de fonda, un gran patio donde se descargaba a los animales para llevarlos a la cuadra y unas pequeñas estancias donde podían dormir media docena de personas.

»Podrán entenderme si les digo que a pesar del cansancio ardía en impaciencia. Al muchacho que nos ayudó a llevar las mulas, le pregunté si había oído hablar de un hombre al que llamaban el Ras Ebbenat. No le causó sorpresa, simplemente afirmó con la cabeza: ¿*El Ras Ebbenat*? Sí, él lo había conocido, contestó.

»¿Pero cómo era posible? El chico no tendría quince años. Le volví a preguntar, enfocándole el rostro con mi linterna. Volvió a asegurarme. *Claro* —dijo— *el judío italiano*.

—Déjenme que les explique —Genet intervino de nuevo—. Permítanme que termine. Sí. Un judío italiano, al que todos conocían allí como el Ras Ebbenat..., y ahora viene lo mejor. Escuchen con atención.

»El muchacho me aseguró que él había hablado con aquel hombre, hacía menos de un año. Se trataba de un anciano, muy, muy viejo, aseguró, al que todos acudían cuando tenían algún problema, porque tenía fama de tratarse de alguien cargado de sabiduría. ¿Deseaba yo ir a su casa? Él podía guiarme, se encontraba muy cerca, apenas a media hora, en un valle después de atravesar el pueblo, por el camino que ascendía hacia el Ras Dashan. Bueno, estaba lloviendo a cántaros, hacia mucho frío, no había comido nada desde la mañana, tenía algo de fiebre y lo único que me atraía era dejarme caer en el jergón de paja limpia y seca que habían preparado en nuestra estancia.

»Pero verán ustedes. Soy esa clase de persona que nunca estoy tranquilo. Un inconformista dirían ustedes los italianos. ¿Cómo iba a dormir por muy cansado que estuviera sabiendo aquello?

»Así que asentí. Claro que quería que me llevara. Le enseñé un billete de cien birr, y al muchacho se le iluminaron los ojos. Él llevaba una especie de arpillera engrasada, y yo que he estado en Europa, un impermeable, que si bien no impedía que me mojara, algo hacía. Así que abrí la puerta y al hacerlo comprendí que el mundo era de los audaces, porque se trataba de una noche infernal, donde no se veía absolutamente nada un metro más adelante.

»Pero no podía quedarme. ¿Entienden? ¡No era capaz de irme a dormir sabiendo aquello! Así que comencé a caminar junto al muchacho. La luz de la linterna se la tragaba la lluvia. Era como ir a tientas. Pero aquel chico tenía como un sexto sentido y caminaba con decisión, así que yo me dejaba arrastrar, acordándome de mi santa madre, que siempre mantenía que no había conocido a nadie tan tozudo como su marido, es decir, mi padre. Yo le había salido en todo. Así que caminamos, empapados, helados, agotados, pero sumergidos en una absurda decisión de llegar. El muchacho soñando en lo que haría con el billete de cien birr, una suma que nunca había poseído. Yo con la necesidad imperiosa de descifrar aquel enigma que mi amigo el doctor Marsala me había inoculado como si fuera mío.

»Cuando ya no podía más, convencido de que iba a morir de un momento a otro, porque me costaba respirar y me dolían los pulmones más que los pies helados, vimos una lucecita en la oscuridad. ¡Habíamos llegado! Aquella era la casa del Ras Ebbenat, susurró el chico. No se lo van a creer, pero le entregué el billete empapado y arrugado y salió corriendo por donde habíamos venido, como alma que lleva el diablo.

»Así que allí me encontré, solo, confuso, medio enfermo, empapado, con la linterna apagada, pues la pila se había agotado. Pude acercarme a tientas sin

mi lazarillo que huyó despavorido de aquel lugar, sin saber por qué.

»Toqué a la puerta. Alguien contestó —*¡Quién va!*—. Grité mi nombre, y ahora escuchen con atención y no me interrumpen, se lo ruego.

»Abrió la puerta un viejo de pelo blanco ensortijado, de piel negra como la mía, pero arrugada, arrugada como un pergamino.

»—“¿Quién eres?” —me preguntó. Yo sabía lo que tenía que decirle.

»—Soy amigo del hijo del Ras Ebbenat. —¿Qué iba a decirle?

»El viejo me observó con detenimiento al tiempo que me cogía del brazo para meterme dentro de la casa y cerrar la puerta.

»Una voz cascada se escuchó desde una esquina cerrada con una cortina:

»—“¿El hijo del Ras Ebbenat? ¿Y cómo se llama ese hijo?”

»Les diré que ya no podía más. No sabía lo que estaba sucediendo, si era fruto de una alucinación, o si había caído agotado sobre el jergón de paja de la posada y todo lo demás era solo una extraña pesadilla. Aún tuve fuerzas para contestar, aunque lo que me pedía el cuerpo era salir corriendo de aquel lugar. No soy miedoso, pero en aquellos instantes sentí verdadero pavor.

»—¡Alessandro Marsala! —contesté.

»¡Uff! La cortina se corrió de golpe y un anciano blanco, el hombre más viejo que he conocido nunca, tendido en la cama me observaba, iluminado por la escasa luz del quinqué que llevaba en la mano el otro viejo.

»—¡Sí, doctor Marsala! ¡No me va a creer, pero su padre, el Ras Ebbenat, el comandante Paolo Marsala, sigue vivo, en un lugar llamado Ataba!

En aquellos momentos la emoción que sentí era indescriptible. Un nudo en la garganta me impedía hablar y podía notar que a Grazia le ocurría lo mismo. Genet nos estaba contando una historia increíble, que me resultaba imposible aceptar, porque la figura de mi padre era para mí la de un ser mítico, que no podía llegar a tomar forma humana. Aquel hombre podría tener ochenta años contando los cuarenta y un años que hacía de su desaparición y los treinta y nueve que tenía en aquellos momentos. Bueno, una edad avanzada, pero la verdad, podría seguir allí, confirmando la intuición de mi madre que siempre se negó a aceptar que hubiera muerto. ¡Paolo Marsala! Un hombre convertido en leyenda, tanto en su tierra natal como en su país de adopción.

Grazia me preguntó con voz temblorosa, si creía que era cierto y afirmé con la cabeza. ¿No era aquella la tierra de los milagros?

—Tierra de dioses —aseveró Genet—. Esta es tierra de dioses y todo es posible aquí. El hombre parecía tan emocionado como nosotros, y tenía razón

en estarlo. Él era ya también parte de la familia y así lo considerábamos tanto Grazia como yo, pues al fin y al cabo nos había salvado la vida, de una manera tan generosa que no podíamos verlo de otra manera.

Comprendí que debíamos serenarnos. La inesperada noticia nos había cogido por sorpresa. En la situación en que Grazia se encontraba, no me atrevía a moverla del hospital, lo más adecuado era que permaneciese el tiempo necesario sin fatigarse y lógicamente yo no debía ausentarme de nuevo, aunque ardiese en deseos de ver al comandante Marsala. Ni en mi interior me atrevía a llamar padre a alguien a quien no conocía más que por referencias. Jamás hubiese creído que pudiera suceder algo semejante y no me sentía preparado.

Tomamos, por tanto, la decisión de buscar una casa lo más cercana posible al hospital, para que Grazia pudiese seguir las prescripciones del doctor Palla y permanecer en ella un tiempo prudencial mientras me preparaba para ir a conocer al hombre que me había engendrado.

Él también desearía verme, aunque solo fuese por curiosidad. ¿Qué sentiría ante una situación semejante? A fin de cuentas, él y solo él había tomado hacía ya mucho tiempo la decisión de renunciar a tener una familia. Debía poseer poderosas razones para ello, permanecer oculto, sin comunicarse con su esposa, sin hacer el más mínimo intento de saber como estábamos, de conocer a sus hijos.

No era el cariño, por tanto, el que iba a acercarnos, sino más bien la curiosidad de conocerlo, de saber cuáles fueron las causas que le llevaron a tomar una decisión tan drástica.

El doctor Palla se acercó para advertirnos seriamente que Grazia debía permanecer echada, evitando esfuerzos innecesarios, si deseaba recuperarse pronto.

En cuanto a Genet, conocía a alguien en la ciudad y fue a ver si daba con él, con la idea de quedarnos unas semanas.

Genet nos había explicado que la situación política era cada día más inestable, hasta el punto que hablaba de combates cercanos entre las fuerzas progubernamentales y los rebeldes, con una catastrófica situación de los civiles, que poco tenían que ver en el conflicto y sin embargo, como casi siempre ocurría, eran los primeros afectados, y eso se podía comprobar viendo la interminable fila de gente que llegaba al pequeño hospital, buscando ayuda, algunos en penosas condiciones.

Todo aquello nos decidió a buscar una casa cercana lo antes posible y tras comprobar que Grazia se quedaba dormida en su litera, salí a ver si daba con Genet.

Aquella misma tarde encontramos lo que queríamos. Una casa, tal vez excesivamente grande para nosotros, apenas a trescientos metros del hospital, abandonada por una familia que había huido hacia Addis Abeba, buscando refugio. Solo permanecía un hombre mayor, sentado con un rifle entre los brazos, que le comentó a Genet que no podía moverse de allí para evitar que la saquearan. Genet le explicó que podíamos ayudarle a guardarla y el hombre aceptó. Pensó tal vez que no le cabía otra solución y que además se podría ganar unos pocos birr.

Volví a buscar a Grazia y el docto Palla no puso objeción, porque necesitaba todas las camas posible, aunque volvió a insistir que permaneciese echada o sentada, al menos un par de semanas.

Aquella noche no era capaz de conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en la extraña situación. ¿Cómo iba a decírselo a mi madre? Creería que me había vuelto loco. Era una impresión demasiado fuerte para cualquiera. Ella había permanecido cuarenta años aguardando el regreso de su marido. ¡Cuarenta años!... No me sentía con fuerzas para llamarla por teléfono un día cualquiera para decirle *¿Qué tal, mamá? ¿Cómo van las cosas? Por cierto, ¿sabes que papá está viviendo en las montañas de Etiopía?*... No. No podría hacerlo. En esos casos se necesitaba la ayuda de un psicólogo. Además mi padre no había hecho nada por verla o por avisarla. Era como una separación legal, en la que un cónyuge abandona al otro..., y nadie podía interponerse. Las cosas eran así.

En cuanto a mi padre, se trataría de un hombre extraño, alguien con el síndrome de Robinson Crusoe, esa clase de persona que por propia voluntad, no solo abandona a su familia, sino mucho más, un mundo propio, su casa, sus bienes, el patrimonio, fincas, en definitiva, sus responsabilidades en todos los sentidos. ¿Qué se podía hacer ante un comportamiento semejante?

Era más que evidente que el comandante Paolo Marsala no nos quiso como hijos. Que de una manera muy clara, repudió a su familia definitivamente y se escondió en su isla desierta..., con su propio Viernes, prescindiendo de todo lo demás.

Reflexionaba que cuando decidí investigar sobre ello, jamás pude imaginar algo semejante. Nos encontrábamos con una enorme sorpresa, que

en lo que a mí se refería, me proporcionaba sobre todo una gran curiosidad, pero ningún sentimiento en principio. A fin de cuentas, él había prescindido de nosotros y eso era recíproco.

Pero no se trataba de un proceso reflexivo y distante. Aquel hombre no era solo un mudo espectador en el largo drama, sino el principal protagonista, y eso movía mi curiosidad hasta el punto de no saber qué decisión tomar; si dejar a Grazia con el doctor Palla como sería lo más prudente, y marchar a buscar al Ras Ebbenat acompañado del fiel Genet.

No tenía otra opción que esta última, porque aquel hombre podría morir en cualquier momento, y en tal caso, no me perdonaría jamás no haber ido a conocer su secreto.

CAPÍTULO 21

GIACOMO SACCONA

Tomada la decisión, el problema era como comunicársela a Grazia. ¿Aceptaría que la dejase allí, ciega e indefensa, en una situación precaria, con la posibilidad de que los rebeldes tomaran la región en los próximos días? Tendría derecho a llamarme egoísta, a creer que mis sentimientos con respecto a ella habían cambiado. ¿Comprendería mi inquietud? No tenía otra salida que intentar explicárselo cuanto antes.

Al entrar en el hospital, vi que acababan de llevar a un hombre blanco, debería tener unos setenta años, pero se le veía en buena forma física, aunque con un hombro vendado. Apenas me acerqué a él se dirigió a mí en italiano, con el acento de la Toscana.

—Usted debe ser el doctor Alessandro Marsala, ¿no es cierto?

Me quedé sorprendido. No tenía ni idea de que hubiese ningún hombre blanco por la región. Los pocos que vivirían en ella, la habrían abandonado al comenzar el conflicto civil. Permanecer allí sería una verdadera locura, porque las cosas se habían puesto muy mal en los últimos meses. ¿Qué estaría haciendo allí aquel hombre?

—Comprendo su asombro. Perdone que le diga que yo también estoy sorprendido. —El hombre me observaba con sus ojos azules claros a través de unas gafas redondas de montura dorada—. Mi nombre es Giacomo Saccona y soy..., fui teniente del ejército italiano que invadió Abisinia..., Etiopía. Caí prisionero de la resistencia amhara y luego decidí quedarme. No deseaba volver a una Italia fascista. ¿Y usted, qué anda buscando aquí?..., ahora no es el momento..., ni este país es lo que era.

—Bueno —contesté, algo confundido por la sorpresa— la verdad es que mi historia tiene algo que ver con la suya. Mi padre también decidió quedarse aquí..., y he venido a conocerlo. Él era el comandante Marsala, Paolo Marsala...

En aquel momento el hombre se incorporó acercándose a mí con una mueca de incredulidad en su rostro.

—¿Dice usted, el comandante Marsala?... ¡Pero si fue mi comandante! ¡Es imposible! Tuvo un problema tan serio, que tuvo que huir, pero por lo que

sé, lo capturaron, fue llevado preso a Italia y allí fusilado por traidor... Perdóneme, pero está usted tras una pista falsa..., y sé perfectamente lo que le estoy diciendo, porque yo mismo lo acompañé hasta Roma. ¡Qué cosa tan extraña! Verá usted..., si me lo permite le explicaré...

La verdad, me sentí confuso. Es cierto que la vida es una concatenación de casualidades. Encontrar allí al hombre que había conducido a mi padre hasta embarcarlo con destino a Italia... ¿Entonces? ¿Cómo era posible que Genet hubiese podido hablar con él apenas hacía unos días? Saccona me observaba insistentemente, como si estuviera comprobando el efecto que sus palabras hacían en mí. No creía que estuviera mintiendo..., y en cuanto a estar equivocado, era difícil, puesto que él mismo afirmaba haberlo llevado personalmente. Algo muy extraño había sucedido, porque Genet tampoco podía estar equivocado y lo único cierto era que ardía en deseos de aclararlo.

Asentí mientras tomaba asiento junto a Saccona. Su piel clara se hallaba cubierta de manchas oscuras, a causa del fuerte sol de Etiopía y más en las montañas, pero a pesar de la edad, que él mismo manifestaba, algo en él daba la impresión de conservar un espíritu juvenil bajo su arrugada piel.

—¡Qué extraña coincidencia! ¡Qué increíble casualidad! Así que es usted hijo de Paolo Marsala... Aquel hombre se convirtió en una especie de mito entre nuestros soldados. Verá usted, en el ejército de Mussolini no cabía otra cosa que agachar la cabeza..., y el único que la mantuvo alta fue el comandante Marsala..., claro, le costó la vida..., porque insistió, tengo la certeza de que fue fusilado en Roma a finales del cuarenta y uno. Eso al menos fue lo que dijeron los periódicos, aunque también debo reconocerle que la prensa mentía mucho en aquellos años.

»La verdad fue que durante casi cinco años, Marsala desapareció en las montañas de Etiopía, a pesar de los esfuerzos de los servicios de seguridad del ejército por capturarlo vivo o muerto..., pero me estoy adelantando. Al comandante Marsala se le juzgó por alta traición en rebeldía, lo que oficialmente se mantuvo fue que había desobedecido órdenes durante un bombardeo. Por lo visto, tenía órdenes de arrasar el poblado de Ebbenat y se negó a hacerlo, enfilando sus cañones a un punto deshabitado..., en principio no se dieron cuenta, fue más tarde cuando se supo y aprovechando una refriega tuvo que huir. Desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra..., y a pesar de la intensa búsqueda de los servicios de seguridad del ejército, no apareció.

»Como puede usted comprender, aquella situación no tenía nada de positivo ni para el ejército ni para el partido, por lo que se mantuvo en secreto..., bueno, al menos se intentó y finalmente se le dio por desaparecido en combate.

»Todo el asunto se convirtió en un secreto a voces, tanto que el Estado Mayor, siguiendo órdenes de Roma, decidió buscarlo a cualquier coste..., pero todos los esfuerzos fueron infructuosos..., hasta que en noviembre de 1940, cuando prácticamente se habían perdido Eritrea y Somalia, y se venía el rápido avance de los ingleses..., acompañados de belgas y franceses como algo inevitable..., el comandante Marsala fue capturado cerca del Lago Tana. Durante los primeros días no dio su verdadero nombre, hasta que fue identificado por uno de los oficiales, compañero de la academia.

»Se decidió entonces evacuarlo a Roma para ser juzgado, la única salida era en uno de los últimos aviones que evacuaban civiles, casi todos miembros del partido..., y me tocó a mí. Yo lo entregué a los servicios de inteligencia del Estado Mayor apenas aterrizamos en Roma. Como puede usted comprender, según trascendió, fue juzgado y condenado a muerte. Es imposible, por tanto, que su padre siga vivo aquí, en Etiopía..., pero le diré una cosa, me hubiera cambiado por él. Quiero decir, tener la valentía de enfrentarse a todo, por mantener unas convicciones y un sentido ético..., eso lo transformó para muchos en un héroe, aun cuando se le acusó de traición a la patria. La vergonzosa verdad fue que casi todos abdicamos de nuestros principios morales..., desde el mismo rey, que se dejó aclamar por los milicianos fascistas al culminar la marcha sobre Roma, como el no querer aceptar la realidad.

»Mire, en el cuarenta y uno caí prisionero de los ingleses, y así permanecí hasta el cuarenta y siete... Pero no quería irme de aquí. Me retuvo una mujer y el hijo que tuve con ella. Después, ya no quise volver a Italia, aún permanezco aquí y aquí moriré. Este es un país inmenso y misterioso que me tiene atrapado, aquí están mis amigos, mi familia y mi vida. En cuanto al comandante Marsala, le sigo considerando un héroe y creo que si muchos hubiesen actuado como él, Italia había tenido otro papel en la guerra, pero verá, al final nos pierde nuestro carácter, somos inconstantes, impulsivos y nos dejamos convencer por el último que llega... Mussolini aprovechó nuestras flaquezas para conducirnos por un camino equivocado. ¿Quién iba a ponerse frente a él? Los que lo hicieron se quedaron en el camino, hasta que de pronto llegó un día en que nos dimos cuenta de que todo aquello no era más que una descomunal farsa..., y así terminó el asunto, con un país

deshecho, un pueblo arruinado y desmoralizado y con cientos de miles de víctimas..., muchas de ellas inocentes.

»Le he explicado lo que ocurrió. Ahora le aconsejo que coja a su mujer y se vaya de aquí cuanto antes, porque este es un país en plena guerra civil y puede ocurrir cualquier cosa.

Giacomo Saccona se quedó observándome fijamente. Estaba seguro de que me había dicho la verdad, pero también tenía la certeza de que Genet lo había hecho.

Por otra parte, no iba a marcharme sin aclarar aquel misterio que a cada momento me tenía más intrigado. No tenía otra salida que ir cuanto antes a buscar al protagonista. El comandante Paolo Marsala.

CAPÍTULO 22

EL CAMINO

Dice un proverbio popular que el hombre propone y Dios dispone. Nunca, en toda mi vida, había tenido tanto interés en algo. Ardía literalmente en deseos de conocer a mi padre..., si lo que contaba Genet era cierto, o no le habían engañado, o equivocado, que todo podía ser, y más en aquellos días. Habría dado cualquier cosa por salir de inmediato hacia las montañas, donde mi fiel amigo decía que se encontraba, caminando de noche si fuera preciso, o en mitad de una tormenta, tal y como él había hecho.

Pero los hados estaban en contra de mis deseos. Al volver al hospital, el doctor Palla me salió al encuentro. Grazia había empeorado de repente; por la razón que fuere, la fiebre, apenas unas décimas durante los últimos días, había aumentado mucho.

—No existe una causa lógica para ello. Ha ido mejorando durante estos días y de pronto esta recaída. Verá, Marsala, en este lugar no contamos con medios, como usted sabe, no hay ni corriente eléctrica, por lo que es imposible hacer una placa, ni realizar un análisis con solvencia. Sin embargo, hoy sale una ambulancia, la única que tenemos por cierto, hacia Addis Abeba. Las cuatro camillas van ocupadas, pero podría viajar con usted en la cabina. Sé que es arriesgado, pero temo que la alternativa lo sea más aún. Así que le recomiendo que la acompañe y en último caso, si surgiera la posibilidad, debería llevarla a Italia, cuanto antes mejor. Hágame caso.

¿Qué podía decir? Olvidar de nuevo el asunto y obedecer al doctor Palla. Me sentía muy preocupado por ella. No solo por su situación física, sino sobre todo psicológicamente. Notaba, y no tenía que hacer para ello un gran esfuerzo, que Grazia estaba sufriendo. Probablemente eso que los médicos conocen como estrés postraumático, y que impide que los enfermos se recuperen como es debido. Además, podía tener algún problema interno o alguna infección. No debíamos por lo tanto demorarnos y asentí.

Apenas media hora más tarde viajábamos por la peligrosa carretera hacia el sur, con un vehículo al que sería optimista denominar ambulancia, que aunque renqueante, nos llevaba a un lugar seguro.

Genet había tenido que quedarse; a pesar de sus deseos de acompañarnos, resultó imposible. Quedamos en vernos lo antes posible y en dejar contactos para saber donde encontrarnos de nuevo.

No me preocupaba otra cosa que Grazia. Conseguir que se repusiera cuanto antes, o al menos que resistiese el trayecto hasta el hospital de Addis Abeba. Su estado físico era bastante deficiente, pero lo peor era su situación psicológica. Permanecía en silencio, con un rictus de amargura en su boca, producido, con seguridad, por el trauma de no poder ver, y por tanto, no saber qué iba a ser de su futuro, a pesar de mis palabras de consuelo y de intentar mantenerla distraída.

Era evidente que debía haberlo pasado muy mal y las secuelas del accidente la acompañarían durante largo tiempo. No podía hacer otra cosa que demostrarle mi cariño, cuidándola y haciendo que se sintiese protegida.

Tuvimos un mal encuentro con rebeldes que le costó la vida al conductor. Nos detuvieron de improviso, saliendo de la maleza junto al camino, media docena de hombres armados que hacían ostentación de ello. El conductor intentó proseguir y una bala le alcanzó en la frente muriendo instantáneamente. Tuve que accionar con rapidez el freno de mano para detener la ambulancia que corría el riesgo de salirse del camino.

El que parecía el jefe de los rebeldes me increpó, amenazándome con su pistola, gritándome en una dialecto desconocido. Le contesté que yo era el médico que llevaba a aquellos heridos al hospital de Addis Abeba, pero mis palabras no parecían hacerle mella, tanto así, que abrió violentamente la puerta de atrás para comprobar a quien llevábamos.

Entonces tuvo lugar una escena horrible, porque disparó su arma contra los heridos matándolos a todos. Cuando ya esperaba lo peor, se dirigió de nuevo hacia la cabina y volvió a increparnos, gesticulando con ostentación. Pero por algún motivo desaparecieron entre la maleza tal y como habían llegado.

Mientras abrazaba a Grazia noté que temblaba de pánico y vi que unas lágrimas se deslizaban por sus mejillas. La besé varias veces en el rostro y fue calmándose.

No sabía que decisión tomar, si volver atrás hacia nuestro punto de partida, o si continuar a Addis Abeba. Pero comprendí que no tenía opción si quería que Grazia pudiera tener una oportunidad de reponerse y opté por seguir.

Saqué los cuerpos y los coloqué junto al camino, después arranqué, mientras Grazia continuaba sollozando. Nos quedaba un largo trayecto y no teníamos tiempo que perder.

Contra todo pronóstico, después de conducir por una carretera en un estado deplorable bajo una intensa lluvia, devorando unos bocadillos que nos entregó el doctor Palla, pudimos llegar a los arrabales de Addis Abeba, en donde encontramos un control del ejército. El sargento al mando comenzó a gritarme, como si yo fuese su peor enemigo, pero de improviso se calmó y abrió la barrera para que pasáramos. Aquello era África y había que entender determinadas reacciones. A pesar de todo, y aún sabiendo que podría suceder lo peor, no dejábamos de ser blancos, y eso, en aquel momento y en aquel lugar significaba una gran diferencia.

En la misma puerta del hospital Grazia perdió el conocimiento, tuve que cogerla en brazos para introducirla en el interior y allí me tropecé con un médico europeo, que me acompañó hasta un despacho donde pude tenderla en una camilla.

Se trataba del doctor Griovani Bottai, un genovés que llevaba unos meses en Etiopía. Me pidió que le explicara lo que supiera de Grazia mientras comenzaba el reconocimiento. Después me dijo que aguardara fuera, pues iba a realizar una serie de pruebas para conocer su estado.

Sentado en el suelo, en el porche exterior, medité en todo lo que estaba sucediendo, comparándolo con mi vida anterior. Aquella aventura podría convertirse fácilmente en una tragedia y reflexioné que el riesgo que estábamos corriendo era excesivo.

Sin embargo, también era muy consciente de que ya no podría tomar la decisión de abandonar como si tal cosa, sabiendo que Paolo Marsala seguía viviendo en el corazón de las montañas de Etiopía.

Fue el propio doctor Bottai el que logró encontrarnos pasaje en un avión del ejército francés que acababa de traer ayuda humanitaria. El estado de Grazia no llevaba al optimismo, porque seguía con fiebres muy altas, y tampoco parecía recuperarse de su ceguera, aunque uno de los médicos comentó después de un exhaustivo reconocimiento que no parecía haber daños ni en los ojos ni trauma alguno en la cabeza que justificara su estado.

Hablé con Grazia sobre la posibilidad de su traslado a Europa y asintió, ella misma se sentía preocupada por lo que le sucedía y deseaba recuperarse. Solo me puso una condición, que yo siguiese con la investigación mientras ella permanecía el tiempo necesario en el hospital, probablemente en París.

A pesar de mi rotunda negativa, no cedió. Si yo quería seguir junto a ella sería allí, en el hospital de Addis Abeba. Si accedía a marcharse, sería sola, y yo seguía intentando encontrarme con mi padre. Me dijo que no podíamos abandonar en aquellos momentos, cuando ya, prácticamente, estábamos llegando al final, y menos ante la posibilidad de que aquel hombre pudiera morir llevándose muchas incógnitas con él.

El doctor Bottai terminó de convencerme al asegurar que la vida de Grazia no corría ningún peligro y que lo que ella necesitaba era cuidados médicos especializados, que en Addis Abeba, dada la situación, no podría recibir, por lo que acepté a regañadientes.

Apenas unas horas más tarde el avión militar despegó con destino a Marsella. Una vez allí se tomarían las decisiones médicas oportunas. Al verlo perderse entre las nubes bajas sobre la ciudad, volví a creer que me había equivocado, y que tal vez debería haber insistido en acompañarla.

Mientras volvía en una camioneta militar hacia el centro de Addis Abeba, reflexioné que ella iba a estar mucho mejor cuidada, y que yo no podía hacer nada más.

El problema volvía a ser retornar junto a Genet y preparar una pequeña expedición a Ataba. Según se comentaba en el hospital, los rebeldes tenían cortados todos los pasos hacia el norte y según la opinión de los militares que vigilaban los accesos, sería imposible llegar a Gonder, al menos por tierra.

Pero todo estaba escrito, al menos en lo que se refería a mi asunto, y como por arte de magia apareció por el hospital la tripulación de un helicóptero de las Naciones Unidas, con uno de ellos herido leve de un disparo desde tierra, lo que era algo muy frecuente en aquellos momentos. No hay que creer en las causalidades, pero la verdad, me daba que pensar aquella concatenación de circunstancias, que me señalaban un camino, obligándome a recorrerlo por encima incluso de mi propia voluntad.

CAPÍTULO 23

FANTASMA DEL PASADO

En Adi Akay me aguardaba impaciente Genet, que se había provisto de todo aquello que pudiera hacernos falta en el trayecto hasta Ataba, apenas setenta kilómetros en línea recta, pero más del doble en realidad, además de tratarse de un camino destrozado por las últimas lluvias que habían ocasionado, por lo que nos dijeron, grandes desprendimientos, haciendo imposible su tránsito.

Genet era hombre prudente y los últimos acontecimientos lo habían vuelto extremadamente conservador, por lo que durante la espera contrató a varios ahmaras y los proveyó de armamento. También provisiones suficientes, un botiquín de campaña adquirido a unos contrabandistas rebeldes, sin preguntar de donde lo habían sacado, aunque todas las etiquetas lo relacionaban con Naciones Unidas. Además de cordajes, material de acampada... Todo lo que pudiéramos necesitar, comprado a un precio tres veces superior a su valor, pero absolutamente indispensable si deseábamos tener posibilidades de éxito.

En Etiopía, y mucho más en aquellas montañas gigantescas, cualquier pequeño incidente podría transformarse en una verdadera catástrofe. Por eso, cuando pude abrazar a Genet y me explicó en detalle todo lo que había previsto, comprendí que contaba no solo con un fiel compañero de fatigas, sino con alguien muy capaz.

Aquella primera noche la pasamos en una cabaña propiedad de uno de los jefes locales, a los que Genet había convencido de que yo era alguien muy importante en el nuevo régimen de Addis Abeba, y que me encontraba allí como asesor. No es fácil comprender algo así en Europa, pero en aquellos momentos, en el corazón de la región de Bagemdir, en plena guerra civil, en donde la vida solo valía unos centavos, las cosas se obtenían utilizando cualquier argumento mínimamente creíble. El hecho de que yo fuese blanco y estuviese allí, los convencía de ello, era innecesario dar otras explicaciones.

No puedo explicar lo que sentía dentro de mí. Estaba llegando al fin del camino, pero al tiempo, me sentía incapaz de aceptar que iba a encontrarme con mi padre. Aquel hombre había sido siempre un mito para mí, alguien situado en otra dimensión, y a cada paso que daba en la dura ascensión, bajo una cortina de agua, empapado de pies a cabeza, no hacía más que imaginar

como iba a desarrollarse un encuentro imposible. Llegaba a pensar si no me desmoronaría como un niño sometido a una tensión excesiva. ¿Querría verme en realidad aquel hombre? ¿No estaría invadiendo un santuario elegido por él para apartarse de todo por algún motivo desconocido?

Veía caminar a Genet siguiendo a uno de los guías contratados, a fin de evitar perdernos, o encontrarnos de bruces con un grupo de rebeldes armados, en unos momentos en los que podría llegar a suceder cualquier cosa, incluso que nos asesinaran por el solo hecho de encontrarnos en un lugar tan peligroso, como los límites fronterizos entre los guerrilleros eritreos y las tropas del nuevo gobierno de Addis Abeba.

Mientras intentaba caminar hundiéndome en el barro, reflexionaba que todo lo que me estaba sucediendo se debía a mi tozudez, al empeño en buscar los fantasmas del pasado y que mi otro yo debía encontrarse en la acogedora biblioteca de la universidad, hojeando unos textos, sin otro problema que decidir donde cenar esa noche.

Pero cada hombre elegía su destino, caminaba tras él entre rocas y espinas, con frío o calor, sin poder hacer otra cosa que intentar cogerlo. En mi caso, el origen de todo comenzaba con un niño abriendo un desvencijado cajón en el desván y sacando un uniforme de botones dorados, unos viejos libros y un álbum de fotos. No podía olvidar lo que sentí al abrirlo y encontrarme con los ojos del mismo hombre que mi madre tenía en un portarretratos en la mesita de noche.

Faltaba poco para volver a encontrarme con ellos, ahora probablemente más mortecinos, pero en la realidad, no en una vieja foto del álbum escondido.

Caminábamos mecánicamente, la única manera de hacerlo en aquellas condiciones, atrapados en el viscoso barro, sin ser capaces de ver apenas unos metros, en un silencio atronador a causa de las gotas de lluvia que nos golpeaban insistentemente.

Yo era tal vez el más débil de aquella corta expedición de media docena de hombres. Un europeo de ciudad, cuyo mayor esfuerzo era acarrear una caja de libros de una estantería a otra, forzado por su propio carácter a encontrar su destino..., y sin embargo nunca antes, en ningún otro lugar, en ningún otro momento me había sentido tan realizado, tan profundamente humano como en aquellos instantes, caminando lentamente, intentando ajustar mis pisadas a las de Genet.

No sé cuanto llegamos a andar aquel día, ya no sentía mis piernas y mi corazón bombeaba una y otra vez, golpeando con fuerza mi pecho dolorido. Solo recuerdo que de pronto, sin esperarlo, la lluvia acabó y como si unos duendes corriesen un gigantesco telón, apareció ante nuestros ojos la enorme silueta del Ras Dashan, con sus laderas nevadas, tan cercanas en apariencia, que tuve la impresión de que solo con alargar el brazo sería capaz de tocarlas.

No se puede explicar como es en realidad el paraíso. Dante lo intentó y casi logró hacerlo. A mí nadie tendría que decirme como debería ser. Lo tenía frente a mí, con unas altísimas cascadas, de un manantial inagotable de las nieves eternas de las cumbres, cayendo por vertiginosos barrancos para fundirse en el verde lujuriente de los bosques de coníferas allá abajo. Grandes águilas batían sus alas de tanto en tanto, mientras el techo de nubes se disipaba permitiendo entrar el sol de los trópicos.

Aquel mundo intocado apenas por la mano del hombre llevaba así desde el principio de la creación. Era el Edén, y al verlo, comencé a intuir por qué Paolo Marsala había elegido permanecer en él.

Allí, en aquel mirador privilegiado, montamos el campamento para pasar la noche, aunque a pesar del frío reinante, me acosté fuera de la tienda, metido en mi saco de dormir, observando hipnotizado un cielo cuajado de estrellas, con una ancha cinta de plata atravesándolo.

En algún lugar de aquellas tremendas montañas se encontraba mi padre, aguardándome, sabiendo que antes o después iría a verlo, tal vez contra su propio deseo, pero sin poder evitarlo, intuyendo como yo, que nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro.

A la mañana siguiente proseguimos caminando. Ataba se encontraba muy cerca. El aire limpio y fresco penetraba en mis pulmones y me impulsaba a seguir.

Llegamos a Ataba a primera hora de la tarde. Solo habíamos tomado un bocadillo, impacientes por saber que nos deparaba el destino.

Genet logró encontrar al muchacho que le había guiado la noche de la tormenta. Se mostró feliz al ver que podía ganar algo de dinero y sin más se colocó delante y comenzó a andar con rapidez.

De pronto allí estaba la cabaña, rodeada de enormes árboles que la empuñecían.

En la explanada un viejo cortaba leña con una hacha. Sabía que se trataba de Gebre Bekele y me acerqué con rapidez hasta encontrarme a una docena de

pasos, seguido de Genet. El hombre sabía que alguien se acercaba pero no dejó de trabajar, como si no sintiese el más mínimo temor.

Entonces levantó la vista, me miró detenidamente y sin más, en un italiano aceptable, murmuró:

—Tu padre está aguardando. —Luego levantó de nuevo el hacha y siguió con su leña.

Empujé la puerta con el corazón desatado. Estaba sucediendo un milagro y yo era uno de los protagonistas.

La cabaña se encontraba casi a oscuras. Unos leños crepitaban en la chimenea proporcionando algo de calor pues la tarde era fría.

Alguien habló desde el fondo, protegido en parte por una cortina vislumbré un lecho.

—Alessandro, acércate, yo no puedo hacerlo.

Caminé lentamente. Tenía la impresión de hallarme en el interior de un sueño y sabía por experiencia que podría terminar en cualquier momento.

—Hola padre. Me alegra haber venido.

Me senté en la cama y él alargó su mano izquierda, le rocé los dedos, fríos como el hielo y le miré a los ojos. Aquel era el comandante Paolo Marsala, el hombre que desapareció un día, hacía casi cuarenta y un años. Sin poder evitarlo se lo pregunté. Necesitaba saberlo.

—¿Por qué no volviste? Alguien te esperaba en casa.

El anciano me observaba sin decir palabra mientras una lágrima corría por su mejilla. Luego levantó la manta con su mano izquierda. Me quedé sin saber que decir. Aquel hombre no tenía piernas ni brazo derecho. Solo escuchaba latir mi corazón apresuradamente.

—No pude hacerlo. Durante mucho tiempo estuve entre la vida y la muerte. Después comprendí que en Italia hubiese sido un inválido dependiente de alguien que hubiese sacrificado toda su vida por mí. Aquí, en cambio, me necesitaban. Me convertí al judaísmo. He sido durante muchos años una especie de guía espiritual para esta gente, los falashas. Ellos me han dado mucho más, son generosos, compasivos, creyentes y siempre me han ayudado sin esperar otra cosa que mis palabras... No podía volver, abandonándolos cuando muchos de ellos me pidieron que siguiera aquí. Pensé que sería lo mejor. Mi mujer se habría casado con otro, tendríais una familia, yo solo sería un recuerdo. Vosotros no podíais echarme de menos, porque nunca me conocisteis. Tal vez me equivoqué. Pero no podía volver así y convertirme en una carga y en objeto de pura compasión. Perdóname si me equivoqué.

No sabía qué contestarle. Solo lo abracé y él golpeó con suavidad mi espalda con su única mano mientras decía.

—Bueno, después de todo, la vida ha sido generosa con nosotros, y aunque al final, me ha permitido conocerte. Demos gracias a Dios por ello. Yo fui durante muchos años un pecador indiferente a sus llamadas, hasta que un día comprendí que no podía seguir ciego, sordo y mudo. Fueron los falashas los que me hicieron entender y todo cambió para mí aquel día.

No sentía vergüenza al llorar como un niño. No tenía nada que ver con lo que aquel hombre me estaba contando, pero por alguna extraña razón, sentía que dentro de mí algo había cambiado también para siempre.

CAPÍTULO 24

EL RELATO DE PAOLO MARSALA

—Bueno, Alessandro, no nos queda demasiado tiempo y tú has venido para llevarte una explicación. Te la daré. Tienes que entender que el viejo que te habla no tiene nada que ver con el hombre en plenitud de facultades que un día llegó a Etiopía. Nada. Es cierto que ahora soy un despojo humano. Un inválido total, pero te diré una cosa que te podrá sonar a paradoja. Ahora me siento más completo. Déjame que te explique por qué y probablemente lo entenderás.

»El hombre que llegó un día a este país era un fascista en todo el sentido de la palabra y la realidad me ha transformado en alguien muy diferente. Pero déjame que te cuente a grandes rasgos como empezó todo.

»Debes saber que mis padres fallecieron en el intervalo de un año en 1913. Mi padre de un ataque cardíaco, mi madre apenas un año más tarde, tal vez de pura tristeza. Cuando murió mi padre yo tenía dieciocho años, y pocos días después de morir, mi madre comenzó la gran guerra.

»Me educaron como creían que debían hacerlo para educar a un patriota. En mi juventud leí a Pascoli y vibraba con los *Laudi* de D'Annunzio, cuando el gran poeta cantaba la epopeya colonial del imperio.

»Al desaparecer mis padres, ya no tuve quien frenara mi camino. Marché a Milán y me dejé llevar por los cantos de sirena de Marinetti. Así me enrolé voluntario en las *arditi*.

»Entonces no tenía ninguna experiencia, pero no estaba de acuerdo con la política de neutralidad adoptada por nuestro país, y muy pronto comprendí que coincidía con lo que Mussolini, en aquellos días un periodista adelantado a su época, escribía en *Utopía* y en *Avanti*. Después supe que había sido expulsado del Partido Socialista.

»Poco después sacó *Il Popolo d'Italia* y seguí leyendo sus editoriales. En definitiva, me sentía arrastrado por la fuerza intelectual de aquel hombre y cuando en ese periódico se publicó el borrador de estatutos para pertenecer a los *Fasci*, comprendí que me sentía ligado a su destino. También para mí sobraba un parlamento corrupto y alejado de los verdaderos intereses de nuestra patria. Sentía rabia al pensar en el Trentino, en Trieste.

»Por fin, el 24 de marzo de 1915, Italia declaró la guerra a Austria-Hungría. ¡El mismo día en que cumplí veinte años! Italia también era mayor de edad para cumplir con su destino. Mussolini escribió *Italia está viva, posee un cuerpo propio y es inmortal*.

»Entonces me alisté voluntario y combatí con furia desde el primer momento. Pronto me ascendieron a teniente y participé en la victoria de Vittorio Veneto. Conseguimos que las fuerzas austriacas se rindiesen..., y pocos días después terminó la gran guerra.

»Aquel conflicto arruinó a Italia, le ocasionó un millón de muertos y un número similar de mutilados..., casi todos ellos pertenecientes a la clase campesina, con un país opuesto a aquella guerra.

»Ingresé en la Academia Militar para revalidar mi nombramiento. He de explicarte que me había sido concedida la Medalla al Mérito Militar, y que los mandos me trataban con especial deferencia. Así, en febrero de 1919, ascendí a capitán y me destinaron al recién creado Estado Mayor y dentro de él al Servicio de Inteligencia Militar.

»Mientras, Mussolini se había transformado en un político. Desde diciembre de 1917 le avalaban los 152 diputados fascistas, aquellos que se habían agrupado en un *Fascio Parlamentare di Difesa Nazionale*. Desde aquellos días Mussolini comenzó a explicar que su socialismo era antimarxista y nacionalista.

»Como capitán del ejército me presentó Mario Giampaoli a Mussolini y después de darle la mano, acepté dirigir uno de los *Fasci di Combattimento* en Ferrara.

»Me sentí muy cercano a aquel hombre visionario que tenía solo doce años más que yo. Era como un hermano mayor que supiera adonde teníamos que dirigirnos y poseía, a pesar de su juventud, una especie de sabiduría que nos hacía creer en él ciegamente.

»Así, cuando acudía a alguno de sus discursos, me sentía representado por él. Podía ser implacable, polémico, brutal a veces, pero siempre fascinante, convincente, capaz de arrastrar a los que le escuchábamos vibrando ante sus palabras.

»Recuerdo bien el 23 de marzo de 1919. En la plaza San Sepolcro de Milán. Allí cristalizó todo, con la verdadera fundación de los *Fasci di Combattimento*. De allí salió un programa y allí cambió el futuro de Italia. Pocos días después con el incendio del periódico *Avanti*, comenzó la revolución fascista, y aunque Mussolini no asumió la autoría, aceptó toda la responsabilidad.

»Fue D'Annunzio en su intento de anexión de Trieste, quien logró la descomposición del gobierno liberal. Luego, violencia, coacción, tolerancia del poder, todo fue fraguando una política que llegó a un clímax con la marcha sobre Roma. Allí estuve yo. El rey envió un telegrama a Mussolini, invitándole a formar gobierno... y con aquel gesto se selló el destino de Italia.

»En aquellos días yo me sentía exultante. Todo parecía encajarse, y tenía la certeza de que nuestro país cambiaría de una vez por todas. Un líder fuerte, unas ideas claras, una política pragmática. Las ambiguas y mezquinas ideas de los gobiernos liberales, los parlamentos corruptos e ineficaces, las constantes intromisiones del Vaticano y de la iglesia, todo eso había terminado para siempre.

»Éramos conscientes de la necesidad de emplear la violencia, de acabar definitivamente con nuestros enemigos, sin necesidad de justificaciones fundamentadas en una moral ambigua, en éticas desfasadas. ¡Qué importancia podía tener la eliminación física de unos cuantos oponentes si con ello se conseguían los fines propuestos! La vida humana tenía entonces el valor que le asignaba su interés para el país. Ninguno más.

»Entenderás cuáles eran mis creencias y mis intenciones. No tenía otro credo que la doctrina fascista, ni otro dios que el propio Mussolini.

»Durante aquellos años, en los que se impuso el fascismo, hice lo que mi conciencia me dictó. No albergaba la más mínima duda de que Italia había cogido el camino correcto.

»Sin embargo, mi devoción y entrega al fascismo no se veía recompensado. Mi promoción seguía ascendiendo mientras yo, tan cercano al régimen, permanecía estancado. Después llegó la campaña de Abisinia y fui llamado, pero no se me dieron las responsabilidades que creía merecer.

»Fue a finales de febrero cuando recibí una carta de Giacomo Capelli, uno de mis mejores amigos en la academia. Al leerla comprendí muchas cosas. Mi supuesta ascendencia judía impedía el natural progreso en el partido.

»La verdad fue que me llevé una terrible sorpresa. Nunca lo hubiese imaginado. Judío. En unos momentos en los que creía exactamente en las ideas racistas. Yo había construido un evangelio con las teorías del Conde de Gobineau, de Chamberlain y lo último, los mitos del siglo xx de Rosenberg. Por algún extraño maleficio, me veía relegado por una sangre inesperada y nada podía hacer por evitarlo.

»Fue a los pocos días de esa terrible revelación cuando se me llamó por el Estado Mayor. Se me encomendó el bombardeo hasta la aniquilación de un poblado falasha, es decir, judío, lo que no me ocultaron, como queriéndome

poner a prueba. Allí, dijeron, se ocultaban los jefes guerrilleros que nos mantenían en jaque, y por tanto, la decisión era destruir el poblado hasta sus cimientos.

»Comprendí lo que de mí pretendían. Me señalaban como judío y al tiempo exigían que aniquilase a otros judíos. Asentí sin dudarlo. Llevaría a cabo la orden. Era la oportunidad, tal vez la última de demostrarles que era un verdadero patriota italiano, un verdadero fascista y que no me iba a temblar el pulso. Pues bien, si ese era el precio de afirmar mi lealtad, lo pagaría.

»Salimos, pues hacia Ebbenat, decididos a acabar con una población hostil, que servía de ejemplo a los que se alzaban contra nosotros, impidiendo la conquista de Abisinia, lo que significaría un verdadero desastre para la nueva Italia.

»Pero la noche anterior, cuando acampamos, me sentí enfermo, enfebrecido, llegué a pensar incluso que había cogido la malaria. Tuve que tenderme en el catre dentro de mi tienda, sin fuerzas, incapaz de moverme, creyendo que no sería capaz de seguir la marcha a la mañana siguiente. Llegué a creer que iba a morir, porque nunca antes me había sentido tan mal.

»Entonces, durante la noche, tuve una visión. Vi a mis padres huyendo desesperados, intentando encontrar refugio solo por ser judíos.

»Yo nunca había sentido nada positivo hacia los judíos. Tenía un pésimo concepto acerca de ellos, de su manera de entender la vida, los creía egoístas, malvados, disolventes de los valores de las sociedades a donde llegaban.

»Pero la fiebre que me abrasaba me hacía ver las cosas de otra manera. Recordaba a mi madre, cuidándome de pequeño cuando caí enfermo y la fiebre me hacía delirar. Ellos eran judíos, lo sabía ahora y sin embargo, siempre se mostraron generosos con todos los que les rodeaban, y yo que los veía desde dentro de mi propio hogar, sabía que no era una interpretación, sino una verdadera manera de ser. Nada tenía que ver la raza, ni el credo, con la bondad y la maldad. Todos los individuos podía elegir su camino en la vida y era su propia conciencia interior el que les hacía coger una dirección u otra.

»Entonces comprendí que no podía cometer aquel terrible crimen, pues no era otra cosa lo que me habían ordenado. Pero si me negaba, otro lo haría en mi lugar. La única solución era simular que cumplía estrictamente las órdenes y así al menos les daría tiempo a ponerse en guardia.

»En cuanto tomé aquella decisión, me sentí recuperado, la fiebre me abandonó y al amanecer me encontraba dispuesto para seguir adelante, ante el asombro de Valentino Soggiu, mi fiel asistente, y de Gebre Bekele, mi explorador, que no se separaba de mí desde el primer día que pisé África.

»No quise hacer cómplice a Soggiu. Me pareció que debía quedar al margen de mi decisión. Si algo salía mal, él no podría disimular y eso le podría costar un consejo de guerra y la vida. Pero sí necesitaba a Bekele. Entonces lo mandé llamar y le expliqué lo que pretendía hacer. Bekele estuvo de acuerdo desde el primer momento. Incluso me dijo que él conseguiría que el designado como vigía para asistir a la dirección de tiro, no pudiera levantarse la noche siguiente. Lo cierto es que lo consiguió.

»Era algo muy arriesgado y las posibilidades de que saliese mal eran muy altas. Sabía que desde donde acamparíamos y emplazaríamos las piezas de artillería no se divisaba Ebbenat. Iba a tratarse de un bombardeo a ciegas, con la ayuda del vigía y de la dirección del tiro. Nadie más sabría si el poblado había sido o no arrasado.

»Todo transcurrió según el plan previsto, no hubo ningún fallo y cuando levantamos el campamento para retornar a Gonder, los soldados y los oficiales que nos acompañaban daban por hecho que Ebbenat había dejado de existir.

»Después, cerca de Adis Zemen nos atacaron. La compañía fue aniquilada y Gebre Bekele consiguió sacarme de allí y ocultarme. En cuanto a mi asistente, Soggiu, fue herido pero logró sobrevivir.

»Lo siguiente que recuerdo es que fui capturado en una población al sur del lago Tana. En las cercanías nuestro ejército habilitó un aeródromo, pues aquel era un lugar estratégico entre Asmara y Addis Abeba. Los abisinios me habían ocultado durante cinco años y durante ese tiempo no era capaz de recordar nada. Debió ser la herida en la cabeza que me causaron en Addis Zemen. Ellos me cuidaron, me alimentaron y evitaron que fuera capturado por los italianos.

»En el cuarenta y uno, cuando por esas cosas del destino dieron conmigo, de pronto todo volvió a mi memoria. Pero no sabía que habían transcurrido cinco años. Para mí era como si me hubiesen cogido al día siguiente de la escaramuza de Addis Zemen.

»Fue una absoluta sensación de incredulidad la que tuve al saber que era cierto. ¡Habían transcurrido cinco años de mi vida! No podía creerlo. Hasta que ya en Roma pude leer unas hojas del periódico que me entregaban en la celda como papel higiénico. Trataba de la batalla entre los ingleses y nuestra marina y aviación en el Canal de Sicilia. ¡El periódico tenía fecha de 11 de enero de 1941! Llegué a dudar de si todo aquello no sería más que una treta por algún extraño motivo.

»Podrás comprender que aceptar así que cinco años de tu vida se han convertido en humo, me resultaba muy difícil.

»Por otra parte, no podía comprender por qué me habían hecho prisionero mis propios compañeros. Me hallaba en situación de absoluta incomunicación, y nadie se atrevía a hablar conmigo. Tampoco podía salir de la celda bajo ninguna excusa. Allí me tenían, acusado de traidor a la patria, aguardando un consejo de guerra para fusilarme.

»No podía acudir a nadie. ¿A quién? ¿Al propio Mussolini? ¿A Galeazzo Ciano con el que había tenido una buena relación? Él había justificado la empresa en Abisinia, en su política y muy expresamente en su discurso ante la Cámara a finales del treinta y nueve. No, no tenía a nadie a quien recurrir, ni mis propios camaradas habrían movido un dedo por mí en aquellos días. Un traidor lo contamina todo..., no se debe ni pronunciar su nombre.

»Así llegó el mes de enero de 1941. No hacía más que pensar en mi familia, convencida de que yo había muerto en combate y llegué a pensar que eso hubiese sido mejor, porque, aunque yo no me sentía un traidor, todos creerían que lo era..., y tal vez llegaría a saberse en Solarino. Eso era lo que más me dolía. No poder explicarme, aunque también es cierto que existían muchas cosas incomprensibles para mí.

»Finalmente vinieron a por mí. Un coronel de los servicios jurídicos me lo explicó claramente en la misma celda. No se le daban oportunidades a un traidor. Intenté explicarle, pero no me dieron oportunidad. No me permitieron abrir la boca. Solo me dijeron que aquella madrugada me pasarían por las armas.

»A las cuatro de la madrugada la puerta de la celda volvió a abrirse. Para entonces me daba todo lo mismo. Sentía una extraña sensación al saber que solo me quedaba un rato de vida, pero pensé que volvería a hacer lo mismo, y que un pueblo entero de gentes inocentes seguía viviendo gracias a mi decisión. Solo sentía remordimientos por vosotros, pero ya no cabía otra cosa que asumir los hechos.

»En el patio posterior me condujeron a un muro. Un pelotón al mando de un teniente aguardaba. Dos oficiales, un capitán y un coronel observaban algo más alejados. En aquel momento, irritado por el trato humillante que me estaban dando, solicité un sacerdote. No es que fuera muy creyente, pero no quería morir como un perro, quería que al menos alguien me bendijera. Era más una cuestión de intentar mantener el tipo que otra cosa.

»Se formó un extraño revuelo. El teniente dirigió una larga mirada a los dos oficiales. Ambos dialogaron un instante entre ellos y finalmente se

acercaron. Me quedé estupefacto al ver que se trataba del coronel Starace y de un capitán del mismo regimiento al que conocía de vista.

»—¡Quiero un sacerdote! —exigí intentando aparentar una serenidad que no sentía.

»En cuanto a las normas de etiqueta militar, ya no tenía por qué utilizarlas. Después de todo, me habían expulsado, degradado, e iban a fusilarme unos minutos más tarde. Además, aquel hombre me repelía. Era un ser engreído, racista, convencido de ser más poderoso, más fuerte y más inteligente que cualquier otro que tuviera delante. De hecho, había demostrado su verdadero carácter en Etiopía, donde era temido y odiado por todos, incluyendo sus propios hombres.

»Se acercó a mí hasta tenerme a un par de metros sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. Entonces dijo:

»—“¿Y para qué necesita un judío un sacerdote?”

»—No soy judío —contesté—. Soy cristiano, oficial de un ejército que no merece los mandos que tiene...

»Starace levantó la mano derecha en señal de advertencia mientras decía:

»—“No me parece mal que reniegue de los suyos. Casi lo veo lógico, pero no se trata de un insulto final. Marsala, usted es judío y además un traidor, por lo que debería ser fusilado, pero estoy aquí para hacerle una propuesta, mejor dicho, es la patria la que se la hace”.

»Lo observé extrañado. ¿Qué quería decir? No entendía nada. Me hallaba junto al muro en el que iban a fusilarme. Allí se encontraba el pelotón, mientras comenzaba a alborear. ¿De qué propuesta me estaba hablando?

»Starace hizo una señal con la cabeza y el capitán que lo acompañaba se acercó al teniente al mando de pelotón, le dijo unas palabras en voz baja y el oficial asintió.

»Me llevaron esposado al cuerpo de guardia, allí me proporcionaron un abrigo porque tiritaba y dos soldados me introdujeron en un coche que arrancó de inmediato.

»Pude ver que otro vehículo del ejército nos precedía e imaginé que el coronel Starace iba en su interior.

»Me llevaban de nuevo a Roma y pensé que toda aquella situación era muy extraña. Dos soldados del ejército de tierra me custodiaban, aunque esposado no hubiera podido llegar muy lejos.

»Finalmente llegamos a uno de los cuarteles de nueva construcción, al sur de la ciudad. Allí me hicieron bajar y me condujeron a una sala interior sin ventanas, iluminada por una escasa luz en el techo. No sabía si iban a

torturarme para averiguar algo, pero en cualquier caso seguía vivo y eso ya me parecía un milagro.

»Tras de mí entró el coronel Starace. No hacía falta ser muy sutil para darse cuenta de que aquel individuo me odiaba con todas sus fuerzas. Aún así, por algún motivo que yo desconocía, me explicó la situación, dejándome si cabe aún más confundido.

»—“Verá, Marsala. Me extraña su posición. Usted es judío. En su historial figura que sus abuelos maternos decían llamarse Giacomo Saloni y Ana Mazzini. Sus verdaderos nombres eran Jacob Salom y Anna Maciel, judíos sefarditas, emigrados del norte de África. Usted es judío porque su madre era judía de pies a cabeza..., y por eso, lo que ocurrió en Ebbenat era de esperar. Usted mostró allí su sangre judía, traicionando a los suyos, a su ejército, su patria y descalificándose como oficial.

»Ahora los alemanes están haciendo lo que nosotros no nos hemos atrevido a hacer, por un hipócrita sentido de humanidad. Pero las cosas van a cambiar y mucho en Italia..., y quiero que sepa antes de seguir, que aquí, en esta tierra, no hay lugar para los judíos”. —Hizo una leve pausa al tiempo que me lanzaba una profunda mirada.

»El coronel Starace tenía fama de ser alguien profundamente desagradable, duro hasta límites insospechados, pero lo que insinuaba decía muy poco de su ética. En aquel momento no sabía qué camino tomar, pues era evidente que no tenía opción alguna y estaba convencido de que llevaría a cabo sus amenazas.

»Debió leer mi mirada de desprecio y se retiró unos pasos mientras apoyaba su mano en la funda de la pistola.

»—“Mire, Marsala” —prosiguió con el mismo tono— “será mejor para usted que se limite a hacer lo que le ordenemos por el bien de todos.

»Sabemos que Haile Selassie está preparándose para volver a Etiopía. También sabemos que allí hay mucha gente que preferiría que no volviese nunca. Entre otros los judíos falasha. Nunca han sido bien tratados por el emperador..., por otra parte, es algo lógico. Además, y aunque a usted eso no le importe mucho, Selassie es un mortal enemigo de nuestro país. Es alguien que odia todo lo que tenga que ver con Italia, y pretende volver para organizar un ejército que nos expulse ayudado por los ingleses, belgas y franceses. Es importante que eso no ocurra. No quiero apelar a su ética militar, porque estoy convencido de que no la tiene, pero si se niega, si intenta engañarnos... verá, nuestros amigos los alemanes, el ministro de propaganda, al que considero mi muy querido amigo personal, el doctor Goebbels, pretende que

los enviemos a Alemania, para darles un tratamiento, una especie de solución..., definitiva. ¿Comprende? Si usted se niega a ayudarnos, será fusilado de inmediato..., de hecho hemos dejado a un montón de gente frustrada, creían que iban a comenzar el día fusilando a un judío traidor..., y he llegado yo, para llevármelo y dejarles sin fiesta.

»Bueno, le decía que nos va a ayudar en este asunto, porque en caso contrario, su familia, toda, completa, incluidos tíos, primos, parientes, van a ser llevados a Alemania y, la verdad, no creo que eso le guste nada. ¿Verdad, Marsala?

»Su misión será volver a Abisinia, organizar un comando de judíos falashas, que según nos consta, confían ciegamente en usted y asesinar al emperador Haile Selassie. Ya le he explicado lo que puede suceder si intenta engañarnos. Si lo consigue, dejaremos en paz a su familia y también a usted. Roma no paga traidores, pero nos olvidaremos del pasado y será rehabilitado, aunque, claro, le daremos de baja en el ejército.

»Por donde lo mire, todo son ventajas para usted, Marsala. Pagaría su deuda con Italia, salvaría a su familia, dejaría de ser un traidor, habría hecho algo muy importante para colaborar en el fin de la guerra.

»No le voy a exigir, tan siquiera, que me confirme ahora mismo que acepta. Permanecerá en este cuartel dos días más. Si en ese plazo decide hacerlo, se le llevará en avión a la zona de Gonder y será lanzado en paracaídas, junto a algún material logístico que le pueda ser útil en su misión. Se le proveerá de medios, dinero y una radio especial de un tamaño mínimo y gran potencia para mantener contacto y recibir instrucciones. En cuanto a la alternativa..., no haga que se lo repita. Usted decide”.

»Como puedes comprender no tenía opción. Sabía de lo que Starace era capaz, porque lo había visto actuar. Para él, la vida humana no tenía más valor que el objetivo marcado. No podía correr riesgo con los míos. En cuanto a intentar asesinar a Haile Selassie apoyándome en los judíos falasha, era cierto que nunca se había portado bien con ellos. Era algo tradicional en Etiopía, un país todavía en la época medieval, en que los señores feudales tenían poder de vida y muerte sobre los siervos, en donde el emperador, cristiano copto, de tanto en tanto llevaba a cabo un pogromo sobre los poblados judíos, de hecho algunos emperadores habían llevado el título de *exterminadores de judíos*, y durante una gran parte de la historia más reciente, los judíos habían sido duramente tratados, incluso vendidos como esclavos.

»En cualquier caso, todo el plan me parecía una locura. El Negus apenas se dejaba ver, iba siempre protegido por su guardia que impedía acercarse a nadie. Además, ahora estaría más vigilado que nunca, por los propios ingleses a los que interesaba por sus especiales relaciones.

»Por último, si se conseguía, eso significaría una enorme catástrofe para los judíos etíopes. Tendría lugar una terrible venganza, que podría llegar a convertirse en un espantoso genocidio.

»No podía dejar de admirarme del refinamiento de todo ello. El que había urdido el plan ganaba siempre, bajo el punto de vista fascista. Si hipotéticamente conseguía su fin, era algo muy positivo para la estrategia de Mussolini. En caso contrario, todo lo más que podría llegar a suceder sería una terrible venganza contra los judíos...

»Asentí. No tenía otra opción en aquel instante. La alternativa era ser pasado por las armas y colocar a mi familia en una posición terrible. Necesitaba tiempo para reflexionar y ver qué podía hacer.

»El coronel Starace asintió complacido.

»—“Bien, bien, Marsala. Lo cierto y verdad es que nunca he conocido un judío tonto... Sé que se trata de una misión difícil, pero que puede tener su recompensa. Imagine que lograra usted eliminar a Haile Selassie..., y otro comando, y no me pregunte más hiciera lo propio con Churchill..., las cosas cambiarían ¿no? Nos encontraríamos en mejor situación para afrontar el futuro, porque le diré una cosa, los ingleses admiran Italia, siempre han venido a aprender, pero no son más que una pandilla de comerciantes egoístas y jamás podremos entendernos con ellos. No soportarían una Italia fuerte haciéndoles la competencia..., pero tendrán que acostumbrarse”.

»Starace se dirigió a la puerta mientras decía:

»—“Pasado mañana saldrá usted para Etiopía. El resumen de la misión lo tiene en ese cuadernillo. No le tengo ningún aprecio personal, pero le deseo suerte. Adiós”.

»Me quedé solo en la sala. Sobre una mesa, en la esquina, vi una carpeta conteniendo unos folios. Lo hojeé. Eran las instrucciones para la misión. En resumen, volver, encontrar a mi gente, convencerlos, preparar un atentado con explosivos y bombas de mano, a ser posible en alguna iglesia o un lugar público. Asesinar a Haile Selassie era algo muy importante para la estrategia de Mussolini.

»Yo no me sentía fascista, pero Italia seguía siendo mi patria. Comprendía la lógica de Starace. Un soldado debía luchar hasta la muerte contra los

enemigos de su patria. Además, desde mi situación no me dejaban la menor opción. O seguía las órdenes o tendría serios problemas.

»Así fue. Un avión me llevó haciendo escala en Trípoli hasta algún lugar cerca del lago Tana. Era muy consciente de que se trataba de una misión muy peligrosa, ya que podía morir o herirme gravemente durante el lanzamiento nocturno. Podría caer entre los árboles, en un río, en el mismo lago. Pero si te digo la verdad, no sentía ningún temor. Todo lo más que podría sucederme era morir..., y de alguna manera, lo deseaba.

»Tuve suerte y caí en una zona pantanosa. Tuve que caminar un par de horas con el agua hasta la rodilla y llegó un momento en que me sentí agotado, pero finalmente logré salir de allí. Había caído a unos quince kilómetros al norte de Gonder, las montañas me servían de referencia, pues reconocí el perfil de algunas.

»Tardé casi un día en llegar hasta el pueblo donde había vivido largo tiempo. Tendrías que haber visto las casas de muchos de ellos. No entendían de donde había salido, pero sus muestras de afecto y respecto me convencieron de que seguía gozando de su amistad.

»Llevaba conmigo la radio de la que había hablado Starace, un cacharro del tamaño de un libro grande con una antena extensible y unas baterías con las que debía tener para alrededor de horas emitiendo, un revólver y una mochila con dinero. Pensé que nada de aquello iba a servirme, y que si aceptaran mi oferta lo harían por tratarse de mí y nunca por una recompensa. En cualquier caso, se trataba de libras esterlinas, porque el gobierno fascista tenía muy claro cuáles eran las divisas que la gente aceptaba y cuáles no.

»Mandaron aviso a Gebre Bekele que vivía a unos treinta kilómetros de allí. La única forma de hacerlo en aquel momento era enviar a un mensajero, alguien acostumbrado a correr por caminos, senderos o terrenos impracticables.

»Gebre tardó dos días en llegar. Al principio me dijo que no se lo creía. Pero tenía tanta fe en mis posibilidades y en que yo no podía desaparecer por las buenas, que decidió venir, trayendo dos caballos y sus más importantes pertenencias, convencido de que seguiríamos como anteriormente, vagando de un lugar a otro, esquivando las patrullas italianas.

»Para entonces, la noticia de mi retorno se había extendido por la región y no cesaban de llegar gentes que venían a darme la bienvenida y a confirmar que era cierto. ¿Cómo había logrado escapar de los italianos? Ellos me asimilaban como un falasha más. Blanco y extranjero, pero a fin de cuentas, eso último es lo que significaba *falasha*.

»Nos encontramos a primeros de febrero de 1941 y me explicaron que los ingleses avanzaban con rapidez hacia Addis Abeba, junto con cuerpos expedicionarios aliados.

»Era un buen momento para intentarlo, pero yo no quería implicar a los falashas. Eso solo hubiese podido traer una desgracia para aquel pueblo de gentes nobles y amistosas. Así que después de despedirnos, Gebre Bekele y yo partimos para Addis Abeba.

»Verás, nunca he creído que la violencia pueda resolver nada. Pero sabía lo que me estaba jugando, y además, en lo único que Starace tenía razón, era que Haile Selassie era un enemigo de Mussolini, y por tanto, en aquellos momentos de Italia.

»Si alguien tenía que atentar contra él, sería yo, no los falashas. Por otra parte, así me sentía con mayor libertad de movimiento y nadie sabría lo que pretendía hasta que ocurriera.

»No se trataba de descargar mi conciencia. No me sentía un traidor a Italia por lo que había hecho. Al contrario, era como la mejor medalla que podrían haberme otorgado.

»Pero no podía olvidar que era un soldado. Si podía hacer algo por mi patria, lo haría, y aunque se trataba de algo sugerido por personas con las que no creía tener nada en común y además coaccionado y amenazado, algo me impelía a intentarlo.

»Eran días de guerra abierta, los aliados estaban rompiendo las defensas italianas y penetraban en el país como un dique roto. Era un avance imparable y el Duque de Aosta, que tenía bajo su mando casi cincuenta mil hombres, sabía que no podía contar con refuerzos de Italia y, por tanto, que salvo un milagro, estaba condenado. También existía una fuerte guarnición en Gonder, al mando de un viejo amigo mío, pero yo no podía acudir a nadie. Debía actuar por mi cuenta y riesgo, a sabiendas de lo que me estaba jugando.

»En cuanto a Gebre Bekele, sabía que podía contar con él. Mucha gente en Etiopía no perdonó la huida del Negus y que se refugiase en Gran Bretaña. Además de que haría cualquier cosa por mí.

»Pero el destino estaba en contra. Me encontraba cerca de Addis Abeba cuando al montar un pequeño vivac, Gebre se alejó un poco para ir al arroyo a buscar agua. Al ver que tardaba fui tras él y entonces pisé una mina enterrada.

»Lo siguiente que supe fue al cabo de tres meses. Gebre pudo llevarme a un hospital italiano. Yo no portaba documentación alguna y estaba desfigurado y en coma. Creyeron que iba a morir, pero uno de los médicos se empeñó en que me hicieran transfusiones y me operaran. Se trataba de un

doctor alemán, muy interesado en conocer la capacidad de supervivencia de los soldados. Conoces ese dicho de que los caminos de Dios son inescrutables.

»Bueno, pues con dificultades, pero sobreviví. Tuvieron que amputarme lo que me quedaba de las piernas y un brazo. Todos estaban asombrados de mi capacidad de resistencia.

»Al cabo de unos dos meses los ingleses tomaron Addis Abeba en mitad de la debacle italiana. A pesar de todo, los nuevos equipos siguieron atendiendo a los heridos italianos, entre los que me hallaba. Tardé casi un año en poder abandonar el hospital. Claro, como puedes comprender no podía moverme, hoy día soy capaz de arrastrarme, bueno, lo era, ya he perdido las últimas fuerzas, y ahora, cuando se ha cumplido el milagro, puedo morir tranquilo. Sé que va a ser muy pronto, lo noto dentro de mí y te diré que lo espero sin ningún temor. Dios ha permitido que me encontraras y debemos agradecérselo, pero ya no queda mucho más. Solo quiero que le digas a tu madre que lo siento. Que me hubiera gustado compartir la vida con ella..., pero no pudo ser. ¡Ah! ¡Qué bella es Sicilia! ¡Cómo la echo de menos! También hubiera querido a conocer a tu hermana. ¡Qué dura es la vida a veces! Y ahora, déjame descansar, me siento muy cansado, como si tu llegada hubiese sido algo que soportaba dentro de mí y que ahora se ha liberado. Abrázame y ve tú también a descansar. Mañana seguiremos hablando. Que dios te bendiga.

Esas fueron las últimas palabras de Paolo Marsala. Esa misma noche su agotado corazón dejó de latir. Era el último milagro de aquella Tierra de dioses.

CAPÍTULO 25

RETORNO DEFINITIVO

Volví a Italia quince días más tarde, después de enterrar los restos del comandante Marsala a la sombra de un enorme árbol, en el cementerio judío de Gonder. Él había evitado su destrucción y dejó instrucciones para su sepelio como judío.

Debo decir que me sentía en el interior de un extraño sueño. Era como si solo me fuese permitido asistir, pero sin intervenir. Un mudo testigo asombrado al comprobar como tantos falashas, no, mejor los betaisrael, los judíos negros de Etiopía, deseaban asistir a la ceremonia. Uno de ellos, de nombre David, se me acercó para decirme algo extraño.

—Usted es su hijo según me han informado, quiero que sepa que su padre hizo mucho por nosotros. Él nos comprendió mejor que nadie en siglos. Un día los betaisrael volveremos a la tierra prometida. Ese día vendré aquí, cogeré los restos del Ras Ebbenat y los llevaré a Israel, para que descansen en paz en la tierra de sus abuelos.

El hombre se alejó cojeando ligeramente. De cualquier manera, lo que me había dicho era un hermoso epitafio, que me llenaba de satisfacción.

Cuando abracé a Gebre Bekele y a Genet en el aeropuerto de Addis Abeba, sentí que mi corazón se partía. Ellos eran parte de la historia y no quería pensar en que nunca volvería a verlos. Pero Grazia me aguardaba en Roma y no quería quedarme más tiempo.

En la terminal, en Fiumicino, Grazia se acercó a mí sonriendo. Sus ojos me observaban a través de unas gafas. Le devolví la sonrisa.

—¿Pudiste hablar con él, no? —Sus lágrimas le corrían por las mejillas mientras yo asentía emocionado.

—Sí. Pude hablar con él. Fue algo increíble, uno de esos milagros que solo se dan de tarde en tarde. Y quiero que sepas que tú eres quien lo consiguió. Te lo explicaré en casa.

Luego caminamos abrazados hacia la salida, mientras pensaba en como le contaría todo aquello a mi madre.

EPÍLOGO

Mi madre me llamó desde Catania. Había estado tres meses en los Estados Unidos con mi hermana, que había tenido un niño. Aún no sabía nada porque quería decírselo personalmente.

Quedamos en vernos ese fin de semana en casa de Rosa, así que el viernes viajé solo desde Florencia y el sábado a media mañana estaba llamando al timbre de su casa.

Me abrió ella y me saludó con afecto. Pensé que el hecho de ser abuela habría dulcificado su carácter.

Nos sentamos frente a frente en el salón. Ella intuía algo. Luego comencé a hablar y mientras lo hacía, pude ver como las lágrimas brotaban de sus mejillas. No dijo ni una palabra hasta que terminé mi relato. Entonces suspiró y comenzó el suyo.

—Cuando tu padre desapareció, me lo comunicaron oficialmente a través de una carta. Poco tiempo después llegó otro coche a Solarino. Era un comandante del Servicio de Información del Ejército. Quería saber si yo había recibido alguna comunicación de tu padre. Insistió en que si se ponía en contacto conmigo, debía decírselo de inmediato. Si no lo hacía y ellos se enteraban, todos peligrábamos. Dijo con un cierto desprecio que para él los hijos de un judío no eran italianos.

»Al principio no entendí lo que quería decirme. Era un hombre despreciable y malvado, y me contestó que ya lo entendería. Luego se marchó.

»Entonces comprendí que debía ser muy prudente, porque con aquella acusación de traición, alguien señalado como judío, podríamos tener graves problemas.

»Yo no sabía nada acerca de los padres de mi marido y decidí investigarlo.

»Tenía una amiga judía, Sarah Mayer, que vivía en Ferrara, ella me ayudó. No sé como consiguió la documentación que demostraba que tus

abuelos eran judíos. Jacob Maciel y Anna Salom, nacidos en Trípoli, aunque por lo visto su estirpe procedía de judíos sefarditas, españoles. Cambiaron sus nombres por Giacomo Marsala y Ana Saloni cuando se convirtieron. Quisieron romper con su pasado para intentar que sus descendientes tuvieran unas vidas menos azarosas. Yo estoy segura de que tu padre nunca lo sospechó..., antes de marchar a la campaña de Abisinia. Él estaba convencido de ser el perfecto fascista italiano. Se sentía orgulloso de serlo, hasta que todo cambió.

»La visita del comandante confirmó lo que yo creía. Tu padre seguía vivo y por algún motivo lo acusaban de traición. ¿Tal vez por ser judío? No, eso no tenía sentido. Algo que yo desconocía estaba sucediendo.

»Fue Valentino Soggiu, su asistente personal, quien me explicó de que lo acusaban cuando vino a verme. Tuve la impresión de que se trataba de un buen muchacho, aunque no supo decirme qué había sido de mi marido. Él creía que seguía vivo, pero era más una intuición que otra cosa.

»Luego llegó Sarah Mayer trayendo una importante documentación. Allí se hallaban los certificados de nacimiento, papeles del registro de Trípoli. No cabía duda. Tus abuelos eran judíos cien por cien. Escondí todo eso tras un tabique, lo cerré con obra y lo pinté, nadie podría encontrarlo. Ten en cuenta que lo hice en 1941 y las cosas se habían ido complicando para los judíos italianos. De hecho Sarah Mayer fue deportada a Alemania y asesinada en Bergen Belsen como luego supe. No era un juego. Se trataba de vuestra vida, erais hijos de un judío y, por tanto, a pesar de vuestra edad y vuestra inocencia podríais sufrir, como si fueseis el peor enemigo. No podía arriesgarme.

»Mantuve un rol. Mi papel era el de viuda de un héroe que había perdido la cabeza a causa de la tragedia de perder a su marido. Pero aquel papel tenía doble sentido, porque la verdad es que creía que él seguía vivo y que no era un traidor a la patria. Luego todo terminó. Mussolini tuvo el destino que se merecía, colgado por los pies en la plaza Loreto de Milán. Pero llegó una posguerra atroz, con hambre, violencia, y sin saber qué iba a ocurrir. Mientras, dentro de mí la certeza de que mi marido seguía vivo crecía de día en día, no podía por tanto prescindir de ello y casarme con otro. No quería que nadie entrara en nuestro secreto y os mantuve ignorantes de todo ello, porque había sido testigo de como podían tratar a los judíos, por el simple hecho de ser diferentes. Decidí que nunca lo sabríais. Esa sería vuestra mejor defensa. Si alguien os hubiera preguntado, simplemente os habríais reído. Las únicas pruebas las tenía yo, escondidas tras un muro en Solarino.

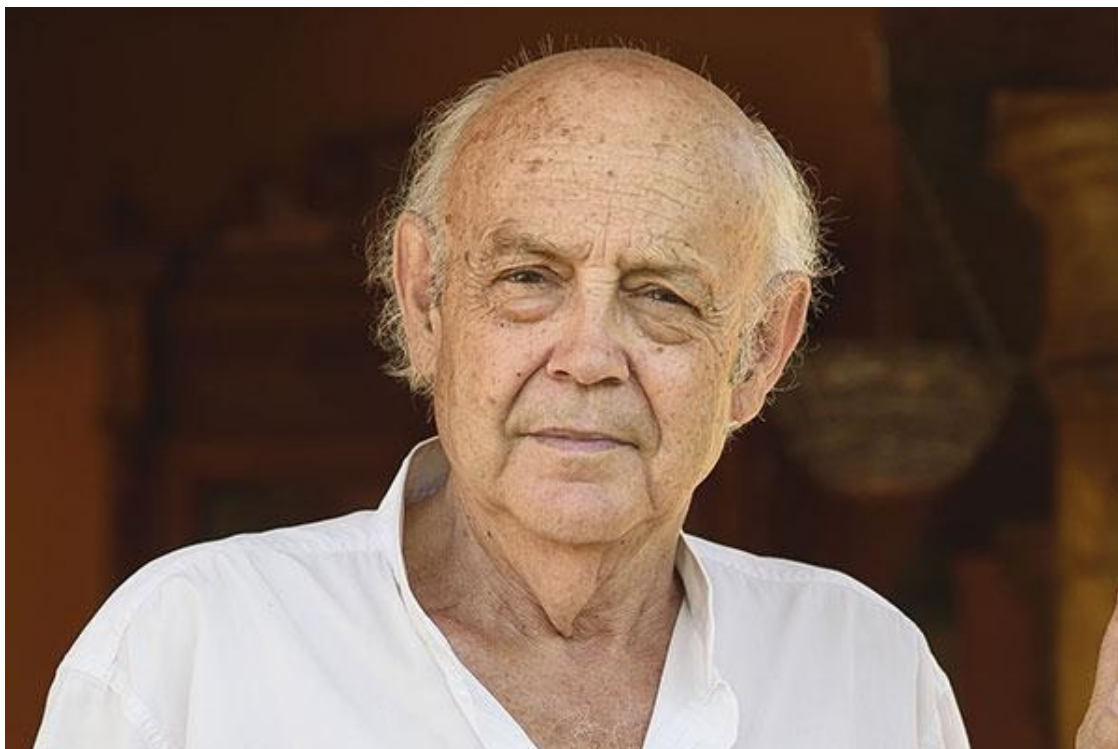
»Entonces tú comenzaste a investigar y tuve miedo. No tuve otra opción que intentar terminar con aquello y... le prendí fuego a la casa. Sí, no te asombres. Lo hice yo y lo volvería a hacer. Nadie sospechó, incluso no presenté reclamación a la compañía de seguros, porque no quería que nadie metiera sus narices.

»Por eso me viste tan serena, aceptando la fuerza del destino. Por eso cuando me has explicado que tu padre vivía en Etiopía, no me he alterado. Lo supe siempre, aunque me apena que no volviera a causa de su estado. Lo habría cuidado hasta el fin.

»Yo me casé con un militar, fascista, nacionalista y racista. Las circunstancias lo transformaron en un héroe, judío y humano. Me hubiera gustado conocer a este último. Siento pena y añoranza de tantos años perdidos que pudieron hacernos comprender. Escribe esa historia, me encantará leerla.

Los ojos de mi madre estaban empañados por la emoción. Entonces me levanté y la abracé. Efectivamente, la historia había estado allí aguardando, entre los viejos muros de la casa de Solarino.

FIN



GONZALO HERNÁNDEZ GUARCH, bajo el nombre literario, G.H. Guarch (Barcelona, 1945) es un novelista español que cuenta con una brillante trayectoria literaria, además de ejercer como arquitecto y urbanista.

Colaborador habitual en diversos periódicos y revistas, ha publicado numerosos títulos en los últimos años, como *Shalom Sefarad* sobre la expulsión de los judíos de España, *Historia de tres mujeres: crónica de una guerra* sobre la guerra de Yugoslavia a través de tres mujeres protagonistas en el conflicto, o *En el nombre de Dios* en la que trata los orígenes del integrismo islámico, un libro fundamental para su comprensión.

Premio de Narrativa Blasco Ibáñez 1997 por su novela *Las puertas del paraíso*, su reconocimiento fuera de España, con el prestigioso Premio AGBU Garbis Papazian 2007, que coronaba su reconocimiento en el mundo armenio por sus novelas sobre el Genocidio Armenio así como su nombramiento como Miembro Honorario de la Academia de Ciencias y Letras de Armenia, por su trilogía, *El árbol armenio* y *El testamento armenio* y *La montaña blanca*, traducida al ruso y al armenio.

Recientemente ha sido condecorado con la Medalla Movses Khorenatsi, la mayor distinción cultural en Armenia.

ÍNDICE

1ª Parte

- Capítulo 1. El misterio
- Capítulo 2. Los documentos
- Capítulo 3. Pietro Garattoni
- Capítulo 4. La clave
- Capítulo 5. Grazia Vinci
- Capítulo 6. Carlo Rossi
- Capítulo 7. Clase de historia
- Capítulo 8. El relato de Valentino Soggiu
- Capítulo 9. La memoria de Soggiu
- Capítulo 10. Una lección magistral
- Capítulo 11. La decisión
- Capítulo 12. Etiopía
- Capítulo 13. Los recuerdos del jefe Moshe
- Capítulo 14. El ciclón
- Capítulo 15. Vuelta a la vida

2ª Parte

- Capítulo 16. Un hombre acabado
- Capítulo 17. La segunda oportunidad
- Capítulo 18. Una buena noticia
- Capítulo 19. Un verdadero milagro
- Capítulo 20. Un relato increíble
- Capítulo 21. Giacomo Saccona
- Capítulo 22. El camino
- Capítulo 23. Fantasma del pasado
- Capítulo 24. El relato de Paolo Marsala
- Capítulo 25. Retorno definitivo

Epílogo